

Chris

CARTER

**EL ASESINO DEL
CRUCIFUJO**

Lectulandia

El cuerpo de una mujer brutalmente asesinada es hallado en una cabaña abandonada en el Parque Nacional de Los Ángeles. Desnuda, atada a dos postes de madera y con la piel del rostro desollada -cuando aún seguía con vida. En la nuca tiene grabado un extraño símbolo, un crucifijo doble: la firma de un psicópata conocido como el Asesino del Crucifijo. Pero no es posible porque el Asesino del Crucifijo fue arrestado y ejecutado dos años atrás. ¿Podría tratarse de un imitador? ¿Alguien que ha tenido acceso a los detalles de los primeros asesinatos, detalles complejos que nunca se hicieron públicos? ¿O acaso, el detective Robert Hunter tendrá que hacer frente a lo inconcebible? ¿Andará aún suelto el auténtico Asesino del Crucifijo, dispuesto a embarcarse de nuevo en una matanza indiscriminada y sádica, eligiendo a sus víctimas al azar y provocando a Hunter, incapaz de cogerle? Robert Hunter y su novicio compañero están a punto de adentrarse en una pesadilla que supera toda imaginación y donde el concepto de una muerte rápida no existe.

Lectulandia

Chris Carter

El asesino del crucifijo

ePub r1.0
FLeCos 08.08.16

Título original: *The crucifix killer*
Chris Carter, 2009
Traducción: Luis Arcadio Galindo López

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Samantha Johnson por,
simplemente, serlo todo.*

AGRADECIMIENTOS

Siempre se ha considerado que escribir es una ocupación solitaria, pero tengo una gran deuda con varias personas que, generosamente, me han ofrecido su tiempo y participación, en muchos campos.

Mi amor y gratitud a Samantha Johnson, la persona más generosa y comprensiva que conozco, y quien tantas veces ha leído y releído el manuscrito de una forma tan inagotable que hasta he perdido la cuenta.

Mi agradecimiento también a Coral Chambers por sus ánimos y por guiarme en la dirección correcta; y a Andrea McPhillips, por las correcciones y las charlas.

Mi más sincero agradecimiento para las increíbles personas de Simón & Schuster UK, quienes han hecho un trabajo excelente, y a mis estupendos editores, Kate Lyall Grant en el Reino Unido y Pia Gots & Sybille Uplegger en Alemania. Con sus aportaciones y valiosas sugerencias, todos ellos hicieron que la historia y los personajes del *thriller* cobraran vida.

Las palabras no pueden expresar lo agradecido que le estoy a los apasionados, dedicados, cuidadosos, determinados y extraordinarios agentes que cualquier autor podría esperar: Darley Anderson y Camilla Bolton. Yo soy el afortunado.

Al fantástico equipo de incansables trabajadores de la editorial The Darley Anderson, mi gratitud eterna.

UNO

VIERNES 5 DE AGOSTO 10 25 A M

í... Detective Hunter al teléfono.

-S

—Hola, Robert, tengo una sorpresa para ti.

Hunter se quedó paralizado; la taza de café casi se le cae. Conocía muy bien esa voz metálica. Sabía que cuando esa voz le llamaba solo significaba una cosa: un nuevo cadáver mutilado.

—¿Has sabido algo de tu compañero últimamente?

En vano, los ojos de Robert buscaron rápidamente a Carlos García por la habitación.

—¿Sabe alguien algo de García? —gritó en toda la oficina después de apretar el botón de silencio de su teléfono móvil. Los demás detectives se intercambiaron una mirada silenciosa y desconcertante. Hunter pudo saber la respuesta antes de oírla.

—No desde ayer —respondió el detective Maurice, haciendo un gesto de negación con la cabeza.

Hunter pulsó el botón de silencio nuevamente.

—¿Qué le has hecho?

—¿Me vas a prestar atención ahora?

—¿Qué le has hecho? —exigió saber Hunter con voz firme.

—Como he dicho, es una sorpresa, Robert —le dijo la voz metálica riendo—. Pero te daré una oportunidad para que marques la diferencia. Puede que esta vez te esfuerces más. Ve al cuarto de lavandería que hay en el 122 de Pacific Alley, en Pasadena Sur, durante la próxima hora. Si traes refuerzos, muere. Si no llegas en una hora, muere. Y créeme, Robert, será una muerte muy lenta y dolorosa.

La línea se cortó.

DOS

Corriendo y dando grandes saltos, Hunter bajó las escaleras del edificio situado al este de Los Ángeles. Cuanto más bajaba, más oscuro estaba y más calor hacía. Tenía la camiseta empapada de sudor. Sus zapatos ajustados le apretaban los pies.

—¿Dónde diablos está el cuarto de lavandería? —musitó en cuanto llegó al sótano.

Al final del pasillo salía un rayo de luz de debajo de una puerta cerrada. Corrió hacia ella gritando el nombre de su compañero.

No hubo respuesta.

Hunter sacó su pistola Wildey Survivor de doble acción y se puso de espaldas a la pared, a la derecha de la puerta.

—García...

Silencio.

—¿Novato, estás ahí dentro?

Un golpe seco atenuado salió del interior de la habitación. Hunter apretó el percutor de su arma y cogió aire.

—¡A la mierda!

Aún de espaldas contra la pared exterior, abrió la puerta con la mano derecha y, con un movimiento bien ensayado, giró hacia el interior de la habitación buscando un objetivo con el arma. El insoportable olor a orina y vómito lo obligó a retroceder y toser con violencia.

—García... —lo volvió a llamar desde la puerta.

Silencio.

Desde fuera, Hunter no podía ver mucho. La luz de la bombilla que colgaba sobre una mesa de madera en el centro de la habitación era demasiado débil para alumbrar lo suficiente. Volvió a respirar hondo y entró de nuevo. Lo que vio le revolvió el estómago. A García lo habían clavado a una cruz de tamaño natural dentro de una caja de metacrilato. La fuerte hemorragia de las heridas había formado un charco de sangre en la base de la cruz. No llevaba nada puesto a excepción de la ropa interior y una corona de alambre de púas en la cabeza con los gruesos clavos de metal perforándole ostensiblemente la piel. La sangre le surcaba el rostro. García parecía inánime.

Llego demasiado tarde, pensó Hunter.

Al acercarse a la caja, Hunter se sorprendió al ver un monitor de electrocardiograma en el interior. La onda alcanzaba el punto más alto levemente y en intervalos constantes. García seguía con vida... de momento.

—¡Carlos!

Ningún movimiento.

—¡Novato! —gritó.

Con gran esfuerzo, García consiguió entreabrir los ojos.

—Aguanta, colega.

Hunter inspeccionó la habitación tenuemente iluminada. Era grande, unos diecisiete metros por catorce, supuso. Trapos sucios, jeringuillas usadas, pipas de *crack* y cristales rotos cubrían el suelo. En un rincón, a la derecha de la entrada, pudo ver una silla de ruedas vieja y oxidada. Encima de la mesa de madera del centro de la habitación había un radio-cassette en el que ponía «reprodúceme» en grandes letras de color rojo. Pulsó el botón de reproducir y la familiar voz metálica salió con estrépito de los pequeños altavoces.

—Hola Robert, doy por hecho que lo has conseguido a tiempo [pausa]. Sin duda alguna, te habrás dado cuenta de que tu amigo necesita ayuda, pero para que puedas ayudarlo tendrás que jugar según las reglas... mis reglas. Es un juego sencillo, Robert. Tu amigo está encerrado en una caja a prueba de balas, por lo que dispararle no te servirá de ayuda. En la puerta encontrarás cuatro botones de colores. Uno de ellos abre la caja, los otros tres, no. Tu tarea es simple, elige un botón. Si aprietas el correcto, la puerta se abrirá, podrás liberar a tu compañero y salir de la habitación.

Una oportunidad entre cuatro de salvar a García. *Parece que no hay grandes posibilidades*, pensó Hunter.

La cinta de cassette continuaba:

—Ahora viene la parte divertida. Si aprietas cualquiera de los otros tres botones, una corriente ininterrumpida de alto voltaje se enviará de forma directa a la corona que hay en la cabeza de tu amigo. ¿Has visto alguna vez lo que le pasa a un ser humano cuando se está electrocutando? —le preguntó la voz con una risa escalofriante—. Los ojos le explotan, la piel se le arruga como si fuese beicon, la lengua se le enrolla en la boca hasta morir asfixiado, la sangre le arde, las venas revientan y las arterias se abren. Es una escena más que exquisita, Robert.

El corazón de García trabajaba a toda marcha. Hunter podía ver la línea aumentar rápidamente en la pantalla del monitor.

—Y ahora lo realmente divertido...

Hunter sabía que el artilugio de la corriente eléctrica no podía ser la única sorpresa de aquella habitación.

—Detrás de la caja he colocado explosivos suficientes para arrasar la habitación en la que te encuentras. Los explosivos están unidos al monitor, y si éste dejara de mostrar señales de vida...

Una pausa más larga esta vez. Hunter sabía que iba a ser lo siguiente en decir la voz metálica.

—Bum... la habitación salta por los aires. Como puedes ver, Robert, si aprietas el botón equivocado, no solo verás morir a tu amigo sabiendo que tú lo has matado, sino que poco después tú también morirás.

A Hunter el corazón le latía salvajemente contra el pecho, el sudor le caía de la frente escociéndole los ojos y las manos le temblaban pegajosas.

—Pero tienes una oportunidad, Robert. No tienes por qué salvar a tu compañero, puedes salvarte tú. Lárgate y déjalo morir solo. Nadie más que tú lo sabrá. ¿Podrás vivir con eso? ¿Te jugarás la vida por él? Elige un color, tienes sesenta segundos.

De la grabadora salió un fuerte sonido antes de quedarse en silencio.

Hunter vio que una pantalla digital roja se encendió encima de la cabeza de García: «59, 58, 57...».

TRES

CINCO SEMANAS ANTES

Jenny se frotó los ojos antes de levantarse de la ajetreada mesa del Vanguard Club, en Hollywood, con la esperanza de no parecer tan cansada como estaba.

—¿Dónde vas? —le preguntó Rey-T mientras daba un trago al *champagne*.

Bobby Preston era el camello más conocido del noroeste de Los Ángeles, pero nadie lo llamaba nunca por su verdadero nombre, todo el mundo lo conocía como Rey-T. La «T» venía de «Traficante», puesto que traficaba con casi todo (drogas, chicas, coches y armas) por un precio adecuado. Te agenciaba cualquier cosa que quisieses.

Jenny era de lejos su chica más despampanante. El color y bronceado de su piel eran impecables, y su cara y sonrisa, perfectas, podían cautivar a cualquier hombre en la tierra; Rey-T no tenía ninguna duda acerca de ello.

—Necesito retocarme el maquillaje. Volveré enseguida, cariño. —Le sopló un beso y salió de la exclusiva sala VIP aún con la copa de *champagne* en la mano.

Jenny no podía beber más alcohol, no porque estuviera borracha, sino porque era su quinta noche consecutiva de fiesta y no podía más. Nunca pensó que su vida terminaría así, que se convertiría en una prostituta. Rey-T siempre le había asegurado que no era una prostituta. Entretenía a hombres de clase alta con un excesivo buen gusto y, obviamente, con mucho dinero, pero al final del día mantenía sexo a cambio de dinero. Para ella, eso la convertía en una puta.

La mayoría de los clientes de Jenny eran viejos millonarios perversos que buscaban algo que no podían conseguir en casa. El sexo no se limitaba a la postura normal y corriente del misionero. Todos querían que su dinero mereciera la pena. Sumisión, BDSM, azotes, deportes acuáticos, sexo atada a la cama, cualquier cosa. Lo que fuera que quisieran, Jenny tenía que facilitarlos, pero esa noche no era noche de trabajo. No le pagaban por hora. No había salido con uno de sus agotados clientes. Había salido con su jefe y tenía que divertirse hasta que él lo dijera.

Jenny había ido al Vanguard Club muchas veces. Era uno de los lugares favoritos de Rey-T. No se podía negar que el club era una fantasía de un lujo magnífico. Desde su enorme pista de baile hasta su gran escenario de espectáculos lumínicos. El Vanguard podía dar cabida a dos mil personas y esa noche el club estaba lleno hasta los topes.

Jenny se dirigió a la barra que había más cerca del aseo de señoras y en la que dos camareros parecían ir de culo. El club entero era un atolladero de gente guapa, la gran

mayoría de ellos tenían entre veinte y treinta y pocos años de edad. Jenny era totalmente ajena a los dos ojos que la habían seguido desde la sala VIP hasta la barra. Unos ojos que habían estado encima de ella toda la noche. De hecho, la habían estado siguiendo durante las últimas dos semanas, de club nocturno en club nocturno y de hotel en hotel; observándola mientras fingía pasarlo bien, como si disfrutara de todos y cada uno de sus clientes.

—Eh, Jenny, ¿estás bien? Pareces un poco cansada —le preguntó Pietro, el camarero de pelo largo, conforme Jenny se acercaba a la barra. Aún hablaba con un leve acento hispano.

—Estoy bien, cielo, supongo que demasiada fiesta —le respondió con poco entusiasmo después de echarse un vistazo en uno de los espejos de la barra. Sus ojos azules hipnóticos parecían haber perdido un poco de chispa esa noche.

—¿Los malos no descansan, eh? —El comentario de Pietro fue acompañado con una tímida sonrisa.

—Esta noche, no. —Jenny le devolvió la sonrisa.

—¿Puedo ofrecerte algo?

—No, estoy bien. Aún estoy con ésta. —Levantó la copa de *champagne* parpadeando sensualmente—. Solo necesito escaparme de la fiesta un rato.

Pietro y Jenny habían flirteado un par de veces, pero él nunca había dado el paso. Sabía que era de Rey-T.

—Bueno, si necesitas cualquier cosa dame un grito. —Pietro volvió a sus cócteles y botellas voladoras. Una mujer de cabello oscuro que estaba en la otra punta de la barra muriéndose de ganas por llamar su atención miró a Jenny con unos ojos asesinos que decían: «Apártate puta, yo lo vi primero».

Jenny se pasó la mano por el pelo, largo y rubio como el trigo, dejó la copa de *champagne* en la barra del bar y se dio la vuelta para mirar a la pista de baile. Le encantaba la atmósfera del bar. Toda esa gente pasándolo bien, bailando, bebiendo y encontrando el amor. *Bueno, puede que no el amor, pensó, pero al menos tienen sexo por placer, no por dinero.* Quería ser como ellos. No había duda alguna de que ésa no era la vida hollywoodense con la que soñaba cuando dejó Idaho seis años atrás.

* * *

La fascinación de Jenny Farnborough por Hollywood empezó cuando tenía doce años. El cine se convirtió en el refugio de las interminables disputas entre su sumisa madre y el más que agresivo de su padrastro. Las películas se convirtieron en su vía de escape, el vehículo que podía llevarla a lugares donde nunca antes había estado y de los que quería formar parte.

Jenny sabía que el sueño hollywoodense no era más que una fantasía. Algo que únicamente existía en novelas románticas y películas llenas de clichés, y había leído y

visto muchas de ellas. Tenía que admitir que era una soñadora, pero quizá no era algo tan malo. Quizá, ella sería la afortunada. No tenía nada que perder.

A los catorce años empezó su primer trabajo como chica de las palomitas. Jenny guardó cada céntimo que ganó y cuando cumplió los dieciséis había ahorrado lo bastante para marcharse de aquella ciudad dejada por la mano de Dios. Se juró que nunca volvería a Idaho. Jenny nunca supo lo de la sobredosis de somníferos de su madre tan solo una semana después de que ella se marchara.

Hollywood era todo lo que se esperaba. Un lugar mágico lleno de gente guapa, luces y fantasías, pero la dura realidad de la vida en la ciudad de Los Ángeles distaba mucho de las ilusiones que se había creado. Los ahorros no le duraron mucho y, sin una educación profesional, los rechazos empezaron a apilarse como ropa suda. Su hermoso sueño lentamente empezó a convertirse en una pesadilla.

Wendy Loutrop, otra aspirante a actriz en apuros, le presentó a T-Rey. Al principio, rechazó todas las proposiciones que le hizo. Había oído multitud de historias sobre mujeres hermosas que habían llegado a Hollywood soñando con convertirse en estrellas para terminar trabajando en la calle o en la industria del cine porno. Jenny estaba decidida a no rendirse. No quería convertirse en otra historia de un fracaso, pero su orgullo tenía que desempeñar un papel secundario para su instinto de supervivencia, de modo que, tras varios meses de llamadas telefónicas y regalos caros, Rey-T se hizo con una nueva chica.

Jenny no llegó a darse cuenta de la mano que vertía un líquido incoloro en su copa de *champagne*. Tenía la mirada aún puesta en la multitud que bailaba.

—Hola, preciosa, ¿puedo invitarte a un trago? —le preguntó con una sonrisa brillante un hombre alto y rubio, de pie a su derecha.

—Ya tengo una copa, pero gracias por el ofrecimiento de todas formas —le respondió educadamente sin cruzar la mirada con el extraño.

—¿Estás segura? Podría pedir una botella de Cristal. ¿Qué me dices, preciosa?

Jenny se volvió y miró a aquel hombre alto y rubio. Iba vestido de forma elegante con un traje de Versace gris oscuro, una camisa blanca de cuello rígido y una corbata azul de seda. Sus ojos verdes eran su rasgo más llamativo. Jenny tuvo que admitir que era un hombre atractivo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, forzando una sonrisa.

—Me llamo Cari, y es un placer conocerte —le dijo ofreciéndole la mano.

En vez de estrechársela, Jenny bebió un sorbo de su *champagne*.

—Mira, Cari, eres un tipo bastante guapo, no te lo voy a negar. —Su voz tenía un tono más dulce—. Pero intentar ligar con una chica exhibiendo tu dinero no es una gran idea, especialmente en un lugar como éste. Nos hace sentirnos baratas, a no ser que estés buscando una chica guapa y tonta, ¿es eso lo que estás buscando?

—Oh... ¡No! —Cari se toqueteaba la corbata con nerviosismo—. Lo siento, no era esa mi intención, preciosa.

—¿Entonces no buscas una chica que te anime la fiesta y que te haga pasar un

buen rato de verdad? —le preguntó bebiendo más *champagne*, esta vez clavándole la mirada.

—No, naturalmente que no, cariño. Solo intentaba que bebiéramos cordialmente. Y si surgía química entre nosotros... —dejó que la frase flotara en el aire, encogiéndose de hombros.

De forma muy gentil, Jenny pasó los dedos por su corbata, acercándolo hacia a ella.

—Es una lástima que no busques una chica —le susurró al oído.

La sonrisa de Cari se evaporó en una mirada confusa.

—Te podría haber dado el número de mi teléfono, está ahí mismo. —Señaló con el dedo hacia la sala VIP con una sonrisa sarcástica en los labios.

Cari entreabrió la boca como si fuera a decir algo, pero no emitió palabra alguna.

Jenny se bebió el resto del *champagne*, parpadeando con sensualidad, antes de alejarse de la barra para ir al baño de señoras.

Los ojos aún la seguían.

No tardará mucho. La droga hará efecto pronto.

Jenny se estaba repasando la barra de labios cuando empezó a sentirse mareada. Sabía que algo no iba bien. De repente, se sintió muy acalorada y febril. Parecía que las paredes se le caían encima. Le costaba trabajo respirar y no creía poder llegar hasta la puerta rápidamente. Tenía que salir de allí.

Al salir del baño de señoras, tambaleándose, todo aquel lugar daba vueltas a su alrededor. Quería volver a la mesa de Rey-T, pero las piernas no le respondían. Jenny estaba a punto de derrumbarse en el suelo cuando un par de manos la sujetaron.

—¿Te pasa algo preciosa? No pareces estar muy bien.

—No me encuentro bien. Creo que necesito...

—Necesitas tomar el aire. Aquí dentro está muy cargado. Ven conmigo, te ayudaré. Salgamos de aquí un rato.

—Pero... —Jenny empezaba a no articular las palabras—. Tengo que decirle a Rey... tengo que volver...

—Más tarde, preciosa, ahora tienes que venir conmigo.

Nadie vio a Jenny y al extraño caminar hacia la salida.

CUATRO

—Sí, habla el detective Hunter —respondió Hunter finalmente al teléfono tras el sexto tono. Tenía la voz grave y las palabras le salían lentamente, revelando las pocas horas que había dormido.

—Robert, ¿dónde diablos te has metido? El capitán lleva dos horas detrás de ti.

—¿Novato, eres tú? ¿Qué hora es? —Hacía solo una semana que a Hunter le habían asignado un nuevo compañero, Carlos García, tras la muerte de su otro compañero.

—Las tres de la mañana.

—¿De qué día?

—Mierda hombre... lunes. Mira, más vale que vengas aquí y eches un vistazo a esto, tenemos un homicidio bastante complicado a nuestro cargo.

—Somos de la Sección Especial de Homicidios 1, Carlos. Lo único a lo que nos dedicamos es a homicidios complicados.

—Bueno, éste es todo un follón y más vale que vengas rápido. El capitán quiere que nosotros dirijamos el recinto.

—De acuerdo —respondió Hunter indiferente—. Dame la dirección.

Cerró el teléfono y examinó la pequeña, oscura y poco familiar habitación.

—¿Dónde diablos estoy? —musitó.

El tremendo dolor de cabeza y el terrible sabor en la boca le hizo recordar lo mucho que bebió la noche anterior. Hundió la cabeza en la almohada con la esperanza de que le aliviara el dolor. De repente sintió un movimiento junto a él en la cama.

—Eh, ¿esa llamada telefónica significa que tienes que marcharte? —La voz de la mujer era suave y sensual, con un leve acento italiano. Los sorprendidos ojos de Hunter cayeron sobre el cuerpo medio destapado que había tendido junto a él. A través de la poca luz que entraba en la habitación por las dos farolas que había al otro lado de la ventana tan solo podía distinguir su silueta. Por la cabeza le pasaban con un destello imágenes de la noche anterior. El bar, las bebidas, el viaje en taxi hasta el apartamento de una extraña y la mujer de cabello largo y oscuro cuyo nombre no podía recordar. Era la tercera mujer junto a la que se despertaba en las últimas cinco semanas.

—Sí, me tengo que ir. Lo siento. —El tono de su voz parecía despreocupado. Hunter se levantó y empezó a buscar sus pantalones; el dolor de cabeza era ahora más fuerte. Los ojos se le acostumbraron rápidamente a la tenue iluminación de la habitación, permitiéndole ver mejor el rostro de la mujer. Parecía tener treinta o treinta y un años. El cabello, sedoso y oscuro, le caía varios centímetros por debajo de los hombros, enmarcando un rostro con forma de corazón y con una nariz y unos labios delicadamente esculpidos. Era atractiva pero no al estilo de una estrella de cine de Hollywood. El flequillo irregular le quedaba a la perfección y en sus ojos de color

verde oscuro había un destello atípico y cautivador.

Hunter encontró sus pantalones y sus calzoncillos junto a la puerta; los de dibujitos con ositos azules.

Demasiado tarde ya para avergonzarse, pensó.

—¿Puedo utilizar el cuarto de baño? —le preguntó, subiéndose la cremallera de los pantalones.

—Claro, es la primera puerta a la derecha según sales de la habitación —le dijo ella, sentándose en la cama y apoyando la espalda en el cabecero.

Hunter entró en el cuarto de baño y cerró la puerta. Tras echarse agua fría en la cara, miró su reflejo en el espejo. Tenía los ojos inyectados en sangre. La piel más pálida que de costumbre. La cara sin afeitar.

—Genial, Robert —se dijo para sí mismo mientras echaba más agua en su rostro cansado—. Otra mujer a la que apenas recuerdas haber conocido, por no hablar de haber venido a su apartamento. El sexo casual es genial. Es incluso mejor cuando no te puedes acordar de haberlo tenido. Tengo que dejar la bebida. —Después de ponerse pasta de dientes en el dedo intentó limpiárselos. De repente, una nueva imagen apareció en su la cabeza. *¿Y si es prostituta? ¿Y si tengo que pagarle por algo que ni siquiera recuerdo?* No tardó en mirar en la cartera. El poco dinero que tenía aún seguía ahí.

Se peinó su rubio y corto pelo con la mano y volvió a la habitación, donde ella aún seguía sentada contra el cabecero.

—¿Estabas hablando solo? —le preguntó con una tímida sonrisa.

—¿Qué? Ah, sí, lo hago a veces, me mantiene cuerdo. Mira... —Por fin pudo encontrar su camisa tirada en el suelo junto a la cama—. ¿Tengo que pagarte? —le preguntó con tono despreocupado.

—¿Qué? ¿Crees que soy prostituta? —le respondió claramente ofendida.

—¡Oh, mierda! —Sabía que la había cagado—. No, mira... no es eso, es solo que... Ya me ha pasado antes. A veces bebo demasiado y... no era mi intención ofenderte.

—¿Te parezco una prostituta? —le preguntó con voz de enfado.

—No, ni mucho menos —le respondió firmemente—. Ha sido una estupidez pensarlo. Lo lamento. Probablemente, aún estoy medio borracho —rectificó tan rápido como pudo.

Ella se lo quedó mirando un momento.

—Mira, no soy el tipo de mujer que sin duda crees que soy. Mi trabajo es bastante estresante y estos últimos meses han sido duros. Solo quería desahogarme y tomar un par de copas. Empezamos a hablar. Eras divertido, guapo, incluso encantador. Hasta podías mantener una conversación decente. A diferencia de la gran mayoría de capullos con lo que me encuentro cuando salgo. Una copa llevó a otra y terminamos en la cama. Obviamente, un error de mi parte.

—No... Mira... —Hunter intentaba buscar las palabras adecuadas—. A veces

digo cosas sin pensarlas. Y la verdad es que... no me acuerdo mucho de anoche. Lo siento mucho. Y me siento como un imbécil.

—Deberías.

—Créeme, lo hago.

Tenía los ojos clavados en Hunter. Parecía sincero.

—En cualquier caso, si fuera prostituta, a juzgar por tus calzoncillos y por tu ropa, no creo que pudieras permitirte alguien como yo.

—Vaya. Eso ha sido un golpe bajo. Ya estaba lo bastante avergonzando sin que tuvieras que mencionarlo.

Ella sonrió.

Hunter se sintió feliz de que su rectificación hubiera funcionado.

—¿Te importa si me hago un café rápido antes de irme?

—No tengo café, sólo té, pero tienes total libertad si te apetece.

—¿Té? Creo que paso. Necesito algo fuerte para despertarme. —Terminó de abotonarse la camisa.

—¿Estás seguro de que no te puedes quedar? —Apartó las sabanas, dejando al descubierto su cuerpo desnudo. Curvas maravillosas, pechos con formas perfectas, y no había ni un vello en toda su figura—. A lo mejor podrías demostrarme cuánto lamentas de verdad haberme llamado prostituta.

Hunter se quedó ahí de pie durante un instante, pensando qué hacer. Se mordió el labio inferior y negó moviendo la cabeza. El dolor de cabeza le recordó que no tenía que volver a hacerlo.

—Te lo prometo, si pudiera quedarme, me quedaría. —Ya estaba del todo vestido y preparado para irse.

—Lo entiendo. ¿Era tu mujer la del teléfono?

—¿Qué? No, no estoy casado. Era del trabajo, créeme. —Lo último que Hunter quería era que creyera que era un hombre que engañaba a su mujer.

—Está bien —dijo siendo realista.

Hunter recorrió todo su cuerpo con la mirada una vez más, sintiendo un leve hormigueo de excitación.

—Si me das tu número de teléfono, quizá podríamos volver a quedar alguna vez.

Se quedó examinándola durante un buen rato.

—Estás pensando que no voy a molestarte en llamarte de nuevo —le dijo Hunter sintiendo su reticencia.

—¡Vaya! También lees la mente. Es un truco muy guay para las fiestas.

—Tendrías que ver lo que puedo hacer con una baraja de cartas.

Ambos rieron.

—Además, no hay nada que me guste más que demostrar que tengo razón.

Cogió un bloc de notas de la mesita de noche con una sonrisa burlona en la cara.

Hunter cogió la hoja de papel de la mano y la besó en la mejilla derecha.

—Me tengo que ir.

—Eso te va a costar mil dólares, guapo —le dijo pasándole dulcemente los dedos por los labios.

—¿Qué? —le preguntó con mirada de sorprendido—. Pero...

Ella le sonrió.

—Lo siento, no he podido resistirme después de que me llamaras prostituta.

Una vez en el exterior del apartamento, Hunter abrió la hoja de papel que tenía entre las manos. *Isabella, un nombre muy sensual*, pensó.

Buscó en la calle su viejo Buick Lesabre. El coche no estaba a la vista.

—Mierda, estaba muy borracho para conducir —se maldijo antes de hacer una señal con la mano al primer taxi que vio.

* * *

La dirección que García le había dado lo llevó a mitad de la nada. Little Tujunga Canyon Road, en Santa Clarita, tiene unos veinte kilómetros que van desde Bear Divide hasta Foothill Boulevard en Lakeview Terrace. Casi toda la carretera está dentro del Parque Nacional de Los Ángeles. A veces, las vistas desde el bosque y la montaña son simplemente impresionantes. La dirección de García era precisa y el taxi no tardó en llevarlo por una diminuta, bacheada y polvorienta carretera rodeada de colinas, matorrales y terrenos quebrados. La oscuridad y la nada eran sobrecogedoras. Veinte minutos más tarde llegaron finalmente a un camino accidentado que los condujo hasta una casa de madera.

—Supongo que es aquí —dijo Hunter al mismo tiempo que le daba al taxista todo el dinero que tenía en los bolsillos.

El camino, largo y estrecho, era lo suficientemente ancho para un coche de tamaño estándar. Lo bordeaban arbustos densos e intransitables. Vehículos oficiales y de policía se apiñaban por todas partes como si se tratase de un atasco de tráfico en el desierto.

García estaba de pie delante de una cabaña de madera hablando con un agente del laboratorio criminalístico, ambos con una linterna. Hunter tuvo que franquear el carnaval de coches antes de unirse a ellos.

—Jesús, dicen que hay lugares remotos, un poco más lejos y estaría en México... ¡Ey! hola, Peter —dijo Hunter, saludando con la cabeza al agente de criminalística.

—¿Una noche dura, Robert? Tienes pinta de estar justo como yo me siento —dijo Peter con una sonrisa sarcástica.

—Sí, gracias, parece que tú también estás genial. ¿Cuándo sales de cuentas? —le preguntó Hunter, poniendo la mano sobre la barriga cervecera de Peter—. ¿Y qué es lo que tenemos aquí? —Se dio la vuelta para mirar a García.

—Creo que será mejor que lo veas tú mismo. Resulta difícil describir lo que hay ahí dentro. El capitán está dentro, dijo que quería hablar contigo antes de dejar que

etiqueten el cuerpo y lo metan todo en bolsas —le dijo García con apariencia nerviosa.

—¿Qué demonios está haciendo el capitán aquí? Nunca viene a la escena del crimen. ¿Conoce a la víctima?

—Yo sé tanto como tú, pero no lo creo. No es que ella esté exactamente reconocible. —La afirmación de García hizo que Hunter entrecerrara los ojos con una nueva preocupación.

—¿Entonces es el cuerpo de una mujer?

—Oh, sí, es una mujer.

—¿Estás bien, novato? Pareces un poco agitado.

—Estoy bien —le dijo García tranquilizándolo.

—Ha vomitado un par de veces. —Peter hizo un comentario con una nueva sonrisa de burla.

Hunter se quedó mirando a García durante un instante. Sabía que no era su primera escena de un crimen.

—¿Quién ha encontrado el cuerpo?

—Al parecer fue una llamada anónima al 911 —respondió García.

—Vaya, genial, una de esas.

—Toma, coge esto —le dijo García dándole una linterna.

—¿Quieres también una bolsa para los vómitos? —bromeó Peter.

Hunter no prestó ninguna atención al comentario y dedicó unos minutos a examinar la casa por fuera. No tenía puerta principal, faltaban la mayoría de los tablones de la pared delantera y la hierba crecía por el entarimado que quedaba, lo que daba al salón el aspecto de un bosque privado. Pudo ver por las manchas de pintura en los restos del alféizar que la casa había sido una vez blanca. Era obvio que nadie había vivido en ella desde hacía mucho tiempo, y eso preocupaba a Hunter. Los asesinos que matan por primera vez no se toman la molestia de buscar un lugar tan aislado para cometer un asesinato.

Había tres oficiales de policía de pie a la izquierda de la casa hablando del partido de fútbol americano de la noche anterior, todos con una taza de café en la mano.

—¿Dónde puedo conseguir una de esas? —preguntó Hunter señalando las tazas de café.

—Te traeré una —le respondió García—. El capitán está en la última habitación a la izquierda, por el pasillo. Te veré dentro.

—¿Trabajando duro, chicos? —le gritó Hunter a los tres policías. Ellos lo miraron con indiferencia antes de seguir hablando del partido.

En el interior de la habitación flotaba un olor en el aire, una mezcla de madera podrida y aguas residuales. En la primera habitación no había nada que ver. Hunter encendió la linterna y cruzó la puerta más alejada hacia un pasillo largo y estrecho que daba a otras cuatro habitaciones, dos a cada lado. Un joven oficial de policía estaba de pie en la última puerta de la izquierda. Hunter echó un vistazo rápido a cada

habitación mientras recorría el pasillo. Nada, salvo telarañas y escombros. El crujir del entarimado daba a la casa un ambiente aún más siniestro. Conforme Hunter se aproximaba a la última puerta y al oficial que hacía guardia, sintió un escalofrío incómodo. El escalofrío propio de cada escena de un crimen. El escalofrío de la muerte.

Hunter sacó su placa y el oficial se hizo a un lado.

—¡Adelante, detective!

En la mesa que había justo en el exterior de la puerta, Hunter encontró la bata reglamentaria al lado de los zapatos de plástico azul y de los protectores para la cabeza. Junto a ellos, una caja de guantes de látex. Hunter se los puso y abrió la puerta para enfrentarse a su nueva pesadilla.

La impactante imagen con la que sus ojos se encontraron al entrar en la habitación le vació todo el aire de los pulmones.

—¡Jesucristo! —Su voz fue apenas un débil susurro.

CINCO

Hunter se quedó parado junto a la puerta de una gran habitación doble únicamente iluminada por dos linternas en movimiento; la del capitán Bolter y la del doctor Winston. De forma sorprendente, la habitación estaba en mejores condiciones que el resto de la casa. Se le hizo un agujero gigante en el estómago al contemplar la imagen que había ante sus ojos.

Justo enfrente de la puerta de la habitación y a unos noventa centímetros de la pared trasera, el cuerpo desnudo de una mujer colgaba de dos postes de madera situados en paralelo. Los brazos estaban abiertos totalmente y las rodillas dobladas sobre el suelo, de tal manera que aparecía colocada en una posición arrodillada en forma de «Y». La cuerda que le tensaba las muñecas contra la parte superior de los postes le había producido cortes profundos en la piel y surcos oscuros de sangre seca decoraban sus brazos. Hunter miró fijamente el rostro de la mujer muerta. Su mente se esforzaba por entender lo que sus ojos veían.

—¡Santo Dios!

Una nube incesante de moscas se arremolinaba alrededor del cuerpo con un zumbido despiadado, pero dejando en paz su rostro. Su rostro despellejado. Una masa deforme de tejido muscular.

—¡Hunter! Por fin has decidido aparecer. —El capitán Bolter estaba de pie al otro lado de la habitación junto al doctor Winston, el director forense.

Hunter miró fijamente a la mujer durante unos segundos antes de desviar su atención hacia el capitán.

—¿La han despellejado? —preguntó desde la puerta con un tono de voz de incredulidad.

—Viva... alguien la despellejó viva. —La voz calmada del doctor Winston corrigió a Hunter—. Murió horas después de que le hubieran arrancado la piel de la cara.

—¡Se está quedando conmigo! —Hunter examinó a la mujer sin rostro. La falta de piel había hecho que se le ahuecaran las cuencas de los ojos, y parecía que lo estuviera mirando directamente a los ojos. La boca le colgaba abierta. Sin dientes.

Hunter supuso que no tendría más de veinticinco años de edad. Las piernas, el estómago y los brazos tenían el tono muscular definido y estaba claro que se preocupaba por su apariencia. El cabello, de un rubio oro, largo y suave, le caía por la mitad de la espalda. Hunter no tenía ninguna duda de que había sido una mujer atractiva.

—Hay más. Echa un vistazo detrás de la puerta —le dijo el doctor Winston.

Hunter entró en la habitación, cerró la puerta y se quedó mirándola confuso un par de segundos.

—¿Un espejo de cuerpo entero? —dijo con mirada enigmática mirando su reflejo.

De repente, se quitó de en medio y el cuerpo de la mujer apareció a la vista en el espejo.

—¡Dios! El asesino hizo que se viera. —Su cuerpo había sido colocado directamente frente al espejo.

—Eso es lo que parece —dijo el doctor Winston en consonancia—. Probablemente, pasó sus últimas horas de vida mirando su reflejo desfigurado en el espejo. Tortura mental y física.

—El espejo no es de esta puerta... —dijo Hunter echando un vistazo—, ni de esta habitación. Parece nuevo.

—Exactamente, el espejo y los postes de madera están aquí por un motivo; para aumentar el sufrimiento —confirmó el doctor Winston.

La puerta de la habitación se abrió enfrente de Hunter, rompiendo su mirada en el espejo. García entró con una taza de café.

—Aquí tienes —dijo, dándosela a Hunter.

—Creo que voy a pasar, novato, mi estómago ha vivido días mejores y ahora ya estoy mucho más despierto —le respondió Hunter con gesto desdeñoso.

Tanto el capitán Bolter como el doctor Winston hicieron un gesto de negación con la cabeza indicando que ellos tampoco querían. García volvió a abrir la puerta.

—Aquí tienes —le dijo al joven oficial que había fuera—. Me parece que te vendrá bien.

—¡Oh! Gracias señor. —El oficial parecía sorprendido.

—No hay de qué. —García cerró la puerta y se acercó a la victima junto con Hunter. Un penetrante olor les cubrió las fosas nasales, obligando a Hunter a taparse la nariz con la mano. La mujer estaba de rodillas en un charco de orina y heces.

—Estuvo varias horas atada a los postes, puede que un día entero. Ése era su retrete —les explicó el doctor Winston señalando al suelo.

García hizo una mueca de asco.

—¿Cuánto tiempo lleva muerta, doctor? —le preguntó Hunter.

—Resulta difícil ser precisos en este momento. La temperatura del cuerpo humano desciende aproximadamente 1.5 grados cada hora tras la muerte. La temperatura de su cuerpo ha bajado doce grados, lo que podría significar que lleva ocho horas muerta, pero eso depende de las circunstancias. El calor del verano podría sin duda haber ralentizado el proceso, y estoy seguro de que por el día esta habitación parece una sauna. Tendré una idea mejor de la hora de la muerte en cuanto esté en la sala de autopsias.

—No hay cortes, ni heridas de bala, ni marcas de estrangulación. ¿Murió por las heridas de la cara? —preguntó Hunter, mirando el torso de la mujer y moviendo la mano para espantar las moscas.

—De nuevo, sin una autopsia no puedo estar seguro, pero supongo que fue por un fallo cardiaco inducido por el dolor y el agotamiento. Quienquiera que le haya hecho esto la mantuvo en esta posición infringiéndole cada vez más y más dolor hasta que

murió. El asesino quería que sufriera lo máximo posible, y vaya si sufrió.

Hunter miró alrededor de la habitación como si estuviera buscando algo.

—¿Qué es ese otro olor? Huelo algo más, como a vinagre.

—Tienes un buen olfato, Hunter —le dijo el doctor Winston señalando hacia uno de los rincones de la habitación—. Ese tarro de allí estaba lleno de vinagre. También puede olerse en el cuerpo, predominantemente en la mitad superior. Parece que el asesino lo vertía sobre su rostro sin piel a intervalos señalados.

—El vinagre también funciona como repelente para moscas —dijo Hunter.

—Eso es verdad —confirmó el doctor Winston—. Imagina la clase de dolor que tuvo que soportar. Todos los nervios de la cara estaban totalmente al descubierto. Incluso una ráfaga de viento le habría causado un dolor insoportable. Con toda probabilidad se desmayaría varias veces, o al menos lo intentaría. Recuerda que no tenía párpados, no tenía forma de evitar la luz, de que sus ojos descansaran. Cada vez que recobrara el conocimiento, su cuerpo desnudo desfigurado sería la primera imagen que vería. No voy a entrar en la clase de dolor que la acidez del vinagre vertido sobre la carne viva le causó.

—¡Jesús! —dijo García retrocediendo unos cuantos pasos—. ¡Pobre mujer!

—¿Estaba consciente cuando le arrancaron la piel? —preguntó Hunter.

—No sin ser anestesiada, pero no creo que lo estuviera. Yo diría que el psicópata la drogó y la dejó inconsciente durante varias horas mientras se ponía a trabajar con su cara. Cuando hubo terminado, la trajo a esta casa, la ató a los postes y la torturó un poco más hasta que murió.

—¿Qué? ¿No cree que le arrancara la piel en esta casa? —preguntó García con aspecto confuso.

—No —contestó Hunter antes de que el doctor Winston tuviera oportunidad de hacerlo—. Echa un vistazo. Revisa la habitación. Ni una mancha de sangre excepto las que hay justo debajo del cuerpo. Estoy seguro de que el asesino limpió cuando terminó, pero no en este lugar. Corríjame si me equivoco, doctor, pero quitar la piel a un ser humano es un proceso complicado.

El doctor Winston asintió en silencio.

—El asesino necesitaría equipo quirúrgico y la iluminación de una sala de operaciones, por no mencionar mucho tiempo y conocimientos —continuó diciendo Hunter—. Hablamos de un psicópata con mucha técnica. Alguien con un gran conocimiento y formación médica. No le quitaron la piel en esta casa. La torturaron y la asesinaron aquí.

—Puede que el asesino sea cazador. Ya sabe, nociones acerca de cómo desollar a un animal —sugirió García.

—Podría ser, pero eso no lo habría ayudado —respondió Hunter—. La piel humana no responde del mismo modo que la piel de un animal. Diferente elasticidad.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cazas? —le preguntó García intrigado.

—No, pero leo mucho —respondió Hunter con aire despreocupado.

—Además, a los animales se les arranca la piel cuando están muertos —prosiguió el doctor Winston—. Uno puede arrancarle la piel a tiras sin preocupación alguna por la vida del animal. Nuestro asesino mantuvo viva a la víctima, y eso en sí mismo es un proceso delicado. Quienquiera que sea esa persona, sabe de medicina. De hecho, hizo una buena cirugía plástica, excepto por los dientes. Sencillamente, se los arrancó, poco sutil, pero el máximo de dolor.

—El asesino no quería que la identificáramos —concluyó García.

—Le dejó intactas las huellas dactilares —se apresuró a responder Hunter tras examinarle rápidamente las manos—. ¿Por qué arrancarle los dientes y dejarle las huellas dactilares?

García asintió conforme.

Hunter rodeó los postes de madera para examinar la espalda de la mujer.

—Un escenario en el que actuar —susurró—. Un lugar donde la maldad del asesino pueda *cobrar* vida. Por eso la trajo aquí. Fíjense en ella: está en una posición de ritual. —Se volvió para mirar al capitán Bolter—. El asesino ya lo había hecho antes.

El capitán Bolter no parecía sorprendido.

—Nadie podría resistir un dolor así en silencio —comentó García—. Éste es el lugar perfecto, totalmente aislado, sin vecinos, sin nadie que pudiera sorprender al asesino. Ella podría haberse reventado los pulmones gritando y nadie habría venido.

—La víctima, ¿sabemos algo de ella? ¿Sabemos quién es? —preguntó Hunter, aún examinando su espalda.

—Nada hasta el momento, pero aún no hemos enviado sus huellas dactilares —respondió García—. El primer vistazo a la casa no nos ha proporcionado nada, ni siquiera un trozo de ropa. Es obvio que ella no vivía aquí, y buscar en la casa cualquier pista sobre su identidad es, con toda seguridad, una pérdida de tiempo.

—Hazlo de todas formas —le dijo Hunter con firmeza—. ¿Y en personas desaparecidas?

—Introduje la descripción inicial en la base de datos de la Unidad de Personas Desaparecidas —respondió García—. Aún no hay coincidencias, pero sin una cara... —García hizo un gesto de negación con la cabeza, como considerando lo imposible de la tarea.

Hunter miró unos segundos por la habitación antes de clavar la mirada en la ventana de la pared sur.

—¿Y huellas de neumáticos en el exterior? Parece que no hay otra forma de llegar hasta este lugar, salvo ese estrecho camino.

El capitán Bolter asintió levemente.

—Tienes razón. Ese camino es el único acceso a la casa y las unidades forenses y policiales han pasado por allí. Si había algo, lo han cubierto. Haré que alguien pierda el culo por eso.

—¡Genial!

La habitación se quedó en silencio. Todos lo habían visto ya. Una víctima sin ninguna oportunidad contra un oponente mentalmente alterado; un lienzo pintado con los dramáticos colores de la muerte. Pero aquello parecía diferente, daba la sensación de ser diferente.

—No me gusta. —Hunter rompió el silencio—. No me gusta nada. No es un homicidio común que se comete sin pensarlo dos veces. Fue planeado, y durante mucho tiempo, ¡mierda! Imaginen solo la paciencia y determinación que se requiere para conseguir llevar a cabo algo como esto. —Hunter se frotó la nariz. El hedor a muerte le llegaba.

—¿Un crimen pasional, quizá? Puede que alguien quisiera vengarse de una aventura amorosa fallida. —García ofreció una nueva opinión.

—Esto no es un crimen pasional —dijo Hunter, negando con la cabeza—. Nadie que hubiera estado enamorado de ella sería capaz de hacerle algo así por mucho daño que le hubiese hecho, a no ser que estuviera saliendo con el mismísimo Satanás. Tan solo mírala, es sencillamente grotesco y eso me preocupa. No va a terminar aquí. —Las palabras de Hunter produjeron un nuevo escalofrío en la habitación. Lo último que la ciudad de Los Ángeles necesitaba era otro asesino psicópata suelto, alguien queriendo ser el próximo «Jack el Destripador».

—Hunter tiene razón, no es un crimen pasional. El asesino ya ha hecho antes esto —dijo finalmente el capitán Bolter apartándose de la ventana. Su afirmación detuvo a todos los que lo seguían.

—¿Sabe algo que nosotros no sabemos? —García hizo la pregunta que todos tenían en la boca.

—No por mucho tiempo. Hay algo más que quiero que vean antes de que deje entrar a los forenses.

Eso había intrigado a Hunter desde su llegada. Por lo general, el equipo forense comprueba la escena del crimen antes de que a los detectives se les permita pisotear las pruebas, pero aquel día, el capitán quiso que Hunter entrara primero. El capitán Bolter raramente se saltaba el protocolo.

—En el cuello, echa un vistazo —le dijo inclinando la cabeza hacia el cuerpo.

Hunter y García se intercambiaron una mirada de preocupación antes de aproximarse de nuevo hacia la mujer muerta.

—Denme algo con lo que pueda levantarle el pelo —le pidió Hunter a cualquier de la habitación. El doctor Winston le dio un puntero retráctil de metal.

Conforme iluminaba su cuello desnudo con la linterna, la cabeza de Hunter se adentró en un torbellino de pensamientos confusos. Se quedó mirándolo con incredulidad; se quedó pálido.

Desde donde estaba, García no veía con claridad, pero lo que lo perturbó fue la mirada en los ojos de Hunter. Fuera lo que fuera lo que Hunter estaba viendo, lo había dejado mudo del susto.

A pesar de tener treinta y nueve años, el rostro juvenil y el impresionante físico de Robert Hunter lo hacían tener el aspecto diferente, siempre con vaqueros, camiseta y chaqueta de cuero desgastada. Hunter medía un metro ochenta y dos centímetros, tenía hombros grandes, mejillas pronunciadas y cabello corto y rubio. Poseía una fuerza que controlaba calculadamente y que aparecía en cada movimiento que hacía, pero eran sus ojos lo más impactante. Un azul pálido intenso que sugería inteligencia y una resolución impávida.

Hijo único de una familia de clase media trabajadora. Creció en Compto, un barrio poco privilegiado al sur de Los Ángeles. Su madre perdió la guerra contra el cáncer cuando él solo tenía siete años. Su padre nunca volvió a casarse y tuvo que coger dos trabajos para poder dar abasto con las exigencias de criar un niño por su propia cuenta.

Desde una edad muy temprana, fue obvio para todo el mundo que Hunter era diferente. Comprendía las cosas antes que la mayoría. La escuela le aburría y le frustraba. Terminó todos los trabajos de sexto curso en menos de dos meses y, solo por tener algo que hacer, leyó los libros de séptimo, octavo y noveno curso. El señor Frétela, el director de la escuela, se quedó asombrado por el prodigio del niño y concertó una cita con la Escuela para Superdotados Merman, en Mulholland Drive, al noroeste de Los Ángeles. El doctor Tilby, el psicólogo del colegio, le hizo una batería de preguntas y lo declaró «fuera de lo normal». Una semana más tarde lo pasaron al octavo curso del colegio Mirman. Solo tenía doce años.

A los catorce años se había paseado por las asignaturas de Lengua, Historia, Biología y Química del colegio Mirman. Cuatro años de instituto se habían condensado en dos y a los quince se había graduado con honores. Con una recomendación por parte de todos sus profesores, la Universidad de Standard, universidad de Psicología más prestigiosa de América en aquella época, lo aceptó como estudiante bajo «circunstancias especiales».

A pesar del buen aspecto de Hunter, la combinación de ser muy delgado, ser muy joven y tener un extraño sentido para vestirse lo volvió impopular entre las chicas y un objetivo fácil para los matones. No tenía ni el cuerpo ni las habilidades para los deportes, y prefería pasar el tiempo libre en la biblioteca. Leía, devoraba los libros con una velocidad increíble. El mundo de la criminología y el proceso mental de los individuos denominados «malvados» le fascinaba. Mantener una media de sobresaliente durante sus años en la universidad fue como dar un paseo por el parque, pero pronto se cansó de los matones y de que lo llamaran «palillo». Decidió apuntarse a un gimnasio y empezó a recibir clases de artes marciales. Para su sorpresa, disfrutaba del dolor físico del trabajo. Se obsesionó con ello y, al año, los efectos de un entrenamiento tan duro eran claramente visibles. Su cuerpo adquirió un volumen

impresionante. El «palillo» se puso cuadrado y tardó menos de dos años en conseguir el cinturón negro en Karate. Los acosos pararon y, de repente, las chicas no se hartaban de él.

A los diecinueve años, Hunter ya se había licenciado en Psicología y a los veintitrés defendió su doctorado en Análisis del Comportamiento Criminal y Biopsicología. Su tesis, titulada «Estudio Avanzado en Conducta Criminal», se convirtió en un libro y en una lectura obligada en el Centro Nacional para el Análisis del Crimen Violento del FBI.

La vida le iba bien, pero dos semanas después de defender su doctorado, el mundo se le cayó encima. Durante los últimos tres años y medio, su padre había trabajado como guardia de seguridad en la sucursal que el Banco de América tenía en Avalon Boulevard. Un intento de robo fallido se convirtió en un tiroteo a lo «Salvaje Oeste» y el padre de Hunter recibió una bala en el pecho. Se pasó doce semanas luchando, en coma. Hunter jamás se apartó de su lado.

Aquellas doce semanas sentado en silencio, viendo a su padre morir poco a poco cada día, transformaron a Hunter. No podía pensar en otra cosa que no fuera la venganza. Fue ahí donde empezó el insomnio. Cuando la policía le dijo que no tenían ningún sospechoso, Hunter supo que nunca atraparían al asesino de su padre. Se sintió completamente impotente y esa sensación lo ponía furioso. Tras el entierro, tomó una decisión. Ya no solo estudiaría la mente de los criminales, él mismo los perseguiría.

Tras unirse al cuerpo de policía, se hizo un nombre rápidamente y ascendió de rangos a la velocidad de la luz, convirtiéndose en detective del Departamento de Policía de Los Ángeles a la temprana edad de veintiséis años. Pronto lo reclutaron para la División de Robos y Homicidios, donde formó pareja con un detective mayor que él, Scott Wilson. Formaban parte de la División Especial de Homicidios 1, y tenían que vérselas con asesinos en serie y otros casos notorios de homicidios que requerían bastante tiempo.

En aquella época, Wilson tenía treinta y nueve años. Su metro ochenta y nueve se complementaba con sus ciento treinta y seis kilos de músculo y grasa. Su rasgo más distintivo era una cicatriz que le brillaba en la parte izquierda de su cabeza afeitada. Su mirada amenazadora siempre jugaba en su favor. Nadie se metía con un detective que parecía una versión enfadada de Shrek.

Wilson llevaba dieciocho años en el cuerpo, los últimos nueve de ellos como detective de la División de Robos y Homicidios. Al principio odiaba la idea de tener como pareja a un detective joven y sin experiencia, pero Hunter aprendía con rapidez y su poder de deducción y análisis era algo increíble. Con cada caso que resolvían, el respeto de Wilson crecía. El uno se convirtió en el mejor amigo del otro, inseparables dentro y fuera del trabajo.

A la ciudad de Los Ángeles nunca le habían faltado homicidios violentos y dantescos, pero carecía de detectives. Con frecuencia, Wilson y Hunter tenían que

trabajar hasta en seis casos a la vez. La presión nunca podía con ellos; al contrario, les daba alas. Más tarde, la investigación del caso de una celebridad de Hollywood casi les cuesta sus placas y su amistad.

El caso involucraba a Linda y John Spencer, un conocido productor de música que había hecho una fortuna tras producir tres números uno consecutivos de música *rock*. John y Linda se habían conocido en una fiesta después de un concierto; al instante la historia se convirtió en romance y a los tres meses ya estaban casados. John había comprado una casa impresionante en Beverly Hills y su matrimonio parecía haber salido directamente de un cuento de hadas, todo parecía y se sentía perfecto. Ambos amaban la diversión, y al menos dos veces al mes montaban una fiesta extravagante alrededor de su piscina con forma de piano. Pero la historia de hadas no duró mucho. A punto de cumplir un año de casados, las fiestas empezaron a decaer, junto con su idilio. Las peleas en casa y en público se convirtieron en algo normal conforme la adicción de John a las drogas y al alcohol se apoderaba de su vida.

Una noche de agosto, tras otra acalorada disputa, encontraron el cuerpo de Linda en la cocina con un único disparo de un revólver calibre 38 detrás de la cabeza, al estilo de una ejecución. No había signos de pelea ni de robo, tampoco heridas por haberse defendido ni moratones en los brazos o manos de Linda. Las pruebas encontradas en la escena del crimen, junto con el hecho de que había desaparecido tras la discusión con Linda, convirtieron a John en el principal y único sospechoso. Asignaron al caso a Hunter y a Wilson.

Cogieron a John solo unos días más tarde, borracho y puesto de heroína. En el interrogatorio no negó haber tenido otra pelea con su mujer aquella noche. Admitió que su matrimonio había pasado una mala fase. Se acordaba de la discusión y de haberse marchado de la casa enfadado, agitado y borracho, pero lo que no recordaba era lo que le había ocurrido los últimos dos días. No tenía coartada. Pero también sostenía que nunca le haría daño a Linda. Aún seguía locamente enamorado de ella.

Las investigaciones de homicidios en los que había celebridades de Hollywood de por medio siempre atraían mucha atención y los medios de comunicación no tardaban en montar su propio circo:

«PRODUCTOR RICO Y FAMOSO ASESINA

A SU HERMOSA MUJER EN UN ATAQUE DE CELOS».

Hasta el alcalde pidió una rápida resolución del caso.

La acusación demostró que John poseía un revólver del calibre 38, pero nunca se encontró. Tampoco tuvieron problemas para conseguir testigos que declararan sobre las peleas en público que John y Linda solían tener. En la mayoría de casos, John gritaba mientras que Linda solo lloraba. Establecer que John Spencer tenía un

temperamento agresivo fue un juego de niños.

Wilson estaba convencido de la culpabilidad de John, pero Hunter estaba seguro de haber atrapado al tipo equivocado. Para Hunter, John era simplemente un niño asustado que se había hecho rico muy rápidamente, y con el dinero y la fama llegaron las drogas. John no tenía un historial de violencia. En el colegio era otro guaperas cretino con vaqueros rotos y un extraño corte de pelo que siempre estaba escuchando *heavy metal*.

Hunter intentó muchas veces razonar con Wilson.

—Está bien, tenía peleas con su mujer, pero dime un matrimonio que no las tenga —razonaba Hunter—. En ninguna de las peleas le hizo daño a Linda.

—Balística ha demostrado que la bala que la mató estaba guardada en el cajón de la mesa del despacho de John Spencer —le gritó Wilson.

—Eso no prueba que él apretara el gatillo.

—Todas las fibras encontradas en la víctima venían de la ropa que John llevaba puesta la noche que lo encontraron. Pregúntale a cualquiera que conociera a la pareja. Tenía un mal temperamento, siempre le estaba gritando. Eres psicólogo, sabes cómo se intensifican estas cosas.

—Exactamente, se intensifican. De forma gradual. Por lo normal, no se pasa en un solo paso de tener discusiones acaloradas a dispararle a alguien en la cabeza por detrás.

—Mira Robert, siempre he respetado las evaluaciones que haces de un sospechoso. Nos has llevado en la dirección correcta muchas veces, pero también me gusta seguir mi instinto. Y mi instinto me dice que esta vez estás equivocado.

—El tipo se merece una oportunidad. Deberíamos continuar con la investigación. Puede que nos hayamos dejado algo.

—No podemos seguir —Wilson sonrió—. Esa decisión no depende de nosotros. Lo sabes bien. Hemos cumplido con nuestra parte. Seguimos las pruebas que teníamos y detuvimos al sospechoso que perseguíamos. Deja que sus abogados se encarguen de esto ahora.

Hunter sabía de la pasta que estaban hechos los asesinos y John Spencer simplemente no reunía los requisitos, pero, por sí sola, su opinión no valía para nada. Wilson tenía razón. No estaba en sus manos. Estaban con otros cinco casos y el capitán Bolter había amenazado a Hunter con la suspensión si perdía más tiempo en un caso que estaba oficialmente cerrado.

Al jurado le llevó menos de tres horas alcanzar un veredicto de culpabilidad del cargo que se le imputaba. John Spencer fue sentenciado a prisión de por vida. Y fue la vida lo que le costó. Veintiocho días después de la condena, John se colgó con las sábanas de la cama. En la celda, junto al cuerpo, había una nota que decía: «Linda, pronto estaré contigo. No más peleas, te lo prometo».

Veintidós días después del suicidio de John Spencer, apresaron en Utah al chico que les limpiaba la piscina. En su coche encontraron el revólver calibre 38 junto con

algunas joyas y ropa íntima de Linda Spencer. Las pruebas forenses subsecuentes demostraron que la bala que la mató salió del mismo revolver. El chico confesó más tarde que le había disparado.

Los medios de comunicación, el Jefe de Policía, el Inspector de Policía y el Alcalde mantuvieron a Hunter y Wilson bajo estrecha vigilancia. Los acusaron de negligencia e insuficiencia para dirigir una investigación correctamente. Si el capitán Bolter no hubiera intervenido en su favor y aceptado la mitad de la culpa, habrían perdido sus placas de detectives. Hunter nunca dejó de culparse por no haber hecho más. Su amistad con Wilson sufrió un duro golpe. De eso hacía seis años.

SIETE

—¿Qué es? ¿Qué ves? —preguntó García dirigiéndose hacia su compañero, quien aún no había dicho ni una palabra. Hunter estaba inmóvil, con los ojos abiertos de par en par, mirando algo grabado en la nuca de la mujer, algo que nunca olvidaría.

De puntillas para mirar por encima de los hombros de Hunter, García pudo ver mejor el cuello de la mujer muerta, pero ni aún así pudo salir de su confusión. Nunca antes había visto algo así grabado en la piel.

—¿Qué significa? —preguntó con la esperanza de que alguien le respondiera. Silencio.

García se acercó. El símbolo parecían dos cruces en una, una boca arriba y otra boca abajo, pero las cruces parecían estar muy separadas la una de la otra, casi en los extremos de la barra vertical. Para él no tenían ningún significado en absoluto.

—¿Es una broma, capitán? —finalmente, Hunter salió del trance.

—Es enfermizo, pero no es una broma —le respondió el capitán con voz severa.

—¿Me va a decir alguien algo? —La impaciencia de García aumentaba.

—Mierda —dijo Hunter, dejando caer el cabello de la mujer sobre los hombros.

—¡Hola! —García movió la mano frente a los ojos de Hunter—. No recuerdo haberme tomado esta mañana las pastillas para la invisibilidad, así que ¿me va a decir alguien qué diablos está pasando? —Apenas ocultó su irritación.

La habitación se había vuelto más oscura para Hunter, el aire más cargado. Le resultaba difícil pensar con el dolor que le machacaba la cabeza. Se frotó sus arenosos ojos con la última esperanza de que todo hubiera sido un mal sueño.

—Será mejor que pongas a tu compañero al corriente, Hunter —dijo el capitán Bolter, atrayendo de nuevo los sentidos de Hunter a la habitación.

—Gracias —dijo García, aliviado por haber encontrado un aliado.

Hunter seguía sin prestar atención.

—¿Sabe lo que quiere decir esto, capitán?

—Sí, sé lo que parece ser.

Hunter se pasó los dedos por el pelo.

—Los medios de comunicación van a hacer su agosto cuando se enteren de esto —continuó diciendo.

—Por ahora, los medios de comunicación no se van a enterar de nada, yo me encargaré de ello —lo tranquilizó el capitán—, pero más vale que tú descubras si es el auténtico.

—¿Auténtico? —gritó García.

El doctor Winston se metió en la conversación.

—Bueno, lo que sea que tengan que hacer, háganlo fuera. Tengo que dejar entrar a los chicos para que puedan empezar a trabajar en la habitación. No quiero perder

más tiempo con esto.

—¿Cuánto tiempo necesitan para procesar el lugar? ¿Cuándo sabremos algo? —preguntó Hunter.

—No estoy seguro, pero a juzgar por el tamaño de la casa, casi todo el día, puede que incluso se les haga de noche.

Hunter conocía bien el proceso, no había nada que pudiera hacer, salvo esperar.

—Cuando salgan díganles a los del laboratorio de criminología que pasen, ¿de acuerdo? —les dijo el doctor, acercándose al cuerpo de la víctima.

—Sí, lo haremos —dijo Hunter, asintiendo con la cabeza hacia García, quien aún seguía con la mirada de un niño perdido.

—Nadie me ha dicho aún una mierda —dijo protestando.

—Venga, si me llevas a mi coche podremos hablar por el camino.

Hunter echó un último vistazo al cuerpo mutilado y atado a los postes de madera. Resultaba difícil imaginarse que unos días atrás se trataba del cuerpo de una mujer rebosante de vida. Hunter abrió la puerta y salió de la habitación con García encima de él.

En el exterior de la casa, conforme se acercaban al coche, Hunter aún parecía inquieto.

—¿Y bien, dónde tienes el coche? —le preguntó García mientras abría la puerta de su Honda Civic.

—¿Qué? —Hunter parecía tener la cabeza en otra parte.

—¿Tu coche? ¿Dónde lo tienes?

—¡Ah! En Santa Mónica.

—¡Santa Mónica! Hay que cruzar toda la ciudad.

—¿Tienes otra cosa que hacer?

—Ya no —le respondió García con mirada de tonto—. ¿Dónde lo tienes exactamente?

—¿Conoces el Hideout?

—Sí, lo conozco. ¿Qué diablos hacías allí?

—No me acuerdo —respondió Hunter con un leve movimiento de negación con la cabeza.

—Vamos a tardar unas dos horas en llegar a Santa Mónica desde aquí. Por lo menos vamos a tener bastante tiempo para hablar.

—¿Dos horas? —Hunter parecía sorprendido—. ¿Qué es lo que hay bajo el capó? ¿El motor de una *scooter*?

—¿Te has fijado en los baches que hay por aquí? Es un coche nuevo. No voy a joderle la suspensión, así que hasta que no arreglen estas carreteras de superficie lunar vamos a ir bastante despacio.

—Como quieras. —Hunter se metió en el coche y se puso el cinturón. Echó un vistazo al paraíso de un obseso compulsivo con la limpieza. El interior del coche estaba immaculado. Ni bolsas de patatas en el suelo, ni manchas de café en la

alfombrilla o en los asientos, ni migajas de donuts, nada.

—Maldición, novato, ¿lo limpias todos los días?

—Me gusta tener el coche limpio, es mejor que tenerlo como una pocilga, ¿no crees? —García parecía orgulloso.

—¿Y qué diablos es este olor? Parece... tutti frutti.

—Se llama ambientador. Deberías poner uno dentro de esa vieja chatarra que tienes.

—Ey, a mi coche no le pasa nada. Viejo, sí, pero duro como las piedras. No como esas importaciones baratas.

—No es un coche barato.

—Sí, es cierto —respondió Hunter con una breve sonrisa—. De todas formas, estoy impresionado. ¿Limpias casas también? Hay un mercado muy grande en Beverly Hills, por si alguna vez decides dejar el trabajo de detective.

García pasó del comentario de Hunter, arrancó el coche y esquivó con algunas maniobras los coches que aún seguían aparcados delante de la vieja casa. Puso todo su empeño en no rozar el coche con los arbustos que bordeaban el estrecho sendero y se maldijo al oír el sonido de las ramas que arañaban el metal. Al principio, García condujo despacio, intentando minimizar los baches, y ambos se quedaron en silencio hasta que llegaron a la carretera principal.

Hunter había conducido muchas veces por Little Tujunga Canyon Road. Si lo que buscas es relajarte, es un viaje asombroso con unas vistas reconfortantes.

—Está bien, soy todo oídos. —García rompió el silencio—. Basta de tonterías. ¿Qué significa el extraño símbolo que hay grabado en la nuca de la víctima? A juzgar por tu reacción, es obvio que ya lo habías visto antes.

Hunter buscó las palabras correctas, conforme le llegaban a la memoria viejas imágenes. Estaba a punto de introducir a García en una pesadilla, una que intentaba olvidar.

—¿Has oído hablar del Asesino de Crucifijo?

García arqueó una ceja y miró a Hunter con curiosidad.

—¿Te estás burlando de mí?

Hunter negó con la cabeza.

—Sí, claro que sí. Todo el mundo en Los Ángeles ha oído hablar del Asesino del Crucifijo. Maldición, todo el mundo en los Estados Unidos ha oído hablar del Asesino del Crucifijo. De hecho, seguí el caso tan de cerca como pude. ¿Por qué?

—¿Qué sabes de él? ¿Qué sabes del caso?

—¿Te jactas ahora? —le preguntó con sonrisa incómoda, como si esperara la respuesta obvia. No obtuvo ninguna—. ¿Lo dices en serio? ¿Quieres que hable contigo del caso?

—Dame el gusto.

—Está bien —le respondió García con un movimiento de cabeza que decía «como quieras»—. Fue probablemente tu caso más importante. Siete homicidios

terribles en un periodo de dos años. Algún fanático religioso mal de la cabeza. Tu excompañero y tú pillaron al tipo hace un año y medio o así. Lo apresaron saliendo de Los Ángeles en su coche. Si no estoy equivocado, tenía un huevo de pruebas dentro del coche, efectos personales de las víctimas y cosas así. Al parecer, ni siquiera el interrogatorio duró demasiado; confesó en el acto, ¿no?

—¿Cómo sabes lo del interrogatorio?

—¿Sigo siendo poli, lo recuerdas? Conseguimos buena información confidencial. De todas formas, le cayó la pena de muerte y hace un año más o menos le pusieron la inyección letal, una de las sentencias ejecutadas con mayor rapidez de la historia. Incluso el presidente se metió de por medio. Estaba en todas las noticias.

Hunter examinó a su compañero durante un instante. García conocía la historia que la prensa había publicado.

—¿Es todo lo que sabes? ¿Sabes por qué la prensa lo llamaba el Asesino del Crucifijo?

García examinó a su compañero durante un segundo.

—¿Has estado bebiendo?

—No en las últimas horas —dijo Hunter de forma instintiva mirándose el reloj.

—Sí, todo el mundo sabe por qué. Como te he dicho antes, era un fanático religioso. Pensaba que liberaba al mundo de los pecadores o alguna mierda por el estilo. Ya sabes, prostitutas y drogadictos; a cualquiera que las vocecitas de su mente enfermiza le dijeran que matara. Sea como fuere, la razón por la que lo llamaban el Asesino del Crucifijo era porque hacía la marca de un crucifijo en la mano izquierda de sus víctimas.

Hunter se quedó sentando en silencio durante un instante.

—¿Espera un momento? ¿Crees que este caso es una imitación? Me refiero a lo de grabar ese extraño símbolo en la nuca de la mujer. Parecía algún tipo de crucifijo si lo piensas bien —dijo García, percibiendo la indirecta de Hunter.

Hunter no respondió. El silencio se apoderó de ambos durante dos o tres minutos. Ya habían llegado a Sand Canyon Road, un barrio exclusivo en Santa Clarita, y la vista había cambiado a grandes casas con jardines cuidados de manera impecable. Hunter veía hombres de negocios saliendo por las puertas de sus casas con bonitos trajes y preparados para otro día en la oficina. Los primeros rayos de sol acababan de honrar al cielo con lo que prometía ser otro caluroso día de bochorno.

—¿Puedo preguntarte algo, ya que estamos hablando de los asesinatos del Crucifijo? —García terminó con el silencio en el coche.

—Sí, dale —respondió Hunter con tono monótono.

—Se rumoreaba que ni tu compañero ni tú creían que el tipo al que apresaron era el asesino, a pesar de las pruebas que se encontraron en su coche y a pesar de su confesión, ¿es verdad?

Las imágenes del único interrogatorio de Hunter con el denominado Asesino del Crucifijo empezaron a reproducirse en su cabeza.

Clic...

—Miércoles, 15 de Febrero, 10:30 a.m. Detective Robert Hunter inicia el interrogatorio de Mike Farloe con respecto al caso 017632. El interrogado ha declinado el derecho a un abogado. —Hunter hablaba a una desfasada grabadora de una de las ocho salas de interrogatorios del edificio del Departamento de Robos y Homicidios.

Frente a Hunter se sentaba un hombre de treinta y cuatro años de edad con mandíbula fuerte y de barbilla pronunciada cubierta con una barba de tres días, y con una mirada tan fría como el hielo. Tenía entradas y el poco pelo oscuro que le quedaba era fino y lo llevaba peinado hacia atrás. Tenía las manos esposadas y colocadas encima de una amplia mesa de metal situada entre Hunter y él, con las palmas hacia abajo.

—¿Está seguro de que no quiere que su abogado esté presente?

—El señor es mi pastor.

—Está bien, sigamos. Se llama Mike Farloe, ¿es correcto?

El hombre levantó la mirada de sus manos esposadas y miró a Hunter a los ojos.

—Sí.

—Y su dirección actual es el número 5 de la calle Sandoval en Santa Fe.

Mike estaba extrañamente calmado para ser alguien que se enfrentaba a un cargo de homicidio múltiple.

—Ahí es donde solía vivir, sí.

—¿Solía vivir?

—Ahora viviré en la cárcel, ¿no es cierto, detective? Al menos durante un tiempo.

—Tenía la voz apagada y segura.

—¿Quiere ir a la cárcel?

Silencio.

Hunter era el mejor interrogador del Departamento de Robos y Homicidios. Sus conocimientos en psicología le permitían sacar información de gran valor de los sospechosos. Podía leer el lenguaje corporal y los detalles del sospechoso como si fuera su billetera. El capitán Bolter quería la más mínima información que pudiera sacar de Mike Farloe. Robert Hunter era su arma secreta.

—¿Recuerda dónde se encontraba la noche del 15 de Diciembre del año pasado?

—Hunter se refería a la noche anterior a que se encontrara la última víctima del Asesino del Crucifijo.

Mike lo seguía mirando fijamente.

—Sí.

Hunter esperó unos segundos para que recordara la respuesta. Nunca llegó.

—¿Y dónde estaba?

—Estaba trabajando.

—¿Y a qué se dedica?

—Limpio la ciudad.

—¿Es basurero?

—Correcto, pero también trabajo para Nuestro Señor Jesucristo.

—¿Haciendo qué?

—Limpio la ciudad —repitió con calma—. Libero a esta ciudad de suciedad, de pecadores.

Hunter podía sentir al capitán Bolter moviéndose en la silla del interior de la sala de observación al otro lado del espejo unidireccional que había situado en la pared norte.

Hunter se masajeó la nuca con la mano derecha.

—Está bien, ¿qué me dice del...? —hojeó unas cuantas notas que tenía con él—
22 de Septiembre, ¿recuerda lo que hizo aquella noche?

En el interior de la pequeña sala de observación, Scott parecía perplejo.

—¿El 22 de Septiembre? ¿Qué diablos ocurrió ese día? No encontramos ninguna víctima en esa fecha, ni siquiera cerca de esa fecha. ¿Qué carajo está haciendo Hunter?

Scott tenía las fechas en que había actuado el Asesino del Crucifijo grabadas en la mente y estaba seguro de que Hunter las sabía de memoria, no necesitaba comprobar sus anotaciones.

—Déjalo que haga su trabajo, sabe lo que está haciendo. —La respuesta salió del doctor Martín, un psicólogo de la policía que también estaba observando el interrogatorio.

—Lo mismo. Estaba haciendo exactamente lo mismo —respondió Mike convencido. Su respuesta cogió por sorpresa a todos los que estaban en la sala de observaciones.

—¿Qué? —farfulló Scott—. ¿Hay alguna víctima de la que no sepamos nada?

La respuesta del capitán Bolter fue un simple movimiento de hombros.

Hunter había estado observando las reacciones de Mike Farloe, intentando entender su forma de pensar, intentando leer alguna señal que lo delatara. Los libros sobre comportamiento psicológico habían servido a Hunter para monitorizar el movimiento de los ojos de Mike; hacia arriba y a la izquierda significaba que estaba accediendo a la corteza cerebral primaria, intentando crear una imagen en la mente que antes no existía, una clara señal de que mentía. Hacia arriba y a la derecha significaba que buscaba en imágenes visuales que recordaba, por lo tanto, probablemente decía la verdad. No hubo ningún movimiento en absoluto, sus ojos seguían fijos como los de un muerto.

—¿Qué hay de los objetos que encontramos en su coche, puede hablarme de ellos? ¿Cómo los consiguió? —le preguntó Hunter, refiriéndose al pasaporte, el carnet de conducir y la tarjeta de la seguridad social que habían encontrado en una bolsa de papel escondida en la rueda de repuesto en el compartimento de su

Oldsmobil Custum Cruiser. Cada uno de los objetos pertenecía a una víctima diferente. En el maletero, la policía también encontró trapos manchados de sangre. La sangre coincidía con el ADN de tres de las víctimas.

—De los pecadores.

—¿Los pecadores?

—Sí... no se haga el tonto, detective, sabe a lo que me refiero.

—Puede que no. ¿Por qué no me lo explica?

—Sabe, se suponía que el mundo no tendría que ser así. —El primer matiz de sentimiento alguno empezaba a aparecer por fin en Mike, la rabia—. Cada segundo de cada día se comete un nuevo pecado. Cada segundo de cada día faltamos al respeto y hacemos caso omiso a las leyes que nos han sido dadas por el poder divino. El mundo no puede seguir de este modo, faltando el respeto a Nuestro Señor, menospreciando su mensaje. Alguien tiene que castigarlos.

—¿Y ese alguien eras tú?

Silencio.

—Para mí, las víctimas eran personas normales y corrientes, no pecadores.

—Eso es porque tiene los putos ojos pegados con pegamento, detective. La obscenidad de la ciudad lo tiene tan cegado que ya no puede ver lo correcto. Nadie puede. Una prostituta que vendía su cuerpo por dinero y propagaba enfermedades por toda la ciudad. —Hunter sabía que hablaba de la segunda víctima—. Un abogado cuyo único propósito en la vida era defender a camellos de mierda para así poder pagarse su estilo de vida a lo *playboy*. Una persona sin moral. —Se refería a la quinta víctima—. Una derrochadora que llegó a lo más alto manteniendo relaciones sexuales; todo miembro le servía con tal de subir un peldaño. —La sexta víctima—. Tenían que pagar. Tenían que aprender que uno no puede alejarse de las leyes del Señor por las buenas. Tenían que aprender la lección.

—¿Y eso es lo que hacías?

—Sí... servía a Nuestro Señor. —La rabia había desaparecido. Su voz era tan serena como la sonrisa de un bebé.

—Psicópata. —El comentario salió de Scott desde el interior de la sala de observaciones.

Hunter se sirvió un vaso de agua fría de la botella de aluminio que había en la mesa.

—¿Quieres agua?

—No, gracias, detective.

—¿Quieres algo... café, un cigarro?

Su respuesta fue un simple gesto de negación con la cabeza.

Hunter seguía sin poder leer a Farloe. No había variaciones en el tono de su voz, ningún movimiento repentino, ningún cambio de expresión facial. Sus ojos seguían fríos como el hielo, desprovistos de sentimiento alguno. Tenía las manos quietas. No había aumento de transpiración en manos o frente. Hunter necesitaba más tiempo.

—¿Cree en Dios, detective? —le preguntó Mike con calma—. ¿Reza para arrepentirse de sus pecados?

—Creo en Dios. En lo que no creo es en el asesinato —le respondió Hunter con el mismo tono de voz.

Mike Farloe miraba a Hunter como si se hubieran intercambiado los papeles, como si fuera él quien intentara interpretar su reacción. Hunter estaba a punto de hacerle otra pregunta cuando Farloe habló primero.

—Detective, ¿por qué no cortamos con esta mierda y vamos directo al grano? Pregúnteme lo que ha venido a preguntarme. Pregunte y recibirá una respuesta.

—¿Y de qué se trata? ¿Qué he venido a preguntarle?

—Quiere saber si cometí esos asesinatos. Quiere saber si soy yo al que llaman el Asesino del Crucifijo.

—¿Y lo es?

Por primera vez, Farloe desvió la mirada de Hunter. Su mirada descansaba en el espejo unidireccional de la pared norte. Sabía lo que pasaba al otro lado. La expectación en la sala de observación aumentó hasta entrar en erupción. El capitán Bolter podría jurar que Farloe lo miraba directamente a él.

—No fui yo quien eligió ese nombre, fueron los medios de comunicación. —Sus ojos habían vuelto sobre Hunter—. Pero sí, liberé sus almas de sus vidas pecaminosas.

—¡Que me cuelguen! Tenemos una confesión. —El capitán Bolter apenas podía ocultar la emoción.

—¡Vaya si la tenemos! Y Hunter solo ha necesitado diez minutos para sacársela. Ése es mi chico —dijo Scott con una sonrisa.

—Si eres el Asesino del Crucifijo, entonces tú elegiste el nombre —prosiguió Hunter—. Marcabas a tus víctimas. Tú elegiste la marca.

—Necesitaban arrepentirse. El símbolo de Nuestro Señor liberó sus almas.

—Pero no eres Dios. No tienes el poder para liberar a nadie. No matarás, ¿no es ese uno de los mandamientos? ¿Matar a esas personas no te convierte en un pecador?

—No hay pecado cuando se realiza en el nombre del divino. Estaba haciendo el trabajo de Dios.

—¿Por qué? ¿Acaso Dios te llamó diciendo que estaba enfermo y que no podía ir a trabajar? ¿Por qué te iba a pedir Dios que mataras en su nombre? ¿No se supone que Dios es un ser misericordioso?

Farloe dejó que una sonrisa bendijera su boca por primera vez, enseñando las manchas amarillas de nicotina en los dientes. Había un aire diabólico en él. Algo diferente, algo casi inhumano.

—Estos tipos me dan náuseas. Deberíamos detener el interrogatorio, ya ha confesado, lo hizo él, fin de la historia —dijo Scott claramente irritado.

—Aún no, dale unos minutos más —respondió el doctor Martín.

—Como quieras... yo me voy, ya he tenido suficiente. —Scott abrió la puerta y

salió al estrecho pasillo de la tercera planta del edificio del Departamento de Robos y Homicidios.

Hunter cogió un trozo de papel, escribió algo en él y se lo pasó a Farloe deslizándolo sobre la mesa.

—¿Sabes lo que es?

Los ojos de Farloe recorrieron el papel. Se quedó mirándolo unos cinco minutos. Por el movimiento de sus ojos y por su imperceptible ceño, Hunter supo que Farloe no tenía ni idea de lo que significaba la figura que había en el papel. Hunter no obtuvo respuesta.

—Está bien, déjame que te lo pregunte...

—No, no más preguntas —lo interrumpió Farloe—. Sabe lo que he hecho, detective. Ha visto mi obra. Ha oído lo que quería oír. No hay necesidad de más preguntas. He dicho lo que tenía que decir. —Farloe cerró los ojos, juntó las manos y empezó a rezar.

* * *

—Sí, es verdad. Nunca creí que fuera el asesino —respondió finalmente a la pregunta de García, regresando de sus recuerdos.

A pesar de ser las seis de la mañana pasadas, el día era caluroso. Hunter apretó el botón de la puerta del acompañante y la ventanilla empezó a bajar lentamente. El paisaje había cambiado de las lujosas casas de Santa Clarita al del ruidoso tráfico de la autopista de San Diego.

—¿Quieres que encienda el aire acondicionado? —le preguntó García toqueteando los controles del tablero.

El coche de Hunter era un viejo Buick y no tenía ninguno de los lujosos artilugios de los coches modernos. Sin aire acondicionado, sin techo solar, sin elevallas o espejos eléctricos, pero era un Buick, puro músculo americano, como a Hunter le gustaba llamarlo.

—No. Lo prefiero así, aire natural contaminado de Los Ángeles, es insuperable.

—¿Por qué pensabas entonces que habían apresado al tipo equivocado? Tenían todas las pruebas que encontraron en su coche, además de la confesión del tipo. ¿Qué más necesitaban? —preguntó García, volviendo al tema del Asesino del Crucifijo.

Hunter inclinó la cabeza hacia la ventana abierta y dejó que el aire le acariciara el pelo.

—¿Sabías que no encontramos ninguna prueba en ninguno de los escenarios de los siete crímenes?

—Había oído rumores, pero pensaba que era por vuestra gente, que intentaba ocultar sus cartas.

—Es verdad, Scott y yo peinamos cada milímetro de los escenarios de los

crímenes como así lo hizo el equipo forense. Jamás encontramos nada, ni una huella, ni un pelo, ni una fibra... nada. La escena del crimen era como un vacío forense. — Hunter hizo una pausa mientras el viento golpeaba su cara nuevamente—. En dos años, el asesino no cometió ningún error, nunca se olvidó de nada... el asesino era como un fantasma. No teníamos nada, ninguna pista, ninguna dirección, y no teníamos ni idea de quién podría ser el asesino. Luego, de improviso, ¿le apresan con toda esa mierda en el coche? No me cuadraba. ¿Cómo diablos puede alguien pasar de ser probablemente el más cuidadoso de los criminales en toda la historia a ser el más descuidado?

—¿Cómo lo apresaron?

—Una llamada anónima justo unas semanas después de que se encontrara la séptima víctima. Alguien vio un coche sospechoso con lo que parecían ser manchas de sangre en la parte exterior del maletero. El que llamó se las arregló para apuntar la matrícula, y pillaron el coche en las afueras de Los Ángeles.

—¿El de Mike Farloe?

—Exacto, y el maletero fue como un regalo de Navidad para la investigación.

García frunció el ceño. Empezaba a seguir la línea de pensamiento de Hunter.

—Sí, pero se han cogido a varios asesinos importantes de esa manera, por una violación de las normas de tráfico o por alguna infracción menor. Puede que fuera cuidadoso en la escena del crimen pero descuidado en casa.

—Eso no me lo trago —respondió Hunter con un movimiento de cabeza—. Además, me llamó «detective» durante todo el interrogatorio.

—¿Y qué hay de malo en ello?

—El Asesino del Crucifijo solía llamarme al móvil para darme la localización de una nueva víctima, así es cómo las encontrábamos. Yo era el único que tenía algún contacto con él.

—¿Por qué tú?

—Nunca lo averigüé, pero cada vez que me llamaba siempre utilizaba mi nombre de pila, siempre me llamaba «Robert», nunca «detective». —Hunter hizo una pausa. Estaba a punto de soltar una bomba atómica encima de García—. Pero el momento crucial fue cuando le pregunté por la marca del crucifijo en las manos de las víctimas. En cierto modo, lo aceptó, dijo que el símbolo de Nuestro Señor podía liberarlas o algo así.

—Sí, así que tenemos a un psicópata religioso, ¿adónde quieres llegar?

—Le enseñé un dibujo del símbolo que utilizaba el Asesino del Crucifijo y estoy seguro de que no lo reconoció.

—¿No reconoció el crucifijo? —García arqueó las dos cejas.

—El Asesino del Crucifijo nunca marcó la mano izquierda de sus víctimas con un crucifijo. Eso fue una historia que dimos a los medios de comunicación para evitar imitadores, gente que quisiera llamar la atención.

García aguantó la respiración ante la expectación y sintió un incómodo escalofrío

en la espalda.

—Lo que el Asesino del Crucifijo hacía era grabar un extraño símbolo, algo así como un doble crucifijo, uno hacia arriba y otro hacia abajo, en la nuca de las víctimas. —Hunter se señaló el cuello con su propio dedo—. Ésa era su auténtica marca.

Las palabras de Hunter cogieron a García del todo por sorpresa. Su mente volvió al escenario en la vieja casa de madera. El cuerpo de la mujer. Su rostro despellejado. La marca en el cuello. El símbolo del Asesino del Crucifijo.

—¿Qué? Te estás burlando de mí. —García apartó la mirada de la carretera por un instante.

—¡Mira a la carretera! —Hunter se dio cuenta de que estaban a punto de saltarse un semáforo en rojo. García volvió de nuevo a la carretera y frenó en seco, proyectando a Hunter como si fuera un torpedo. El cinturón lo sujetó e hizo que volviera de nuevo contra el asiento, moviendo la cabeza con violencia y golpeando el reposacabezas.

—Mierda, has hecho que me vuelva el dolor de cabeza, gracias —dijo Hunter frotándose las sienes con ambas manos.

Lo último en lo que pensaba García era en el dolor de cabeza de su compañero. Las palabras de Hunter seguían resonando en sus oídos.

—¿Qué decías? ¿Qué alguien ha averiguado lo de la auténtica firma del Asesino del Crucifijo y la está utilizando?

—Lo dudo. Únicamente lo sabían unas cuantas personas. Unos pocos de la división y el doctor Winston. Mantuvimos bien sellada toda información acerca del asesino. El símbolo que hemos visto hoy era idéntico.

—Maldición, ¿estás sugiriendo que ha regresado de entre los muertos o algo así?

—Lo que intento decir es que, como siempre había sospechado, Mike Farloe no era el Asesino del Crucifijo. El asesino aún anda suelto.

—Pero confesó. ¿Por qué iba hacerlo sabiendo que le pondrían la letal? —preguntó García casi gritando.

—Puede que quisiese la fama, no estoy seguro. Mira, no me cabe duda de que Mike Farloe estaba mal de la puta cabeza, era un psicópata religioso, pero no era el que nosotros buscábamos.

—Pero, entonces, ¿cómo fueron a parar todas las pruebas a su coche?

—No estoy seguro, probablemente le tendieron una trampa.

—¿Una trampa? Pero el único que pudo haberle tendido una trampa fue el propio Asesino del Crucifijo.

—Exactamente.

—¿Y por qué ahora? ¿Por qué iba a volver ahora?

—Es lo que intento averiguar —respondió Hunter.

García se quedó sentado inmóvil mirando a Hunter. Necesitaba tiempo para poder asimilarlo todo. Eso explicaría la reacción de Hunter al ver el símbolo grabado en la

nuca de la mujer. ¿Sería verdad que no habían atrapado al Asesino del Crucifijo? ¿Seguía suelto? ¿Habría el Estado mandado a un inocente a la muerte? Los asesinatos habían cesado desde la condena de Mike Farloe, lo que indicaba que él era el Asesino del Crucifijo. Hasta Hunter había empezado a creerlo.

Se quedaron sentados en silencio. Hunter podía sentir cómo García intentaba procesar toda la nueva información, cómo intentaba entender por qué alguien confesaría un crimen que no había cometido.

—Si es verdad, supongo que pronto lo averiguaremos —dijo Hunter.

—¿Tú crees? ¿Cómo lo averiguaremos?

—Bueno, para empezar, si se trata del mismo asesino, el equipo forense no encontrará nada, será otra escena del crimen impoluta... Está en verde.

—¿Qué?

—El semáforo, está en verde.

—García metió la marcha y pisó el acelerador. Ninguno dijo una palabra hasta que llegaron a Santa Mónica.

El Hideout estaba justo donde terminaba la playa de West Channel Road. La playa de Santa Mónica está literalmente frente a la carretera, convirtiendo al Hideout en uno de los lugares nocturnos más populares al oeste de la región. García solo había ido una vez. Unas cortinas separaban la zona del bar con temática náutica de la sala principal, decorada con imágenes de Santa Mónica en la década de los 20. La segunda planta era una buhardilla que daba a un patio trasero llenos de sillas de mesa. Era un lugar muy popular hasta los toques de gente joven. Definitivamente, no era el tipo de bar en el que García se imaginaba a Robert Hunter.

El coche de Hunter estaba aparcado solo a unos cuantos metros de la entrada del bar. García se detuvo justo detrás de él.

—Me gustaría echar otro vistazo a la casa cuando el equipo forense haya terminado, ¿qué me dices? —le preguntó Hunter sacando las llaves del bolsillo.

—García se sentía incapaz de mirar a Hunter.

—¡Ey, novato! ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —respondió por fin García—. Sí, es una buena idea.

Hunter Salió del reluciente Honda y abrió la puerta de su viejo y destartado Buick. Mientras arrancaba el motor, solo pensaba en una cosa.

Éste no tendría que ser su primer caso.

OCHO

A Rey-T no le hacía mucha gracia que alguna de sus chicas desapareciera. Hacía tres días que Jenny había salido del Vanguard Club y desde entonces no había sabido nada de ella. T-Rey no era violento con sus chicas y eso lo diferenciaba del resto de proxenetas de Los Ángeles. Si alguna de ellas decidía que ya había tenido suficiente y quería dejarlo, a él no le importaba, siempre y cuando no se fueran a trabajar con otro proxeneta o se escaparan con su dinero.

Encontrar chicas nuevas era el aspecto más sencillo de su trabajo. Todos los días llegaban a Los Ángeles cientos de chicas hermosas en busca del sueño Hollywoodense. Todos los días, cientos de sueños se hacían añicos al estamparse con la dura realidad de la ciudad de Los Ángeles. Era solo cuestión de saber a qué chica acercarse. Las desesperadas y fracasadas; las que necesitaban un chute. Las que ansiaban el estilo de vida que Rey-T les ofrecía. Si alguna de sus chicas quería dejarlo, todo lo que tenía que hacer era decirlo y su recambio estaría justo a la vuelta de la esquina.

Rey-T envió a su propio guardaespaldas, Jerome, a que averiguara qué le había ocurrido a Jenny. ¿Por qué no había llamado? Lo peor de todo: ¿por qué no había acudido a su cita con un cliente aquella noche? Rey-T no toleraba que dejaran colgado a un cliente. No le daba buena imagen al negocio, e incluso los negocios sucios dependen de la formalidad. Rey-T tenía la sospecha de que algo no iba bien. Jenny era su chica más formal y estaba seguro de que lo habría llamado si se hubiera metido en algún problema.

La verdad era que sentía debilidad por Jenny. Era una chica muy dulce, siempre con una sonrisa en la cara y un sentido del humor fantástico, cualidades que la habían hecho llegar muy lejos en su especialidad. Cuando Jenny empezó a trabajar con Rey-T le dijo que solo haría el trabajo hasta que consiguiera dinero suficiente para poder valerse por sí misma. Respetaba su determinación, pero ahora era una de sus chicas más rentables, una elección muy popular entre los ricos y asquerosos cabronazos que formaban su lista de clientes.

Cuando Jerome regresó, Rey-T estaba haciendo sus ejercicios matinales, veinticinco largos en una piscina del tamaño de la mitad de una olímpica.

—Jefe, me temo que tengo malas noticias. —Jerome tenía pinta de estar asustado. Era un afroamericano con el pelo a lo afro y una nariz torcida que le habían roto tantas veces que Jerome había perdido la cuenta. Medía un metro noventa y dos y pesaba ciento cincuenta kilos. Tenía la mandíbula cuadrada y dientes blancos como el algodón. Jerome tenía condiciones para haberse convertido en el campeón mundial de los pesos pesados, pero un accidente de coche casi lo deja paralizado de cintura para abajo. Tardó casi un año en poder andar bien de nuevo. En aquel momento, sus posibilidades para el título desaparecieron. Terminó trabajando de guardia de

seguridad especial en un club nocturno de Hollywood. Rey-T le ofreció un trabajo y un sustancial aumento de sueldo cuando lo vio encargarse con una sola mano de un grupo de siete jugadores de fútbol americano que una noche andaban en busca de camorra.

Rey-T salió de la piscina, cogió un albornoz limpio con la palabra «Rey» en letras grandes y doradas en la espalda y se sentó en una mesa junto a la piscina, donde el desayuno lo aguardaba.

—No es eso lo que quiero oír, Jerome. No quiero empezar el día con malas noticias. —Se sirvió un vaso de zumo de naranja—. Sigue, negro, suéltalo. —Su voz sonaba tan calmada como siempre. Rey-T no era el tipo de persona que pierde los nervios fácilmente.

—Bueno, me dijiste que fuera a ver la casa de Jenny, que investigara por qué había desaparecido unos cuantos días.

—¿Y?

—Bien, parece que no solo ha desaparecido del club, jefe, simplemente ha desaparecido.

—¿Qué cojones se supone que significa eso?

—Parece que tampoco ha estado en su casa en los últimos días. El conserje del edificio tampoco la ha visto.

Rey-T dejó el vaso de naranja y examinó a su guardaespaldas durante unos segundos.

—¿Qué hay de sus cosas? ¿Seguían en el piso?

—Todo, vestidos, zapatos, bolsos, incluso el maquillaje. También tenía las maletas apiladas en el armario. Si se marchó, fue a toda hostia, jefe.

—No tenía nada de lo que huir —dijo Rey-T mientras se servía un vaso de café.

—¿Tiene novio?

—¿Si tiene qué? —le preguntó poniendo cara de «no me lo puedo creer»—. Puedes hacerlo mejor, negro. Ninguna de mis chicas mantiene relaciones, no es bueno para el negocio.

—A lo mejor conoció a alguien en el Vanguard esa noche.

—¿Y qué?

—No sé. A lo mejor fue a su casa.

—Ni de coña. Jenny no hace regalitos de promoción.

—Puede que el tipo le gustara.

—Es una puta, Jerome. Acababa de terminar una semana de cinco noches de trabajo. Lo último que querría sería irse a la cama con alguien.

—¿Clientes privados?

—¿Qué has dicho? Todas mis chicas saben lo que les pasaría si me enterara de que intentan montar un negocio paralelo. Jenny no es de ese tipo, no es tan estúpida.

—A lo mejor está con una amiga. —Jerome le ofreció más opciones.

—Te lo vuelvo a decir, no es su estilo. Es una de mis chicas desde hace ¿cuánto?,

¿tres años casi? Jamás me ha dado problemas. Siempre llega a tiempo a sus citas. No, Jerome, esto es más complicado, algo no va bien.

—¿Cree que pueda estar en problemas?, financieros, quiero decir. Con el juego o algo por el estilo.

—Si lo está, no me lo diría, eso lo sé. Pero no se largaría así.

—¿Qué quiere que haga, jefe?

Rey-T le dio un trago al café pensando en las opciones.

—Primero, comprueba los hospitales —dijo finalmente. Tenemos que averiguar si le ha pasado algo.

—¿Cree que alguien pueda haberle hecho daño?

—Si alguien se lo ha hecho... el hijo de puta está muerto.

Jerome se preguntaba quién sería tan estúpido como para hacerle daño a una de las chicas de Rey-T.

—Si en los hospitales no hay nada, tendremos que verificarlo con la policía.

—¿Llamo a Culhane?

El detective Mark Culhane trabajaba para la División de Narcóticos del Departamento de Policía de Los Ángeles. Además, estaba en la nómina de Rey-T.

—No es que sea una lumbrera, pero supongo que tendremos que hacerlo. Advértele de que no se ponga a merodear como si fuera un perro. Por el momento, quiero mantenerlo «en secreto».

—Entendido, jefe.

—Primero los hospitales, si no sacas nada, llámalo.

Jerome asintió y dejó que su jefe terminara el desayuno.

Rey-T dio un bocado a la tortilla, pero se le había quitado el apetito. Después de diez años como traficante, había desarrollado olfato para los problemas y algo no le olía bien. No solo lo conocían bien en Los Ángeles, sino que también le temían. Una vez, alguien cometió el error de dar una bofetada en la cara a una de sus chicas. A ese alguien lo encontraron tres días después en una maleta; le habían separado el cuerpo en seis partes, cabeza, torso, brazos y piernas.

NUEVE

Carlos García era un joven detective que había ascendido en la policía casi con la misma rapidez que Hunter. Hijo de un agente federal brasileño y de una profesora de historia americana. Su madre y él se mudaron a Los Ángeles cuando su matrimonio se vino abajo y García contaba con solo diez años de edad. A pesar de haber vivido casi toda su vida en América, García podía hablar portugués como un nativo. Su padre, de cabello moreno, ojos marrones y piel color oliva, era un hombre muy atractivo. Su madre tenía el cabello de color rubio, ojos azul claro y piel de tonalidad europea. García había heredado de su padre el tono oliva de la piel y el cabello moreno, que se había dejado crecer un poco más de lo que a su madre le hubiese gustado. No tenía los ojos tan claros como su madre, pero sin lugar a dudas los había sacado de la familia de ella. A pesar de tener treinta y un años, García seguía teniendo un aspecto juvenil. De complexión delgada gracias a años de atletismo, su constitución era engañosa, puesto que era más fuerte de lo que nadie podría pensar.

Jennet Liams, la madre de García, hizo todo lo que estuvo en sus manos para intentar persuadirlo de que no ejerciera una carrera como agente de policía. Estar casada con un agente federal le había enseñado demasiado. Es una vida peligrosa. Pocos seres humanos pueden soportar la presión mental que la acompaña. Su familia y su matrimonio sufrieron debido a la profesión de su marido. No quería que ni su hijo ni su futura familia sufrieran el mismo destino. Pero a los diez años, García ya tenía las cosas claras. Quería ser como su héroe: su padre.

Había salido con la misma chica desde el instituto y se casaron casi inmediatamente después de licenciarse. Anna era una chica muy dulce. Un año más joven que García, con unos maravillosos ojos oscuros de color avellana y el cabello corto moreno. Su belleza era poco convencional pero, no obstante, hipnotizadora. No tenían hijos, una decisión que habían tomado juntos, al menos hasta el momento.

García trabajó dos años como detective en el Departamento de Policía de Los Ángeles, en la zona norte de la ciudad, antes de tener que tomar una decisión: un puesto en el Departamento de Narcóticos o uno en la División de Homicidios. Decidió aceptar el puesto en Homicidios.

La mañana de su primer día en el Departamento de Robos y Homicidios, García se despertó un poco antes de lo normal. Intentó hacer el mínimo de ruido posible, pero no pudo evitar despertar a Anna. Tenía que presentarse en la oficina del capitán Bolter a las ocho treinta, pero a las seis treinta ya estaba vestido con su mejor traje y matando el tiempo en su pequeño apartamento al norte de Los Ángeles.

—¿Qué tal estoy? —le preguntó después de beberse su segunda taza de café—. Es la tercera vez que me haces la misma pregunta. —Anna rió—. Estás muy bien, cariño. Tienen suerte. Se han hecho con el mejor detective de Los Ángeles —dijo,

dándole un tierno beso en los labios—. ¿Estás nervioso?

García asintió y se mordió el labio inferior.

—Un poquito.

—No hay motivo. Lo harás genial.

Anna era optimista; veía el lado positivo de todo. Se alegraba por García; por fin iba a conseguir lo que quería, pero en el fondo estaba asustada. En el pasado, García había experimentado situaciones cercanas a la muerte. Se pasó cuatro semanas en el hospital cuando una bala calibre .44 le hizo añicos la clavícula. Anna se pasó una semana llorando. Conocía los peligros del trabajo y sabía que a él no le asustaba el peligro. Eso la aterrizzaba.

A las ocho y media exactas, García estaba delante de la oficina del capitán Bolter en el edificio del Departamento de Robos y Homicidios. Encontró divertido que el nombre que aparecía en la puerta fuera «KONG». Llamó tres veces.

—Adelante.

García abrió la puerta y entró.

El capitán William Bolter estaba cerca de los sesenta, pero aparentaba ser al menos diez años más joven. Era alto, fuerte como un roble y lucía una cabeza repleta de cabello plateado y un gran bigote. Ese hombre era un personaje amenazador. Si lo que decían era cierto, a lo largo de su vida había recibido doce balas. Y aún seguía en pie.

—¿Quién diablos eres tú? ¿De Asuntos Internos? —Su voz era firme pero no agresiva.

—No señor... —García se acercó y le dio su expediente—. Carlos García, señor, soy su nuevo detective.

El capitán Bolter estaba sentado en una silla de respaldo alto detrás de su mesa de madera de palo de rosa. Hojeó las hojas y puso varias veces cara de estar impresionado antes de dejarlas sobre la mesa. No necesitaba que ningún papel le dijera que García era un buen detective. No asignaban a nadie al Departamento de Robos y Homicidios si no había demostrado un alto nivel de solvencia y pericia, y por su historial, García tenía bastante.

—Impresionante... y eres puntual. ¡Buen comienzo! —dijo el capitán tras consultar rápidamente su reloj.

—Gracias, señor.

El capitán se acercó a la máquina de café que había en el rincón más alejado de la oficina y se sirvió una taza, no le ofreció a García.

—Bueno, primero lo más importante. Tienes que deshacerte de ese traje barato. Es la División de Homicidios, no un desfile de policías. Los tipos que hay ahí fuera te van a crucificar. —Señaló hacia la sala de los detectives.

García se miró el traje. Le gustaba ese traje; era su mejor traje. Su único traje.

—¿Cuántos años lleva como detective?

—Dos años, señor.

—Bueno, es extraordinario. Por lo general, un detective necesita estar al menos de cinco a seis años en el cuerpo antes de que, siquiera, se lo tenga en cuenta para el Departamento de Robos y Homicidios. O has besado muchos culos o eres la hostia. —Sin una respuesta por parte de García, el capitán prosiguió—. Bien, puede que hayas sido un buen detective en el Departamento de Policía de Los Ángeles, pero esto es Homicidios. —Bebió un sorbo de café y volvió a su mesa—. El campamento de verano se ha acabado, hijito. Esto es más duro y, sin lugar a dudas, más peligroso que cualquier cosa que hayas hecho antes.

—Entendido, capitán.

—¿Lo has entendido? —dejó clavado a García con su intensa mirada. Su voz adquirió un tono más siniestro—. Este trabajo te va a desquiciar, chico. En Homicidios vas a hacer más enemigos que amigos. Es probable que tus viejos amigos del Departamento de Policía te odien ahora. ¿Estás seguro de que esto es lo que quieres? ¿Estás seguro de ser lo bastante fuerte? Y no es a fuerza física a lo que me refiero, hijito. ¿Estás seguro de que estás preparado?

García se esperaba el discurso de «trabajo peligroso»; todos los capitanes lo hacían. Sin darle la espalda a la mirada del capitán, le respondió con voz firme y sin vacilar:

—Estoy preparado, señor.

El capitán miró a García, buscando un atisbo de miedo, falta de confianza, quizá, pero los años de experiencia juzgando el carácter de las personas le decían que el chico no estaba asustado, al menos no por el momento.

—Está bien, entonces. Ya hemos terminado con esto. Déjame que te presente a tu nuevo compañero —le dijo abriendo la puerta de la oficina—. Hunter... ven aquí. —El fuerte sonido de su voz resonó en el ajetreo de la planta.

Hunter acababa de llegar. Estaba sentado en la mesa de su despacho dándole vueltas a una taza de café solo. El dolor de cabeza por no haber dormido hizo que la voz del capitán sonara como un grupo de *heavy metal*. Dio con calma un trago al líquido amargo y sintió cómo le ardía en los labios y en la lengua. En los últimos meses, el insomnio de Hunter había ido a peor, avivado por pesadillas constantes. Con suerte, dormía un par de horas por noche. La rutina diaria se había vuelto apática; fuertes dolores de cabeza, café fuerte hirviendo, boca quemada y una pila de casos de segunda categoría encima de la mesa.

Hunter no llamó a la puerta, simplemente abrió la puerta y entró. García estaba de pie junto a la mesa de madera de palo de rosa.

—¡Ey! Capitán se ha equivocado de hombre, yo no tengo problemas con Asuntos Internos —dijo Hunter mordiéndose la piel de su labio superior quemado.

García volvió a mirarse el traje.

—Siéntate, Hunter, no es de Asuntos Internos. —El capitán hizo una pausa, manteniendo el suspenso unos segundos—. Te presento a tu nuevo compañero.

Al principio, los oídos de Hunter no parecieron detectar las palabras. García dio

dos pasos en dirección a Hunter y le tendió la mano.

—Carlos García, es un placer conocerlo, detective Hunter.

Hunter dejó a García con la mano en el aire; de hecho, no hizo ningún movimiento a excepción de sus ojos. García podía sentir cómo Hunter lo analizaba, intentando evaluarlo.

Hunter necesitó veinte segundos para hacerse con una idea de su compañero.

—No gracias, capitán, me va bastante bien por mi cuenta.

—¡Ni hablar, Hunter! —dijo el capitán con voz serena—. ¿Qué has estado haciendo desde la muerte de Wilson?, ¿papeleo y ayudar a los del Departamento de Policía con hurtos y casos de robos insignificantes? Dame un puto respiro. De todas formas, sabías que pasaría. ¿Quién te creías que eras, Harry el Sucio? Mira, Hunter, no te voy a ir con el rollo de lo buen detective que eres y de cómo malgastas tu talento. Eres el mejor detective que he tenido bajo mis órdenes. Ves cosas que otros no ven. Un sexto sentido, intuición de detective, llámalo como quieras; nadie más lo tiene como tú. Te necesito de vuelta en Homicidios y necesito que estés despierto. Sabes que no puedo tener en la calle a un detective de Homicidios por su cuenta, va contra las reglas. En tu estado no me eres de ninguna utilidad.

—¿Y cuál es mi estado, capitán? —respondió Hunter en tono medio ofendido.

—Mírate en el espejo y lo averiguarás.

—Entonces, ¿me va a poner a un novato de compañero? —Se volvió para mirar a García—. Sin ánimo de ofender.

—No faltaba más.

—Todos hemos sido novatos alguna vez, Hunter —dijo el capitán pasándose los dedos por su bigote a lo Santa Claus—. Hablas igual que Scott cuando le dije que le iba a asignar un nuevo compañero. Al principio, odiaba tu intuición, ¿lo recuerdas? Eras joven y sin experiencia... y fíjate ahora en lo que te has convertido.

García se mordía el labio intentando no reír.

Hunter lo miró una vez más.

—Ah, ¿te parece divertido?

García ladeó la cabeza en un movimiento que decía «puede ser».

—Dime, ¿qué experiencia tienes? —le preguntó Hunter.

—He sido detective del Departamento de Policía de Los Ángeles durante dos años —respondió García con desdén.

—Ah, un chico de la ciudad.

García asintió.

—¿Por qué estás tan nervioso?

—¿Quién dice que estoy nervioso? —dijo García con voz desafiante.

Hunter sonrió al capitán Bolter con confianza.

—Llevas el nudo de la corbata demasiado apretado, pero en vez de aflojarlo, sigues dándole ligeras vueltas al cuello con la esperanza de que nadie se dé cuenta. Cuando antes quisiste estrecharme la mano, me fijé en lo sudadas que tenías las

palmas. No hace demasiado calor en esta habitación, así que supongo que transpiras por los nervios. Y desde que entré en la habitación no has dejado de cambiar el peso de una pierna a otra. O tienes problemas de espalda o te sientes un poco incómodo. Y dado que no serías detective si tuvieras un problema de espalda...

García frunció el ceño y desvió la mirada hacia el capitán Bolter, quien le sonrió de forma estrafalaria.

—Una advertencia —prosiguió Hunter—. Si estás nervioso, es mejor estar sentado que quedarse de pie. Es una posición más cómoda y es más fácil esconder los tics.

—Es bueno, ¿no? —le preguntó el capitán Bolter con una sonrisita—. Aun así, Hunter, sabes que no tienes ni voz ni voto, sigo siendo el rey de esta jungla y en mi jungla o aceptas un compañero o te largas.

García entendió finalmente el nombre de la placa que había en la puerta. Esperó unos segundos antes de volver a tenderle la mano de nuevo.

—Como he dicho, Carlos García, es un placer.

—El placer es de tus nervios, chico —le respondió Hunter, dejando a García con la mano en el aire por segunda vez—. Tienes que deshacerte de ese traje barato, ¿qué te crees que es esto, un desfile de policías?

DIEZ

Conforme la noche caía sobre Los Ángeles. Hunter y García volvieron a la casa de madera. El equipo forense se acababa de marchar y el lugar estaba desierto. La falta de luz solar y la impenetrable vegetación de los alrededores indicaban que explorar las afueras a esas horas era imposible, pero Hunter estaba seguro de que un equipo de oficiales especializados ya había inspeccionado el perímetro meticulosamente. Hunter y García se concentraron en la casa, pero tras un par de horas, ya lo habían dado por terminado.

—Aquí no hay nada. Si lo hubo, los forenses deben haberlo recogido —dijo García, con tono de esperanza.

Hunter podía ver el polvo verde fluorescente que se había aplicado en varias superficies por toda la casa. El polvo verde especial se utiliza siempre en conjunción con láseres y lámparas ultravioletas de bajo voltaje que permiten visualizar huellas latentes que de otro modo pasarían desapercibidas. Hunter tenía el presentimiento de que el equipo forense tampoco había encontrado nada.

—Esperemos que el doctor Winston tenga buenas noticias para nosotros por la mañana —dijo, atrayendo la atención de García—. No hay nada más que podamos hacer aquí esta noche.

Era media noche pasada cuando Hunter giró su viejo Buick hacia la Avenida Saturn con la calle Templeton, al sur de Los Ángeles. La calle entera, con sus viejos edificios y descuidados jardines, pedía a gritos que la rehabilitaran. Hunter aparcó el coche frente al bloque de apartamentos de seis plantas y se quedó mirándolo durante un momento. El color amarillo, que una vez fue impactante, desaparecía ahora transformado en un *beige* pastel sin atractivo alguno. Hunter se fijó en que las bombillas que había encima de la puerta principal estaban rotas de nuevo. En el interior de la pequeña entrada, las paredes estaban sucias, la pintura se había desconchado y grafitis de pandilleros conformaban la mayor parte de la decoración. A pesar de lo terrible de su estado, se sentía cómodo en el edificio.

Hunter vivía solo; no tenía mujer, hijos ni novia. Había tenido unas cuantas relaciones serias, pero el trabajo siempre acababa afectando. No era fácil sobrellevar el peligroso estilo de vida en el Departamento de Robos y Homicidios y las novias siempre terminaban pidiéndole más de lo que estaba preparado para dar. A Hunter no le importaba demasiado estar solo. Era su mecanismo de defensa. *Si no tienes novia, no te la pueden arrebatarse de la vida.*

El apartamento de Hunter estaba en el tercer piso, en el número 313. El salón tenía una disposición extraña y parecía que los muebles se los había donado la beneficencia. Un par de sillas distintas y un sofá de cuero artificial hecho polvo se situaban frente a la pared más alejada. A la derecha había un pequeño escritorio de madera lleno de arañazos con un portátil, una impresora multiusos y una pequeña

lámpara de mesa. Al fondo de la habitación, una elegante barra de bar parecía quedar totalmente fuera de lugar. Era el único mueble que Hunter había comprado nuevo, en una tienda de muebles modernos. Contenía algunas botellas de la gran pasión de Hunter: *whisky* escocés de malta. Las botellas estaban dispuestas de un modo peculiar que solo Hunter entendía.

Cerró la puerta del salón al entrar, encendió las luces y giró el regulador en posición «baja». Necesitaba un trago.

Tras servirse un trago doble de la botella de veinte años de Talisker, puso un cubito hielo en el vaso.

No podía quitarse de la cabeza la imagen de la mujer sin rostro. Cada vez que cerraba los ojos podía ver el símbolo en su nuca, aún podía oler el olor a acre de la habitación. *¿Podía estar ocurriendo otra vez? ¿Sería el mismo asesino? Y si lo era, ¿por qué había empezado a matar de nuevo?* Las preguntas aparecían en su cabeza y Hunter sabía que las respuestas no llegarían igual de rápido. Dio vueltas al cubito con el dedo índice y se lo llevó a la boca. El sabor amargo y a pimienta del Talisker lo relajaba.

A Hunter no le cabía duda alguna de que sería una noche más sin dormir, pero necesitaba descansar como fuera. Encendió la luz de su habitación y vació los bolsillos en la mesita de noche. Las llaves del coche, de la casa, algo de calderilla y un pequeño trozo de papel en el que ponía: «Llámame. Isabella». Una sonrisa se le dibujó en la boca al recordar el incidente de la mañana.

No puedo creer que le insinuara a la cara que era una prostituta, pensó, y la sonrisa se convirtió en risa. Le gustaba su sentido del humor e ingenio. Había sido muy sarcástica con él. Sin lugar a dudas, era diferente a la mayoría de mujeres que había conocido en los bares. Se miró el reloj. Era casi la una de la madrugada, demasiado tarde. Puede que la llamara en otro momento.

Fue a la cocina y puso la nota de Isabella en la puerta del frigorífico antes de volver a la habitación, preparado para enfrentarse al insomnio.

En el aparcamiento, escondido entre las sombras, una figura oscura observaba voraz las luces que se encendían y apagaban en el tercer piso del bloque de apartamentos.

ONCE

Hunter pudo echar unas cuantas cabezaditas durante la noche, pero fue lo más que consiguió. A las cinco treinta de la madrugada estaba levantado y como si le hubiese caído un rayo. Los ojos arenosos, la boca seca y un persistente dolor de cabeza que lo acompañaría el resto del día; todas las señales de una jaqueca por falta de sueño. Se sirvió una taza de café fuerte y consideró el añadirle un chorrito de *whisky*, pero probablemente lo haría sentir peor. A las seis treinta, cuando ya estaba vestido y preparado para marcharse, el teléfono sonó.

—Detective Hunter al teléfono.

—Robert, soy yo, Carlos.

—Maldición, novato, tienes que dejar de llamarme tan temprano. ¿Alguna vez duermes?

—A veces, pero hoy me ha costado trabajo.

—Ni que lo digas. ¿Qué pasa?

—Acabo de hablar con el doctor Winston.

Rápidamente, Hunter se miró el reloj.

—¿Tan temprano? ¿También lo has despertado a él?

—No, lleva despierto casi toda la noche. De todas formas, me ha dicho que su equipo de forenses tampoco encontró nada en la casa de madera.

Hunter se frotó la barbilla.

—Sí, me lo esperaba —dijo decepcionado.

—También me ha dicho que hay algo que quiere enseñarnos, algo importante.

—Siempre lo hay. ¿Está ahora en la oficina del forense?

—Sí.

—Está bien, nos vemos allí... ¿en media hora?

—Ok, es tiempo de sobra, te veo allí.

* * *

La autopsia de la víctima del día anterior se había realizado en una pequeña sala aparte en el sótano del edificio. El doctor Winston había sido el médico forense en el caso del Asesino del Crucifijo; si alguien podía identificar el mismo *modus operandi*, ése era él.

—¿Por qué bajamos las escaleras? ¿Las salas de las autopsias no están en la primera planta? —preguntó García, intrigado al llegar al final de las escaleras que llevaban a un pasillo vacío y espeluznante del sótano.

—Es la misma sala de autopsias donde se realizaron las investigaciones del Asesino del Crucifijo. Como el capitán dijo, quiere que todo se mantenga en secreto.

Los putos periodistas tienen comprados a informadores en todas partes, y este lugar no es diferente. Hasta que estemos seguros de que la pesadilla no ha empezado de nuevo, el capitán le ha pedido al bueno del doctor que utilice las mismas precauciones que en el caso original; y ello incluye que nadie acceda al cuerpo de la víctima a excepción del doctor y de nosotros.

Cuando llegaron al final del estrecho y bien iluminado pasillo, Hunter pulsó el botón del intercomunicador de la pared y puso sonrisa de tonto a la cámara que había justo encima de la puerta. Segundos más tarde, la voz doctor Winston sonó con estruendo por los altavoces de la pared.

—Robert... te abro.

Un fuerte zumbido, seguido de un ruido seco, resonó en todo el pasillo del sótano. Hunter abrió la pesada puerta de metal de un empujón y entró en la sala con García.

Cerca de la pared más alejada había una reluciente mesa de acero inoxidable con un lavatorio en uno de los extremos. Un gran plafón quirúrgico encima de la mesa iluminaba toda la sala. Junto al lavatorio estaba la bandeja que los forenses utilizan para colocar los órganos que extraen de los cuerpos de las víctimas. El tubo de drenaje de la bandeja para los órganos era de color naranja oscuro. En el interior de la sala, el punzante olor se hacía más fuerte. A la derecha, sobre una pequeña mesa contra la pared, había dos sierras quirúrgicas y varias hojas de diferentes formas y tamaños cuidadosamente ordenadas. El cuerpo de la mujer sin rostro yacía sobre la mesa de acero.

—Pasen —dijo el doctor Winston mostrándoles la sala.

La mirada de García cayó sobre el cuerpo inmóvil y el vello se le puso de gallina.

—¿Qué es lo que tiene para nosotros? —preguntó Hunter sin levantar la voz, como si le diera miedo despertarla.

—Por desgracia, no mucho —le respondió el doctor Winston mientras se ponía un nuevo par de guantes de látex—. Mi equipo no pudo sacar ni una huella de la casa y, dado a lo que quizá vayamos a enfrentarnos de nuevo, no me sorprende.

—Sí, Carlos me lo dijo —dijo Hunter, soltando un suspiro de desilusión—. ¿Y fibras o algo que nos sirva para poder empezar?

—Lo siento, Robert, no hemos conseguido nada de nada en la casa.

—¿Cómo puede ser? —preguntó García—. Es obvio que el asesino se pasó horas torturando a la mujer en la casa. ¿Cómo puede no haber dejado nada?

—Ya lo dijiste tú, novato —le explicó Hunter—. Un lugar aislado. El asesino tuvo todo el tiempo del mundo para torturarla sin que lo interrumpieran. Cuando murió, tuvo todo el tiempo del mundo para revisar toda la casa y asegurarse de no dejar nada. El tiempo estaba de su parte.

El doctor Winston asintió.

—¿Qué hay de ella? —preguntó Hunter, moviendo la cabeza hacia el cuerpo—. ¿Qué nos puede decir de la chica, doctor?

—Veintitrés años, buena salud. Se cuidaba. Tenía un porcentaje de grasa muscular

de alrededor del 14.5, la de los atletas. No hace falta que te hable de su tono muscular, lo que significa que era una rata de gimnasio. Ni operaciones ni implantes, aún conservaba las amígdalas y el apéndice, y los pechos eran de ella. Aún tiene la piel suave, incluso después del *rigor mortis*, y los análisis del laboratorio han mostrado un alto contenido de humectantes, emolientes y lubricantes.

—¿Qué? —preguntó García arrugando la frente.

—Cremas hidratantes —respondió Hunter intentando acabar con la confusión de García.

—Se ponía cremas, la mayoría de las mujeres lo hacen.

—¿A mí me lo vas a decir? —contestó el doctor Winston con voz de mofa—. Trisha se gasta una fortuna en cremas que no hacen ningún efecto en absoluto; es una gran estafa, si me lo preguntas, pero el hecho es que las pruebas con nuestra víctima han revelado un alto grado de calidad en ellas, es decir, utilizaba las más caras... como Trisha. Mi opinión es que era adinerada.

—¿Por qué? ¿Por qué utilizaba cremas caras? —preguntó García.

—¿Tienes idea de lo que cuestan?

García levantó las cejas indicando que no lo sabía.

—Te puedo decir que cuestan lo suyo. Además, échale un vistazo a las uñas, las de los pies y las de las manos.

Hunter y García comprobaron sus manos y sus pies. Las uñas parecían estar muy bien cuidadas.

—Tuve que quitarle el esmalte de uñas, procedimiento estándar —prosiguió el doctor—. Una vez más, las pruebas revelaron un producto de muy alta calidad. Tenía la manicura bien hecha, a juzgar por la suavidad del corte y de la cutícula. Hoy en día, la manicura y la pedicura no son tratamientos muy caros, pero resalta la importancia que la víctima le daba a su aspecto. El análisis capilar ha revelado productos de gran calidad y, a juzgar por el estado, probablemente, tenía cita en la peluquería al menos una vez al mes.

—¿Tiene el cabello teñido? —preguntó García.

—No, es rubia natural. Lo que quiera que hiciera para ganarse la vida, diría que su aspecto jugaba un papel importante.

—¿Un marido rico, quizá? —sugirió García.

—No hay anillo de casada ni signos de que alguna vez llevara alguno. —El doctor desestimó rápidamente la sugerencia.

—¿Entonces, conseguía un buen dinero por su cuenta?

—Parece que sí.

—¿La violaron? —preguntó Hunter.

—No, no tuvo relaciones sexuales durante al menos cuarenta y ocho horas; ni lubricante en la vagina o el ano, lo que descarta la posibilidad de sexo con profilácticos. El asesino no iba tras el placer sexual.

—¿Alguna marca de identificación?

—Nada... no tiene tatuajes, ni marcas de nacimiento, ni cicatrices.

—¿Huellas dactilares?

—Se las mandé por fax a vuestro capitán anoche, así que las tendrán cuando vuelvan a la comisaría, pero yo también tengo acceso a la Base de Datos de la Central de Huellas desde aquí; ninguna coincidencia, no aparece en el sistema y, como saben, no hay ninguna posibilidad de conseguir su identificación por su historial dental. —El doctor Winston fue a la mesa de su despacho y buscó rápidamente entre algunas hojas sueltas—. Como sospechaba, la drogaron. Encontré restos de gamma hidroxibutirato en el estómago, más conocido como GHB.

—He oído hablar de él —dijo García—. Es una droga nueva para cometer asaltos sexuales en una cita, ¿no?

—Bueno, en realidad, no es una droga nueva. Los niños la usan en pequeñas dosis para colocarse, pero una sobredosis podría producir un efecto parecido al rohypnol —aclaró Hunter.

—Que es como si perdieras el conocimiento.

—Exacto —dijo esta vez el doctor Winston—. Cuando el sujeto recupera la conciencia, no puede recordar nada de lo que le ocurrió bajo sus efectos.

—¿Podemos Rastrearlo? —preguntó García.

Hunter negó con la cabeza.

—Lo dudo. El GHB es básicamente un lubricante disolvente o decapante mezclado con líquido desatascador, cualquiera puede hacerlo en casa, y en Internet puedes conseguir la dosis correcta.

—¿Los niños mezclan lubricante disolvente con líquido desatascador para consumirlo como si fuera una droga? —preguntó García sorprendido.

—Los jóvenes han cambiado desde que nosotros éramos niños, detective —respondió el doctor, dándole una palmadita en la espalda a García— ¿Qué hay de la causa de la muerte? —preguntó Hunter.

—Insuficiencia cardíaca, hepática y renal. Simplemente, su cuerpo no pudo soportar más. Una combinación del tremendo dolor que sufrió junto con deshidratación e inanición. Si no hubiera estado en tan buenas condiciones físicas, probablemente habría aguantado unas pocas horas.

—¿Cuánto tiempo aguantó?

—Entre diez y dieciséis horas. Murió entre las 8:00 del domingo por la tarde y las 1:00 de la madrugada del lunes.

—¿La torturaron durante casi dieciséis horas? ¡Jesucristo! —exclamó García.

Durante un momento, la habitación se quedó en silencio. El doctor Winston fue el primero en volver a hablar.

—También hemos analizado la cuerda que se utilizó para atarla a los postes.

—¿Y?

—Nada especial tampoco. Una cuerda común de nylon; la podría haber comprado en cualquier ferretería.

—¿Y el espejo de la puerta del dormitorio?, parecía nuevo, ¿hemos conseguido algo de él?

—En realidad, no. Encontramos pequeños restos químicos que consistían en adhesivo para espejos.

—¿Y qué significa eso? —preguntó García.

—Que el asesino no compró el espejo; lo cogió de otra puerta. No creo que nadie denunciara un espejo robado, así que seguirle la pista sería casi imposible —dijo Hunter.

—¿Y el vinagre en el tarro?

—El tipo más común de vinagre, se encuentra en cualquier supermercado.

—En otras palabras, no tenemos nada en absoluto —concluyó Hunter sin emoción alguna.

—Ah, tenemos algo, pero no les va a gustar... déjenme que se los enseñe. —El doctor Winston se acercó a la otra pared, donde unas cuantas fotografías se dispersaban sobre un pequeño escritorio. Hunter y García fueron detrás de él.

—Éste es el símbolo grabado en la nuca de nuestra víctima. —El doctor señaló la primera fotografía de su izquierda—. Las demás fotografías que ven son del caso del Asesino del Crucifijo. Las marcas son consistentes, yo diría con un alto grado de seguridad que las hizo la misma persona, probablemente con el mismo instrumento afilado.

Las pocas esperanzas que Hunter tenía sobre un imitador se esfumaron. Las fotografías despertaron un huracán de recuerdos.

Era la primera vez que García veía prueba forense alguna del caso original del Asesino del Crucifijo. Podía ver sin problemas las similitudes en las fotografías.

—¿Puede decirnos algo sobre la piel de su rostro? —preguntó García.

—Sí, es ahí donde el asesino demuestra lo realmente bueno que es, precisión quirúrgica; el modo en el que arrancó la piel, el modo en el que dejó intactos los ligamentos y el tejido; un trabajo fantástico. Tuvo que pasar un buen rato trabajando con su rostro. No me sorprendería si quienquiera que hizo esto fuera cirujano o algo relacionado con esa especialidad. Pero, nuevamente, sabíamos todo eso del Asesino del Crucifijo.

—¿Qué quiere decir? —García parecía confuso.

—El Asesino del Crucifijo siempre le quitaba una parte del cuerpo a sus víctimas, un ojo, un dedo, una oreja; trofeos humanos en cualquier caso —explicó Hunter—. Es una de sus firmas, junto con el grabado en la nuca y el despellejar a la víctima. Según el doctor, la extirpación de las partes del cuerpo siempre fue de una precisión quirúrgica y, al parecer, siempre se hicieron mientras las víctimas seguían vivas.

—Parece que el Asesino ha ido mejorando —concluyó el doctor Winston.

—¿Por qué iba el asesino a quitarle una parte del cuerpo a la víctima? —preguntó García.

—Un recuerdo de la víctima —respondió Hunter—. Es muy común en los

asesinos en serie. Para ellos, sus víctimas significan mucho. Muy a menudo, el asesino siente que hay algún tipo de unión entre la víctima y él. Algunos asesinos prefieren una prenda, normalmente, una prenda íntima. Algunos van por una parte del cuerpo.

García examinó las fotografías.

—Doy por hecho que en la investigación original se comprobaron médicos como posibles sospechosos.

—Y estudiantes de medicina, enfermeros y así sucesivamente. No nos llevó a nadie —respondió Hunter.

García se dirigió al cuerpo.

—Ha dicho que no hay tatuajes ni marcas de nacimiento. ¿Hay algo que pueda ayudarnos a identificar el cuerpo?

—Podemos probar con la cara.

García miró al doctor Winston con amargura.

—¿Está de broma?

—Estamos en el siglo XXI, detective —dijo el doctor con la boca torcida en lo que parecía un intento de sonrisa—. Los ordenadores pueden obrar milagros hoy en día. En la planta de arriba llevan trabajando en ello una hora, y en cualquier momento tendremos alguna fotografía. Si tenemos suerte, podrán recogerla cuando se vayan.

—A juzgar por el empeño que ponía en su aspecto, diría que, o bien era modelo o una aspirante a actriz —sugirió Hunter.

—O una prostituta de lujo, puede que una actriz porno. Pueden ganar mucho. —García complementó la sugerencia de Hunter.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has tenido alguna cita últimamente con una estrella del porno? —Hunter sonrió.

—Um... es cultura general.

—Por supuesto. ¿Y cuál es tu actriz favorita?

—Estoy casado.

—Ah, sí. Eso hace que sea diferente, lo olvidaba. Los hombres casados no ven porno. Déjame que lo adivine. Seguro que te gusta Briana Banks.

—Está macizorra —dijo García, quedándose de piedra al instante.

—Te has topado con ésta —dijo el doctor Winston dándole una palmadita en la espalda.

Los dos detectives se quedaron mirando durante un instante el cuerpo que tenían delante de ellos. Estaba diferente. La piel parecía más elástica y más pálida y su rostro mutilado era como una máscara; una actriz bien maquillada y preparada para grabar una escena de terror en alguna producción de Hollywood. Una imagen casi infernal.

—Será mejor que veamos lo de la imagen del ordenador, doctor, ¿o hay algo más que quiera enseñarnos?

—No, Robert, me temo que no hay mucho más que pueda decirte de ella.

—¿La tendrá en esta sala?

—Por petición de tu capitán... sí, tenemos nuestro propio depósito aquí. Esperemos que no tengamos que llenarlo con más cuerpos.

Hunter y García salieron de la sala de autopsias y subieron al laboratorio técnico en silencio.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —preguntó García.

—Dale.

—¿Cómo es que nadie te creyó cuando les dijiste que Mike Farloe no era el Asesino del Crucifijo?

—Yo nunca dije eso. Al fin y al cabo, el capitán Bolter y mi excompañero, Scott, entendían mis razones. Pero con todas las pruebas que se encontraron en el coche de Farloe, además de la confesión de los asesinatos, no había mucho que pudiéramos hacer. Quedaba en manos del fiscal general. Y no querían oír ningún raciocinio. — Hunter agachó la cabeza, preguntándose si debía continuar—. Puede que la verdad sea que todos queríamos que acabara —dijo finalmente—. Se extendió durante mucho tiempo. En el fondo, deseaba en secreto que Mike Farloe fuera el auténtico asesino. Y ahora la pesadilla ha regresado.

Para García, la pesadilla acababa de empezar. Para Hunter, era una pesadilla del peor tipo, una que se repetía.

DOCE

Excluyendo psiquiátricos y hospitales infantiles, en total había ocho hospitales en la zona centro de Los Ángeles, pero solo cuatro habían registrado en los últimos días alguna entrada de personas sin identificar. Haciéndose pasar por su novio o por un compañero de trabajo, Jerome visitó sin suerte los cuatro. Si habían ingresado a Jenny en algún hospital, no había sido en el centro de Los Ángeles.

Jerome pensó en extender su búsqueda hacia lugares como Santa Mónica, San Diego, Long Beach y Santa Ana, pero le habría llevado una semana entera y no tenía tanto tiempo. Decidió ponerse en contacto con el detective Culhane.

Mark Culhane odiaba recibir pagos de un criminal, de un narcotraficante, pero no podía negar que el dinero le venía de perlas, era más del doble de su sueldo en la División de Narcóticos. A cambio, se esperaba que hiciera la vista gorda en importantes entregas de droga, que desviara levemente las investigaciones y que, de vez en cuando, suministrara información confidencial. Era un mundo de corrupción, y a Rey-T no le costó mucho trabajo encontrar a Mark Culhane.

Jerome y Culhane se encontraron en un In-N-Out de la Avenida Gayley, una de las hamburgueserías favoritas de Jerome. Cuando Culhane llegó, Jerome ya se había devorado dos hamburguesas dobles-dobles.

Culhane tenía cuarenta y nueve años, medía uno setenta, tenía entradas y una panza cervecera aterradora. Jerome siempre se había preguntado qué pasaría si Culhane tuviera que perseguir corriendo a un sospechoso.

—Culhane... siéntate —le dijo Jerome, comiéndose la última de las patatas fritas.

Culhane se sentó frente a él en la pequeña y anticuada mesa. Parecía más viejo de lo que Jerome recordaba. Las bolsas que tenía en los ojos habían ganado peso. Jerome no tenía tiempo para cortesías, así que le pasó al detective un sobre marrón. Culhane lo cogió y se lo llevó al pecho, sujetándolo como si se tratara de una mano de póquer. Echó un vistazo a la fotografía que había en el interior.

—Ha desaparecido —continuó Jerome.

—¿Y? Habla con personas desaparecidas, yo soy de Narcóticos, ¿lo has olvidado? —le respondió Culhane, claramente irritado.

—¿A qué viene esa actitud? —le preguntó Jerome, dándole otro trago a su zarzaparrilla tamaño gigante.

Culhane se quedó callado.

—Digamos que Rey-T la considera una amiga especial. —Pasó otro sobre al detective por encima de la mesa—. Esto es un extra.

Esta vez, Culhane no necesitó abrirlo para saber lo que había dentro. Cogió el sobre y se lo metió en el bolsillo.

—¿Cómo se llama? —preguntó. La irritación había desaparecido.

—Jenny Farnborough.

—¿Ha huido de él o crees que pueda tratarse de otra cosa?

—No estamos seguros, pero no creemos que haya huido. No tiene nada de lo que huir. Además, todas sus cosas siguen en su apartamento.

—¿Está enganchada? ¿Podría estar por ahí colocada?

—No lo creo. Consume coca de vez en cuando, ya sabes, para aguantar, pero no es una yonki. Si lo fuera, no estaría trabajando para el jefe.

—¿Novio? ¿Familia?

—No tiene novio; su familia vive en algún pueblucho, en alguna parte de Idaho o Wyoming, pero, de todas formas, no se lleva bien con ellos.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—El viernes pasado por la noche. Salió de fiesta con el jefe y otras chicas; fue al baño para retocarse el maquillaje y eso es todo.

—Puede que la arrestaran y ahora esté pasando la mona en alguna celda.

—Habría llamado si ése fuera el caso, y no sé por qué la iban arrestar, pero supongo que será mejor que también lo compruebes.

—¿Le sirvo algo? —preguntó una joven camarera de cabello castaño que se había acercado a la mesa.

—No, estoy bien, gracias —dijo Culhane haciéndole un gesto desdeñoso con la mano. Esperó a que la camarera no pudiera oírlos—. ¿Hay algo más que deba saber? —Su atención estaba de nuevo puesta en Jerome.

—No, supongo que eso es todo.

—¿Robó dinero o algo que pudiera haberle dado un motivo para desaparecer?

—A nosotros, no.

—¿Deudas de juego?

—No que sepamos.

—¿Estaba con alguien más, quizá un competidor de Rey-T?

—¡Nooo! —La respuesta fue acompañada de un gesto de negación con la cabeza—. Era una buena chica, probablemente su mejor chica. No tenía ningún motivo para huir. —Le dio otro trago a la zarzaparrilla.

—Por lo general, las buenas son las peores. —El comentario de Culhane no le hizo gracia a Jerome—. ¿Cuánto tiempo lleva con Rey-T?

—Casi tres años.

—A lo mejor se ha cansado y quería dejarlo.

—Sabes que al jefe no le molesta si alguna de las chicas lo quiere dejar. Si se hubiera cansado, solo habría tenido que decirlo. Además, como te he dicho, no se llevó ninguna de sus cosas.

—Ok, dame veinticuatro horas y veré si consigo algo. —Culhane se levantó preparado para marcharse.

—Culhane.

—¿Sí? —dijo volviéndose hacia Jerome.

—Rey-T quiere que seas discreto, así que no vayas por ahí enseñando la

fotografía como si fueran un par de tetas.

Culhane asintió y fue hacia la puerta mientras Jerome volvía a abrir el menú por la página de los postres.

Sentado en el coche, Culhane echó otro vistazo a la fotografía que Jerome le había dado. La chica era despampanante, el tipo de chica por la que tendría que pagar mucho dinero si quería acostarse con ella. Dio un golpecito con la mano en el sobre que tenía en el bolsillo. *Hola, coche nuevo*, pensó con una gran sonrisa.

Culhane supuso que la chica de la fotografía estaba en un lío. Rey-T era bueno con sus chicas, apartamentos bonitos, ropas caras, drogas gratis, el estilo de vida de las superestrellas. Nunca había oído que alguna huyera.

Podía empezar buscando en los hospitales, pero le llevaría mucho tiempo. Tras pensarlo unos segundos, sacó el teléfono y marcó el número de Peter Talep, un buen amigo que trabajaba en la Unidad de Personas Desaparecidas de la policía de Los Ángeles.

—Peter, soy Mark, de Narcóticos, ¿cómo te va? Necesito un favorcillo...

* * *

La Unidad de Personas Desaparecidas del Departamento de Policía de Los Ángeles se fundó en 1972. Con alrededor de veinticinco detectives, la unidad tiene una responsabilidad cívica en la investigación de personas adultas desaparecidas. Peter Talep era uno de esos detectives.

Peter se reunió con Culhane en el vestíbulo de la Oficina Sur del Departamento de Policía de la calle 77. Culhane necesitaba una buena historia para que Peter buscara en la base de datos de personas desaparecidas sin pestañear, o bien una petición oficial. Le afirmó que Jenny era una de sus informadoras más importantes en narcóticos y en las últimas setenta y dos horas había desaparecido. Culhane quería que Peter utilizara su acceso al departamento para que comprobara los archivos de los hospitales.

—¿Y tienes una foto de la chica que estamos buscando? —le preguntó Peter.

—Desgraciadamente, no. Por eso tengo que revisar los archivos contigo, tener fotos de los informadores puede causar problemas —dijo Culhane, mintiendo. Si Rey-T quería mantenerlo en secreto, darle la fotografía a Peter no era una buena idea.

—Ok, ¿qué estoy buscando entonces?

—Mujer de raza blanca, alrededor de los veintitrés, veinticuatro, cabello rubio, ojos azules, despampanante, si ves su foto lo más probable es que te des cuenta —le dijo Culhane con una sonrisa maliciosa.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste contacto con ella?

—El viernes pasado.

—¿Sabes si tiene familia por aquí, alguien que pueda haber denunciado su

desaparición?

—No, no lo creo. Vive sola. Su familia no es de la ciudad.

—¿Marido, novio?

—No.

—Así que nadie habrá denunciado su desaparición. ¿Tú eres el primero?

—Sí —le afirmó Culhane.

—Es muy pronto si desapareció el viernes —le dijo Peter, negando con la cabeza.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué significa demasiado pronto?

Peter apartó la silla del ordenador.

—Todos los archivos que tenemos en la base de datos son de personas desaparecidas que alguien ha denunciado, familiares, novios, alguien. Por lo general, la gente trae una fotografía y rellena un informe, ya conoces el protocolo. En cualquier caso, el archivo se introduce en la base de datos de personas desaparecidas. Si nadie denuncia su desaparición, no hay archivo.

—Sí, pero ¿qué hay de los pacientes de los hospitales, ya sabes, sin identificar?

—Bueno, eso ocurre con poca frecuencia.

—Ya, ¿pero ocurre?

—Sí, pero ella tendría que estar inconsciente o haber perdido la memoria. Si se da el caso, el hospital, por lo general, esperaría entre siete y quince días antes de considerarla persona no identificada y denunciarlo a la policía. Nosotros comparamos la fotografía que el hospital nos envía con las que tenemos en la base de datos y buscamos coincidencias. Si no hay ninguna, introducimos al paciente como persona no identificada en la base de datos de la Unidad de Personas Desaparecidas. Si desapareció el viernes y nadie ha denunciado su desaparición, aún es demasiado pronto. Si está inconsciente en algún hospital o ha perdido la memoria, tendrás que esperar hasta que recobre la consciencia, buscar hospital por hospital pacientes sin identificar o esperar dos semanas y comprobarlo aquí conmigo.

—¡Mierda!

—Lo siento, Mark, no hay mucho que pueda hacer por ti.

—Cierto, gracias de todas formas.

En el exterior de la Oficina Sur del Departamento de Policía, Culhane sopesaba las opciones sentado en el coche. Ni loco iba a hacer un *tour* por los hospitales de Los Ángeles para buscar a una de las prostitutas de Rey-T. El informe que había pedido con los arrestos de la última semana le acababa de entrar en el fax del coche. Seis chicas coincidían con la descripción. Tres de ellas ya estaban en libertad bajo fianza. Tenía la corazonada de que ninguna de las tres chicas restantes sería la que estaba buscando, pero tenía que comprobarlo.

Las fotografías tardaron unos cinco minutos en entrar. Como sospechaba, ninguna de ellas era Jenny. Había una cosa más que le quedaba por hacer: buscar un cadáver.

Podría intentar pedir información a la División de Homicidios, pero entre los detectives de Homicidios y Narcóticos siempre había algún tipo de rencor. Por regla

general, una investigación llevaba a la otra. En Los Ángeles, drogas y asesinatos van juntos de la mano.

¡*Qué los follen a los de Homicidios!*, pensó Culhane. Si Jenny estaba muerta, solo había un lugar donde podía estar: el depósito de cadáveres.

TRECE

Los informáticos del Departamento Forense del Condado de Los Ángeles habían utilizado un programa informático desarrollado especialmente para reconstruir imágenes completas a partir de imágenes parciales. Los elementos básicos son simples: en el proceso de animación, el diseñador crea en primer lugar una maqueta electrónica del personaje como base y luego la cubren con una capa de «piel». El proceso utilizado por los informáticos del Departamento Forense sigue los mismos pasos, aunque no hace falta una maqueta electrónica. Su base fue la imagen del rostro sin piel de la víctima.

Generalmente, el proceso se utiliza para recrear una imagen a partir de una estructura ósea: un cuerpo hallado en un estado muy avanzado o completo de descomposición. En el caso de la víctima de aquella noche, el proceso se hizo con mayor facilidad, dado que el tejido muscular de su rostro estaba casi intacto. El ordenador no tenía que calcular la totalidad de las mejillas o la forma de su barbilla o nariz. Tan solo tenía que aplicar una capa de piel sobre el tejido magro existente, calcular la edad de la piel y la pigmentación, y Hunter y García tendrían un rostro.

Hunter no se equivocaba, era una chica muy guapa. Aunque la imagen del ordenador hacía que se pareciera a uno de los personajes de la serie de vídeo juegos *Final Fantasy*.

Hunter podía ver con claridad la suavidad de su piel y los rasgos típicos de una modelo que conformaban su rostro.

Desde el coche, al volver de la oficina del forense, Hunter llamó al capitán Bolter.

—Hunter. Dime algo bueno.

—Bueno, los informáticos de la oficina del forense han conseguido recrear el rostro de la víctima utilizando un elaborado programa informático; debería ayudarnos a identificarla.

—Esas son buenas noticias, ¿qué más?

—En cuanto a noticias, éstas son las mejores. —Hizo una pausa y cogió aire—. Según el doctor Winston, es más que probable que estemos tratando con el mismo asesino en serie.

Hubo silencio. Era lo que el capitán Bolter se esperaba desde que encontró el crucifijo doble en la nuca de la víctima.

—¿Capitán?

—Sí, sigo aquí. Esto es como la puta zona desconocida.

Hunter estaba de acuerdo pero no dijo nada.

—Les voy a poner a García y a ti en una oficina separada, apartada de la planta principal. No quiero que el resto de los detectives del departamento se involucren en esto.

—Por mí está bien.

—Lo último que necesito ahora es que el pánico se expanda por la ciudad porque un periodista de mierda se entere de lo que está pasando.

—Tarde o temprano algún reportero de mierda se enterará, capitán.

—Entonces, intentemos que sea más tarde que pronto, ¿de acuerdo?

—Sabe que lo estamos haciendo lo mejor que podemos, capitán.

—Esta vez necesito algo más, Hunter. Quiero coger al asesino, y me refiero al auténtico. —Conforme colgaba el teléfono, la rabia en su voz se hacía innegable.

CATORCE

La oficina que el capitán Bolter les había proporcionado a Hunter y a García estaba situada en la planta más alta del edificio del Departamento de Robos y Homicidios. Era de tamaño mediano, diez metros y medio de ancho por siete metros y medio de largo, con dos mesas de despacho colocadas una enfrente de la otra en el centro de la habitación. En cada mesa había un ordenador, un teléfono y un fax. La habitación estaba bien iluminada, cortesía de las dos ventanas en la pared este y de varias bombillas dicróicas halógenas de cincuenta vatios en el techo de la oficina. Los sorprendió ver que los archivos originales del caso del Asesino del Crucifijo ya habían sido recopilados y colocados encima de sus mesas formando dos montones enormes. En la pared sur habían colgado un tablero de corcho. En él estaban clavadas las fotografías de las siete víctimas del auténtico Asesino del Crucifijo, junto con la de la nueva víctima sin rostro.

—¿No hay aire acondicionado, capitán?

El capitán Bolter se percató del sarcasmo de Hunter.

—¿Te han puesto ya al tanto de la situación? —La pregunta iba dirigida a García.

—Sí, capitán.

—Entonces, ¿eres consciente de con qué puede que estemos tratando?

—Sí —respondió García con un atisbo de inquietud en su voz.

—Está bien, encima de vuestros escritorios encontrarán todo lo que teníamos del caso antiguo —prosiguió el capitán—. Hunter, esto debe resultarte familiar. Los ordenadores tienen una conexión a Internet TI y los dos tienen una línea de teléfono y fax separada. —Se acercó a las fotografías que había en el tablero—. El caso no se discutirá con nadie de dentro o fuera del departamento. Hemos de intentar mantenerlo lo más discretamente que podamos el máximo de tiempo posible. —Hizo una pausa y miró a los dos detectives con ojos de halcón—. Cuando el caso se haga público, no quiero que nadie sepa que puede tratarse del mismo psicópata que hizo esto —dijo, señalando las fotografías de las víctimas—. Así que no quiero que nadie se refiera al caso como el del Asesino del Crucifijo. —A todos los efectos, el Asesino del Crucifijo está muerto, ejecutado hace un año. Éste es un caso nuevo, ¿queda claro?

Los dos detectives parecían niños en el colegio recibiendo una reprimenda del director. Ambos asintieron y se quedaron mirando al suelo.

—Chicos, están en esto exclusivamente, nadie más. Más vale que vivan, respiren y caguen el caso. Hasta que cojamos al asesino, y empezando desde mañana, quiero un informe con los acontecimientos del día anterior encima de mi despacho todos los días a las 10:00 a.m. —dijo el capitán Bolter mientras se dirigía hacia la puerta—. Quiero saber todo lo que sucede en el caso, bueno o malo. Y háganme un favor: tened la puta puerta cerrada, no quiero que se filtre ninguna información. —Cerró la puerta de un portazo al salir. El golpe resonó en toda la habitación.

García se acercó a las fotografías y se quedó mirándolas en un silencio macabro. Era la primera vez que se encontraba frente a las pruebas de la policía del Asesino del Crucifijo. Era la primera vez que veía la maldad del asesino. Las estudió sintiéndose ligeramente mal. Sus ojos lo asimilaban todo, su mente lo rechazaba. ¿Cómo podía alguien ser capaz de algo así?

Una de las víctimas, varón, veinticinco años de edad, tenía los ojos comprimidos en el cráneo hasta que le explotaron por la presión. Le había aplastado las dos manos hasta pulverizarle los huesos. A otra víctima, mujer, cuarenta años de edad, le había abierto el abdomen y sacado las tripas. Una tercera víctima, otro varón, afroamericano, cincuenta y cinco años de edad, tenía una laceración en todo el cuello; le había clavado las manos en posición de oración. Las demás fotografías eran incluso más grotescas. Todo ese dolor les había sido infringido a las víctimas mientras aún seguían con vida.

García se acordó de la primera vez que oyó hablar de los asesinatos del Crucifijo. Fue tres años atrás, cuando aún no era detective. Algunos estudios han demostrado que hay alrededor de quinientos asesinos en serie en activo en los Estados Unidos que se cobran la vida de alrededor de cincuenta mil personas cada año. Tan solo un pequeño número obtiene el reconocimiento de los medios de comunicación, y el Asesino del Crucifijo había conseguido más del que se merecía. En aquel momento, García se preguntó cómo sería ser detective en una investigación tan importante. Seguir las pruebas, analizar las pistas, interrogar a los sospechosos, y luego, unirlo todo para resolver el caso. ¡Si fuera así de simple!

García se hizo detective poco después de que encontraran a la primera víctima y siguió el caso tan de cerca como pudo. Cuando arrestaron a Mike Farloe y lo presentaron a la prensa como el Asesino del Crucifijo, García se preguntó cómo podía ser posible que alguien que no parecía muy inteligente se las hubiera arreglado para eludir la ley durante tanto tiempo. Recordó haber pensado que los detectives que habían asignado al caso no podían ser muy buenos.

Mirando las fotografías del tablero, lo que García sentía era una mezcla de excitación y miedo. Ahora, no solo era uno de los detectives principales en la investigación de un asesino en serie, era uno de los principales detectives en el caso del Asesino del Crucifijo. *Irónico*, pensó.

Hunter encendió el ordenador y observó cómo la pantalla cobraba vida.

—¿Podrás con todo esto, novato? —le preguntó, sintiendo la inquietud que García sentía al mirar las fotografías.

—¿Qué? Sí, podré —García se volvió y miró a Hunter—. Es un tipo de crueldad distinta.

—Sí, supongo que tienes razón.

—¿Qué puede llevar a una persona a cometer crímenes como éstos?

—Bueno, si te guías por la definición del manual según el cual cualquiera puede cometer un asesinato, entonces encontramos: celos, venganza, beneficio propio, odio,

miedo, compasión, desesperación, para ocultar otro crimen, para evitar deshonra y vergüenza o para conseguir poder... —Hunter hizo una pausa—. Las causas principales de los crímenes en serie son la manipulación, la dominación, el control, la satisfacción sexual, o la pura y simple manía homicida.

—Este asesino parece disfrutar.

—Yo diría que a él le gusta ver sufrir a la gente. Estoy de acuerdo. Satisfacción, pero no del tipo sexual.

—¿A él? —preguntó García—. A juzgar por la naturaleza de los crímenes, la conclusión lógica es que el asesino es un hombre.

—¿Por qué?

—Para empezar, la inmensa mayoría de asesinos en serie son hombres —le explicó Hunter—. Las asesinas en serie tienden a matar por beneficio económico. Y, aunque también puede ocurrir en los hombres, es bastante menos probable. Los motivos sexuales encabezan la lista de los asesinos en serie varones. Algunos estudios también han demostrado que las asesinas en serie, por lo general, asesinan a personas cercanas a ellas, maridos, familiares o personas que dependen de ellas. Los hombres asesinan a extraños más a menudo. Las asesinas en serie también tienden a asesinar de forma más discreta, con veneno u otros métodos menos violentos, como la asfixia. Los asesinos en serie, por otra parte, muestran una mayor tendencia a incluir tortura o mutilación como parte del proceso asesino. Cuando las mujeres se implican en homicidios sádicos, por lo general actúan en compañía de un hombre.

—Nuestro asesino trabaja solo —concluyó García.

—Nada indica lo contrario.

Los dos detectives se quedaron en silencio durante un rato. García se volvió y miró las fotografías una vez más.

—Entonces, ¿qué hay de las anteriores víctimas? ¿Qué tipo de conexión? —preguntó ansioso por empezar.

—Ninguna que hayamos encontrado.

—¿Qué? No puedo creerlo —dijo García, negando con la cabeza—. ¿Me estás diciendo que tus chicos se tiraron dos años investigando el caso y no has conseguido ninguna conexión entre las víctimas?

—Pues créetelo. —Hunter se levantó y se unió a García frente al tablero—. Míralas y dime, ¿cuál crees que era la franja etaria de las víctimas?

García recorrió con la mirada fotografía a fotografía, deteniéndose en cada una durante un par de segundos.

—No estoy seguro, supongo que entre los veinte y pocos y los sesenta y tantos.

—Bastante amplio, ¿no crees?

—Quizá.

—¿Y cuál dirías que es el tipo principal de víctima, viejos, jóvenes, mujeres, negros, blancos, rubias, morenas?

Los ojos de García seguían estudiando las fotografías.

—A juzgar por las fotos, todos.

—De nuevo, bastante amplio, ¿no?

García se encogió de hombros.

—Bien, hay algo más que no se aprecia en las fotografías, y es la clase social. Esta gente viene de todas las profesiones y condiciones sociales: pobres, ricos, clase media, religiosos, ateos, con empleo, desempleados...

—Sí, ¿tú qué crees?

—Yo creo que el asesino no va por un tipo específico de víctima. Con cada nueva víctima nos pasamos días, semanas e incluso meses intentando establecer algún tipo de nexo de unión entre ellas. Lugar de trabajo, clubs sociales, clubs nocturnos, bares, universidades, escuela primaria y secundaria, lugar de nacimiento, conocidos, aficiones, árbol familiar... lo hemos intentado todo y no hemos conseguido nada de nada. Encontramos algo que podía relacionar a dos de las víctimas, pero no al resto, nada los unía. Si conseguíamos empezar una cadena con dos víctimas, el eslabón se rompía con la tercera y la cuarta haciendo que volviéramos donde habíamos empezado. Por lo que sabemos, los podían haber elegido completamente al azar. Puede que el asesino haya hojeado una guía de teléfonos. De hecho, si el asesino no hubiera grabado el símbolo en la nuca de sus víctimas, podrían haber sido siete víctimas diferentes de siete asesinos distintos. El asesino pertenece a una nueva generación de asesinos en serie. Es único.

—¿De qué tipo de nexo de unión hablas cuando dices que conseguiste establecer una conexión entre dos de las víctimas pero no con el resto?

—Dos de las víctimas vivían en South Central, solo a unas calles de distancia, pero las demás estaban repartidas por toda la ciudad. Otras dos víctimas, la número cuatro y la número seis —Hunter señaló las fotografías en el tablero—, fueron al mismo instituto, pero no a la vez. Los nexos parecen más coincidencias que un avance. Nada concreto.

—¿Siguió un intervalo de tiempo fijo entre los asesinatos?

—Nuevamente, al azar —dijo Hunter—. Desde días, como con las víctimas tres y cuatro, a meses, y en este último caso, un año.

—¿Qué hay de la localización de los cuerpos? —preguntó García.

—Hay un mapa ahí; te lo mostraré. —Hunter desplegó un gran mapa de Los Ángeles con siete puntos rojos del tamaño de una pequeña moneda repartidos por todas partes y con un número junto a cada uno.

—Ésta es la localización y secuencia en la que se encontró cada cuerpo.

García inspeccionó las marcas con tiempo. El primer cuerpo se había encontrado en Santa Clarita, el segundo en el centro de Los Ángeles con las cinco restantes víctimas desplegadas por todo el mapa. García admitió que a primera vista parecían estar muy al azar.

—Una vez más, lo intentamos todo, patrones y secuencias diferentes. Hasta trajimos a un matemático y a un cartógrafo. El problema es que cuando miras puntos

aleatorios en una hoja de papel durante mucho tiempo, es como mirar las nubes en el cielo, tarde o temprano empiezas a ver formas e imágenes, nada real, nada que te pueda llevar a alguna parte, es solo tu imaginación que te está jugando una mala pasada. La única conclusión sólida es que los cuerpos se encontraron en la zona de Los Ángeles, convirtiéndose en su emplazamiento funerario. —Hunter se sentó en la mesa de su despacho mientras García continuaba estudiando el mapa.

—Tiene que haber un patrón, todos lo tienen.

Hunter se reclinó en la silla.

—Estás en lo cierto, por norma general lo hay, pero como he dicho, este hombre es diferente. Nunca ha asesinado dos víctimas de la misma manera, prueba cosas nuevas, diferentes; es como si estuviera experimentando. —Hunter se detuvo unos segundos para frotarse los ojos—. Matar a otro ser humano no es una tarea sencilla, da igual lo experimentado que sea uno, el noventa y cinco por ciento del tiempo, el asesino está más nervioso que la víctima. Por regla general, a algunos asesinos les gusta ceñirse al mismo *modus operandi* simplemente porque ya les había funcionado antes y se sienten cómodos con él. Algunos se mueven en progresión y el *modus operandi* cambia de un crimen a otro. En ciertas ocasiones, al infractor puede parecerle que su forma de proceder no ha sido muy efectiva, que no era lo que buscaba. Puede que demasiado ruidosa, demasiado complicada, difícil de controlar, lo que sea. Es entonces, cuando el asesino aprende a adaptarse y encuentra nuevos métodos para ver si le funcionan mejor. Finalmente, encuentra un *modus operandi* con el que se siente cómodo.

—¿Y se ciñe a él? —comentó García.

—La mayoría de veces, sí, pero no necesariamente —dijo Hunter, negando con la cabeza.

García parecía confuso.

—Por lo general, los asesinos en serie buscan placer... un placer de tipo enfermizo, pero placer en todo caso. Puede ser una realización sexual, una sensación de poder, una sensación divina, pero es solo una parte del placer.

—¿Matar por matar? —La voz de García adquirió un tono grave.

—Correcto. Es como consumir drogas. Cuando empiezas, solo necesitas una pequeña dosis para colocarte, pero muy pronto, si sigues, esa pequeña dosis no es suficiente y buscas más, empiezas a perseguir el colocón. En el caso del asesino, los asesinatos se vuelven más violentos, las víctimas tienen que sufrir para que el asesino reciba el placer que necesita, pero, de nuevo y al igual que con las drogas, generalmente, hay una progresión constante.

García volvió a dirigir su mirada hacia las fotografías.

—¿Cuál es la progresión aquí? Todos parecen tan violentos como monstruosos.

Hunter hizo ver que estaba de acuerdo con un movimiento de cabeza.

—Es como si se hubiese metido de lleno en lo más difícil. Lo que nos lleva a creer que la progresión en su violencia comenzó de joven —concluyó García.

—Correcto, de nuevo. Lo pillas rápido, pero lo puedes leer en cualquiera de esos archivos. —Hunter hizo un movimiento con la cabeza hacia las dos grandes pilas de papeles que había encima del despacho.

—Ninguno de ellos fue tampoco un asesinato rápido. —La atención de García estaba de nuevo puesta en el tablero.

—Cierto. Al tipo le gusta tomárselo con calma. Le gusta verlos sufrir, quiere saborear el dolor. Obtiene el placer que busca. Este asesino no se precipita, no le entra el pánico, y ésa es la gran ventaja que tiene sobre nosotros.

—Cuando a la gente le entra el pánico, comete errores, se olvida de cosas —comentó García.

—Exactamente.

—¿Pero nuestro tipo no?

—No hasta el momento.

—¿Y el símbolo? ¿Qué sabemos de él? —preguntó García señalando la fotografía de la marca en la nuca de una de las víctimas.

—He ahí la confusión. —Hunter apretó los labios—. Trajimos a un simbolista cuando encontramos la primera víctima.

—¿Y qué dijo?

—El símbolo parecía ser una vuelta al diseño original del crucifijo doble, también conocido como la cruz doble o la cruz de Lorena.

—¿Original? —García movió la cabeza.

—En su versión original, la cruz doble consistía en un soporte vertical que cruzaban dos travesaños horizontales más pequeños con el mismo tamaño y situados de manera uniforme. El travesaño de la parte inferior solía estar tan cerca del final del soporte vertical como lo estaba el travesaño más alto de la parte superior.

—¿Por qué dices «solía»?

—Con los años, el diseño cambió. El travesaño inferior se volvió más largo que el superior, y ahora los dos travesaños están más cerca de la parte más alta.

García se volvió para analizar las fotografías durante unos segundos.

—¿Entonces, ésta es la versión antigua?

Hunter asintió.

—Se cree que sus orígenes se remontan a tiempos paganos. Al menos, es ahí donde los historiadores creen que se utilizó por primera vez. En aquella época también se la conocía como la espada de doble filo.

—Ok, historia aparte, ¿qué significa? —García le hizo un gesto con la mano a Hunter para que continuara.

—Hablando en términos psicológicos, se cree que representa alguien con una doble vida. La espada de doble filo corta por ambos lados, ¿verdad? Eso es exactamente, la dualidad, el bien y el mal, lo blanco y lo negro, todo en uno. Alguien que tiene dos lados totalmente opuestos.

—¿Te refieres a alguien que por el día podría ser un ciudadano que cumple con

las leyes y que por la noche es un psicópata?

—Exactamente. Esta persona podría ser el líder de una comunidad, un político, hasta un sacerdote que hoy hace su buena acción del día y mañana podría estar rajándole el cuello a alguien.

—Pero ésa es una definición de manual de esquizofrenia.

—No, no lo es —Hunter corrigió a García—. Es un error que la mayoría de la gente comete. De forma contraria al parecer popular, las personas esquizofrénicas no tienen desdoblamiento de personalidad. Los esquizofrénicos tienen problemas con los procesos mentales. Éstos los conducen a alucinaciones, delirios, desorden mental y a comportarse y hablar de manera irregular. Por lo general, tampoco son personas peligrosas. Tú hablas de Trastorno de Identidad Disociativo. Las personas con este trastorno muestran personalidades o identidades múltiples y diferentes.

—Gracias, catedrático Hunter —dijo Hunter poniendo voz de bobo.

—Pero no creo que nuestro asesino sufra Trastorno de Identidad Disociativo.

—¿Y por qué no? —preguntó García intrigado.

—Las personas que lo sufren no pueden controlar cuándo una de sus personalidades se apodera de la otra. Nuestro asesino es totalmente consciente de lo que hace. Le gusta. No lucha consigo mismo.

Pensar en ello silenció a García durante unos segundos.

—¿Qué hay del significado religioso? A mí me parece un símbolo religioso.

—Bueno, es ahí donde se complica aún más —respondió Hunter, frotándose durante un instante los ojos cerrados—. Según los estudiosos, hay dos teorías principales. Según una, el crucifijo doble fue el primer símbolo del anticristo.

—¿Qué? Creía que era la cruz invertida.

—Ése es el símbolo que conocemos hoy en día. Se cree que el crucifijo doble lo utilizaron por primera vez los primeros profetas al predecir el fin del mundo, cuando un ser maligno vendría para acabar con el mundo.

García le lanzó a Hunter una mirada de incredulidad.

—Espera un momento, no te vas a poner a hablar de alguien con el 666 marcado en la cabeza y con cuernos, ¿verdad?

—No me sorprendería —dijo Hunter, moviendo los ojos hacia las fotografías—. En cualquier caso —prosiguió—, cuando profetizaron a este ser maligno, dijeron que traería consigo el símbolo de la maldad pura. Un símbolo que representaría a Dios invertido.

Los ojos de García volvieron a las fotografías antes de abrirlos sorprendido.

—¡Que me maten! Dos cruces que se tocan la una a la otra —dijo, entendiéndolo por fin—. ¿Una boca arriba y otra bocabajo?

—Bingo. El símbolo de Jesucristo en oposición al símbolo de Jesucristo. El anticristo.

—¿Entonces, es probable que estemos tratando con un fanático religioso?

—Un fanático antirreligioso —corrigió Hunter.

Unos segundos de silencio prosiguieron.

—¿Y cuál es la segunda? —preguntó García.

—¿Perdón?

—Has dicho que había dos teorías respecto al significado religioso. ¿Cuál es la segunda?

—Prepárate. El asesino podría creer que él es el Segundo Advenimiento.

—¿Qué? ¿Bromeas?

—¡Ojalá! Algunos estudiosos creen que el crucifijo más antiguo no es un travesaño bocarriba y otra bocabajo, sino una cruz sobre otra, representando al segundo hijo de Dios. El Segundo Advenimiento.

—Pero son dos teorías totalmente opuestas. Una dice que es el anticristo y la otra dice que es el segundo Jesucristo.

—Cierto, pero recuerda que son solo teorías que se basan en el posible significado del crucifijo doble según historiadores y académicos. No significa que necesariamente se tenga que aplicar a nuestro hombre. Por lo que sabemos, podría haber elegido el símbolo porque le gustaba como era.

—¿Hay algún grupo o culto religioso que utilice el símbolo?

—Varios grupos, religiosos y no religiosos, han usado con los años el diseño cambiado, con las dos cruces cerca de la parte superior de la línea vertical. Incluso forma parte del logo de la Asociación Americana contra Enfermedades Pulmonares —¿Y el diseño antiguo? ¿El que utiliza nuestro asesino?

—Tienes que remontarte cien años para encontrar algo. Y nada que pueda ser relevante para el caso.

—¿Cuál es tu presentimiento?

—En este caso los presentimientos no importan, como he comprobado.

—Venga, dame el gusto. Por lo que he oído, tienes una intuición cojonuda —dijo García.

—La verdad es que no estoy seguro. Este asesino muestra un trastorno de comportamiento clásico, como la mayoría de los asesinos en serie. Algunas de las cosas que hace son perfectas para un manual, demasiado perfectas, como si quisiese hacernos creer que es el típico asesino en serie. —Hunter se cogió la nariz y cerró los ojos durante unos segundos—. A veces, creo que tratamos con un *friki* religioso y otras pienso que es una especie de genio criminal puteándonos, tirando de las cuerdas adecuadas para mandarnos en la dirección equivocada, en un juego cuyas reglas solo él conoce y solo él puede cambiar cada vez que le apetezca. —Hunter cogió aire y aguantó la respiración unos segundos—. Quienquiera que sea, es muy inteligente, muy listo, muy metódico y frío como el hielo. Nunca le entra el pánico. Pero lo que ahora tenemos que hacer es concentrarnos en la nueva víctima, puede que ella sea quien nos lleve hasta él.

García asintió.

—Primero, tenemos que enviar la fotografía a todas las agencias de modelos y de

actrices que podamos. Conseguir la identidad de la víctima sería un gran comienzo...

—Sin duda, eso haremos, pero primero hay algo que quiero que comprobemos.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de lo que dijo el doctor Winston acerca de la víctima?

—¿Qué parte?

—La de rata de gimnasio.

García levantó las cejas.

—Bien pensado.

—El problema es que hay unos mil gimnasios repartidos por toda la ciudad.

—¿De veras? —preguntó García sorprendido.

—Sí, estamos en Los Ángeles, la ciudad en la que, incluso para conseguir un trabajo de camarero, necesitas la mejor apariencia. La condición física es un gran negocio aquí.

—¿En un país en el que el índice de obesidad se sale del gráfico?

—Como he dicho, estamos en Los Ángeles, la ciudad de la forma física y la belleza. —Hunter sonrió mientras flexionaba el bíceps con cara burlona.

—Sí, en tus sueños.

—Deberíamos comprobar algunos de los gimnasios más grandes y famosos. —Hunter se detuvo durante un momento—. El doctor dijo que le gustaba usar cosas caras, ¿no? Por lo que obviamente, se gastaba dinero en sí misma.

—Y apuesto a que con un cuerpo como ése le gustaría que la gente se fijara —le cortó García.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces, si quisieras presumir de tu cuerpo, ¿a qué gimnasio irías? Ya que eres el experto —le preguntó García con mofa.

—Bueno, los gimnasios «Gold» son nuestra mejor apuesta, hay dos centros en Hollywood donde encontraremos bastante gente famosa y gente «in», y también está el famoso gimnasio de Arnold Schwarzenegger en Venice Beach.

—Creo que deberíamos echarles un vistazo.

—Pilla la fotografía del ordenador, vamos a visitar a los chicos grandes. Cuando Hunter estaba a la puerta de la oficina, su teléfono sonó.

—Sí, detective Hunter al teléfono.

—Hola Robert, ¿me echabas de menos? —le preguntó la voz robótica.

QUINCE

García aún se dirigía hacia las escaleras cuando se percató de que Hunter no iba con él. Se detuvo y miró atrás. Hunter estaba de pie frente a su nueva oficina con el móvil en la oreja derecha. Por la cara que tenía, García supo que algo no iba bien.

—¿Robert, qué pasa?

Hunter no respondió. Movi6 la cabeza instintivamente, apenas un leve movimiento, pero suficiente para que García se imaginara lo que estaba sucediendo.

—¡Maldición! —dijo García en voz baja, rápidamente se puso al lado de Hunter y acercó la cabeza al móvil intentando escuchar.

—Confío en que habrás visto mi último trabajo.

Hunter tenía la mente en blanco, el corazón le latía a toda velocidad.

—¿No me vas a responder, Robert?

Habían pasado casi dos años desde la última vez que Hunter había escuchado esa voz robótica.

—¿Qué tendría que echar de menos?

Risas.

—Bueno, la emoción tal vez, la aventura. Le doy un objetivo a tu trabajo.

—Si te digo la verdad, tenía la esperanza de que estuvieras muerto.

Más risas.

—¡Oh, venga, Robert! Sé que no creías que el tipo al que apresaste era en realidad yo.

Hunter volvió a entrar en la oficina, García seguía con él.

—¿Entonces, él era otra de tus víctimas?

—Yo no lo maté.

—Le tendiste una trampa, lo que básicamente, es lo mismo.

—A decir verdad, te hice un favor. Era otro montón de mierda... un pedófilo.

A pesar de odiarlo, Hunter sabía que cuanto más tiempo mantuviera al asesino al teléfono, más oportunidades tendría de forzarlo a cometer un error, un lapsus lingual.

—¿Así que has decidido no jubilarte?

Esta vez la risa era más entusiasta.

—Se podría decir así.

—¿Por qué ahora?

—Paciencia. Todo se desvelará a su debido tiempo, Robert. De todas formas, me encantaría charlar más tiempo, pero sabes que no puedo. Sólo quería asegurarme de que sabías que el juego había empezado de nuevo, pero no te preocupes, te volveré a llamar pronto.

Antes de que Hunter tuviera oportunidad de decir algo, la línea se cortó.

—¡Mierda!

—¿Qué te ha dicho? —preguntó García antes de que Hunter pudiera guardarse el teléfono en el bolsillo.

—No mucho.

—Entonces, no cabe duda, es él, es el Asesino del Crucifijo.

Con la frustración en los ojos, Hunter no pudo más que asentir levemente.

—Será mejor que llamemos al capitán.

Hunter notó una cierta excitación en la voz de García.

—Lo llamaré desde el coche; tenemos que comprobar los gimnasios; tú conduces.

La conversación de Hunter con el capitán fue rápida. Le contó que inspeccionarían algunos gimnasios y lo de la llamada del asesino. El capitán había sopesado la idea de ponerle un micro al teléfono de Hunter, pero ya lo habían intentado antes sin ninguna suerte. El asesino utilizó un distorsionador de frecuencias que hacía rebotar la señal en veinte localizaciones distintas alrededor de todo el mundo. Por ahora, no había nada que pudieran hacer.

Su visita a los gimnasios de Hollywood no resultó en nada. Ni en recepción, ni el personal, nadie había visto a una mujer que se pareciera al retrato generado por el ordenador. Necesitaban una orden judicial y el trabajo de muchos hombres durante horas para examinar a todos los miembros de la base de datos de los gimnasios, y aún seguirían dando palos de ciego.

El gimnasio «Gold» en Venice Beach es indiscutiblemente el más famoso del mundo. Saltó a la fama con el estreno del documental *Pumping Iron*, protagonizado por Arnold Schwarzenegger en 1977. Desde profesionales del culturismo hasta estrellas y celebridades cinematográficas, el gimnasio «Gold» de Venice Beach es el lugar donde tienes que ir si lo que quieres es presumir tu cuerpo. Pero su suerte no cambió. Nadie reconoció a la mujer de la fotografía.

—No hay forma de visitar todos los gimnasios de Los Ángeles —dijo García al llegar al coche.

—Lo sé, es una posibilidad remota, pero teníamos que intentarlo —dijo Hunter, frotándose los ojos cansados. La noche de insomnio empezaba a mostrar señales.

—¿Ahora por las agencias de modelos y actrices?

—Aún no. —Hunter estaba inmerso en sus pensamientos—. El doctor Winston dijo que estaba seguro de que nuestra víctima tenía dinero y que gastaba mucho dándose caprichos, ¿lo recuerdas?

—Sí, ¿y?

—Si era una actriz o modelo con problemas...

—Algo que no tendría sería mucho dinero —terminó García.

—Vas mejorando, ¿has pensado alguna vez en hacerte detective? —le preguntó Hunter con burla.

García levantó la mano derecha y le enseñó el dedo corazón a Hunter.

—Hay alguien más a quien me gustaría hacerle una visita.

—¿A quién? —preguntó García intrigado.

—Si era una actriz o modelo con dificultades, podía ganar mucho dinero haciendo algo más. Tú lo has dicho antes.

García frunció el ceño. Tras unos segundos, chasqueó los dedos y señaló a Hunter.

—¡Prostituta! —dijo triunfante.

—Vamos —digo García con voz de estar ansioso.

—Ahora no, solo está por la noche, ¿tienes algo que hacer esta noche? —le preguntó Hunter guiñándole un ojo.

—¿Me estás pidiendo una cita?

Fue el turno de Hunter de sacarle el dedo a García.

DIECISEIS

George Slater salió de su oficina en el conocido bufete de abogados Tale & Josh a la hora de costumbre, las seis y media de la tarde. Su esposa, Catherine, sabía que al ser martes no cenaría con ella, era noche de póker.

George era un hombre del montón. Del tipo que no atrae mucho la atención entre la multitud, pero nadie podía negar su encanto. Con metro ochenta, ojos y pelo castaño oscuro, y un impecable sentido para vestir, siempre se las había arreglado para ocultar su delgado físico.

Después de dejar la oficina, George condujo su lujoso todoterreno Mercedes clase M hasta un pequeño apartamento alquilado en Bell Gardens mientras escuchaba las noticias en la radio. Encontró el apartamento en Internet y trató directamente con el propietario para así evitar al intermediario de la inmobiliaria. A cambio de la discreción, George le ofreció al dueño pagar en metálico; un año entero por adelantado.

Dos copias escritas a mano del acuerdo y un recibo de la cantidad pagada era la única documentación existente de la transacción. Ni contratos interminables ni papel que lo pudiera localizar. Incluso el contrato iba a un nombre ficticio, Wayne Rogers. George no corrió riesgos. La propiedad no se le podía atribuir a él.

El apartamento estaba situado en una tranquila calle justo a las afueras de Bell Gardens, lo que le iba como anillo al dedo. De ese modo, poca gente podría verlo entrar o salir, y el garaje subterráneo del edificio le ofrecía incluso un mayor refugio contra los fisgones.

El apartamento, de una sola habitación, no era muy espacioso, pero servía para lo que quería. La decoración no era muy lujosa. La entrada daba directa al pequeño salón pintado de blanco. Casi en el centro y mirando a una pared vacía había un sofá de cuero negro de tres plazas. Ni televisión, ni cuadros, ni moqueta ni alfombra. De hecho, aparte del sofá, el único mueble en el salón era un revistero. La cocina era pequeña y muy limpia. El hornillo nunca se había utilizado. El contenido del frigorífico se limitaba a doce latas de cerveza, algunas barritas de chocolate y un zumo de naranja en cartón. El apartamento no era para vivir en él.

Al final del pequeño pasillo había una habitación doble con baño privado. En el interior, había una pomposa cama de armazón de hierro situada en la pared que daba directamente a la puerta que tenía enfrente. A la izquierda de la cama había un armario con las puertas de cristal. La habitación estaba equipada con interruptores con reguladores de intensidad, o como a George le gustaba llamarlos, reguladores de atmósfera. Era la habitación más importante del apartamento.

George cerró la puerta al entrar, dejó la maleta en el suelo, junto al sofá, y fue a la cocina. Después de coger las cervezas y quitarle el plástico a una, volvió al salón. La cerveza estaba helada y lo relajaba en un día de calor desesperante. George se había

bebido media cerveza antes de dejarse caer en el sofá y coger de la maleta su segundo teléfono móvil. Muy poca gente sabía lo del teléfono extra; su mujer no era una de ellas. George echó un trago más antes de releer el último mensaje: «Llegaré sobre las 9:15. No veo el momento de verte».

El mensaje no estaba firmado, pero no hacía falta. George, o Wayne, como lo conocían, sabía perfectamente de quién era: Rafael.

Hacía un año que George había conocido a un descendiente de Puertorriqueños de metro ochenta y seis por medio de una agencia de escoltas, pero no tardó en convertirse en un amor prohibido. George sabía que Rafael se había enamorado de él, pero, a pesar de lo que sentía, no podía llamarlo amor; al menos no por el momento.

George comprobó la hora; las ocho y diez. Tenía una hora antes de que su amante llegara. Terminó la cerveza y decidió darse una ducha.

Conforme el agua masajeaba su cuerpo cansado, George luchaba contra la sensación de culpabilidad. Amaba a Catherine, y le encantaba hacer el amor con ella en las pocas ocasiones que se le permitía. Quizá, si se hubiesen quedado en Alabama, las cosas habrían sido diferentes, pero Los Ángeles les ofrecía algo nuevo. En la sociedad de hoy en día, algunos consideran la bisexualidad como algo normal, pero sin duda alguna, Catherine no.

* * *

Catherine Slate, Catherine Harris de soltera, nació en Theodoro, Alabama. Su educación por parte de una familia excesivamente religiosa fue muy estricta. Era una insaciable religiosa practicante, en ocasiones de cinco a seis veces por semana. Autoritaria y dogmática, creía firmemente en no mantener relaciones sexuales antes del matrimonio, e incluso pensaba que el sexo no debía mantenerse como instrumento de placer carnal.

Catherine y George se conocieron en su primer año en la facultad de derecho de la Universidad Estatal de Alabama. Estudiantes sobresalientes los dos, su amistad como compañeros de clase no tardó en convertirse en amor imposible y sin sexo. Cegado por el enorme deseo de estar con ella, George le pidió su mano en matrimonio un mes después de licenciarse.

Poco después de la boda, a George le ofrecieron un puesto en un bufete de abogados muy conocido de Los Ángeles, Tale & Josh. La imagen que Catherine tenía de Los Ángeles era la de una ciudad degradada y violenta alimentada por el sexo, las drogas y la codicia, pero tras dos meses de discusiones y promesas, reconoció que la oportunidad de George era demasiado buena para dejarla pasar.

A Catherine no le molestaba el hecho de que su propio futuro profesional no incluyera el mudarse a Los Ángeles. Nunca esperó tener una trayectoria profesional. Sus padres la habían educado para ser una buena esposa, para cuidar de su hogar, de

sus hijos y de su marido, y eso era exactamente lo que quería hacer. También creía que George nunca le tomaría cariño a la ciudad de Los Ángeles, que tras un año o dos se cansaría del estilo de vida de aquella «gran ciudad de luces radiantes»; estaba equivocada.

Tras ganar su segundo caso para su nuevo bufete de abogados, los clientes de George lo invitaron a una fiesta privada para celebrar la victoria. «No traigas a tu mujer. Te lo pasarás mejor si vienes solo. Ya sabes lo que quiero decir».

A George le intrigaba la misteriosa invitación. Le dio a Catherine la típica excusa de «trabajo hasta tarde» y se presentó en una lujosa mansión de Beverly Hills. Lo que vio le cambió la vida para siempre.

La única experiencia de George con la pornografía había sido en el instituto. Uno de sus amigos se las había ingeniado para conseguir una cinta de vídeo VHS y algunas revistas para adultos una semana que sus padres habían salido. George nunca lo olvidó, pero esto no era una película, no estaban actuando. De una sola vez, George se introdujo en el mundo del BDSM, del intercambio de parejas, de los agujeros en las paredes, de los azotes, del sexo sumiso, de las lluvias doradas; cosas con las que nunca habría soñado. Descubrió un mundo que jamás creyó que existiera fuera de los libros para adultos y de las películas sórdidas. Sexo libre, drogas, un lugar donde todas sus fantasías podían hacerse realidad, donde sus más oscuros deseos sexuales podían desvelarse sin culpabilidad alguna. Fue allí, en la mazmorra de una lujosa mansión, donde George tuvo su primera experiencia sexual con otro hombre, y le encantó. Después de aquello, no pudo saciarse de la vida clandestina que acababa de descubrir. Le encantaban las fiestas, la gente, y todo el secretismo.

* * *

George se secó lentamente antes de envolverse la toalla a la cintura. La expectación por volver a ver a Rafael lo excitó. Cogió otra cerveza y miró la hora en el reloj de la pared, 8:45, no faltaba mucho. Acarició la idea de volver a vestirse, pero disfrutaba de la excitación de encontrarse con su amante con nada puesto, salvo una toalla.

Algo que a los dos les gustaba eran los juegos de rol, y George tenía toda una historia preparada para esa noche. Abrió una de las puertas del armario de la habitación revelando toda una sorprendente variedad de accesorios para el BDSM: látigos, cadenas, sogas, mordazas, correas de cuero, esposas... todo lo que se le pudiera pasar por la imaginación.

Eligió cuidadosamente los juguetes que necesitaría para su escenario y los colocó encima de la cama. La excitación empezaba a asomar por la toalla, pero un golpe en la puerta lo interrumpió. Comprobó la hora, 8:53. *Llega pronto, pensó, puede que esté tan ansioso como yo.*

George no pudo ocultar la sonrisa de satisfacción que formaban sus labios cuando abrió la puerta.

—¿Quién es usted? —La sonrisa se le evaporó formando un gesto de preocupación.

La respuesta llegó en forma de un puñetazo en el estómago, poderoso y preciso. George se retorció de dolor conforme se quedaba sin aire en los pulmones, sus grandes ojos se abrieron aterrorizados. Jadeando, retrocedió un paso, pero no fue suficiente para evitar el segundo golpe. Esta vez una patada justo entre las piernas. Cuando el pie del intruso hizo contacto con los genitales de George, éste cayó de espaldas y la toalla se soltó. Incapaz de respirar, gorgoteó, y el corazón le dio un vuelco al ver la jeringuilla. Con un rápido movimiento de brazo, el intruso se la clavó a George en el cuello y de repente ya no hubo dolor, ni más forcejeo. Solo oscuridad.

DIECISIETE

Chris Melrose llevaba trabajando tres años en el Departamento Forense del Condado. Desde muy temprana edad, Chris sentía fascinación por la muerte, por todo lo mórbido. Su plan inicial era el de convertirse en un científico forense, pero sus pobres notas lo privaron de una plaza en la universidad.

El primer trabajo de Chris en el depósito de cadáveres fue de chico para todo. Sus obligaciones iban desde arreglos funerarios hasta forrar los ataúdes y preparar los cuerpos, pero aquello no era suficiente. Chris quería la vida con la que siempre había soñado. Quería los trapos manchados de sangre, las mesas de acero inoxidable, el punzante y embriagador olor a muerte. Quería trabajar con los cadáveres en su estado original, antes de estar limpios y preparados para el funeral. Tras solicitar casi todos los puestos de menor posición en el departamento, finalmente le ofrecieron un trabajo de bedel de laboratorio. Sus nuevas obligaciones incluían limpiar las salas de autopsias, transportar los cuerpos de aquí para allá por las salas refrigeradoras y asegurarse de que todo el equipo estaba limpio y preparado para ser utilizado. Los forenses del departamento nunca habían visto a nadie sentirse tan orgulloso de su trabajo. Todo el mundo lo apreciaba. Sentarse a ver las autopsias le gustaba más que cualquier otra cosa. A ninguno de los forenses le importaba.

El turno de noche de Chris empezaba a las 7:30 p.m. y terminaba a las 7:30 a.m. Le gustaba hacer el primer descanso a media noche; le daba tiempo a encenderse un pitillo y a comerse rápidamente un plátano, mantequilla de cacahuete y un sándwich con miel.

Chris le dio la última calada al cigarrillo, tiró la colilla y se quedó mirando cómo formaba un arco tenue y amarillo. Se levantó del pequeño banco en el que estaba sentado, dobló la bolsa de plástico vacía del sándwich y empezó a caminar hacia el edificio del forense. Una mano fría lo cogió del hombro.

—¡Ey, Chris!

—¡Cielo santo! —Chris dio un salto y se volvió para ver la figura que había detrás de él con el corazón que casi le salía por la boca—. ¿Estás loco? Me has dado un puto susto de muerte.

Mark Culhane le mostró una sonrisa amarillenta ensayada.

—Si hubiera tenido un arma ahora estarías muerto. ¿Te pone cachondo acercarte a la gente de forma tan sigilosa? —le preguntó Chris llevándose la mano al pecho, el corazón se lo golpeaba.

—Soy detective, me encanta acercarme a la gente sin que me vean —dijo Culhane con una nueva sonrisa—. Además, ¿por qué cojones ibas a llevar un arma? Con todos los que tratas ya están muertos.

—Todo el mundo lleva una hoy en día, esto es Los Ángeles, ¿se te ha olvidado? De todas formas, hace tiempo que no te veo, ¿qué diablos quieres?

Chris tenía poco más de treinta años, unos cuantos kilos de sobrepeso y pelo liso marrón oscuro muy corto. Tenía unos extraños ojos felinos, complexión rojiza y una nariz prominente.

—Venga Chris, ésa no es manera de saludar a un viejo amigo.

Chris no le respondió. Simplemente, levantó las cejas a la espera de que Culhane expusiera el asunto.

—Necesito comprobar las entradas que han tenido en los últimos días —dijo Culhane finalmente.

—¿Con entradas te refieres a cuerpos?

—¿A qué otra cosa puedo referirme, listillo?

—¿Por qué no pides una solicitud?, eres poli, ¿no?

—Es un conocido, no son asuntos oficiales necesariamente.

—¿Un conocido? —La voz de Chris adquirió un tono dubitativo.

—¿Te estás preparando para poli? ¿A qué cojones vienen tantas preguntas? Tú solo enséñame los cuerpos, ¿ok?

—¿Y si te dijera que no puedo porque va contra las normas? —Culhane rodeó a Chris del cuello con el brazo y lo atrajo hacia él—. Bueno, sin duda eso me enojaría, y no creo que eso sea lo que quieres, ¿verdad?

Silencio.

Culhane lo cogió con más fuerza.

—Está bien... está bien, de todas formas iba a entrar —dijo Chris, levantando las dos manos. Su voz era de súplica.

—Buen chico —dijo Culhane, soltándole el cuello.

Ambos regresaron al edificio en silencio. Una de las ventajas de hacerle una visita a Chris a esas horas era que Culhane no tendría que entrar por la puerta principal; el edificio sería más silencioso, no hacía falta enseñar la placa, ni firmar ningún papel; menos sospechoso.

Llegaron a la entrada del personal en la parte sur del edificio y Chris metió el código de seis dígitos en el teclado numérico. La gruesa puerta de metal se abrió con un zumbido.

—Espera aquí, vuelvo enseguida —dijo, desapareciendo rápidamente en el edificio y dejando a Culhane fuera con una curiosa mirada en el rostro. Menos de un minuto más tarde, Chris volvió a emerger con un mono estándar color blanco—. Ponte esto, debería verte bien. Es la más grande que he encontrado.

—¿Intentas hacerte el gracioso?

Lo último que Chris quería era que nadie averiguara que había dejado entrar a un extraño al edificio sin firmar en recepción, aunque el extraño fuera policía. Guió a Culhane a la primera planta a través del desierto pasillo de la planta baja y tras cruzar varias pesadas puertas giratorias. Culhane había recorrido aquellos pasillos más veces de las que recordaba. Llegaron a la última puerta al final del vestíbulo.

Después de cada autopsia, los cuerpos eran llevados a la sala de refrigeración o,

como todos los de la oficina del forense la llamaban, «el gran escalofrío». La sala tenía congeladores en la pared oeste con capacidad para almacenar cincuenta cuerpos. Culhane y los demás detectives de la División de Narcóticos tenían su propio nombre para la sala: el panal de la muerte.

Chris cerró la puerta al entrar para que no los interrumpieran y luego ambos se acercaron a la mesa del ordenador que había en la parte más alejada de la sala.

—Está bien, empecemos una búsqueda inicial... ¿hombre o mujer? —le preguntó sin perder tiempo. Cuanto antes se librara de Culhane, mejor.

—Mujer.

—¿Blanca, negra...?

—De raza blanca, rubia, ojos azules, delgada y muy atractiva.

Chris sonrió a Culhane tímidamente.

—Bien, ¿a partir de cuándo quieres que busque?

—Intentemos desde el viernes pasado.

Instintivamente, Chris se miró el reloj.

—Eso fue... el 1 de julio, ¿no?

—Sí, correcto.

—Bien. —Chris introdujo la información y pulsó «intro». El ordenador necesitó menos de cinco segundos para dar una respuesta.

—Sí, tenemos seis coincidencias. ¿Tienes un nombre?

—Sí, Jenny Farnborough, pero estoy seguro de que no aparecerá en la pantalla.

Chris miró la lista rápidamente.

—No, tenías razón, no está en la lista.

—¿Algún cuerpo de mujer sin identificar?

Chris comprobó la lista una vez más.

—Sí, cuatro.

—Comprobémoslo.

Unos cuantos golpes de ratón y tenían una copia impresa.

—Bien, vayamos a echar un vistazo —dijo Chris, caminando hacia los congeladores. Ambos se detuvieron frente a la puerta con la señal C11, la primera de la lista. Tardaron menos de cinco minutos en inspeccionar los cuatro cuerpos sin identificar. Jenny Farnborough no era una de ellas.

—¿Éstos son todos los cuerpos? Me refiero a si hay otra sala de almacenaje en el edificio —preguntó Culhane.

—Sí, hay otra en el sótano, pero no tengo acceso a ella —respondió Culhane.

—¿A qué te refieres? ¿Por qué no?

—Es un área cerrada.

—¿Por qué hay un área cerrada en el edificio?

A Chris le alegraba poder ofrecerle una explicación a un detective de Los Ángeles sobre algo que no sabía.

—Algunos casos aún pueden ser muy peligrosos, radiación, envenenamiento, alto

riesgo de contaminación; casos así. En estas circunstancias, el jefe forense lleva a cabo la autopsia en el área cerrada.

—¿Y sabes si ahora hay un cuerpo ahí abajo?

—El doctor Winston estuvo trabajando allí en una autopsia hasta altas horas de la noche. El cuerpo nunca entró en esta habitación, así que estoy bastante seguro de que aún sigue allí.

—Pero el cuerpo tiene que ir al panal, ¿no?

—¿Al panal? —Chris frunció el ceño.

—A esta habitación... al frigorífico. —Había cierto atisbo de irritación en la voz de Culhane.

—No, la habitación tiene su propia zona de almacenaje. El cuerpo puede quedarse allí indefinidamente. —La respuesta de Chris se añadió a la irritación del detective.

—¿Estás seguro de que no puedes meterme en esa habitación?

—¡Ni en broma! El doctor Winston es el único que tiene la llave y la lleva con él todo el tiempo.

—¿No hay otra forma?

—No. La puerta tiene una alarma y hay una cámara en la pared. Si no te invitan, no entras.

—¿Cuántos cuerpos hay abajo?

—Sólo uno, que yo sepa.

—¿Tienes una fotografía del cuerpo o algún archivo en el ordenador?

—No, el doctor Winston tiene todo lo relacionado con el caso en el área cerrada. Ni siquiera se introducen en la base de datos principal hasta que el propio doctor los limpia. De todas formas, aunque tuviera una fotografía del cuerpo, no creo que te sirviera de ayuda.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, se rumorea que el cuerpo está irreconocible, algo sobre que no tiene cara.

—¿Qué? ¿En serio?

—Es lo que he oído.

—¿Decapitado?

—No estoy seguro, solo he oído que el cuerpo no tiene cara. Puede que se la hayan reventado con una escopeta. No es algo inaudito —dijo Chris negando con la cabeza.

Mark Culhane se tomó un momento para pensar en la situación que se le había presentado. En su mente, las probabilidades de que el único cuerpo que había en el área cerrada fuese el de Jenny Farnborough eran muy escasas. No servía de nada investigarlo.

—Gracias, chico. Hazme un favor, ¿ok? Fíjate en cualquier cuerpo que coincida con la descripción que te he dado, si sale algo, dame un toque, es importante. —Culhane le dio a Chris una de sus tarjetas.

Chris miró la tarjeta unos segundos.

—Claro, lo que sea por el Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Más vale que me vaya. ¿Te importa si salgo por la misma puerta por la que entré?

—Por mí no hay problema. Tengo que ir contigo, la puerta tiene un código.

Salieron de la sala de almacenaje y caminaron en silencio. Al llegar a la puerta, Culhane le devolvió el mono a Chris, que introdujo el código en el teclado numérico. Culhane se sintió feliz de volver a ver el mundo exterior nuevamente.

Sentado en el coche, Culhane encendió un cigarrillo. Había dos oficinas forenses en Los Ángeles, una en Santa Clarita y otra en West Lancaster, pero no estaba seguro de que el viaje valiera la pena. Terminó el cigarrillo y decidió que había hecho todo lo que había podido por encontrar a la tal Jenny Farnborough; solo era una prostituta más. Por la mañana, llamaría a Jerome y se lo contaría. Por el momento, tenía cosas más importantes que hacer.

DIECIOCHO

W

est Sunset Boulevard es una de las calles más famosas de Los Ángeles, pero la parte más conocida es el tramo de dos kilómetros y medio que hay entre Hollywood y Beverly Hills y a la que llaman Sunset Strip. La calle abarca una colección de clubes roqueros de gran calidad, restaurantes, *boutiques* y clubes nocturnos de Hollywood. Desde principios de los setenta se conoce como «El lugar que ver en Los Ángeles». Todas las noches, la calle se convierte en un latigazo vibrante de neones llamativos, donde el tráfico llega a un punto muerto en el que un inmenso número de coches circulan a ritmo lento por el *boulevard* plagado de gente. Desde celebridades a aspirantes a celebridades, desde turistas y espectadores a chulos de mala muerte, Sunset Strip es, sin ninguna duda, el lugar en el que estar si lo que buscas en la ciudad de Los Ángeles es acción.

—Recuérdame otra vez a quién hemos venido a ver esta vez —preguntó García mientras Hunter aparcaba el coche en Hilldale Avenue, justo al doblar la esquina de Sunset Strip.

—Un cabrón que se llama JJ —respondió Hunter, saliendo del coche y cogiendo su chaqueta del asiento trasero.

Juan Jiménez, más conocido como JJ, era un chulo de poca monta de los bajos fondos a quien le gustaba llevar sus negocios en Sunset Boulevard. Explotaba a sus chicas, a las cinco. Su truco era tenerlas enganchadas a alguna droga de clase A. JJ era un hombre violento, y cada dos por tres, una de sus chicas aparecía en el hospital con cortes y moretones, a veces con huesos rotos. «He tropezado y me he caído» era siempre la pobre explicación.

Habían arrestado a JJ varias veces, pero ninguna de sus chicas tuvo nunca agallas para presentar cargos. Su arma más poderosa era el miedo. «Haz que me enfade y te abro en canal».

—¿Y puede ayudarnos? —preguntó García.

—Conoce las calles y las chicas que trabajan en ellas mejor que nadie. Si nuestra víctima era prostituta, podrá decírnoslo. Aunque puede que necesitemos un poco de «persuasión».

Recorrieron Sunset Strip entre el interminable bullicio de gente que intentaba entrar en los ahora abarrotados bares y clubes.

—¿Y dónde vamos? —preguntó García, mirando a todos lados como un niño en el patio de recreo.

—Es allí. —Hunter señaló con el dedo el colorido letrero que colgaba del número 9015 de West Sunset Boulevard.

El Bar Grill Rainbow es un garito frecuentado por roqueros desde los setenta, y desde entonces no ha cambiado mucho. Discos de oro, guitarras, fotografías y autógrafos de toda clase de bandas y solistas adornan las paredes. La música *rock*

reventaba los altavoces mientras una mezcla de tipos de pelo largo y chicas de un rubio peróxido con prácticamente nada encima rodeaban el bar y ocupaban las mesas de dentro y fuera.

—¿El tal JJ está metido en el Rock? —preguntó García.

—Puedes creerlo.

—Creía que era cubano o algo por el estilo.

—Puerto Rico.

—¿No están todos metidos en salsa y merengue?

—JJ no.

García echó un vistazo al lugar y, aunque no estaban entremezclados en la multitud, nadie se fijó en ellos.

—¿Lo ves?

Hunter examinó rápidamente el bar y las mesas.

—Aún no, pero éste es su garito favorito, vendrá. Pillemos un trago y esperemos.

—Hunter pidió un zumo de naranja y García una Coca-cola *light*.

—La verdad es que hacen un filete genial, por si tienes hambre —dijo Hunter, levantando el vaso como si propusiera un brindis.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó García con expresión despectiva.

—Algunas veces.

—¡Guau!, el Hideout en Santa Mónica, el Rainbow en Sunset Strip. Eres un fiestero, ¿no?

Hunter no respondió y centró su atención en la entrada del bar. No había visto a JJ en casi cinco años, pero el alto y delgado puertorriqueño de piel oscura era un personaje fácilmente reconocible con sus ojos de color negro perla, sus horribles orejas enormes y sus dientes torcidos.

Una mujer rubia y alta con unos pantalones de cuero exageradamente ceñidos y un top corto con las letras «Rock Bitch» se acercó a la barra del bar y se situó a la derecha de Hunter. Pidió un «Fóllame lentamente contra la pared» y ofreció a Hunter una sonrisa sensual. Hunter le devolvió la sonrisa y en una fracción de segundo, sus ojos cayeron sobre su escote.

—¿Te gustan? —le preguntó con voz dulce.

—Eh... ¿el qué? —Hunter intentó hacerse el tonto.

La chica se miró los pechos, que parecían que estaban a punto de salirse del top.

—Mis tetas, tonto... te he visto mirándolas.

—¡Te ha pillado! —dijo Garda con una animada sonrisa.

No tiene sentido avergonzarse ahora, pensó Hunter.

—Son nuevas —dijo la chica, orgullosa.

El camarero volvió con el cóctel y, sin romper el contacto visual con Hunter, la chica envolvió la pajita doble con sus rojos labios y sorbió la bebida lentamente.

—¿Está rico? —preguntó Hunter.

—Una follada lenta siempre está rica —dijo, sorbiendo de nuevo antes de

acercarse—. Algún día podría demostrártelo —le susurró al oído mientras le pasaba la mano por el bíceps del brazo derecho.

Todo sucedió muy deprisa. JJ apenas había entrado en el Rainbow cuando su mirada se cruzó con la de Hunter, y, al momento, estaba fuera de nuevo; movía las piernas como un quarterback a punto de hacer un touchdown que le diera la victoria en la Super Bowl. Hunter entró en acción de inmediato. No tenía tiempo de alertar a su compañero, que tenía toda su atención puesta en los pechos nuevos y relucientes de la rubia. En un abrir y cerrar de ojos, estaba fuera persiguiendo a JJ por Sunset Strip.

A pesar de su cuerpo musculoso y fuerte, Hunter era rápido, pero JJ era más delgado y liviano y se movía con la agilidad de una rata. Hunter decidió intentar primero un acercamiento amistoso.

—JJ, solo quiero hablar contigo, no corras, maldita sea.

JJ no le hizo ningún caso y en un movimiento semisuicida cruzó el Boulevard, haciendo caso omiso del tráfico y dirigiéndose hacia el Frankie y Johnnies's NY *Pizza place*.

Hunter lo siguió, pero la multitud de la calle y los constantes giros bruscos de la gente lo hacían aminorar la velocidad. En dos ocasiones tuvo que realizar un rápido y difícil giro de cadera para no chocar con la gente de la calle.

Dos manzanas más allá del Rainbow y moviéndose aún más rápido, JJ giró a la izquierda delante del famoso edificio de color rojo brillante del *Whisky A Go Go*. A Hunter le faltaba el aliento, pero una vez más tuvo que moverse en zigzag para eludir a quienes entraban en el bar. Un bache en el suelo le hizo dar un paso en falso. Sintió que el tobillo se le torcía. Rápidamente, un dolor agudo le consumió toda la pierna. La carrera se disipó en un torpe cojeo.

—¡Mierda! —gritó mientras veía cómo JJ desaparecía en la distancia.

De repente, Hunter vio con el rabillo del ojo cómo una figura pasaba por delante de él a una velocidad increíble. García se movía como un campeón olímpico. Con unos pocos pasos, dejó atrás a Hunter y le ganó terreno a JJ, que había girado a la derecha hacia un pequeño callejón próximo a un gran almacén. Cojeando, Hunter fue tras ellos.

Más adelante, García no tardó mucho en estar a menos de un brazo de distancia del puertorriqueño. Extendió el brazo y lo cogió por el cuello de la chaqueta.

—Vale, vale, me rindo —dijo JJ, aflojando el ritmo y levantando las manos, pero ya era demasiado tarde. García le dio la vuelta y lo empujó contra la pared, retorciéndole el brazo por la espalda. JJ gritaba de dolor.

—Huir de un oficial de policía armado, ¿siempre eres así de estúpido o es una afición nueva?

—Suéltame, no he hecho nada.

Hunter tardó treinta segundos en alcanzarlos.

—¿Estás bien? —le preguntó García sujetando a JJ del brazo.

—Estoy bien. Me he torcido el tobillo allí atrás.

—Suéltame el brazo.

—Cierra el pico. —García golpeó una vez más a JJ contra la pared.

Hunter se volvió para mirar a JJ.

—¿Qué diablos hacías? ¿A qué ha venido esa mierda de salir corriendo?

—La fuerza de la costumbre, amigo. ¿De qué va todo esto? ¡Suéltame hombre! —

Torció el cuerpo intentando soltarse de García.

Hunter hizo un gesto a García con la cabeza y su compañero le soltó el brazo a JJ.

—No puedes hacer esto, hombre. Ahora soy ciudadano legal —dijo JJ pasándose la mano por la muñeca del brazo izquierdo y apartándose de la pared.

—¿Te parecemos de inmigración? Maldición, eres tan tonto como pareces —soltó García.

—¿Ciudadano legal? Eres un chulo JJ, la última vez que lo comprobé, la prostitución seguía siendo ilegal en el estado de California, podemos mandarte derechito a la cárcel ahora mismo —dijo Hunter empujando a JJ contra la pared.

—Ya está bien de empujoncitos contra la pared, amigo —protestó.

—Si se me hincha el tobillo, a ti se te hinchará la cara —le dijo Hunter como una amenaza.

—No es culpa mía, amigo.

—Por supuesto que es culpa tuya, «amigo». Si no hubiera tenido que perseguirte como a un puto conejo no me habría torcido el pie.

—¿Por qué me estabas persiguiendo, hombre? No he hecho nada.

—Exacto. Solo queríamos hacerte unas cuantas preguntas.

—¿Por qué no lo dijiste primero?

Hunter le lanzó una mirada diabólica antes de sacarse del bolsillo el retrato robot.

—Necesitamos averiguar quién es esta mujer, si es prostituta o no.

JJ miró la fotografía unos segundos.

—Sí, la tengo en casa en un videojuego —dijo con una sonrisa desdeñosa.

El manotazo en la cabeza que le dio García produjo un sonido seco.

—¿Quieres hacerte el listillo? Esto está empezando a no gustarme.

—Ey, hombre, esto es brutalidad policial. Puedo presentar cargos, ¿lo sabías?

Esta vez el golpe en la cabeza se lo dio Hunter.

—¿Te parece que es hora de juegos? Mira la fotografía, ¿sabes quién es? —La voz de Hunter era ahora más amenazadora.

JJ miró la fotografía una vez más, esta vez concentrándose más.

—Puede... no estoy seguro —dijo tras unos segundos.

—Prueba.

—¿Se supone que es prostituta?

—Es una posibilidad, JJ. ¿No te lo preguntaríamos si fuera abogada, verdad?

—Vaya, eres gracioso. —JJ le cogió la foto a Hunter de las manos—. Parece demasiado guapa para ser una chica de la calle, ninguna de mis chicas es tan guapa.

—¡Eh! —Hunter golpeó la fotografía con el dedo tres veces para que JJ volviera a prestarle atención.

—Si es prostituta, trabaja para los tíos importantes, de primera clase.

—¿Y cómo podemos averiguarlo? —preguntó García.

—Una chica así de guapa solo trabajaría por aquí para un tío, Rey-T.

—¿Elvis ha salido de la tumba para hacerse chulo? —preguntó García entrecerrando los ojos.

—No el rey. Rey-T, amigo.

—¿Rey-T? ¿Qué clase de nombre es ése? —García puso mala cara.

—El tipo de nombre al que no quieres putear.

—Un chulo y traficante bastante importante —interrumpió Hunter—. Se rumorea que también trafica con armas, pero es muy estricto con sus operaciones. Todo muy clandestino. Por eso no hemos oído hablar de él. Lo controla todo desde la distancia, excepto a las chicas, con ellas prefiere un acercamiento más participativo.

—¿Y dónde podemos encontrarlo?

—No lo vas a encontrar en las calles, su negocio es de alto *standing*. —JJ se rascó la cicatriz que tenía en el ojo izquierdo—. ¿Qué consigo yo?

—Consigues mantener tus asquerosos piños y no manchar tu traje barato de sangre. A mí *no me parece mal* —dijo García empujando a JJ contra la pared otra vez.

—¿Quién mierda es este tío? —le preguntó JJ a Hunter alejándose de García.

—Soy el tío a quien no quieres putear —dijo García, acercándose nuevamente.

—Es mi nuevo compañero y no parece que le caigas muy bien. El último tipo que no le cayó muy bien aún sigue sin poder comer nada sólido excepto yogurt.

—¿No puedes tenerlo atado?

—Claro que puedo. La correa está en el coche. Iré por ella. ¿Estarán bien los dos solos unos diez minutos o así, no?

—Espera, espera, ok, hombre. No es necesario que me dejes aquí con este monstruo de policía. A Rey-T le gusta ir al Vanguard Club en Hollywood los viernes y sábados por la noche. Lo encontrarán en la sala VIP.

—¿Y esta noche, ahora, podemos encontrarlo allí?

—¿Cómo diablos voy a saberlo, amigo? Te estoy haciendo un favor, hombre, el Vanguard Club los viernes y sábados por la noche, es todo lo que sé.

—Más te vale no meterte con nosotros JJ. —El tono de voz de García era de amenaza.

—¿Por qué mierda iba a hacerlo? Por mí, genial si no los vuelvo a ver.

Hunter le retorció a JJ el hombro izquierdo. La presión hizo que JJ se retorciera de dolor una vez más.

—Realmente espero que no nos estés enviando a una persecución falsa, «amigo». JJ intentó en vano liberarse de Hunter.

—Te estoy diciendo la verdad. Para hacértelo más fácil.

Hunter soltó a JJ, que empezó a quitarse el polvo de la chaqueta con ambas

manos.

—Mira lo que le has hecho a mi chaqueta, hombre, esta mierda no es barata, ¿sabes?

García comprobó la calderilla que tenía en los bolsillos.

—Toma. —Extendió la mano hacia JJ—. Un dólar con noventa y cinco. Ve y cómprate otro.

—Tiene que ver a alguien, alguien que le controle la rabia o algo por el estilo. ¿No tienen loqueros en la policía?

—Ninguno lo bastante bueno para curarlo —dijo Hunter riendo.

JJ murmuró algo en su lengua nativa mientras se alejaba de los dos detectives. García se metió la calderilla en el bolsillo y esperó a que JJ estuviera bastante lejos.

—¿Qué te parece?

—Me parece que eres muy bueno en el papel de poli malo y furioso. ¡Vaya transformación! Hasta me la he creído.

—¿El último tipo que no me cayó bien sigue sin poder comer nada sólido excepto yogurt? —le preguntó García, arqueando las cejas.

—Bueno. Quería que pareciera convincente. —Hunter sonrió.

—¿Y ahora qué?

—Supongo que este viernes vamos de clubes —dijo Hunter buscando las llaves del coche.

DIECINUEVE

Hunter pisó el pedal del acelerador cuatro veces, metió la llave en el contacto y la giró. El motor hizo un amago de querer arrancar seguido de una vibración, las luces del salpicadero parpadearon pero el coche no arrancó. Hunter quitó el contacto, pisó el pedal un par de veces más y volvió a intentarlo. Esta vez, mantuvo la llave girada unos doce segundos mientras pisaba el acelerador. El motor volvió a hacer un amago y sonó con el pavor de una locomotora.

—No puede ser verdad —dijo García mirando el tenue parpadeo de las luces del salpicadero.

—Relájate, no pasa nada. El motor es un poco temperamental —respondió Hunter, evitando la mirada de García.

—Por temperamental te refieres a viejo, ¿no? De todas formas, el motor no es el problema. Me parece que se le ha acabado la batería.

—Confía en mí, conozco el coche, no le pasa nada. —Hunter lo intentó una vez más y esta vez el motor no hizo ningún ruido. Las luces del salpicadero parpadearon una vez y luego...

—¡Vaya! Supongo que será mejor que llames al servicio en carretera.

—No tengo.

—¿Qué? Por favor, dime que estás bromeando —dijo García, apoyándose en la puerta del acompañante.

—No lo estoy.

—¿Estás mal de la cabeza? Tienes un coche con... ¿Cuántos años tiene?

Hunter arrugó la cara intentando recordar el año exacto de fabricación.

—Unos catorce años.

—¿Tienes un coche con catorce años y no tienes servicio de carretera? O eres muy optimista o eres mecánico, y no veo que tengas grasa en las manos.

—Te digo que conozco el coche. Solo hay que darle algo de tiempo y arrancará, siempre arranca. ¿Café o cerveza?

—¿Cómo?

—Bueno, tendremos que matar el tiempo... veinte minutos o así. Podríamos quedarnos aquí y hablar un rato, pero dado que estamos en Sunset Strip, también podríamos pillar un trago mientras esperamos. ¿Qué prefieres, café o cerveza?

García miró a Hunter con cara de incredulidad.

—No veo cómo se va a cargar la batería esperando, pero un café no me vendrá mal.

—Que sea cerveza entonces —dijo Hunter abriendo la puerta y saliendo del coche.

—¿Volvemos al Rainbow? A lo mejor puedes continuar tu conversación con la rubita de la camiseta «Rock Bitch» —García le lanzó la pulla.

—Da igual, tengo su teléfono —contraatacó Hunter.

Encontraron un pequeño bar en Hammond Street. Eran más de la una de la madrugada y la mayoría de gente volvía a casa. Hunter pidió dos cervezas y una bolsa con hielo para el tobillo antes de sentarse en una mesa al fondo del bar.

—¿Cómo tienes el pie? —le preguntó García al sentarse.

—Jamás he visto a nadie correr como tú, ¿has ido a las olimpiadas o qué?

García sonrió, enseñando sus dientes blancos y perfectamente alineados.

—Solía estar en el equipo de atletismo de la universidad.

—Y por lo visto eras bueno.

—Gané unas cuantas medallas —respondió García con un tono más de vergüenza que de orgullo—. ¿Y tú? Si no te hubieras torcido el tobillo lo habrías pillado. Pesaba la mitad que tú.

—No soy tan rápido como tú, eso te lo puedo asegurar —respondió Hunter.

—Puede que lo averigüemos algún día —dijo García con una sonrisa desafiante.

En la barra se oyó un fuerte sonido que atrajo su atención. Alguien se había caído del taburete, rompiendo la botella de cerveza y desplomándose en el suelo.

—Es hora de irse a casa, Joe —dijo una camarera baja y morena mientras ayudaba al tipo a ponerse de pie.

—Hay algo en este caso que me preocupa —dijo García mientras con la mirada seguía a Joe salir del bar.

—Todo lo de este caso es preocupante, pero quiero oírte —respondió Hunter, dándole otro trago a la cerveza.

—En estos tiempos que corren, ¿cómo puede el asesino no olvidarse de nada? Entiendo que el asesino tenga mucho tiempo para limpiar el lugar antes de irse, pero tenemos luces y productos químicos y diferentes artilugios que pueden revelar una mota de polvo en el suelo. Hacemos análisis de ADN; podemos condenar alguien por su saliva. ¡Demonios! Si el asesino se hubiese tirado un pedo en la casa, probablemente, el equipo forense tiene algún artilugio con el que poder recogerlo. ¿Cómo puede estar limpia la escena del crimen?

—Simple, el asesino nunca trabaja con la víctima en el lugar donde encontramos el cuerpo.

García asintió, aceptando la teoría de Hunter.

—Nuestra víctima, por ejemplo. No la despellejaron en esa vieja casa de madera. Seguramente, el asesino tendrá un lugar seguro, un lugar para asesinar, un lugar donde se encuentre a salvo, donde pueda estar tranquilamente con las víctimas, donde sepa que nadie lo interrumpirá. Así que todo este embrollo, la sangre, el ruido, las fibras, están en algún otro lugar. El asesino lleva a las víctimas al lugar donde quiere que las encontremos, por norma general, en un lugar aislado donde el riesgo de que algún ciudadano lo vea es muy escaso. Todo lo que el asesino tiene que hacer es llevar un mono que no deje fibras.

—¿Cómo un traje de plástico?

—O de goma, un traje de buzo, algo por el estilo. Algo que el asesino pueda fabricarse en casa, imposible de seguirle el rastro.

—¿Y lo de transportar a la víctima?

—Seguramente una furgoneta, algo común, algo que no levante sospechas, pero lo bastante grande para transportar uno o dos cuerpos en la parte trasera.

—Y apuesto a que el interior de la furgoneta está completamente forrada con plástico o algo que el asesino pueda quitar con facilidad, evitando dejar pistas si se diera el caso de que la encontraran.

Hunter asintió y dio otro trago a la cerveza. Ambos se quedaron en silencio y Hunter empezó a jugar con las llaves del coche.

—¿Has pensado alguna vez en comprarte un coche nuevo? —le preguntó García con cautela.

—¿Sabes?, hablas igual que Scott. Me gusta mi coche, es un clásico.

—Un pedazo de chatarra clásico tal vez.

—Es todo un coche americano antiguo. No uno de esos trastos endebles japoneses o europeos.

—Los coches japoneses funcionan siempre, tienen unos motores impresionantes.

—Ya, ahora sí que hablas como Scott, solía conducir un Toyota.

—Un hombre inteligente.

García se cogió el labio inferior con el superior. No estaba seguro de cómo iba a reaccionar Hunter ante su siguiente pregunta, pero de todas formas había decidido arriesgarse:

—¿Qué le pasó a Scott? Nunca me lo han contado —Intentó que sonara casual.

Hunter dejó la cerveza en la mesa y miró a su compañero. Sabía que tarde o temprano saldría la pregunta.

—Quieres otra cerveza —le preguntó.

García miró la botella medio vacía. Era obvio que Hunter intentaba eludir la pregunta. Decidió no forzarlo.

—No, no soy un hombre de cerveza, prefiero el *whisky*.

Hunter levantó las cejas sorprendido.

—¿En serio?

—Sí, el de malta es mi debilidad.

—Está bien, ahora nos entendemos. —Hunter hizo un gesto rápido con la cabeza hacia García—. ¿Crees que tendrán alguna botella decente de *whisky* en este garito?

García se dio cuenta de que Hunter estaba a punto de volver a la barra.

—Seguramente, no, pero, eh, no me apetece empezar con el *whisky*, no ahora —dijo mirando al vaso rápidamente. Con la cerveza me vale. Quería un café, ¿te acuerdas?

Hunter lanzó una rápida sonrisa a García y terminó el resto de la cerveza de un trago.

—Un accidente de barco.

—¿Qué?

—Scott y su mujer murieron en un accidente de barco, justo después de que sentenciaran a Mike Farloe. —La declaración de Hunter sorprendió a García por sorpresa. No estaba seguro de si debía decir algo o no, así que le dio un trago a la cerveza.

—Los dos estábamos de vacaciones —continuó Hunter—. Habíamos trabajado mucho tiempo en el caso. Se había apoderado de nosotros y estábamos volviéndonos locos, literalmente. La presión pudo con los dos. Afectaba nuestro proceso lógico de razonamiento. Dudábamos de nuestras habilidades, y la presión se afianzaba rápidamente. Cuando Mike confesó los asesinatos del crucifijo nos ordenaron que nos tomáramos algo de tiempo libre. Por nuestra salud. —Hunter jugueteaba con la botella de cerveza vacía, arrancándole el papel.

—Creo que ahora sí voy a tomar un *whisky* de malta, ¿quieres? —preguntó García, haciendo un gesto con la cabeza hacia la barra.

—Claro, por qué no, si es que tienen.

Un par de minutos más tarde, García volvió con dos vasos.

—Lo mejor que tienen es un Arran de ocho años, y aquí los precios son de broma. —García puso un vaso frente a Hunter y se sentó.

—Gracias... por la salud —dijo Hunter levantando el vaso. Echó un trago del líquido parduzco y dejó que su fuerte sabor le envolviera la garganta—. Diría que mucho mejor que la cerveza.

—García dejó ver su conformidad con una sonrisa.

—Vivo solo, siempre lo he hecho, pero Scott tenía mujer... Amanda. Solo llevaban tres años y medio casados. —Hunter tenía la mirada clavada en el vaso.

García podía sentir que aquello no era fácil para Hunter.

—El caso afectó mucho a ese matrimonio. A veces se tiraba días sin ir a casa. Fue duro para Amanda. Empezaron a discutir mucho. Scott se obsesionó con el caso y yo también —dijo Hunter mientras bebía *whisky*—. Estábamos seguros de que tenía que haber algún tipo de nexo de unión, algo que uniera a las víctimas. Esperábamos que el asesino cometiera algún error. Tarde o temprano, todos lo hacen, nadie podía ser tan cuidadoso.

—¿Lo comprobaste con el FBI?

—Sí, nos dieron acceso a su base de datos y a su biblioteca. Nos pasamos días... semanas buscando algo que pudiera ayudarnos. —Hunter hizo una pausa durante unos segundos—. Siempre hay algo. No importa lo loco que uno esté, siempre hay un motivo para el asesinato. La mayoría de veces no tiene lógica, pero, no obstante, es un motivo. Nos estábamos volviendo locos; comprobábamos las más absurdas de las posibilidades.

—¿Cómo cuáles? —preguntó García con curiosidad.

—Oh, cosas tales como si todos tuvieron las mismas enfermedades infantiles, destinos de vacaciones, alergias, en realidad todo, y luego...

—Y luego tuviste tu descanso.

—Sí, tuvimos nuestro descanso; arrestamos a Mike Farloe. Para Scott, aquello fue una bendición.

—Veo el porqué.

—Tengo claro que si el caso hubiera seguido unos meses más, Amanda lo habría dejado y Scott habría terminado en un manicomio.

—¿Y qué pasó después de arrestarlo?

—Nos ordenaron que nos tomáramos vacaciones, y no es que necesitáramos que nos persuadieran —dijo Hunter con una tímida sonrisa.

—Apuesto que no.

—Los barcos eran la gran pasión de Scott. Ahorró durante años para poder permitirse uno. —Otro trago—. Necesitaba pasar tiempo con Amanda, ya sabes, los dos solos intentando arreglar las cosas. Unas vacaciones navegando parecía una gran idea.

—¿Era un barco de vela? —El interés de Garda aumentaba.

—Sí, un Catarina 30, o algo así.

García rió.

—Te refieres a un Catalina 30.

Hunter miró a García.

—Sí, eso, ¿cómo lo sabes?

—Crecí con barcos de vela. A mi padre le obsesionaban.

—¡Ah! ¿Y eso? Da igual, hubo una especie de filtración de combustible en el barco. Algo hizo que se prendiera fuego provocando una explosión. Los dos murieron mientras dormían.

—¿Una filtración de combustible? —García parecía sorprendido.

—Sí —respondió Hunter, percatándose de la mirada escéptica de García—. Sé lo que estás pensando.

García levantó las cejas.

—Los barcos de vela no llevan mucho combustible. ¿Para qué, verdad? Son barcos de vela. Y tendría que haber sido una filtración enorme para provocar una explosión en el barco.

García asintió.

—Sí, yo tampoco me lo podía creer, así que intenté llevar a cabo una investigación privada propia. No creo que alguien tan cuidadoso como Scott hubiera pasado por alto algún problema con su posesión más preciada, por muy pequeño que fuera. Scott era un hombre muy orgulloso. —Hunter echó otro trago—. La filtración no fue en el motor, sino en las carretillas con las que transportaba el combustible.

—¿En las carretillas para transportar el combustible?

—Por algún motivo que no he averiguado, Scott subió a bordo más combustible del habitual. Unas cuantas carretillas.

—¿Planeaba un viaje largo?

—No sé, y como he dicho, nunca lo averigüé.

Durante unos minutos, García permaneció pensativo, observando cómo Hunter se bebía el resto del *whisky*.

—¿Scott fumaba?

—Los dos, pero no me lo trago. El informe oficial intentó echarle la culpa a eso. —Hunter negó con la cabeza—. Ni loco me trago que un incidente con un cigarrillo hiciera saltar el barco por los aires. No con Scott a bordo. Él no cometería un error así.

Se quedaron mirándose el uno al otro sin decir ni una palabra.

—Me lo contaron dos semanas después de que ocurriera, cuando volví al Departamento de Robos y Homicidios.

García podía sentir auténtico dolor en su compañero.

—Doy por hecho que el caso está cerrado.

Hunter asintió.

—No vieron ningún motivo para seguir investigándolo.

—Lo siento.

—Si hubiera perdido un compañero, quizá... —Hunter hizo una pausa, pasando el dedo alrededor del borde del vaso vacío—. Pero aquello, simplemente no parecía normal; un extraño accidente y, de repente, había perdido a dos de las personas más importantes de mi vida.

—¿Dos?

Hunter se frotó los ojos, tomándose su tiempo para responder.

—Amanda también era mi prima. Yo los presenté. —Su voz era de tristeza. Era obvio que Hunter luchaba contra sus emociones. Era la primera vez hablaba con alguien de lo que había ocurrido y, en cierto modo, se sentía mejor. Hunter se dio cuenta de que García quería decir algo. Puede que intentara reconfortarlo, pero sabía que en situaciones así, las palabras no tienen importancia.

García se mordió los labios y no dijo nada.

Hunter necesitó unos segundos más para recobrar fuerzas.

—Será mejor que nos vayamos —dijo finalmente. A continuación se levantó.

—Sí, claro. —García se terminó el *whisky* de un trago.

Fuera, el aire caliente era un tanto incómodo.

—Quizá deberíamos llamar al servicio de rescate de la policía —dijo García mientras llegaban al coche de Hunter.

—No hace falta. —Hunter giró la llave en el contacto y el motor arrancó a la primera.

—¡Que me cuelguen!

—Te lo dije, un coche genial, solo un poco temperamental. —Hunter sonreía orgulloso mientras sacaba el coche.

VEINTE

Hunter tenía la camisa empapada en sudor cuando se despertó, a las cinco de la mañana, de otro sueño vivido e inquietante.

Se sentó en la cama, respirando con fuerza, la frente mojada de sudor y el cuerpo entero temblando. ¿Cuándo dejaría de tener esos sueños? Desde la muerte de Scott se habían convertido en una parte constante de las noches. Sabía que no podría volver a dormir. Caminó hasta el baño y se echó agua fría en la cara. Respiraba con calma, pero las manos aún le temblaban. El reflejo en el espejo lo inquietaba. Las bolsas de los ojos parecían más pesadas; su tez, demasiado pálida.

Fue a la cocina y se sentó en la oscuridad durante unos minutos, arrullando la ansiedad. Sus ojos pasaron ligeramente el tablón de la cocina y vio la nota que había clavado unos días atrás: Isabella.

Hunter se había olvidado de ella. Cogió la nota del tablero y la leyó. Una sonrisa de satisfacción se abrió camino en sus labios sin siquiera darse cuenta. Durante una milésima de segundo se olvidó del caso del Asesino del Crucifijo y recordó cómo ella lo había hecho sonreír. Se acordó de cuánto tuvo que resistirse al impulso de saltar a su cama tras su invitación.

Hunter cogió el móvil del bolsillo de la chaqueta, marcó su número y puso la alarma para que se lo recordara a las 12:30.

* * *

Llegó al Departamento de Robos y Homicidios a las ocho en punto y se encontró con que García ya estaba sentado en su despacho. Se pasaron la mañana enviando por fax fotografías a las agencias de modelos y actrices e intentando reunir toda información que pudieran sobre Rey-T. Hunter sabía por experiencia que no tenía que interrogar a nadie sin estar preparado, en especial si ese alguien era un autoproclamado señor del crimen.

—Sí, parece que vamos a tratar con un hijo de puta duro —dijo García, sujetando el fax que acababa de recibir.

—Eso ya lo sabía, pero ¿qué tienes ahí?

—Como dijiste, parece que nuestro hombre trafica con casi todo lo que quieras, drogas, armas, prostitución, objetos robados... —García hizo un gesto con la mano indicando que la lista seguía y seguía—. Y estabas en lo cierto cuando dijiste que era muy escurridizo. Ha ido a los juzgados cinco veces...

—Deja que lo adivine, y en todas ha salido.

—Libre como un pájaro.

—¡Ya me parecía a mí! ¿De dónde viene esa información?

—De la Oficina del Fiscal del Distrito.

—¿Y es todo lo que han mandado?

—Ajá.

—Vuelve a ponerte en contacto con ellos a ver si pueden enviarnos el expediente completo. Normalmente, hacen un buen trabajo reuniendo información de la gente a la que persiguen.

—Estoy en ello —dijo García, que ya buscaba en la mesa el número de la oficina del Fiscal del Distrito. Sabía que lo tenía hacía un *minuto*.

—Hunter sintió vibrar el móvil en el bolsillo antes de oír la alarma. —12:30, *llamar a Isabella*.

—Vuelvo enseguida, tengo que hacer una llamada rápida. —Fue al pasillo y cerró la puerta al salir, dejando a García aún buscando el número del fiscal.

—¡Hola!

—¿Hola... Isabella?

—Sí, soy yo.

—Hola, soy Robert. —No se acordaba de si le había dicho cómo se llamaba o no —. Nos conocimos la semana pasada en el Hideout.

—¿La semana pasada? —Parecía no estar segura.

—Sí, acabé en tu apartamento. Tuve que salir pitando a las tres de la mañana, ¿te acuerdas?

Rió.

—Sí, me acuerdo. El hombre con calzoncillos con ositos que creía que era una prostituta, ¿verdad?

Hunter torció la cara como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Sí, ése era yo.

—¿Llamas para volver a disculparte? —le preguntó entre risas.

—En realidad, te llamaba para preguntarte si te gustaría quedar otra vez, para comer... o para cenar. —A Hunter le resultaba más sencillo ir directo al grano.

—Bueno, es un gran paso. De pensar que soy una prostituta y salir a toda prisa en mitad de la noche a pedirme una cita... ¡Qué sorpresa!

—Supongo que estoy lleno de sorpresas —bromeó Hunter.

—Seguro.

—Mira, actué como un capullo y lo siento. Estaba medio borracho, apenas había dormido y tú parecías demasiado buena para ser verdad. —Hunter se mordió el labio y esperó que la adulación funcionara.

—¿Eso ha sido un cumplido o me estás diciendo que con las únicas mujeres atractivas con las que te acuestas son prostitutas?

—¡Nooooo! Vaya, esta conversación se está torciendo. —Hunter oyó cómo ella se reía—. ¿Qué te parece si borramos la primera noche?

Pasaron varios segundos de silencio.

—Está bien —respondió finalmente—. Dame un segundo. —Hunter oyó el débil

sonido de paginas pasando—. Estoy un poco ocupada, pero mañana podría sacar un poco de tiempo para comer, si te viene bien.

—Comer me parece bien —respondió Hunter con aire despreocupado—. ¿A la una en punto?

—Sí, perfecto.

—Puesto que parece que tú estás más atada a tu horario podríamos quedar cerca de tu trabajo.

—Claro. Trabajo en la universidad. ¿Te gusta la comida italiana?

—Sí, la comida italiana es sabrosa.

—Supongo que es una forma de decirlo —dijo con una risita—. Hay un buen restaurante italiano que se llama Pancetta, en Weyburn Avenue, a solo unas calles de la universidad. ¿Qué te parece si nos vemos allí a la una en punto?

—Estoy deseándolo. —Hunter puso el teléfono en el bolsillo—. ¿La comida italiana es sabrosa? —dijo en voz alta negando con la cabeza—. ¿En qué diablos estaba pensando?

VEINTIUNO

Tienen el expediente de Rey-T y dicen que lo compartirán con nosotros gustosamente con una condición —dijo García conforme Hunter entraba en la oficina.

—¿Y cuál es la condición?

—Que nosotros hagamos lo mismo. Que les digamos cualquier cosa que averigüemos sobre él.

—Bueno, parece fácil.

—Eso es lo que pensé, así que les dije que teníamos un trato y que esta tarde nos pasaríamos para recoger el expediente.

—Bien.

Hunter sintió de nuevo vibrar el móvil seguido de una melodía.

—Sí, detective Hunter al teléfono.

—Hola Robert. —A Hunter se le hizo un nudo en la garganta e inmediatamente chasqueó los dedos dos veces hacia su compañero para atraer su atención.

—Hoy te voy a dar una oportunidad para que marques la diferencia.

—Te escucho.

—Estoy seguro de que lo haces. ¿Te gusta jugar, Robert?

—No si puedo evitarlo. —Hunter parecía calmado.

—Bueno, estoy seguro de que encontrarás a alguien que te ayude. Puede que tu nuevo compañero.

Hunter arrugó la cara.

—¿Cómo sabes que tengo...?

La voz metálica interrumpió a Hunter.

—En unos cuatro minutos empieza una carrera de galgos en el Canódromo del Condado de Jefferson. Quiero que elijas al ganador.

—¿Carrera de galgos?

—Exacto, Robert. Estoy poniendo la vida de alguien en tus manos. Elige al perro equivocado y muere.

Hunter y García se intercambiaron una mirada confusa y de tensión.

—Volveré a llamarte veinte segundos antes de que empiece la carrera para que hagas tu elección... estate preparado.

—¡Espera! —Pero la línea ya se había cortado.

—¿Qué te ha dicho? —le exigió García con ansiedad antes de que Hunter tuviera oportunidad de colgar el teléfono.

—¿Entiendes algo de carreras de galgos? —En el tono de Hunter había algo de desesperación.

—¿Qué?

—Carreras de perros... ¿sabes algo del tema? —le gritó con nerviosismo.

—No, jamás.

—¡Mierda! —Hunter se rascó la frente, pensativo, durante un momento—. Bajemos. —Hunter corrió hacia la puerta, no había ni un segundo que perder. García lo seguía. Bajaron los seis tramos de escaleras que había hasta la planta principal de detectives en un tiempo récord. La planta estaba casi vacía, solo el detective Lucas y el detective Maurice estaban en sus despachos.

—¿Saben algo de carreras de galgos, chicos? —gritó Hunter en cuanto cruzó la puerta. La mirada de confusión en el rostro de los detectives era uniforme.

—No hubo respuesta.

—¿Carreras de perros, alguno de ustedes apuestan en ellas? —La desesperación en el tono de Hunter era alarmante.

—Las carreras de perros son ilegales en California —dijo el detective Lucas con calma.

—Me importa un pimiento, solo quiero saber si alguno de ustedes dos sabe algo. ¿Alguno de ustedes apuesta?

—¿Qué diablos está pasando, Hunter? —El capitán Bolter había salido de su oficina para ver qué eran todos esos gritos.

—No hay tiempo para explicaciones ahora, capitán. Necesito saber si alguien de aquí apuesta en las carreras de galgos. —Hunter atisbo cierta intranquilidad en el detective Lucas—. Lucas, venga, habla —lo presionó Hunter.

—Apuesto muy de vez en cuando —dijo Lucas con timidez.

Ahora todas las miradas estaban puestas en él. Hunter se miró el reloj.

—Dentro de dos minutos y medio empieza una carrera en el Canódromo del Condado de Jefferson. Necesito acertar el ganador.

La mirada de confusión que adornaba el rostro de los detectives se convirtió en risa.

—Bueno, si fuera tan fácil, ahora no estaría trabajando, ¿no? —replicó Lucas.

—Más vale que lo hagas lo mejor que puedas o alguien morirá. —El apremio de Hunter hizo que la habitación entera se estremeciera.

De inmediato, el capitán Bolter se dio cuenta de dónde venía la impaciencia de Hunter.

—¿Cómo consigues el programa de las carreras? —le lanzó la pregunta a Lucas.

—Por Internet.

—Hazlo ahora —le ordenó el capitán, acercándose al despacho del detective.

Lucas encendió el ordenador y abrió el explorador. Le gustaba jugar, sobre todo a las carreras de caballos y perros, y tenía varios enlaces guardados en sus favoritos. Hunter, García y el capitán Bolter ya estaban al lado de Lucas. El detective Maurice fue el último en unírseles.

—Veamos, has dicho el Canódromo del Condado de Jefferson, ¿verdad?

—Sí.

—Eso está en Florida.

—¿Tengo pinta de que me importe una mierda dónde esté? Límitate a conseguir el programa, ¿ok? —El capitán Bolter explotaba de la irritación.

—De acuerdo, ahí vamos. —Con unos cuantos clics de ratón más tuvo la programación delante de él.

—¿Qué significa todo eso?

—Bueno, éstos son los números de los cajones, estos de aquí son los nombres de los perros y éstas son las probabilidades de ganar —respondió Lucas señalando en la pantalla con el dedo las diferentes secciones del programa.

—¿Y qué son todos estos números? —preguntó Hunter esta vez.

—Facciones y número de victorias, pero es muy complicado para explicarlo ahora.

—Bueno, por lo general, ¿cómo haces la selección?

—Analizo la lista, pero en este caso no tengo tiempo.

—¿Cuál es la segunda opción, entonces?

—No sé, seguir el mercado.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó el capitán Bolter enfadado.

—Haciendo un resumen, esperar a que las apuestas se muevan y apostar al favorito. Por lo general, el mercado es un muy buen indicador de los resultados probables de la carrera.

—No puede ser tan fácil —dijo Hunter, conocedor de que el asesino nunca lo encauzaría en una tarea tan sencilla.

—Ése es el tema, no es nada sencillo, fíjate en las probabilidades. —Lucas señaló hacia la pantalla del ordenador—. Hay favoritos en los cajones 1,2 y 5 con exactamente la mismas probabilidades, tres a uno, y los demás perros no van muy por detrás. Ésta es una carrera muy difícil de predecir. Si pudiera elegir, nunca apostaría en una carrera como ésta.

—No puedes elegir —dijo García.

—Entonces las predicciones que tú puedas hacer son tan buenas como las mías.

—Se supone que tú eres el jugador aquí. —La conversación empezaba a salirse de tono. A esas alturas, todos se habían dado cuenta de la gravedad de la situación y los nervios empezaban a sacar lo peor de cada uno.

—Está bien, cálmense todos, hostias —ordenó Hunter—. Lucas, haz la apuesta.

Volvió a prestar atención a la pantalla del ordenador.

—A primera vista, las facciones del perro del cajón cinco parecen mejores, pero eso no *significa* que sea una predicción segura.

—Me gusta como se llama el perro del cajón siete —sugirió el detective Maurice.

La mirada del capitán Bolter fue suficiente para que cerrara la boca.

—¿Qué hacemos? —preguntó García con nerviosismo.

—Quizá deberíamos apostar al perro número cinco entonces —dijo Hunter, analizando rápidamente los números del programa.

—Las facciones del perro del cajón dos también son muy buenas.

—No entiendo de qué están hablando... ¿facciones? Elige un puto perro —le exigió el capitán Bolter.

—Capitán, son apuestas, si fuera tan sencillo, todos nos ganaríamos la vida con ellas.

—Nos quedamos sin tiempo —dijo Hunter con voz severa.

—Solo elige el perro que crees que tiene más posibilidades de ganar —dijo García.

El teléfono de Hunter sonó, haciendo que todos los que estaban en la habitación dieran un salto. Miró la pantalla del teléfono. *Número oculto*.

—Es él.

—¿Él, quién? —preguntó Lucas con curiosidad.

García se llevó el dedo índice a la boca diciéndole que mantuviera silencio.

—Detective Hunter al teléfono.

—¿Cuál es tu elección?

Hunter miró a Lucas a los ojos, levantando las cejas como preguntando: «¿Qué perro?».

Lucas lo pensó durante una milésima de segundo y levantó la mano derecha, con los cinco dedos extendidos. Hunter no veía convicción en sus ojos.

—Tres segundos, Robert.

—Cinco, el perro del cajón cinco. —La línea se cortó.

El silencio se apoderó de la habitación. Hunter no sabía nada acerca de carreras de galgos y tenía claro que el asesino era consciente de ello.

—El resultado, ¿cómo sabemos quién ha ganado? ¿Podemos ver las carreras? —La voz de García rompió el silencio.

—Depende de si la pista tiene su propia página web y de si hacen retransmisiones en directo.

—¿Podemos averiguarlo?

Lucas giró hacia el ordenador para buscar la página web del Canódromo del Condado del Jefferson Club. La encontró al momento y tan solo un segundo más tarde la tenía en la pantalla. Comprobó los enlaces de la página de presentación e hizo clic en el de «programas y resultados».

—Mierda.

—¿Qué? —preguntó el capitán Bolter.

—No podemos verla. No hacen retransmisiones en directo. Pero muestran los resultados un minuto después de que termine la carrera.

—¿Cuánto dura la carrera?

—Solo treinta o cuarenta segundos.

—¿Eso es todo? ¿Nos quedamos aquí esperando como idiotas?

—No hay nada más que podamos hacer —dijo Hunter, respirando hondo.

VEINTIDOS

Lucas recargó la página web en la pantalla del ordenador.

—Están corriendo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó García.

Lucas señaló la pantalla: «Estado de carrera: corriendo».

Todos permanecieron inmóviles; todas las miradas estaban fijas en la pantalla del ordenador de Lucas como si pudieran ver la carrera. Durante un instante, parecía que nadie respiraba. García acomodó el peso de su cuerpo sobre la pierna izquierda, pero no se encontraba cómodo en ninguna posición. La tensión en la oficina se podía palpar.

Hunter empezaba a impacientarse. No le gustaba. ¿Por qué se le había dado al asesino por jugar? ¿Sabía el asesino que uno de los detectives jugaba?

La voz del detective Maurice rompió el silencio de la habitación.

—Recarga la página —dijo con excitación.

—Solo han pasado diez segundos desde el comienzo de la carrera.

—Recárgala de todas formas.

—Ok, ok. —Lucas hizo clic en el explorador. La página web se recargó en menos de un segundo—. «Estado de carrera: corriendo». ¿Lo ves? Aún no están los resultados.

La ansiedad hacía que todos se sintieran incómodos. Empezaban a ponerse nerviosos, pero las miradas seguían clavadas en la pantalla del ordenador de Lucas. Los segundos parecían horas. García empezó a masajearse la frente y las sienes. Maurice acababa de comerse la uña de uno de los pulgares y ya se había pasado al otro. Hunter no había dicho ni una palabra desde que la carrera había empezado.

—¿No podemos llamar al canódromo y explicarles que alguien morirá si el perro número cinco no gana? —sugirió el detective Maurice.

García se rió.

—Claro, por supuesto, jamás pensarán que se trata de un jugador chiflado que ha apostado en la carrera los ahorros de toda su vida. Piensa en ello.

Maurice se dio cuenta de lo estúpida que había sonado su sugerencia.

Lucas recargó la página de nuevo. Aún no estaban los resultados.

—Esto está empezado a tardar demasiado, ¿no? Han pasado dos minutos desde que empezó la carrera —dijo García con una mirada de preocupación.

—Lo sé, y no me gusta —repuso Lucas.

—¿Por qué no, por qué no? —preguntó Maurice, incapaz de contener su preocupación.

—Generalmente, cuando tarda tanto significa que el resultado ha pasado a los jueces, dos o más perros han cruzado la línea de meta juntos, así que tienen que ver la fotografía para decidir quién es el ganador. Si no diferencian los perros, pueden

declarar un empate múltiple.

—¿Qué diablos es un empate múltiple?

—¿Sabes algo sobre carreras, García? Es un empate en el que se declara ganador a dos perros o más.

—¿Y entonces qué pasa? —La pregunta de García fue directa a Hunter, que no tenía respuesta.

Volvió a hacerse el silencio en la habitación y todo el mundo giró hacia la pantalla de ordenador. Maurice había dejado de morderse las uñas y tenía las dos manos metidas en los bolsillos en un intento por conseguir que dejaran de temblarle.

—Déjame que lo intente una vez más. —Lucas hizo clic con el ratón y esperó. La página reapareció en la pantalla, esta vez con un resultado.

VEINTITRES

Oscuridad; eso era todo lo que rodeaba a George Slater cuando recobró el conocimiento. Sentía un dolor insoportable en la ingle. Mareado, creía que la cabeza le iba a estallar. Le temblaba todo. Las piernas, el cuerpo, la memoria. Intentó recordar qué había ocurrido, pero el cerebro no cooperaba.

¿Dónde demonios estoy?

¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

¿Cómo he llegado hasta aquí?

Muy lentamente, los recuerdos empezaron a formarse. La llamada en la puerta. La emoción de volver a ver a Rafael. El extraño intruso que apareció en su apartamento alquilado. La lucha desigual, la confusión, el dolor y, luego, la jeringuilla.

Se sentía mareado, débil, hambriento, sediento y asustado. Las manos descansaban sobre su pecho, pero no las tenía atadas. Intentó moverlas, pero simplemente, no había espacio suficiente. Con ellas tocaba algo que parecían tablones de madera rugosa, sus dedos sentían las astillas de la textura. Hizo un esfuerzo por gritar pero la mordaza en la boca le impedía producir sonido alguno.

George intentó mover las piernas pero tan solo pudo hacerlo unos milímetros antes de golpear otra pared que había enfrente de él.

Una caja. Estoy dentro de una caja de madera, pensó conforme el pánico empezaba a apoderarse de él. Tengo que salir de aquí.

Movió el cuerpo con violencia de un lado a otro, intentaba dar patadas, arañó la madera hasta romperse las uñas, pero sus esfuerzos no tuvieron recompensa. Empezó a sentir claustrofobia, desesperándose aún más.

Sabía que el pánico no le ayudaría. Necesitaba trabajar con el poco conocimiento de la situación que tenía. Se tomó unos segundos para calmarse. Concentrándose en los latidos del corazón, cogió aire. Tras un minuto, empezó a funcionar. George apremió a su cerebro para que pensara. Intentó reunir toda la información de la que disponía. Lo habían atacado, secuestrado, drogado y metido dentro de una caja de madera. Podía sentir cómo la sangre circulaba por el cuerpo con normalidad, y con ello supo que la caja estaba en posición vertical y no acostada. Eso lo alivió un poco. Si la caja hubiera estado en posición horizontal podría significar que estaba bajo tierra; enterrado vivo dentro de una especie de ataúd, y eso lo horrorizaba. Desde muy pequeño, a George le aterrorizaban los espacios cerrados. Tan solo tenía diez años cuando su madre lo golpeó hasta dejarlo sin sentido y lo encerró en un armario durante doce horas sin comida ni agua. Su crimen: caerse de la bicicleta y rasgarse los pantalones nuevos por las rodillas.

Volvió a dar una patada a la pared de madera. Parecía sólida, como si la caja estuviera cerrada con púas.

—¿Vas a dejar de hacer tanto ruido?

La voz sorprendió a George por sorpresa. Había alguien fuera. El corazón empezó a latirle con más fuerza. Intentó volver a gritar, pero la mordaza le apretaba demasiado y le salió un gruñido amortiguado.

—Ya no falta mucho.

George sintió que volvía a entrarle el pánico. ¿Para qué no faltaba mucho? ¿Para que lo liberara o para que lo matara? Necesitaba deshacerse de la mordaza que tenía en la boca. Sabía que si tuviera la oportunidad de hablar podría razonar con quien fuera que hubiera ahí fuera. Eso era algo que sabía hacer, hablar con la gente. Como abogado, había tenido que negociar tratos de millones de dólares. Había convencido a jueces y jurados de que su alegato era el correcto. Si tuviera la oportunidad, estaba seguro de poder razonar con su captor. ¡Si pudiera hablar!

Volvió a moverse con brusquedad, haciendo aún más ruido, la histeria empezaba a tomar el control.

—Eso no te servirá de ayuda.

George se quedó paralizado de repente. Conocía esa voz, estaba seguro de haberla oído antes, ¿pero dónde? Hizo más ruido.

—Haz lo que quieras, si quieres hacer ruido, adelante.

A George no le cabía duda alguna, conocía a esa persona. Cerró los ojos en un esfuerzo por recordarlo. ¿Dónde se habían conocido? ¿En la oficina? ¿En el juzgado? ¿Dónde? George imploraba que la memoria lo ayudara.

—¡Jesucristo! —dijo, tembloroso y volviendo a abrir los ojos. Había sido en una fiesta, en una fiesta BDSM. Todo volvió a su memoria. Podía ver claramente la cara de esa persona en la mente.

VEINTICUATRO

Lucas miró el resultado en la pantalla del ordenador. García hacía todo lo que podía para poder entrever algo mirando por encima de los hombros de la gente. Hunter tenía los ojos cerrados, demasiado nervioso para mirar.

—Hemos perdido —dijo Lucas con voz ronca—. Ha ganado el perro dos, el cinco ha sido segundo. —Hizo un esfuerzo para poder mirar a Hunter.

—No —dijo García con voz apenas audible. Casi vomita. Sintió cómo la comida se le subía por la garganta.

El capitán Bolter empujó a Lucas a un lado para ver mejor la pantalla.

—¡Mierda! Tenía que haber elegido el cajón dos, estaba entre el dos y el cinco. Tenía que haber ido por el dos —dijo Lucas, derrumbándose en la silla.

Los ojos de capitán Bolter seguían puestos en la pantalla. El resultado decía: 1º cajón 2. 2º cajón cinco. 3º cajón ocho.

—No es culpa tuya —dijo, poniéndole la mano en el hombro para consolarlo.

Hunter seguía en silencio. Los ojos cerrados, la mano metida en los bolsillos. Unos segundos más tarde miró a García y movió los labios diciendo.

—No puedo creerlo.

Todo el mundo se quedó quieto. Nadie sabía qué decir. Hunter quería gritar y pegarle un puñetazo a la pantalla del ordenador de Lucas, pero se contuvo la rabia.

El teléfono de Hunter sonó de nuevo, alarmando a todo el mundo. Lo sacó del bolsillo rápidamente y miró la pantalla. Un leve asentimiento con la cabeza hacia el capitán Bolter indicó que quien llamaba era quien esperaban.

—Sí —dijo Hunter con un tono de voz de derrota.

—Mala suerte.

—Espera... —le suplicó Hunter, pero era demasiado tarde. La línea se cortó.

—Apágalo —dijo el capitán Bolter señalando al ordenador de Lucas—. Hoy no son necesarias más carreras de perros.

Lucas cerró el explorador y miró a Hunter.

—Lo siento, hombre. Si hubiera tenido más tiempo...

Hunter sabía que Lucas había hecho todo lo posible. Como había dicho, si fuera tan sencillo, todo el mundo sacaría dinero con el juego.

—Hunter, García, tenemos que hablar. —La voz del capitán Bolter era firme. Aquello no iba según lo planeado, al menos no como lo tenía planeado en la cabeza. Fue a su oficina, el sonido de sus fuertes pasos resonaba en el silencio. Hunter y García lo siguieron sin hablar.

—¿Qué diablos está pasando? —dijo el capitán Bolter, incluso antes de que García cerrara la puerta al entrar.

—¿Usted qué cree, capitán? El asesino está actuando de nuevo, solo que esta vez me ha hecho elegir. Si hubiera elegido el perro ganador, la víctima estaría viva.

—La última llamada de teléfono, ¿te ha dicho quién era la nueva víctima?

—No, aún no.

—¿Ahora se pone a jugar?

—Parece que le gusta.

El capitán Bolter se volvió para mirar a la ventana. Quince largos segundos de silencio pasaron antes de que volviera a hablar.

—¿Por qué? Nunca antes lo había hecho. Nunca te dio la oportunidad de elegir. ¿Por qué ahora? ¿Por qué carreras de perros?

—No sabría decirle por qué ahora o por qué ha elegido carreras de perros, pero la conclusión lógica del porqué de los juegos es porque quiere compartir la culpa.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio? —preguntó el capitán Bolter con incredulidad.

—Es un juego psicológico, capitán. Quiere compartir la culpa con alguien, en este caso, conmigo. Quiere hacerme sentir que he jugado una mano con la muerte de la víctima al no elegir al ganador; yo soy tan culpable como él.

El capitán Bolter se volvió a girar para mirar a los dos detectives.

—¿Me estás diciendo que, de repente, ese tipo siente culpabilidad? ¿Qué siente remordimientos? —La irritación seguía en su voz.

—No estoy seguro.

—Bueno, tú eres quien tiene un gran cerebro.

—Es una posibilidad, ¿quién sabe? —dijo Hunter tras una pequeña pausa—. En todos los asesinatos anteriores solo estaban los dos, el asesino contra su víctima. No había nada que nadie más pudiera hacer. La decisión de asesinar era del asesino. Al hacerme escoger al perro, el asesino me ha añadido a la ecuación. En la mente del asesino, la decisión de matar ya no es suya. Es mía.

—¿Cómo si tú le hubieses dicho que lo hiciera? —preguntó García.

—Sí —dijo Hunter con la cabeza—. Y dado que piensa que la decisión de asesinar ha dejado de ser suya...

—Piensa que no tiene culpa —concluyó el capitán Bolter.

—Quizá también espere que la frustración aumente y, en consecuencia, retrasar la investigación —confirmó Hunter.

—Bueno, desde luego está añadiendo más frustración —respondió rápidamente el capitán.

—O a lo mejor está jugando por amor al arte.

El capitán Bolter negó con la cabeza.

—Nos está puteando, eso es lo que está haciendo.

—Parece que lo lleva haciendo desde hace tiempo, capitán —dijo Garda, arrepintiéndose de inmediato de sus palabras.

El capitán lo miró como si fuera un Rottweiler a punto de atacar.

—¿Han identificado ya a la primera víctima?

—Aún no, capitán, el viernes nos vemos con alguien que quizá nos dé una pista.

—No estamos yendo muy rápido, ¿verdad?

—Vamos tan rápido como podemos. —Hunter parecía irritado.

—Esperemos que vuestra pista resulte buena. Esto empieza a convertirse en un maldito circo, y odio los circos.

Hunter comprendía la rabia en la voz del capitán, era la misma rabia que él contenía en su interior. Sabían que el asesino estaba a punto de cobrarse otra víctima, pero no sabían cuándo, no sabían dónde y no sabían quién. Se encontraban en un juego que estaban perdiendo. No había nada que pudieran hacer, salvo esperar la próxima llamada de teléfono.

VEINTICINCO

Hunter llegó a Weyburn Avenue a la una en punto. La calle era un hervidero de estudiantes universitarios en su pausa del mediodía buscando el menú más barato que pudieran encontrar. Hamburgueserías y pizzerías parecían ser la elección preferida. No le llevó demasiado tiempo encontrar el restaurante Pancett. Estaba escondido entre un Pizza Hut Express y una librería.

La entrada del restaurante estaba gratamente decorada con flores y plantas vistosas, todas con tonos rojos, verdes y blancos. El lugar era pequeño y parecía el típico restaurante italiano. Un olor fuerte, pero agradable, a queso provolone mezclado con braseola y salami, recibía a los clientes.

Hunter esperó un momento en la entrada, observando a los camareros moverse entre las mesas. Curioseó la sala entera con la mirada. Isabella aún no había llegado. El metre le mostró una mesa en un rincón junto a una ventana. Según iba caminando, dos mujeres, no mayores de veinticinco años, lo siguieron con la mirada. Hunter no pudo evitar darse cuenta y les devolvió el cumplido con una sonrisa seguro de sí mismo que, a su vez, se encontró con la tímida risita y el sensual parpadeo de una chica de cabello oscuro.

Puso la chaqueta en el respaldo de la silla y se sentó mirando hacia la entrada. Como de costumbre, miró el teléfono móvil por si tenía alguna llamada perdida o algún mensaje; no había nada. Pidió una Coca-cola Light y echó un vistazo rápido al menú. Se preguntaba si reconocería a Isabella. Lo que recordaba del fin de semana era bastante confuso.

Los acontecimientos del día anterior aún resonaban en su cabeza. ¿Por qué una carrera de galgos? ¿Si el asesino quería jugar, por qué no una carrera de caballos o la ruleta o algo más común? ¿Había algún significado escondido detrás de todo? Y, como el capitán había dicho, ¿por qué había empezado el asesino a jugar ahora? ¿Culpabilidad? ¿Arrepentimiento? Hunter no se lo tragaba. La camarera, que acababa de servirle la bebida en un vaso con hielo, interrumpió sus pensamientos. Conforme daba el primer trago, puso su atención en la puerta del restaurante.

Con una vestimenta informal, blusa blanca de algodón por dentro de unos vaqueros de color azul desgastados y ajustados, botas altas negras y un cinturón a juego, Isabella iba más guapa de lo que recordaba. El cabello largo y oscuro le caía por los hombros y sus ojos color verde oliva tenían una chispa intrigante.

Hunter levantó la mano para atraer su atención, pero Isabella ya lo había visto sentado junto a la ventana. Con una sonrisa agradable fue hasta la mesa. Hunter se levantó y, cuando estaba a punto ofrecerle la mano para un saludo convencional, Isabella se inclinó y le dio dos besos, uno en cada mejilla. Llevaba un delicado perfume con aroma a cítrico. Esperó a que se sentara antes de regresar a su silla.

—¿Lo has encontrado fácilmente? —le preguntó con voz alegre.

—Sí, ningún problema. Parece un buen restaurante —dijo mirando a todas partes.

—Oh, lo es, confía en mí. —Volvió a sonreír—. La comida de aquí es muy... sabrosa.

Touché, pensó.

—Lo siento. La frase no quedó muy bien ayer. A veces, mi cerebro va más rápido que mis labios y no me salen las palabras que me gustaría.

—Está bien. Me hizo gracia.

—Entonces, ¿trabajas en la universidad? —Hunter cambió de tema.

—Sí.

—¿Departamento de Medicina o de Biología?

Por un instante, Isabella se quedó desconcertada.

—De hecho, investigación Biomédica. Espera, ¿cómo lo has sabido? ¡Oh, Dios! Dime que no huelo a formaldehído. —Sutilmente, se llevó la muñeca derecha a la nariz.

Hunter rió.

—No. Para ser honesto, hueles genial.

—Gracias, eso es muy bonito. Pero dime, ¿cómo lo has sabido?

—En realidad, por observación —dijo, quitándole importancia.

—¿Observación? Cuéntame más, por favor.

—Simplemente, me fijo en cosas en las que la mayoría de la gente no se fija.

—¿Cómo qué?

—Justo encima de la muñeca derecha tienes una leve marca —dijo moviendo la cabeza hacia sus manos—. Como si hubieras llevado una goma ajustada en las dos muñecas. El residuo de polvo blanco alrededor de las cutículas es similar a la harina de maíz, que, como sabes, se utiliza en los guantes quirúrgicos. Supongo que has llevado guantes todo el día.

—¡Guau! Muy impresionante. —Se miró las manos durante un par de segundos—. Pero el polvo de los dedos podría ser tiza. Lo que significa que podría ser profesora en la Universidad. Y podría enseñar cualquier asignatura, no solo biomedicina —dijo retando a Hunter.

—Es un tipo de polvo diferente —contestó rápidamente con convicción—. La harina de maíz es mucho más fina y más difícil de quitar con agua, por eso la llevas en las cutículas y no en los dedos. Además, la tienes en las dos manos. Así que, a no ser que seas profesora ambidiestra, me quedo con la teoría de los guantes quirúrgicos.

Isabella lo miró en silencio. Una sonrisa nerviosa se le dibujó en los labios.

—El otro signo revelador es que la Facultad de Medicina de la UCLA está justo al doblar la esquina —dijo con un nuevo movimiento de cabeza.

Isabella dudó por un instante.

—¡Vaya! Eres bueno. He llevado guantes toda la mañana.

—Como he dicho, es solo observación. —Hunter sonrió, feliz, en secreto, de haberla impresionado.

—¿Has dicho que enseñas? No parece que seas profesora.

—He dicho que podría ser profesora, pero ahora me ha entrado la curiosidad, ¿cómo debería ser alguien que es profesor? —preguntó con una risita.

—Bueno, ya sabes... más viejo, calvo, gafas gruesas...

Isabella rió y se pasó la mano por el cabello, haciéndoselo a un lado pero dejando que el flequillo le cayera parcialmente sobre el ojo izquierdo.

—En la UCLA incluso puedes encontrar el tipo de profesor que hace surf. Pelo largo, tatuajes, *piercings*. Algunos incluso vienen a clase con chanclas y pantalones cortos.

Hunter rió.

El camarero volvió para tomar nota de lo que querían.

—*Signorina Isabella, ¿come sta?*

—*Va bene, grazie, Luigi.*

—¿En qué puedo servirles? —preguntó con un fuerte acento italiano.

Isabella no necesitaba mirar la carta para decidirse, sabía exactamente lo que quería.

—¿Qué me recomiendas? —preguntó Hunter, haciendo un esfuerzo por ser él quien eligiera.

—¿Te gustan las olivas, el pepperoni y los piñones?

—Sí, bastante.

—Está bien, entonces trae penne Pазze, es magnífico —dijo, señalando hacia el menú.

Hunter aceptó la sugerencia y la complementó con una ensalada pequeña de rúcula y parmesano. Pensó en pedir pan de ajo, pero lo desestimó; no es el mejor plan cuando tienes una cita. Los dos optaron por no tomar vino, ya que tenían que volver a trabajar.

—¿Qué me dices de ti? ¿Qué tal va el trabajo? —le preguntó.

—Como siempre, solo un día más —dijo jugando con el cuchillo para el pan.

—Apuesto que no es fácil ser detective en Los Ángeles.

Hunter levantó la mirada y miró fijamente a Isabella.

—¿Cómo sabes que soy detective?

Ahora le tocaba a Isabella clavarle la mirada.

—¿Eh? —Hizo una pausa y se pasó los dedos por el flequillo—. ¿Estás bromeando?

La expresión de Hunter le hizo saber que no lo estaba.

—¿El fin de semana pasado? ¿En mi apartamento?

No obtuvo ninguna reacción por su parte.

—¿Recuerdas algo de aquella noche? Del bar fuimos a mi casa, te quitaste la chaqueta y lo primero que vi fue el arma. Me quedé alucinada y me enseñaste la placa diciendo que todo iba bien, que eras detective de la ciudad de Los Ángeles.

Hunter bajó la mirada avergonzado.

—Lo siento... lo cierto es que no recuerdo mucho de aquella noche... pequeños *flashes*, pero eso es todo. ¿Cuánto bebí?

—Bastante —dijo riendo para sí.

—¿Iba de *whisky*?

—Sí —asintió—. ¿Entonces, no recuerdas mucho de aquella noche?

—Muy poco.

—¿Recuerdas haberte acostado conmigo?

La vergüenza era ahora total. Una leve negación con la cabeza fue todo lo que pudo hacer.

—¡Oh, Dios! ¿Entonces, no fue memorable?

—Oh, no, no es eso. Estoy seguro de que eres increíble en la cama... —Hunter se dio cuenta de que lo había dicho más fuerte de lo que tenía intención. De repente, su conversación atrajo la atención de las mesas cercanas—. ¡Guau! No tenía que haberlo dicho.

Isabella sonrió.

—Tu cerebro va más rápido que tus labios —dijo con burla.

Luigi regresó con una botella de agua mineral y la sirvió en la copa de vino que había enfrente de Isabella. Hunter declinó el ofrecimiento indicando con la mano que estaba bien con la Coca-cola Light.

—*Grazie*, Luigi —dijo suavemente.

—*Sifiguri, signorina* —respondió con una sonrisa jovial.

Isabella esperó hasta que Luigi se hubo marchado.

—Tengo que admitir que tu llamada telefónica de ayer me sorprendió.

—Sorprender a la gente es una de las mejores cosas que hago —contestó Hunter, apoyándose en la silla.

—No estaba segura de qué hacer. No sabía si realmente querías verme o tan solo meterte en mis pantalones otra vez.

Hunter sonrió. Admiraba su atrevimiento.

—Y por eso optaste por una cita rápida para comer. Es más fácil llegar a algo más en una cita para cenar.

—Quedar para comer es más seguro —confirmó Isabella.

—Además, querías evaluarme.

—¿A qué te refieres? —Se hizo la tonta.

—Ambos bebimos más de lo que teníamos intención la noche que nos conocimos. Probablemente, nuestra percepción se distorsionó en cierto sentido. Seguramente, no estabas segura de cómo era y si valía la pena una segunda cita. Una cita rápida para comer lo arreglaría todo.

Isabella se mordió el labio.

Hunter sabía que estaba en lo cierto.

—Estoy segura de que recordaba más que tú —dijo, jugando con el cabello de nuevo.

—Cierto —admitió Hunter—. Pero aquella noche fue atípica. Por lo general, no bebo hasta el punto de desmayarme y no recordar lo que ha pasado. —Le dio un trago a su Coca Light—. Entonces, ¿he pasado el test de la comida?

Isabella asintió.

—Totalmente airoso, ¿y yo?

Hunter frunció el ceño.

—Venga. Tú me estás evaluando tanto como yo. Tú mismo lo has dicho. No recordabas mucho.

Hunter disfrutaba de su compañía. Sin duda, era diferente a la mayoría de mujeres que había conocido. Le gustaba su sentido del humor, sus respuestas ácidas y su irreverencia. Ambos se miraron el uno al otro durante un instante. Hunter se sentía con ella igual de cómodo en silencio que hablando.

Luigi llegó con la pasta y Hunter observó cómo Isabella se colocaba la servilleta alrededor del cuello de su blusa como una auténtica italiana. Él hizo lo mismo.

—¡Guau!, esto está absolutamente delicioso —dijo tras el primer bocado.

—Te lo dije, es auténtica comida italiana, por eso siempre está lleno.

—Apuesto a que siempre comes aquí. Yo lo haría.

—No tanto como me gustaría. Tengo que vigilar la figura, ya sabes. —Se miró la cintura.

—Bueno, lo que sea que estés haciendo, funciona —dijo con una sonrisa.

Antes de que Isabella tuviera tiempo de darle las gracias por el cumplido, el teléfono de Hunter sonó. Sabía que era de mala educación dejar el teléfono encendido en el restaurante, pero no tenía otra opción.

—Perdona —dijo medio avergonzado mientras se llevaba el teléfono al oído. A Isabella no parecía importarle.

—Detective Hunter al teléfono. —Oyó un débil clic.

—Ve a Camp Road en Griffith Park. Antes de llegar al final verás una curva cerrada a la derecha, no sigas recto, coge la pequeña carretera hacia el sur hasta llegar a unos árboles grandes. Allí encontrarás un Mercedes Bend Clase-M. He dejado el resultado del juego de ayer en el interior.

Antes de que Hunter tuviera oportunidad de decir algo, la voz robótica colgó. Hunter levantó los ojos hacia Isabella. No tenía que ser adivina para saber que algo no iba bien.

—¿Algo va mal? —le preguntó preocupada.

Hunter respiró hondo antes de responder.

—Tengo que irme... lo siento.

Isabella vio levantarse a Hunter y coger la chaqueta de la silla.

—Siento de verdad tener que salir corriendo otra vez.

—Está bien, confía en mí, lo entiendo. —Isabella se levantó, dio un paso y lo besó en las mejillas.

Hunter sacó dos billetes de veinte dólares de la cartera y los dejó en la mesa.

—¿Te parece bien si te llamo algún día?

—Por supuesto. —Con una sonrisa de inseguridad, Isabella lo vio salir a toda prisa del restaurante.

VEINTISEIS

Hunter llamó a García de camino a Griffith Park y le pidió que informara al Departamento Forense y a la Unidad de Tácticas Especiales del Departamento de Policía de Los Ángeles. No le cabía duda de que el asesino no estaría en el lugar, pero tenía que seguir el protocolo, la Unidad de Tácticas Especiales tenía que limpiar el área primero.

Con 4107 acres, Griffith Park, cubierto de robles californianos, salvia y manzanita, es el parque de terreno natural más grande de los Estados Unidos. También es cuna del famoso letrero de Hollywood que hay en el Monte Lee.

La Unidad de Tácticas Especiales no tardó en encontrar el Mercedes-Benz abandonado. El área estaba oculta de cualquier ciudadano que pudiera estar paseando por el parque. Robles altos y espesos rodeaban el coche y ocultaban casi por completo el sol de las dos de la tarde. El aire era incómodo por la humedad y el calor. Todos tenían las camisetas empapadas de sudor. *Podría ser peor, podría estar lloviendo*, pensó Hunter. García ya estaba ocupado enviando por fax los datos del vehículo.

El coche parecía intacto, el calor hacía que el techo resplandeciera como el agua, pero las ventanas tintadas de verde oscuro impedían que se pudiera ver bien el interior. Tras deliberar el plan de acción, cuatro agentes de la unidad especial se acercaron al coche en formación de a dos apuntando con metralletas MP5; las poderosas linternas que llevaban adjuntas en la parte inferior de los cañones proyectaban círculos de luz sobre el coche abandonado. Con cada paso de cautela, las hojas secas y las ramas crujían bajo sus pies.

Cuidadosamente comprobaron el área más cercana. Avanzaban centímetro a centímetro hacia el vehículo buscando cables de detonación o trampas explosivas.

—Hay alguien en el asiento del conductor —dijo con voz firme el agente que iba al frente.

De repente, todos los círculos de luz iluminaron una figura desplomada en el asiento delantero. Tenía la cabeza apoyada en el reposacabezas con los ojos cerrados, la boca semiabierta y los labios de un color que parecía púrpura oscuro. De los ojos le caían gotas de sangre por las mejillas, como si fueran lágrimas de sangre. Tenía el pecho descubierto y el cuerpo lleno de hematomas.

—¿Qué hay en el asiento de atrás? —gritó Tim Thornton, el jefe de la unidad. Su voz era de exigencia.

Uno de los agentes rompió el grupo de cuatro y se acercó a la ventana derecha trasera; su potente linterna iluminaba el interior del coche. No había nada en el asiento trasero ni en el suelo.

—Asiento trasero despejado.

—Enséñeme las manos —gritó Tim, apuntando con la metralleta a la cabeza del

conductor.

Ningún movimiento.

Tim lo intentó de nuevo, esta vez pronunció las palabras más lentamente.

—¿Puede oírme? Enséñeme las manos.

Ningún movimiento.

—Parece muerto, Tim —sugirió otro agente.

Tim se acercó a la puerta del conductor mientras los demás agentes seguían con la mirada fija en el hombre que estaba al volante. Con cuidado, Tim se puso de rodillas y examinó debajo del coche, no había ni explosivos ni cables de detonación. Todo parecía despejado. Se levantó, y lentamente puso la mano en el tirador de la puerta.

Seguía sin haber ningún movimiento por parte del conductor.

Tim podía sentir cómo le caía el sudor por la frente. Cogió aire para que las manos dejaran de temblarle. Con un movimiento seco abrió la puerta. Una milésima de segundo más tarde, tenía la MP5 apuntando a la cabeza del conductor.

—¡Cielo santo! —dijo con un grito ahogado y apartando la mirada del coche antes de retroceder un paso y rápidamente taparse la nariz con la mano.

—Háblame, Tim, ¿qué pasa? —gritó Troy, el segundo al mando, acercándose a la puerta del acompañante.

—El olor maldita sea. Parece carne podrida. —Durante un momento, Tim hizo una pausa para contener las náuseas y tosió violentamente. El olor cálido y fétido que salía del coche intoxicó rápidamente el aire. Tim necesitó varios segundos para recobrar la calma. Tenía que comprobar las constantes vitales de la víctima.

Hunter, García, el capitán Bolter y el doctor Winston observaban con avidez la actuación desde el perímetro. Los auriculares de serie les permitían escuchar las comunicaciones de los agentes de la Unidad de Tácticas Especiales. Justo detrás de ellos había una ambulancia y un equipo paramédico.

Tim echó otro vistazo a la víctima. Tenía las manos atadas al volante y la única prenda que llevaba puesta eran un par de bóxers a rayas saturados de sangre. Tenía el cuerpo entero cubierto de ampollas grandes y oscuras con forma de pústulas y sarpullidos producidos por el sol. Algunas de las ampollas habían reventado y segregado mucosidad amarilla y densa.

—¿Eso es pus? —preguntó Troy, de pie junto a la puerta del acompañante. El comentario creó una mirada de preocupación en el rostro del doctor Winston.

—¿Cómo diablos voy a saberlo? No soy médico —respondió Tim, que puso una mano temblorosa en el cuello de la víctima buscándole la arteria carótida.

—No tiene pulso —gritó unos segundos más tarde.

Sin previo aviso, la víctima dio un tumbo hacia adelante escupiendo sangre en el volante, el salpicadero y en el parabrisas. Tim se trastabilló y cayó al suelo, perdiendo el equilibrio.

—¡Me cago en la puta! Está vivo —dijo con voz llena de horror.

Troy, que había estado a punto de dispararle al conductor tras su repentina

explosión de vida, fue corriendo hacia el lado del conductor.

—¡Médico!

Una mirada de asombro se dibujó en el rostro de todos. Hunter y Garda salieron disparados hacia el coche, seguidos muy de cerca por el capitán Bolter y el doctor Winston.

—Necesitamos la ambulancia ya mismo. —Tim ya se había levantado y se había unido a Troy, que aún respiraba enérgicamente, junto a la puerta del conductor.

—Hay que liberarlo —dijo Tim sacando del cinturón su cuchillo MOD.

—¿Señor, puede oírme? —gritó, pero el ocupante del coche había vuelto a perder el conocimiento.

—No se mueva, voy a soltarle las manos del volante y lo llevaremos al hospital. Se pondrá bien, aguante, amigo.

Con mucho cuidado, Tim cortó la soga llena de sangre que ataba la mano izquierda de la víctima al volante y ésta cayó desplomada sobre su regazo. Tim repitió el mismo procedimiento con la otra mano. Segundos más tarde, el conductor estaba liberado.

Troy buscó al equipo paramédico, que aún no había llegado al coche. Inesperadamente, la víctima volvió a toser escupiendo aún más sangre, esta vez en el uniforme de Tim.

—¿Dónde cojones está la ambulancia? —gritó con rabia.

—Estamos aquí —dijo uno de los paramédicos abriéndose paso hasta el coche. En pocos segundos, el resto de la ambulancia llegó al coche.

Hunter, García, el capitán Bolter y el doctor Winston observaban en silencio cómo el equipo médico trasladaba a la víctima cuidadosamente del coche a la ambulancia. El olor hizo que les dieran arcadas cuando se acercaban al coche.

—¿Adónde lo llevan? —preguntó Hunter al paramédico que tenía más cerca.

—Al Hospital del Buen Samaritano. Es el más cercano con sala de urgencias.

—¿La víctima está viva...? —preguntó el capitán Bolter con voz escéptica—. ¿Primero se pone a jugar con nosotros y luego deja con vida a una víctima? ¿Qué diablos anda tramando? ¿Se ha vuelto descuidado?

Hunter hizo un gesto de negación.

—No lo sé, pero estoy seguro de que no es un descuido. Podría ser parte del juego.

—¿Crees que interrumpieron al asesino? ¿Qué un ciudadano o alguien lo sorprendió? —preguntó el capitán, mirando alrededor como si buscara algo o alguien.

—No —respondió Hunter con firmeza—. El asesino no habría llamado si esto no fuera lo que quería que encontráramos. No ha cometido ningún error.

—No me digas que piensas que se siente culpable y ha dejado a la víctima con vida después de todo el drama de ayer.

—No lo sé, capitán —respondió rápidamente Hunter, irritado—. Pero pronto lo averiguaremos. —Se volvió hacia García—. ¿Qué tenemos del coche?

—Pertenece a... George Slater, treinta años, abogado del bufete Tale & Josh, una de las principales firmas de Los Ángeles. —García leyó el informe de un fax—. Su mujer, Amanda Slater, denunció su desaparición. Al parecer, no volvió a casa tras su partida de póquer semanal de los martes.

—¿Tenemos una foto?

—Sí, la que su mujer utilizó al denunciar su desaparición. —García mostró una impresión en blanco y negro.

—Déjame verla.

El hombre de la fotografía iba vestido con un traje que parecía caro y llevaba el pelo llamativamente peinado hacia atrás. No resultaba difícil ver el parecido entre el hombre de la hoja impresa y el cuerpo medio muerto que habían visto sacar del coche hacía unos minutos.

—Es él —dijo Hunter tras analizar la fotografía durante unos segundos—. Los rasgos faciales son claros.

—Yo pienso lo mismo —dijo García, mostrándose de acuerdo.

—Yo seguiré a la ambulancia hasta el hospital. Si hay alguna posibilidad de que viva, quiero estar allí.

—Voy contigo —dijo García.

—Haré que el equipo forense empiece aquí, aunque después de lo acontecido en los últimos cinco minutos, la escena entera se ha contaminado hasta no poder más —dijo el doctor Winston con preocupación—. Y a juzgar por la vegetación que rodea el coche, podrían tardar lo que no está escrito —dijo, señalando hacia los densos arbustos y la hierba alta.

—Solo pídeles que hagan todo lo que puedan —dijo Hunter, mirando la zona.

—¿No lo hacen siempre?

Todos se marcharon mientras el equipo forense intervenía.

VEINTISIETE

El Hospital del Buen Samaritano se emplaza imponente en Wilshire Boulevard, en el centro de Los Ángeles. La entrada principal se realiza por la cara este de la calle Witmer. En un día normal, el viaje desde Griffith Park habría llevado a Hunter alrededor de treinta minutos; esta vez lo hizo en menos de veinte. A García estuvo a punto de darle un ataque al corazón.

Corrieron hasta el mostrador de recepción atravesando la impoluta puerta de cristal de la entrada del vestíbulo. Dos enfermeras de mediana edad estaban ocupadas revolviendo una pila de papeles, respondiendo al teléfono y tratando con las demandas de una multitud de pacientes que rodeaban el mostrador. Hunter hizo caso omiso a la fila de gente y se abrió paso a empujones.

—¿Dónde está la sala de emergencias? —preguntó con la placa en la mano.

Una de las enfermeras levantó la mirada del ordenador, por encima de la montura de las gafas que le balanceaban en la punta de la nariz, y estudió a los dos hombres que tenía delante de ella.

—¿Están ciegos? Hay una fila de gente delante de ustedes.

—Sí, es verdad, todos estamos esperando, pónganse a la cola —protestó un anciano levantando los brazos y provocando gritos en los demás pacientes.

—Es un asunto oficial —gritó Hunter—. La sala de emergencias, ¿dónde está? —La urgencia en su voz hizo que la enfermera volviera a levantar la mirada. Esta vez miró las dos placas.

—Por allí, gire a la izquierda al final —dijo, señalando con desgana hacia el pasillo que había a su derecha.

—Malditos policías, no te dan ni las gracias —murmuró mientras Hunter y García desaparecían en el pasillo.

La sala de emergencias era un revoltijo de médicos, enfermeras, camilleros y pacientes corriendo por todas partes como si el fin del mundo estuviera a punto de llegar. La sala era grande, pero con el movimiento caótico de gente y camillas parecía estar abarrotada.

—¿Cómo puede alguien trabajar en un lugar así? Es como un carnaval brasileño —dijo García, mirando a todas partes con expresión de preocupación.

Hunter examinó la caótica escena y buscó a alguien que pudiera darles alguna información. Divisó un pequeño mostrador semicircular en la pared norte. Una enfermera de cara sonrosada se sentaba detrás de él. No perdieron tiempo en dirigirse a ella.

—Hace cinco minutos o así ha llegado un paciente muy grave. Necesitamos saber adónde lo han llevado —dijo Hunter con un tono de voz fracturado al acercarse a la mujer.

—Esto es emergencias, cariño, todos los pacientes que cruzan esa puerta son

pacientes muy graves —dijo con voz dulce y con un fuerte acento sureño.

—Es una víctima de un crimen, en Griffith Park, de unos treinta años, lleno de ampollas por completo —dijo Hunter rápidamente e impaciente.

La enfermera sacó un Kleenex de una caja grande del mostrador y se secó el sudor de la frente. Finalmente miró a los detectives con sus ojos de color negro perla. Al percatarse de la urgencia en la voz de Hunter, examinó rápidamente varios documentos tras el mostrador.

—Sí, recuerdo que lo han traído no hace tanto tiempo. —Hizo una pausa para coger aire—. Si no recuerdo mal... ingresó cadáver.

—¿Qué?

—Que ha ingresado cadáver.

—Sé lo que ha dicho. ¿Está segura? —preguntó García.

—No al cien por cien, pero el doctor Philips ingresó al paciente. Él podrá confirmarlo.

—¿Y dónde podemos encontrarlo?

La enfermera se levantó para inspeccionar la sala.

—Allí... doctor Philips —lo llamó moviendo la mano.

Un hombre pequeño y calvo se volvió; el estetoscopio se balanceaba en su pecho. Su bata blanca parecía vieja y arrugada, y a juzgar por los círculos oscuros de sus ojos, no había dormido en las últimas treinta horas. Estaba ocupado conversando con otro hombre que Hunter reconoció inmediatamente como uno de los paramédicos que había llegado a empujones hasta el coche de la víctima en Griffith Park.

Ambos detectives fueron hacia los dos hombres antes de que tuvieran oportunidad de ir hasta el pequeño mostrador. Rápidamente, llevaron a cabo la presentación habitual.

—¿La víctima del parque, dónde está? ¿Qué ha pasado? —preguntó Hunter.

Los ojos del paramédico evitaron a Hunter, utilizando el suelo como refugio. El pequeño doctor miró a Hunter y a García un par de veces.

—No lo ha conseguido. Tuvieron que apagar las sirenas a cinco minutos del hospital. Ingresó cadáver.

García rompió el corto periodo de silencio que siguió.

—¡Mierda! Sabía que era demasiado bueno para ser verdad.

—Lo lamento —dijo el paramédico con mirada afligida. Hicimos todo lo que pudimos. No podía respirar. Se estaba ahogando con su propia sangre. Estábamos a punto de practicarle una traqueotomía de emergencia, pero antes de que tuviéramos oportunidad... — Su voz se fue apagando cuando el doctor Philip asumía el control.

—Para cuando la ambulancia llegó al hospital, no había nada que se pudiera hacer. Se declaró su muerte a las tres y dieciocho de esta tarde.

El doctor Philips ofreció a Hunter una rápida sonrisa de nerviosismo.

—El cuerpo llegó, pero tiene para elegir, asfixia, paro cardíaco, fallo orgánico, hemorragia interna, ¡vaya usted a saber! Tendrá que esperar el informe oficial de la

autopsia para averiguarlo.

Hubo una llamada por los altavoces y el doctor Philips hizo una pausa y esperó a que terminara.

—Por el momento el cuerpo está aislado.

—¿Aislado? ¿Por qué? —La voz de García era de preocupación.

—¿Ha visto el cuerpo? Está cubierto de ampollas y llagas.

—Sí, lo hemos visto. Creíamos que eran marcas de quemaduras o algo por el estilo.

El doctor Philips negó con la cabeza.

—No puedo decirle lo que son sin una autopsia, pero de lo que estoy seguro es de que no son quemaduras.

—Sin duda alguna, no lo son —dijo el paramédico.

—¿Una infección viral? —preguntó Hunter.

El doctor Philips lo miró intrigado.

—A primera vista, sí. Como una enfermedad.

—¿Una enfermedad? —La atónica pregunta la hizo García—. Tiene que haber algún error, doctor, es víctima de un asesinato.

—¿Asesinato? —El doctor Philips lo miró perplejo—. Esas ampollas no se las ha causado nadie. Las produjo su propio cuerpo como reacción a algo, una enfermedad o una alergia. Créame, lo que ha matado a ese hombre ha sido algún tipo de enfermedad terrible.

Hunter ya se había imaginado lo que el asesino había hecho. Le había inyectado a la víctima algún tipo de virus mortal. Pero solo había pasado un día desde la carrera de perros, ¿cómo podía haber ocurrido tan rápido la reacción? ¿Qué enfermedad puede matar a un hombre en un día? Una vez más, dependía de la autopsia del doctor Winston para tener algún tipo de indicio de lo que había pasado.

—Tenemos que determinar de qué enfermedad se trata, si es que es una enfermedad, y si es contagiosa o no. —Los ojos del doctor se desviaron hacia el paramédico—. Eso es de lo que estábamos hablando, de un contacto directo con el paciente. ¿Alguno de ustedes dos...?

—No. —La respuesta fue unísona.

—¿Conocen a alguien que haya estado en contacto con él?

—Dos agentes de la Unidad de Tácticas Especiales —respondió Hunter.

—Seguramente tendrán que venir para hacerse algunas pruebas, dependiendo de los resultados de la biopsia.

—¿Y para cuándo espera los resultados?

—Como he dicho, el cuerpo acaba de llegar. Voy a enviar una muestra de tejido al laboratorio tan pronto como sea posible con una solicitud de urgencia. Si tenemos suerte, puede que recibamos alguna respuesta hoy.

—¿Qué hay del cuerpo y de la autopsia?

—El cuerpo será enviado hoy al Departamento Forense, pero dada su condición y

el hecho de tener que estar aislado hace todo más difícil, así que no puedo decirle cuándo exactamente. Mire, detective, no le voy a mentir, esto me preocupa bastante. Lo que sea que mató a este hombre lo hizo muy rápido y de forma muy dolorosa. Si se trata de algún tipo de enfermedad contagiosa, a juzgar por el estado en el que llegó, puede que nos estemos enfrentando a una epidemia horrorosa. La ciudad entera podría estar en peligro.

VEINTIOCHO

El resto del día pasó en un estado de limbo. Había muy poco que Hunter o García pudieran hacer, salvo esperar. Esperar a que el equipo forense terminara de procesar la escena del crimen, esperar a que llegara el resultado de la biopsia, esperar a que le enviaran el cuerpo al doctor Winston y esperar el informe de la autopsia.

Ambos detectives volvieron a Griffith Park antes de que oscureciera. Si el laboratorio de criminología sacaba algo, por muy pequeño que fuera, querían saberlo, pero la búsqueda era laboriosa y lenta. La hierba alta, el calor y la humedad lo hacía todo más difícil, y a la una de la madrugada el equipo no había encontrado nada.

* * *

La soledad del apartamento de Hunter era sobrecogedora. Cuando abrió la puerta y encendió la luz, se preguntó cómo sería volver a casa con alguien que le importara, alguien que le hiciera tener la esperanza de que el mundo no era una carretera que llevaba al infierno.

Se sirvió un vaso doble de una botella de Laphroaig de doce años, le echó un cubito como siempre, atenuó las luces y se tiró en su sofá viejo y duro. Se sentía física y mentalmente cansado, pero sabía que no iba a poder dormir. Seguía reproduciendo en su cabeza todo lo que había pasado en los últimos días, intensificando el dolor de cabeza.

¿Por qué no habré podido elegir una profesión más fácil? ¿Por qué no podría ser chef o carpintero?, pensó en voz alta. La razón era simple. Cliché o no, quería marcar la diferencia, y cada vez que cogía a un asesino con sus investigaciones y su trabajo duro sabía que la marcaba. Era reconfortante como ninguna otra cosa, la satisfacción, la euforia, saber las vidas que había salvado al seguir las pistas, tranquilizarse y unir las piezas de una escena que parecía perdida y diluida en el tiempo. Hunter era bueno en lo que hacía y lo sabía.

Le dio otro trago al *whisky* y lo movió en la boca antes de tragárselo dándole la bienvenida a la ardiente sensación. Cerró los ojos y apoyó la cabeza, haciendo todo lo posible por despejar de la cabeza los acontecimientos del día, pero le golpeaban la cabeza con una fuerza atronadora.

Un mensaje en el teléfono le hizo dar un salto. Lo buscó en los bolsillos pero estaban vacíos.

—¡Mierda!

El teléfono estaba en el pequeño bar de cristal. Lo había dejado allí con la cartera y las llaves.

Dejando el vaso en el suelo, Hunter se levantó lentamente y miró el reloj.

—¿Quién diablos manda un mensaje a estas horas? —miró el teléfono.

«Espero que estés bien. Me ha encantado verte de nuevo esta tarde, aunque haya sido unos minutos, Isabella».

Hunter se había olvidado de la rápida comida de la tarde. Sonrió y a la vez se sintió culpable por haber tenido que salir corriendo por segunda vez. Rápidamente, escribió un mensaje para responderle.

«¿Puedo llamarte?».

Pulsó la tecla enviar y volvió al sofá.

Un minuto después, el teléfono vibró y sonó la alerta de mensaje, rompiendo el silencio de la habitación.

«Sí».

Hunter volvió a beber *whisky* y pulsó la tecla de llamar.

—Hola... creía que ya estabas durmiendo —dijo suavemente.

—Yo pensaba lo mismo de ti. ¿No es un poco tarde para una investigadora? ¿No tienes que estar temprano en el laboratorio? —preguntó Hunter con una pequeña sonrisa.

—Nunca duermo mucho. Normalmente, de cinco a seis horas como máximo. Tengo el cerebro siempre ocupado. Eso es lo que te hace el trabajo de investigación.

—De cinco a seis horas. No es mucho.

—Mira quién habla. ¿Por qué no estás durmiendo?

—El insomnio es parte del paquete. Viene con el trabajo.

—Tienes que aprender a relajarte.

—Lo sé. Estoy en ello —mintió.

—Hablando de trabajo, ¿va todo bien? Parecías angustiado tras la llamada telefónica de esta tarde.

Hunter hizo una pausa durante un momento y se frotó los ojos. Pensó en lo inocente que la mayoría de la gente era, sin saber que el diablo los esperaba a tiro de piedra. Parte de su trabajo era asegurarse de que esa gente siguiera siendo inocente.

—Todo va bien. Es el trabajo. Siempre conlleva este tipo de presión.

—Seguro... más presión de la que puedo imaginar. De todas formas, estoy contenta de que llamas.

—Siento haber tenido que irme a toda prisa de nuevo. Quizá pueda compensártelo. —Juraría que la había oído sonreír.

—Eso me gustaría... y es en lo que estaba pensando. ¿Te gustaría cenar conmigo en mi casa el sábado?

—¿Una cita para cenar? —bromeó Hunter.

—Bueno, ya que la comida de evaluación ha sido poco común, he pensado que una cena estaría bien. ¿Estás ocupado este sábado?

—No, no, estoy libre. El sábado está bien. ¿A qué hora me paso?

—¿Qué te parece a las seis?

—Me parece genial. Llevaré una botella.

—Fantástico. ¿Recuerdas la dirección?

—Será mejor que me la des de nuevo, por si acaso. Iba muy borracho aquella noche.

—¿No me digas?

Ambos rieron.

VEINTINUEVE

A la mañana siguiente, Hunter y García volvieron al Departamento del Forense del Condado. El doctor Winston los había llamado alrededor de las diez, tras completar la autopsia de la nueva víctima. Quería que los dos detectives fueran los primeros en oír los resultados.

El cuerpo de George Slater descansaba en la mesa de autopsias de metal junto a la pared del fondo. Una sábana blanca lo cubría de la cintura para abajo. Le había quitado la mayoría de órganos internos, los había pesado y colocado en la bandeja para órganos. El doctor Winston les había abierto la puerta del sótano de la sala de autopsias y los había dejado esperando en la puerta mientras terminaba de analizar una pequeña muestra de tejido humano.

—Bueno, una cosa es segura, nuestro asesino es muy inventivo —dijo el doctor, levantando los ojos del microscopio. Solo Hunter se había dado cuenta de lo cansado que parecía el doctor Winston. Tenía su fino cabello enmarañado, la complexión pesada y los ojos exhaustos.

—¿Entonces, es víctima de un asesinato? —preguntó Hunter, señalando hacia el cuerpo blanco y fantasmagórico que había encima de la mesa.

—De eso no hay duda.

—¿Es nuestro asesino?

—Sí, claro, a no ser que alguien más sepa algo de esto —dijo el doctor mientras se dirigía hacia el cuerpo seguido de los dos hombres. Le levantó la cabeza de la mesa de autopsia unos centímetros. Hunter y García se agacharon a la vez, casi dándose un coscorrón. Los ojos vieron un símbolo inconfundible.

—Es el mismo asesino —dijo García volviendo a una posición vertical—. ¿Entonces, que hay de todo ese rollo de mierda de que había muerto por algún tipo de enfermedad?

—No es ningún rollo de mierda. Una enfermedad ha sido exactamente lo que lo ha matado. —La confusión y la frustración se *intensificaron* en el rostro de García—. ¿Has oído hablar alguna vez del *streptococcus pyogenes*?

—¿Qué?

—Supongo que no. ¿Y del *staphylococcus aureus*?

—Sí, doctor, el Latín es una parte constante de mi vocabulario diario. —El tono sarcástico de García provocó una rápida sonrisa en los labios de Hunter—. ¿Qué diablos es eso?

—Parece una bacteria —dijo Hunter.

—Y estás en lo cierto, Robert. Vengan aquí, se los mostraré. —El doctor Winston se tomó un momento para buscar un portaobjetos y la preparación, y a continuación volvió a la mesa del microscopio—. Echen un vistazo —dijo, colocando el portaobjetos en la platina.

Hunter se acercó, se agachó y puso el ojo en el ocular. Giró el tornillo de enfoque y analizó la muestra durante un momento.

—¿Qué diablos estoy mirando aquí, doctor? Lo único que veo es un puñado de... cosillas que parecen gusanos moviéndose como gallinas sin cabeza.

—Déjame echar un vistazo —dijo García como un universitario excitado mientras hacía gestos a Hunter para que se quitara de en medio—. Sí, yo veo lo mismo —comentó tras mirar por el ocular.

—Esas cosas que parecen gusanillos son *streptococcus pyogenes*, mi querido estudiante —dijo el doctor Winston, asumiendo el tono de un profesor—. Ahora, mira esto. —Quitó el portaobjetos de la muestra y cambió el que había en la platina.

En esta ocasión, Hunter vio formas circulares de color verde que se movían a un ritmo mucho más lento que los gusanillos anteriores. García echó un vistazo rápido después de Hunter.

—Sí, ¿y? Cosas redondas verdes esta vez.

—Bien, esos son *staphylococcus aureus*.

—¿Le parecemos estudiantes de biología, doctor? Háblenos en nuestra lengua. —García no estaba de humor para juegos.

El doctor Winston se frotó los ojos con el envés de la mano derecha. Cogió una silla y se sentó descansando el codo del brazo derecho sobre la mesa del microscopio.

—El primer portaobjetos que han visto, el *streptococcus pyogenes*, la bacteria con forma de gusanillo, una vez que está en el interior del cuerpo humano libera varias toxinas destructivas. Una de esas toxinas es la responsable de la escarlatina.

—No murió de escarlatina doctor. Los síntomas estarían equivocados —se apresuró a decir Hunter.

—Paciencia, Robert.

Hunter movió los brazos en un gesto que decía: «Me rindo».

—Otra de las toxinas que puede liberar la bacteria provoca *Fascitis Necrotizante*.

—¿Y eso es? —Esta vez era García.

—Una enfermedad infernal —dijo Hunter levantando las cejas con preocupación—. Una enfermedad carnívora.

—Así es como se la conoce comúnmente —dijo el doctor Winston.

—Esperen, esperen esperen —dijo García, haciendo una señal de tiempo muerto con las manos—. ¿He oído bien, chicos? ¿Has dicho una enfermedad carnívora?

El doctor asintió, pero antes de que pudiera decir algo, Hunter empezó a explicárselo.

—Es un término ampliamente utilizado, pero en realidad no es correcto, ya que la bacteria que la produce no se come realmente la carne. Es una infección extraña de las capas más profundas de la piel y de los tejidos subcutáneos. Produce la destrucción de la piel y del músculo al liberar toxinas, pero el conjunto de efectos hace que parezca como si se estuvieran comiendo a la víctima por dentro.

García sintió un escalofrío y se alejó del microscopio.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó a Hunter.

—Leo mucho —respondió, encogiéndose de hombros.

—Muy bien, Robert —dijo el doctor Winston con una sonrisa antes de continuar donde Hunter lo había dejado—. La víctima empieza a tener síntomas parecidos a los de la gripe, y pasa rápidamente a fuertes jaquecas, caída de la presión sanguínea y taquicardia. A continuación, la piel empieza a desarrollar un dolor extremo. Aparecen ampollas enormes llenas de mucosidad y sarpullidos como los de las quemaduras solares. Luego, a la víctima le da un *shock* tóxico, perdiendo la consciencia y recobrándola periódicamente. La salud se deteriora a la velocidad de la luz y, finalmente, muere.

Tanto García como Hunter miraron al cuerpo. Todas las ampollas habían reventado, revelando llagas secas y carne llena de costras.

—En el 2004 empezó a parecer una forma de enfermedad aún más grave con una frecuencia mayor, y la mayoría de casos se encontraron aquí, en California —prosiguió el doctor—. En aquellos casos, se descubrió que la bacteria que causó la enfermedad era una variedad del *staphylococcus aureus*, una variedad mucho más fuerte.

—La segunda muestra que hemos visto, ¿las cositas verdes y redondas?

El doctor Winston asintió.

—Lo recuerdo —dijo Hunter—. No consiguió llamar la atención de los medios de comunicación. Solo unas líneas al margen en los periódicos.

El doctor Winston se levantó de la silla y se dirigió hacia la mesa de autopsias. García y Hunter lo siguieron con la mirada.

—El modo en el que la enfermedad trabaja es el siguiente: la bacteria entra en el cuerpo y se reproduce. Cuantas más bacterias hay, más toxinas libera. Cuantas más toxinas libera, la muerte es más rápida y dolorosa. Desgraciadamente para la víctima, estas pequeñas bastardas se reproducen como conejos. Pueden doblar su número en el espacio de unas pocas horas.

—¿Se puede tratar? —preguntó García esta vez.

—Sí, si se descubre a tiempo, pero eso ocurre en raras ocasiones debido a la velocidad con la que las bacterias se propagan.

—¿Y cómo lo consiguen? ¿Cómo se introducen en un cuerpo?

—De manera muy curiosa. Con frecuencia, la bacteria se encuentra en la piel o en el interior de las fosas nasales de una persona en un buen estado de salud.

García se puso las manos en la nariz como si fuera a sonárselas. Hunter no pudo sino reír.

—Están en un estado de inactividad —dijo el doctor Winston con una sonrisa—. Pero la bacteria puede infectar fácilmente a una persona que tenga una herida abierta. A veces, se pilla en hospitales con una incisión quirúrgica infectada.

—¡Guau! Eso es muy tranquilizador —dijo García bromeando.

—La *Fascitis Necrotizante* es una de las enfermedades infecciosas conocidas por

el hombre que se propaga con mayor rapidez. Habitualmente, el paciente tarda solo tres días en pasar de los primeros síntomas a la muerte. En el caso de nuestra víctima, y estoy seguro de que ambos lo habían supuesto, el asesino le inyectó la bacteria del *Staphylococcus Aureus*.

Un silencio mórbido se apoderó de la habitación. ¿Qué más se le ocurriría al asesino?

—Pero la carrera de perros fue hace solo dos días, ¿cómo puede actuar la enfermedad tan rápidamente? —preguntó García negando con la cabeza.

—¿Carrera de perros? —dijo el doctor Winston frunciendo el ceño.

García movió la mano en un gesto de desestimación.

—Es demasiado complicado para explicarlo ahora, doctor.

—Da lo mismo, como he dicho, la bacteria se multiplica a gran velocidad, y cuantas más hay, más daño provocan. A nuestra víctima le inyectaron una cantidad extraordinaria y directa al flujo sanguíneo. En diez o doce horas, pasó de estar saludable a llamar a las puertas de la muerte.

El doctor Winston se acercó a la bandeja de órganos.

—Tenía el hígado y los riñones destrozados en un treinta y cinco por ciento. También, tenía el corazón, los intestinos y el esófago muy deteriorados, y eso explicaría la sangre al toser; tenía una hemorragia interna muy grave cuando lo encontramos en el parque. Probablemente, su cuerpo intentó luchar antes de morir.

García torció el gesto al recordar las imágenes del parque.

—Y algo más —continuó el doctor.

—¿Qué?

—La víctima tiene las uñas de las dos manos rotas, como si hubiera intentado salir de algún sitio a arañazos. Seguramente una caja de madera.

—¿Tenía astillas de madera en las uñas? —concluyó Hunter.

—Sí. Debajo de lo que le queda de ellas y en las puntas de los dedos.

—¿Análisis de la madera? —preguntó García con entusiasmo.

—Madera de pino común. Muy fácil de conseguir. El asesino lo encerró en un armario común y corriente.

—¿Por qué lo haría si ya le había inyectado la bacteria a la víctima y su muerte era segura? —preguntó García intrigado.

—Para acelerar el proceso lo máximo posible —respondió Hunter primero.

García arrugó la cara.

—El corazón se acelera cuando a una persona le entra el pánico. La sangre se bombea más rápidamente, así que la bacteria se propaga más rápidamente.

—Correcto —dijo el doctor Winston con un movimiento de cabeza.

—¿Y qué hay más fácil para conseguir que a alguien le entre el pánico sino encerrarlo en un ataúd de madera?

—El asesino sabe cómo asesinar mejor que nadie con quien me haya encontrado —dijo el doctor volviendo a mirar el cuerpo.

—¿Y si hubiéramos llegado antes al parque? —preguntó García.

—No habría cambiado nada. El destino de nuestra víctima se selló en el mismo momento en que el asesino le inyectó la bacteria —dijo Hunter—. Todo era parte de su plan. No dejó nada al azar.

—¿Cómo puede conseguir alguien la bacteria? ¿Dónde la consiguió el asesino?

Tanto el doctor Winston como Hunter se dieron cuenta de a donde quería llegar García. El asesino tuvo que tener acceso a la bacteria en algún lugar, en un hospital o en un laboratorio, quizá. Podrían revisar los archivos de los visitantes y de los empleados y quizá conseguirían una pista.

—El problema que tenemos es que en todos los hospitales y en todos los laboratorios de California tendrán con toda seguridad una muestra de la bacteria —explicó el doctor—. Como he dicho, se reproduce extremadamente rápido y el asesino solo habría necesitado un par de gotas de sangre infectada. Nadie las habría echado de menos. Nadie lo denunciaría. Cultivar y transformar las pocas gotas de sangre infectada en la cantidad mortal que se inyectó a nuestra víctima se puede hacer fácilmente. Ha sido una muerte muy inteligente: no muy difícil de lograr si sabes lo que estás haciendo, pero sí muy difícil de rastrear.

—¿Sería como buscar una aguja en un pajar?

El doctor Winston asintió.

—De todas formas lo estudiaremos —dijo Hunter—. En este punto no descarto nada.

—¿Por qué no esperó el asesino a que la víctima muriera antes de llamar como hizo con las anteriores? —preguntó García.

—Por lo impactante de los efectos —respondió Hunter rápidamente con voz calmada—. Una persona que está muriendo por una enfermedad carnívora es una imagen muy fuerte y perturbadora. Ampollas reventando soltando pus y mucosidades, la víctima con hemorragias en los ojos, nariz, oídos, encías... el olor putrefacto, la muerte segura e inmediata. Nos quería presentar un espectáculo. Y todo ello se suma a mi sentimiento de culpabilidad. Quería que viera lo que había hecho cuando elegí el perro equivocado.

—¿De qué perro están hablando? —preguntó el doctor con rostro confuso.

Hunter le dio una explicación rápida de lo que había pasado, de lo cerca que había estado de salvar a la víctima.

—¿Crees en serio que el asesino lo habría soltado si hubieras elegido al perro ganador?

—No estoy seguro —dijo Hunter, negando con la cabeza. Un silencio incómodo prosiguió.

—¿Con qué se quedó? —preguntó García tocándose la barbilla.

—¿A qué te refieres? —el doctor Winston parecía dubitativo.

—Usted dijo que el asesino siempre le quita una parte de su cuerpo a la víctima como trofeo.

—Ah, sí. —Levantó la sábana blanca dejando al descubierto la zona de la ingle de la víctima.

—¡Oh, Dios mío! —García se llevó las dos manos a la boca. Sabía que lo había hecho mientras la víctima aún seguía con vida.

Pasó medio minuto hasta que Hunter habló.

—Déjeme adivinarlo, el equipo forense no encontró nada en el interior del coche, ¿verdad?

—¡Ajá! —contestó el doctor levantando el dedo índice con una sonrisa entusiasta—. Encontraron un cabello. Y no es de la víctima.

TREINTA

Según se aproximaban a la entrada del Vanguard Club el viernes por la noche, a García le sorprendió ver tal cantidad de gente haciendo cola para entrar.

—No me puedo creer que el club esté lleno, se supone que es un club enorme.

—No está lleno —contestó Hunter confiado.

—¿Cómo lo sabes?

—Es un truco psicológico —continuó Hunter—. Si te hacen esperar en la cola, tus expectativas respecto al club aumentan. Te entran más ansias por entrar. Un club lleno, por lo general, significa que es un buen club.

—Eso es verdad.

—Pero el truco está en hacerte esperar en la cola el tiempo necesario. Si no controlan bien el tiempo, los clientes se ponen de mal humor. A nadie le gusta hacer cola durante mucho tiempo.

—Eso también es verdad.

Pasaron de la cola y fueron directos hacia los dos musculitos que hacían de porteros en la entrada del club.

—Lo siento caballeros, pero tendrán que hacer cola como todos los demás —dijo uno de los porteros poniéndole la mano a García en el hombro.

—Oh, no, como ves tenemos pases especiales —dijo Hunter con voz graciosa enseñando su placa de detective.

El portero examinó las credenciales de las placas y quitó la mano del hombro de García.

—¿Hay algún problema, detective Hunter?

—No, solo estamos buscando a alguien.

Los dos porteros intercambiaron una mirada de preocupación.

—No queremos problemas aquí.

—Nosotros tampoco, así que, si se apartan del medio, será un buen comienzo —dijo Hunter clavándole la mirada al portero. Sin hacer contacto visual, el portero dio un paso a la derecha y abrió la puerta.

—Disfruten de la noche, caballeros.

Los dos detectives pasaron a la entrada del lujoso vestíbulo. La estruendosa música hizo efecto al instante. Estaba alta, muy alta. Había un puñado de personas en la primera sala, algunos bailando, otros solo hablando. Hunter y García fueron hasta la sala principal pasando entre la pequeña muchedumbre.

Allí la música estaba el doble de alta que en el vestíbulo. Instintivamente, Hunter se tapó los oídos con los dedos.

—¿Cuál es el problema, viejo?, ¿no soportas la música de las generaciones más jóvenes? —dijo García con sonrisa cínica.

—Esta música es solo... ruido atronador que se repite. Ponme *heavy metal* y ya

verás.

—¡Este lugar es enorme! —dijo García ante la gigantesca pista de baile de seis metros cuadrados que había en el interior de un escenario y que se mostraba majestuosa ante ellos. Hunter abrió los ojos para intentar asimilar la enormidad del lugar. Una multitud vibrante y pintoresca llenaba la pista de baile moviéndose al ritmo de lo último en *drum 'n' bass* y *funk*. Las luces y los láseres proyectaban formas sobre la multitud mientras bailaban. La atmósfera del Vanguard Club era contagiosa. La gente iba para divertirse y así lo mostraban. Hunter y García no habían ido al Vanguard Club ni para admirarla ni para divertirse, tenían que hablar con Rey-T.

A la izquierda de la pista de baile vieron unas escaleras pequeñas y acordonadas que llevaban a un nivel separado en la planta superior.

—Allí —dijo Hunter señalando con el dedo hacia las escaleras—. Ésa tiene que ser la sala VIP.

García asintió y arrugó la cara al ver dos porteros que parecían luchadores de lucha libre haciendo guardia al pie de las escaleras. Hunter buscó con la mirada a Rey-T en la planta de arriba. En el informe de la oficina del Fiscal del Distrito ponía todo lo que tenían que saber sobre el famoso traficante, incluyendo varias fotografías. Hunter no tardó en verlo cómodamente sentado acompañado de cuatro mujeres.

—Lo tengo, la última mesa a la derecha —dijo Hunter señalando hacia la sala VIP.

Pasaron entre la marchosa multitud de la pista a base de empujones y encontronazos. Una morena atractiva rodeó el cuello de Hunter con los brazos al pasar a su lado.

—¡Eh! Me encantan los hombres musculosos —le dijo acercándolo hacia ella—. Y tienes unos ojos preciosos. Baila conmigo, guapo. —Lo buscó con los labios y lo besó apasionadamente, dándole vueltas en una posición de yoga.

Hunter tardó varios segundos en apartar la boca. A pesar de los *flashes*, Hunter se fijó en lo dilatadas que estaban sus pupilas.

—Bailaré contigo en un segundo, nena. Tengo que ir al baño. —Fue la primera excusa que se le ocurrió.

—¿Al baño? ¿Quieres compañía? —Bajó la mirada hacia la ingele.

Hunter le lanzó a la morena una sonrisa de confianza.

—Hoy no, nena.

—Maricón —le susurró mientras Hunter se alejaba dejándola que buscara su siguiente presa.

—Es guapa... con estilo —comentó García—. Luego puedes volver y tomarte con ella un «Fóllame lentamente contra la pared».

Hunter pasó del comentario sarcástico de su compañero y se acercó a las escaleras que daban al exclusivo piso superior, y al lugar donde estaban los dos guardias.

—Lo siento caballeros, es una sala VIP, es una zona restringida —dijo uno de los porteros mirando a los detectives.

—No pasa nada, somos VIP —dijo García enseñando su placa y haciéndole un gesto a Hunter para que hiciera lo mismo.

—Señores, no pueden usar sus placas para entrar en los sitios —dijo el más alto de los dos musculitos con la mirada fija en García.

—¿Tenemos pinta de estar aquí por diversión? —se entrometió Hunter. Los dos porteros lo miraron—. Hemos venido a ver a alguien —prosiguió.

—¿Y quién es ese alguien?

—Hemos venido a ver al señor «Atinoteimporta». Ahora, hazte a un lado o te detendré por obstrucción a la justicia. —La voz de Hunter sonaba firme y amenazante. Sin esperar a que los porteros se hicieran a un lado, Hunter se metió entre medias de los dos musculitos, García lo siguió.

Jerome había estado observando la escena desde la mesa más cercana a las escaleras. Conforme los dos detectives pasaron a la sala VIP del nivel superior, Jerome se levantó para cortarles el paso.

—¿Puedo ayudarles?

—¿Pero qué hostias...? Este hombre tiene más seguridad que el Presidente de los Estados Unidos —dijo Hunter volviéndose hacia García antes de mirar a Jerome a los ojos—. No, no puedes ayudarme, gigantón, tengo que hablar con tu jefe —dijo Hunter señalando la mesa de Rey-T.

Sin moverse, Jerome estudió a los dos hombres que tenía frente a él.

—Ok, podemos hacerlo aquí, cómodamente en la sala VIP, o podemos llevarnos todo este circo a comisaría y montar una buena fiesta. Lo que tú digas, hombretón.

Jerome mantuvo la mirada en los dos hombres unos cuantos segundos antes de volverse hacia Rey-T, que empezaba a mostrar interés y asintió a Jerome con un rápido movimiento de cabeza.

—Discúlpenme, chicas, parece que tengo negocios que atender, ¿por qué no van a bailar un rato? —le dijo Rey-T a las cuatro despampanantes chicas con las que compartía mesa. Se levantaron, parpadeando con sensualidad a Hunter y ofreciéndole una sonrisa tentadora al pasar a su lado. A García parecía que la cara se le encendía con cada sonrisa mientras seguía con la mirada a las chicas.

—Si le gusta alguna de las chicas, quizá podría recomendarle —dijo Rey-T con una amplia y brillante sonrisa. Hunter se fijó en que tenía un pequeño diamante insertado en el incisivo izquierdo superior.

—¿Qué? Oh, no, no. No es eso —dijo García con cara de sentirse incómodo.

—Claro que no. Por favor, tomen asiento. ¿*Champagne*? —ofreció Rey-T, señalando la botella que había en el interior de un cubo con hielo.

—No podemos, gracias.

—Bien, ¿en qué puedo ayudarlos?

Rey-T era un afroamericano muy atractivo. Sólo tenía treinta y un años, medía un metro ochenta y tenía la cabeza rapada. Sus ojos color avellana eran impactantes y rasgos muy definidos formaban su rostro. Vestía un traje de viscosa oscuro con una

camisa blanca de seda con los dos botones de arriba desabrochados, dejando al descubierto un par de gruesas cadenas de oro.

—Soy el detective Hunter y él es el detective García —dijo Hunter con la placa en la mano.

Rey-T no se levantó ni tampoco hizo ademán de estrecharles la mano. Jerome se había puesto al lado de su jefe.

Hunter y García se sentaron mirando a Rey-T y de espaldas a la pista de baile. No hacía falta ponerse de cháchara.

Hunter sacó la fotografía del bolsillo y la puso en la mesa delante de Rey-T.

—¿Conoce a esta chica?

Rey-T bajó la mirada hacia la fotografía y la estudió unos segundos sin cogerla.

—No se anda con rodeos, ¿verdad, detective Hunter? Eso me gusta.

La expresión seria de Hunter no cambió.

—Es una imagen creada por ordenador —dijo Rey-T sorprendido.

—¡Sí!

—¿Y por qué?

—Me temo que no puedo revelar esa información.

—Me temo que no puedo ayudarlo. —La respuesta fue casi inmediata.

Ambos detectives intercambiaron una rápida mirada.

—Mire, señor Preston, esto es de gran importancia...

—La Hermana Joa solía llamarme señor Preston en el colegio. —Rey-T levantó la mano derecha interrumpiendo a Hunter antes de que tuviera oportunidad de terminar la frase—. Llámeme Rey-T.

A Hunter no le gustaba que lo interrumpieran.

—Como iba diciendo, se trata de un asunto muy importante.

—Estoy seguro de que lo es, pero déjeme que le diga cómo funciona esto. Si quiere que lo ayude, tienes que darme algo, nene. Soy un hombre de negocios, no tengo tiempo para estupideces y aquí no regalamos nada.

A Hunter no le gustaba negociar, en especial con gente como Rey-T, pero sabía que no tenía mucha elección. Observó la reacción de Rey-T y la de Jerome mientras analizaban la fotografía con la mirada. Sabía que la reconocía. Si quería que lo ayudaran, tendría que cooperar.

—Está muerta. La mataron de una manera horrenda y tiene la cara... —Hunter buscó la palabra adecuada—... irreconocible. Tuvimos que utilizar un programa especial para hacernos una idea de cómo era.

Rey-T miró fijamente a Hunter durante un buen rato antes de coger la fotografía. La estudió unos segundos más. A Hunter no le cabía duda alguna de que Rey-T había reconocido a la mujer de la fotografía, pero había algo más. Una emoción escondida.

—¿Qué le hace pensar que conozco a esta mujer?

Hunter sabía lo que estaba intentando hacer.

—Escuche, P-Diddy...

—Rey-T...

—Lo que sea. No me interesa en lo que ande metido. Sean los que sean los negocios ilegales que dirige, estoy seguro de que la justicia lo cogerá pronto, pero hoy no es el día. Puede que no lo crea, pero no es sospechoso de esta investigación. La persona que la asesinó volvió a asesinar ayer, y seguirá matando hasta que lo detengamos. La identificación de la chica puede darnos una pista para saber quién es este monstruo. Si es una de sus chicas...

—¿Una de mis chicas? —Rey-T volvió a interrumpir a Hunter. No estaba por la labor de admitir que era un mercader de sexo.

—Si quiere hacerse el tonto, adelante, como si fuera el chulo más importante del mundo, a estas alturas me importa una mierda, no voy a por usted. Somos de Homicidios, no de Narcóticos.

Rey-T dejó la fotografía en la mesa.

—Bonito discurso, detective.

Hunter respiró hondo. Tenía la mirada clavada en el hombre que había sentado enfrente de él.

Rey-T vio una oportunidad para abrir las puertas.

—Si necesita mi ayuda, a lo mejor podemos llegar a un acuerdo.

—¿Acuerdo? —Hunter sabía lo que seguía.

—De vez en cuando necesito la ayuda de los chicos de blanco y negro. Yo lo ayudo, usted me ayuda y todo el mundo es feliz. Puede ser una sociedad beneficiosa para ambas partes.

Solo entonces, García se dio cuenta de a qué se refería Rey-T. A diferencia de Hunter, él era incapaz de contenerse.

—¡Que te folien! ¿Alguien ha torturado y asesinado a una de tus chicas y a ti no te importa un pimiento? Pensaba que debías protegerlas, ser su guardián. ¿No es eso lo que hacen los chulos? —A García se le puso la cara roja. La voz era de rabia y el tono elevado, lo que provocó que los ocupantes de las mesas de al lado se volvieran—. ¿Ahora, utilizas su muerte para intentar meternos en tu nómina de polis corruptos? Qué clase de rey eres. Quizá, deberías cambiarte el nombre por el de Perdedor-T. —García se levantó y esperó a que Hunter hiciera lo mismo. Él no lo siguió.

Las payasadas de García hicieron reír a Rey-T.

—Venga ya, no van a empezar con esa mierda de «poli bueno y poli malo» conmigo, ¿verdad? Esa mierda solo funciona en las películas, y esto no es una puta película.

—No estamos jugando —dijo Hunter con calma—. Pero el asesino sí. El detective García tiene razón. Este asesino cogió a una de tus chicas y te ha dejado un «¡qué te folien!» enorme como regalo. —Hunter se inclinó poniendo los dos hombros sobre la mesa—. No creemos que seas idiota pero el asesino sí lo piensa. Se está riendo de ti y no me sorprende. Entra en tu casa, te roba a una de tus chicas y ni

siquiera te enteras. ¿Pensabas que se había ido de vacaciones? ¿Qué pasará si decide llevarse a otra de tus chicas? Una de las que estaban sentadas contigo hace unos minutos.

Rey-T mantuvo la mirada fija sobre Hunter.

—¿Y? —continuó Hunter—. ¿Te vas a quedar ahí sentado, fingiendo que estás tranquilo, que aún tienes el control, que sigues siendo el rey? Solo te pedimos un nombre, al menos para decirle a su familia lo que le ha pasado.

Hunter esperó una reacción que nunca llegó. Sabía que Rey-T había reconocido a la chica del retrato generado con el ordenador y eso era un gran paso en la dirección correcta. Ahora podría averiguar fácilmente quién era, ya que sabía dónde buscar. La cooperación de Rey-T ya no era tan importante. Hunter se levantó y se unió a García.

—Detective —gritó Rey-T cuando los dos hombres llegaban a las escaleras. Hunter giró y lo miró una vez más. Rey-T hizo un gesto a Jerome, que rápidamente sacó una fotografía del bolsillo de la chaqueta y la dejó en la mesa junto al retrato robot. Ambos detectives se volvieron a sentar y compararon las fotografías. El parecido era asombroso.

—Se llama Jenny Farnborough. La estoy buscando desde el viernes pasado.

Hunter sintió cómo se le calentaba la sangre.

—¿Fue la última vez que la vio?

—Correcto. El viernes pasado, aquí.

—¿Aquí? —preguntó García excitado.

—Sí, estábamos sentados en esta misma mesa. Se excusó y dijo que necesitaba ir al baño para retocarse el maquillaje o algo así. Nunca volvió.

—¿A qué hora fue?

Rey-T arqueó las cejas mirando a Jerome.

—Tarde, sobre las dos o dos y cuarto de la madrugada —dijo Jerome.

—¿Entonces, cree que la secuestraron en el club? —preguntó Hunter calmado.

—Eso parece.

—A lo mejor conocía a su raptor, alguien con quien ya había estado.

Rey-T negó con la cabeza.

—Aunque se hubiera encontrado con alguien que conociera, no se habría marchado del club, primero habría venido a hablar conmigo. Jenny era una buena chica.

Hunter hizo una pausa durante un segundo para evaluar cuánta información sobre la víctima quería revelar.

—La drogaron, GHB, ¿ha oído hablar de esa droga?

Rey-T ofreció a Hunter una sonrisa de vendedor de coches. Sabía que Hunter no podía ser tan ingenuo.

—Sí, la conozco. ¿Es lo que utilizó?

—Sí.

—¿Ha dicho que la torturaron?

—Sí.

La mirada de Hunter cayó sobre la fotografía. Imágenes de su cuerpo desnudo y mutilado atado a los postes de madera se le aparecían en la cabeza.

—Quienquiera que la matara quería que sufriera lo máximo posible. No tuvo misericordia, no le disparó en la cabeza, ni la atravesó con un cuchillo. El asesino quería que muriera lentamente. —Hunter no vio sentido en esconderle la verdad—. La despellejó viva y la dejó morir.

—¿Le hizo qué? —La voz de Jerome subió de tono.

Ninguno de los dos detectives respondió.

Rey-T intentó esconder la rabia, pero los ojos le ardían. Inmediatamente, su mente creó una imagen grotesca de Jenny, sola, torturada, pidiendo clemencia, gritando ayuda. Intentó en vano quitarse la imagen de la cabeza. Cuando habló, había rabia en su tono de voz.

—¿Es un hombre religioso, detective?

La pregunta sorprendió a Hunter y a García.

—¿Por qué?

—Porque si lo es, será mejor que rece para encontrar a quienquiera que la mató antes que yo.

Hunter entendía la rabia de Rey-T. Mientras que Hunter tenía que hacer las cosas según las reglas y siguiendo el protocolo, Rey-T no tenía que hacerlo. La idea de que Rey-T cogiera al asesino antes que él era en cierto modo atroz.

—Necesitaremos una lista de todos sus... clientes, de toda la gente con la que ha estado en los últimos seis meses. El asesino podría ser alguien que conociera.

Rey-T ofreció a Hunter una sonrisa.

—Me gusta, detective Hunter, me asombra. —Hizo una pausa—. No tengo ni idea de lo que está hablando. ¿Clientes...?

De ninguna de las maneras Hunter podría sacarle a Rey-T una lista de los clientes de Jenny, y lo sabía.

—Ha dicho que necesitaba su nombre, ya lo tiene. Me temo que no hay nada más que pueda hacer por usted —dijo Rey-T haciendo un gesto hacia las escaleras. Los dos detectives se levantaron sin decir una palabra. Hunter cogió las dos fotografías de la mesa.

—Una cosa más —dijo Hunter, sacándose un trozo de papel del bolsillo.

Rey-T levantó la mirada con una expresión de «¿y ahora qué?».

—¿Has visto este símbolo antes?

—No, nunca —le confirmó—. ¿Qué tiene que ver con la muerte de Jenny?

—Se encontró cerca de su cuerpo —mintió Hunter.

—Una última cosa... —Esta vez fue García—. ¿Sabe de dónde era Jenny? Tenemos que ponernos en contacto con sus padres.

Rey-T miró a Jerome y se encogió de hombros.

—La verdad es que no hago comprobaciones de fondo, pero creo que era de

Idaho o Utah, o de por ahí.

García asintió y siguió a Hunter. Al llegar a las escaleras, Hunter giró y miró a Rey-T una vez más.

—Si lo pillas antes que nosotros...

Rey-T miró a Hunter.

—Haz que sufra.

Rey-T no pronunció respuesta y observó a los dos detectives salir de la sala VIP y desaparecer entre la multitud que bailaba.

TREINTA Y UNO

—¿Qué te ha dicho ese idiota de Culhane por teléfono? —preguntó Rey-T volviendo su atención hacia Jerome en cuanto los dos detectives estuvieron fuera del alcance de su vista.

—Me ha dicho que ha comprobado el depósito, los hospitales y la base de datos de personas desaparecidas y que no ha encontrado nada.

—¡Vaya, un pedazo de inútil de mierda! ¿Y para eso le pagamos?

Jerome mostró su conformidad asintiendo con la cabeza.

—Dile a las chicas que enseguida nos vamos, pero antes de eso tráeme a ese camarero, con el que Jenny solía hablar de vez en cuando, el de pelo largo.

—Claro. —Jerome observó cómo Rey-T terminaba con la media botella de *champagne* de un solo trago—. ¿Estás bien, jefe?

Lanzó la botella contra la mesa tirando varios vasos y atrayendo atención no deseada.

—¿Qué cojones están mirando? —dijo gritando a la mesa que estaba más cerca. Sus cuatro ocupantes se dieron la vuelta para ocuparse de sus propios asuntos—. No, no lo estoy —dijo Rey-T, mirando a Jerome—. De hecho, estoy muy lejos de estar bien, Jerome. Alguien me ha robado una de mis chicas delante de mis narices. Si lo que los detectives han dicho es cierto, la torturaron y la asesinaron. —Su expresión era de profundo disgusto—. Despellejada viva, Jerome. Ahora dime, ¿qué clase de hijo de puta estúpido estaría tan loco como para hacerle eso a una de mis chicas?

En lugar de una respuesta, Jerome no pudo más que encogerse de hombros.

—Te diré quién... un hijo de puta muerto. Quiero a ese tipo, ¿me entiendes? Lo quiero vivo para poder enseñarle lo que es la tortura. —Rodeó a Jerome del cuello y puso su cara a un centímetro de la suya—. Cueste lo que cueste, negro, ¿me has entendido? Cueste lo que cueste, mierda.

TREINTA Y DOS

Darse cuenta de que el asesino había estado en el Vanguard Club solo unos días antes, hizo que a Hunter le hirviera la sangre. Decidió quedarse por allí un rato. El asesino estuvo allí, había tocado cosas, dejado que otros lo miraran, incluso que hablaran con él. De algún modo se las había apañado para drogar a Jenny entre la sala VIP y el baño de señoras. Y luego la sacó del club sin parecer sospechoso, ¿o si lo pareció?

Hunter le dio a García en el hombro para atraer su atención y señaló al techo.

—¿Ves lo que estoy viendo?

García levantó la mirada y siguió el dedo índice extendido de Hunter.

—¡CCTV!

—Bingo.

—Disculpe —dijo Hunter, acercándose al portero que había junto a la salida de incendios—. ¿Dónde está la sala del CCTV? —le preguntó enseñándole al musculitos la placa.

—En la planta de arriba, junto a la oficina del encargado.

—¿Puede enseñarme dónde es? Necesito echar un vistazo a algunas de las cintas.

Los dos detectives siguieron al portero entre la gente que bailaba y se dirigieron hacia la zona oeste del club. Una estrecha escalera los llevó a un pequeño pasillo de la siguiente planta. Se acercaron a la segunda puerta, justo donde había un cartel que decía «SALA DE CONTROL». En el interior había un único guardia sentado y rodeado de pantallas de televisión. Sostenía un periódico casi plegado en cuatro partes mostrando la sección de crucigramas. Hunter se fijó en que aún no había completado ni una sola palabra.

—¡Ey, Stu! —dijo el portero.

El guardia no apartó la mirada.

—*Shock* emocional, seis letras, empieza por T, ¿tienes idea de lo que puede ser? —La punta del bolígrafo que tenía en la mano estaba totalmente mordida.

—Trauma. —La respuesta llegó de Hunter.

El guardia finalmente levantó la vista del periódico con expresión de sorpresa, solo entonces se dio cuenta de que Tarik no estaba solo. Dejó el periódico y se reincorporó en la silla. Hunter se encargó de las presentaciones y de los rituales de placa.

—Primero tengo que verlo con el encargado —dijo Stu, cogiendo el teléfono después de que Hunter le explicara el motivo de su visita no anunciada. Hunter no puso ninguna objeción y escuchó mientras el guardia le explicaba rápidamente la situación por teléfono a su superior.

—Está bien, señor. Esperaremos —dijo, y colgó el teléfono.

—¿Y? —preguntó Hunter.

—Ya viene.

Hunter examinó los monitores de televisión que había delante del mostrador de Stu.

—¿Cuántas cámaras hay en total?

—Una en cada barra, otra en la entrada de la pista de baile, otra en la salida de incendios, dos en el patio, otra en la entrada del club, una en cada uno de los dos pasillos que van a los baños, tres en la pista de baile y dos en la sala VIP —dijo Stu, señalando los diferentes monitores con cada cámara que mencionaba.

La puerta se abrió y un hombre bajito entallado en un traje a rayas immaculado entró. Medía un metro sesenta y siete aproximadamente y el acné de sus años de juventud le había dejado la cara agujereada como una esponja. Sus gruesas cejas hacían que pareciera un personaje de dibujos animados. Se presentó como Tévez López, encargado de seguridad.

—Necesitamos ver todo el metraje del CCTV desde el viernes pasado —dijo Hunter sin perder el tiempo en explicaciones frívolas.

—¿Qué es lo que buscan exactamente?

—El viernes pasado secuestraron a una chica. Tenemos razones para pensar que podrían haberla secuestrado en el club. Necesitamos comprobar todas las cintas.

Tévez y Stu se miraron durante un momento con cara de preocupación.

—Puede que tengamos un problema, detective —dijo Tévez.

—¿Por qué?

—Solo guardamos las grabaciones durante dos días, puede que tres; las del viernes pasado se han borrado.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó García frustrado.

—No hay motivos para guardarlas —dijo Tévez como de forma casual—. Si esa noche no hubo problemas, ni peleas, ni faltaba dinero en la caja, ni hubo ningún incidente con drogas, no vemos necesidad de guardar las cintas. Como ve, detective, en estos tiempos todo es digital. Tenemos unas treinta cámaras grabando algo así como de doce a quince horas cada noche y eso ocupa una barbaridad de espacio en el disco duro. Una vez que comprobamos que la noche ha transcurrido sin problemas, las borramos para hacer espacio para las grabaciones nuevas.

Los dos detectives se quedaron perplejos ante la afirmación de Tévez. Con toda seguridad, el único metraje del asesino había sido borrado para guardar espacio en el disco duro. Hunter sabía que nunca tendría una oportunidad así. Se dio la vuelta y miró los monitores.

—¿No tienen una copia grabada? —preguntó García.

—Como he dicho, no hay necesidad.

—Espere, ¿puede hacer *zoom* con esa cámara? —Hunter señaló hacia el monitor superior izquierdo.

—Claro. —Stu giró un mando de la mesa y la imagen del monitor amplió el *zoom* tres veces.

—¿Quién es? —dijo Hunter señalando al chico de pelo largo que estaba sentado en la sala VIP. Rey-T y Jerome estaban sentados frente a él.

—Es Pietro, uno de nuestros camareros, pero no debería estar en la sala VIP —contestó Tévez.

—Tenemos que hablar con él.

—¿Quiere que lo llame ahora?

Hunter examinó la sala de control. No era un lugar apropiado para una entrevista.

—¿Tiene otra habitación que podamos utilizar?

—Pueden utilizar mi oficina, está al final de pasillo.

—Espere a que termine de hablar con quienquiera que esté hablando y llámelo. Esperaremos en su oficina. —Hunter no quería que Tévez supiera que ya habían conocido a Rey-T.

La oficina de Tévez era pequeña pero estaba bien decorada. En la pared del fondo había una mesa de caoba. A la derecha, un acuario iluminado con neones le daba a la oficina un toque personal. Una variedad de estanterías llenas de fotografías y libros cubrían totalmente la pared este. La fuerte música de la pista de baile estaba amortiguada, pero aún era audible, haciendo que el suelo temblara bajo sus pies levemente pero de forma constante. Llevaban cinco minutos esperando cuando Pietro entró a saludarlos.

—El Señor López ha dicho que querían hablar conmigo —dijo Pietro tras las típicas presentaciones.

—Cierto. Su conversación con el señor Preston, ¿sobre qué era? —Hunter no vio motivo para andarse por las ramas.

La mirada en el rostro de Pietro les hizo saber que no había reconocido el nombre.

—Rey-T, tu conversación con Rey-T. —le aclaró García.

—¿Era sobre esta chica? —Hunter le mostró la foto de Jenny.

Pietro estaba visiblemente nervioso. De repente, Rey-T y la poli le hacían preguntas sobre Jenny.

—Sí, quería saber si había hablado con ella el viernes pasado.

—¿Y lo hizo?

—Sí, brevemente.

—¿Recuerda a qué hora?

—Eran alrededor de las dos de la mañana.

—¿De qué hablaron?

—Pietro se sentía como si fuera un episodio de «La Dimensión Desconocida». Rey-T le acababa de hacer las mismas preguntas.

—Nada importante. Parecía cansada, así que le pregunté si quería un trago. Solo hablamos un minuto. Tenía que seguir atendiendo a los clientes.

—¿Se tomó ese trago?

—Mío no, ya tenía una copa de *champagne*.

—¿Se fue después de hablar con usted?

—No en el momento, se quedó en la barra un rato. Dijo que necesitaba un descanso de la fiesta. Como he dicho, parecía cansada.

—¿Se fijó si habló con alguien?

Nuevamente, las mismas preguntas que las de Rey-T.

—Jenny es una chica muy atractiva. Una mujer así, sola en la barra un viernes por la noche, es como un imán para los hombres, así que los tipos siempre se le acercan, pero estaba ese hombre...

—¿Qué pasa con él?

—Parecía diferente. Para empezar, llevaba un traje que parecía muy caro. Nadie aquí lleva trajes así, excepto los jefes y algunos invitados de la sala VIP, especialmente los viernes y sábados por la noche. Parecía que estaba intentado ligar con ella, pero su gozo en un pozo.

—¿Cómo lo sabe?

—No es el estilo de Jenny. Habla y flirtea con todo el mundo, chicos y chicas, pero no es tipo de chica con la que ligas en un club. Habló con ella un rato y luego se fue.

—¿Cómo era este chico?

—No sabría decirle. Solo recuerdo que era alto y que iba muy bien vestido, pero aparte de eso... —Pietro negó con la cabeza—. No soy bueno con las caras.

—¿La vio hablar con alguien más?

—Que yo recuerde, no, pero una vez más, era noche de viernes, estaba muy ocupado para fijarme.

—¿Recuerda si ha visto a ese chico alto y bien vestido aquí... antes o después del viernes?

—Lo siento. —Una nueva negación con la cabeza—. Si lo he visto, no me quedé con él. El único motivo por el que lo recuerdo es porque lo vi hablando con Jenny.

—¿Sabe si se fueron juntos?

—No lo vi. Pero como he dicho, no es el estilo de Jenny.

—¿Parecía colocada o bebida?

—En absoluto, solo cansada.

—Hunter sacó una tarjeta del bolsillo de su chaqueta de cuero gastada.

—Si alguna vez vuelve a ver a ese chico, deje lo que sea que esté haciendo y llámeme, ¿entendido?

—Sí, claro. —Rey-T le había pedido exactamente lo mismo.

—Mi número de teléfono está en la parte de atrás.

Pietro examinó las dos caras de la tarjeta que Hunter le había dado y la guardó en el bolsillo.

—¿No está bien, verdad? —preguntó con afecto en el tono de voz.

Hunter dudó un instante, pero revelar le la verdad haría que Pietro estuviera más dispuesto a ayudar.

—Está muerta.

Pietro cerró los ojos un momento. Le resultaba difícil creer que nunca volvería ver la sonrisa de Jenny ni sus ojos cálidos. Nunca más volvería a oír su dulce voz.

—¿Creen que fue el tipo alto quien lo hizo?

—No lo sabemos, pero parece que fue el último que habló con ella.

Pietro asintió como si entendiera lo que tenía que hacer.

TREINTA Y TRES

El día siguiente empezó con Hunter y García conduciendo hacia la casa en Brentwood de George Slater.

—¡Guau!, ésta es bonita —dijo García admirando la sorprendente construcción. Incluso para los estándares de Hollywood, la casa era impresionante. Se situaba al final de una calle a la que daban sombra unos robles. Los dinteles esculpidos y la fachada de un blanco immaculado destacaban en una calle de residencias ilustres. En la cara este de la casa, dando a un bello jardín, había un garaje de dos plazas.

—Supongo que ser abogado tiene sus ventajas —dijo Hunter mientras aparcaba el coche en la entrada.

Caminaron por una acera adoquinada, subieron los escalones que llevaban a la puerta principal y pulsaron el botón de «llamada» del sistema de vídeo-vigilancia.

—¿Sí? —La respuesta llegó pocos segundos después.

Ambos detectives enseñaron la placa a la cámara de la pequeña pared y se presentaron.

—¿Pueden darme un minuto? —La voz era dulce y femenina, pero Hunter detectó el leve temblor que se produce después de haber estado llorando durante horas.

—Naturalmente, señora.

Esperaron pacientemente casi un minuto antes de oír el sonido de pasos acercándose. La puerta se abrió y apareció una mujer muy atractiva. Tenía el cabello rubio oro y lo llevaba recogido en un moño muy logrado. El carmín era una sombra pálida de rojo y el maquillaje muy delicado, aunque no lo suficiente para ocultar los círculos oscuros que tenía bajo sus ojos color avellana. Hunter le adivinó unos treinta y dos años. Llevaba un vestido negro fino de muselina que le quedaba a la perfección. El dolor le daba aspecto de cansada y desgastada.

—¡Hola! —Su presencia era imponente, con una especie de delicada superioridad. Su postura era perfecta.

—Gracias por recibirnos, señora Slater, espero que no sea un momento inoportuno.

Catherine forzó una sonrisa y se hizo a un lado.

—Pasen, por favor.

La casa tenía cierto olor a velas, jazmín quizá, pero en el interior, el aire era frío e impersonal. Las paredes eran blancas y Hunter se fijó en las zonas de color más blanco que mostraban donde una vez hubo cuadros colgados.

Catherine los acompañó al interior de lo que parecía haber sido una oficina. Las estanterías estaban vacías y el sofá y el sillón estaban cubiertos con sábanas blancas. La habitación estaba muy iluminada, ya que las cortinas que una vez la protegían del sol habían sido descolgadas. Por toda la habitación se esparcían cajas de cartón

completando una decoración de mudanza.

—Siento el desorden —dijo al mismo tiempo que quitaba las sábanas del sofá y las colocaba tras una mesa de madera que había a unos pocos centímetros de la ventana—. Por favor, tomen asiento.

Hunter y García se sentaron en el sofá y Catherine se sentó en el sillón frente a ellos. Se fijó en la mirada de curiosidad del rostro de Hunter y le ofreció una respuesta incluso antes de que le hiciera la pregunta.

—Vuelvo a Alabama. Me quedaré con mis padres un tiempo hasta que decida qué hacer. Aquí ya no me queda nada, el único motivo por el que vine a Los Ángeles fue para que George trabajara en Tale & Josh —*dijo con voz triste y frágil*—. ¿Puedo ofrecerles algo de beber? ¿Café, té?

—No gracias. Estamos bien.

Catherine intentó sonreír, pero simplemente, sus labios se desvanecieron en una delgada línea.

—A George le encantaba tomar una taza de té por las tardes —susurró.

—¿Cuántos años lleva viviendo en Los Ángeles, señora Slater?

—Nos trasladamos aquí hace dos años y medio, por favor, llámeme Catherine.

—¿Y su marido trabajó para Tale & Josh desde el principio?

—Sí —respondió con un leve asentimiento.

—¿Seguía una rutina común? Me refiero no solo al trabajo, ¿solía ir con regularidad a algún otro sitio, clubes deportivos, bares, *night-clubs*?

—George nunca tenía tiempo para nada, siempre estaba trabajando. Se quedaba hasta muy tarde en la oficina al menos tres veces por semana. No iba a clubes deportivos ni a gimnasios. Nunca fue una persona físicamente activa. —La mirada de Catherine deambuló hasta la ventana y pareció mirar fijamente al vacío durante un rato—. El único compromiso social que le gustaba mantener era su partida de póquer de los martes por la noche. —Los ojos empezaban a ponersele llorosos y cogió una caja de pañuelos del escritorio.

Hunter y García se intercambiaron una mirada rápida y tensa.

—¿Sabe con quién jugaba al póquer? ¿Eran amigos de trabajo o...?

—Sí, con otros abogados del bufete. Puede que también con otras personas, pero no estoy segura.

—¿Conoció alguna vez a alguno de ellos?

—Conocí a otros abogados de Tale & Josh, sí.

—Me refiero a si alguna vez conoció a alguno de los colegas de póquer.

—Nunca he ido a una noche de póquer si es eso lo que está preguntado.

Hunter detectó un tono de arrogancia en su voz.

—¿Sabe dónde jugaban? ¿En un club, en una casa?

—George me dijo que cada semana jugaban en una casa diferente. Se turnaban.

—¿En serio? ¿Cómo es eso? ¿Alguna se hizo aquí?

—No. No se lo habría permitido.

—¿Y por qué? —preguntó García sorprendido.

En los ojos de Catherine aún se apreciaban los signos de haber reprimido las lágrimas.

—Soy cristiana, detective García, y no apruebo el juego. Aunque George me juró que no había dinero de por medio, no lo habría permitido en mi casa.

—¿Sin dinero?

—No. Me dijo que lo hacían por el aspecto social del mismo. —Cogió un pañuelo de la caja y suavemente se lo llevó a la esquina de los ojos—. Hacía años que no jugaba.

García arqueó las cejas sorprendido.

—¿Solía jugar? —preguntó.

—Hace años. Pero lo dejó cuando nos conocimos. Yo se lo pedí.

—¿Casinos?

Dudó por un instante, como si lo que estaba a punto de decir la avergonzara.

—No, carreras de perros... de galgos.

Hunter tragó saliva.

—¿Carreras de galgos? ¿Está segura? —El tono de sorpresa en su voz era más que evidente.

—Sí, estoy segura.

García tembló.

—¿Está segura de que lo había dejado? Quiero decir, ¿está segura de que no había ido a ningún canódromo últimamente?

La pregunta dejó atónita a Catherine.

—Sí, estoy segura. ¿Por qué iba a romper su promesa? —Su voz era de convicción.

—A lo mejor apostaba por Internet en vez de ir a sus partidas de póquer —sugirió García, e inmediatamente se mordió el labio inferior al darse cuenta de la acusación que acababa de hacer.

—¿Qué? ¿Por qué iba a hacerlo? —La insinuación de García pareció ofender bastante a Catherine.

—Catherine... —Esta vez la voz de Hunter parecía de preocupación—. Ayer nos pasamos casi todo el día en Tale & Josh, hablando con casi todo el mundo que conocía a George. Desde sus compañeros hasta el chico del correo. Nadie sabía nada de las partidas de póquer de los martes por la noche.

—¿Qué? Por supuesto que lo sabían, tenían que... —La forma en que le tembló la voz dejó al descubierto lo sorprendida que estaba ante la afirmación de Hunter.

—¿Se le ocurre algún nombre? ¿Alguien que crea que pudiera formar parte del grupo de amigos de póquer?

—No sé —dijo visiblemente temblorosa.

—Según todos aquellos con los que hemos hablado, nadie había jugado jamás al póquer con su marido y ni siquiera sabían que jugaba los martes por la noche.

—Mienten, tienen que estar haciéndolo. —Enterró la cara entre las manos, incapaz de reprimir las lágrimas. Cuando Catherine levantó la cabeza, el maquillaje había empezado a correrse por la cara, dándole un aspecto gótico—. ¿Por qué iba a mentir?

—Como García ha dicho, quizá había vuelto a apostar y le daba vergüenza admitirlo.

—No, sé que no lo haría. No estaba jugando. Eso forma parte del pasado —dijo Catherine inamovible.

Hunter se rascó la cabeza, incómodo por lo que estaba a punto de preguntarle.

—¿Cómo era su relación con George? ¿Podría haber alguien más?

El impacto de la alusión de Hunter dio arcadas a Catherine.

—¿Qué está diciendo? ¿Que George tenía una aventura amorosa? ¿Qué mentía para poder pasar los martes por la noche con otra mujer?

—Lo lamento, pero tenemos que sopesar todas las posibilidades, Catherine, y las aventuras amorosas son muy comunes en Los Ángeles.

—Pero George no era de Los Ángeles. Era un buen hombre, un buen marido. Me respetaba. Nuestro matrimonio iba bien. —Tuvo que hacer una pausa para coger otro pañuelo, puesto que las lágrimas le caían ahora por la cara—. ¿Por qué me hacen esto? Deberían estar buscando al monstruo que le hizo eso a mi marido, no acusándolo de ser infiel.

—Lo... lo lamento mucho —dijo Hunter, sintiendo terriblemente lo que acababa de decir—. Le aseguro que estamos haciendo todo lo que podemos.

—Y mucho más. —García complementó la afirmación de Hunter. Ambos se quedaron sentados en silencio mirando fijamente a Catherine. El dolor tan contagioso hizo que la habitación se quedara pequeña y oscura.

—Me dijeron que lo habían asesinado, que alguien le hizo aquello, ¿pero cómo es posible? —dijo con voz histérica—. No le dispararon, no le clavaron un cuchillo, le infectaron un virus mortal. ¿Quién mata a alguien de ese modo? ¿Y por qué? —Catherine no pudo más. Tenía la cabeza de nuevo entre las manos, el cuerpo le temblaba.

Hunter deseaba que hubiera algo que pudiera decir para reconfortarla. ¿Cómo podía decirle que llevaba dos años detrás del asesino y que ni siquiera había estado cerca de atraparlo?

—Lo lamento sinceramente. —A Hunter no se le ocurrió otra cosa que decir.

—Catherine... —García tomó el control—. No vamos a fingir que conocemos todas las respuestas, pero le doy mi palabra de que no descansaremos hasta que lo apresemos.

—Lo siento, ha sido demasiado para mí, lo quería muchísimo —dijo Catherine entre sollozos.

—Lo entendemos y no queremos robarle más tiempo. Solo una pregunta más —dijo Hunter acercándose a ella—. ¿Alguna vez ha visto este símbolo? —le mostró el

bosquejo del crucifijo doble.

Catherine lo miró unos segundos.

—No... nunca... ¿qué es?

—Nada en realidad, lo encontramos en el parque, así que pensamos que podría tener algún significado para usted... o para George. Mire, si necesita algo, o si le apetece hablar, por favor, no dude en llamarme. —Le dio una de sus tarjetas.

—Gracias —susurró.

—No hace falta que nos acompañe a la salida.

TREINTA Y CUATRO

Hunter se sirvió otro vaso de café de la máquina de la oficina. García había llevado una marca especial de café brasileño importado directamente del estado de Minas Gerais. El café molido era más fino que el de la mayoría de marcas más conocidas y estaba tostado a una temperatura inicial más baja para evitar que se quemara y para darle un sabor más fuerte pero también más suave. Hunter se pasó a ese café de inmediato.

Le dio un trago al líquido oscuro y se unió a García, que estaba mirando el tablón cubierto por las fotografías. La de George Slater era la última.

—¿Qué escondía? —preguntó García con los dedos pulgar e índice en el labio inferior.

—Una cosa está clara, los martes por la noche no había partida de póquer —comentó Hunter.

—¡Ajá! ¿Pero qué hacía? Mi principal corazonada era que engañaba a su mujer, pero...

—Pero dado que mencionó lo de la carrera de galgos...

—Exacto, y no fue coincidencia. El asesino lo sabía.

—Lo sé. Entonces, ¿había empezado a jugar otra vez o el asesino conocía su pasado?

—No lo sé, pero tenemos que averiguarlo.

—Como dijo Lucas, las carreras de perros son ilegales en California, ¿no? —preguntó Hunter.

—Sí, ¿por qué?

—¿Podemos averiguar cuál es el estado más cercano donde son legales?

—Sí, es fácil, dame un minuto. —García volvió a su mesa y se sentó delante del ordenador. Tras unos cuantos clics gritó el resultado—. Arizona.

Hunter se mordió el labio pensativo.

—Está muy lejos. Si George iba al canódromo, tenía que ser un lugar donde pudiera ir en coche o donde pudiera ir y volver en la misma noche. Arizona queda descartada.

—Así que si había empezado a jugar otra vez, lo hacía por Internet o por teléfono.

—Lo que significa que el asesino no lo escogió en un canódromo.

—Tenemos que averiguar dónde estaba la noche que lo secuestraron. Sabemos que Jenny estaba en el *night-club* —dijo García, levantándose de nuevo.

—Tenemos que volver a interrogar al tipo alto, delgado y con entradas con el que hablamos en Tale & Josh, ¿cómo se llamaba?

—Peterson, Peterson no sé qué. ¿Por qué él?

—Porque sabe más de lo que nos ha contado.

—¿Cómo lo sabes?

Hunter sonrió a García, confiado.

—Mostró todos los síntomas de alguien nervioso. Evitaba el contacto visual, le sudaban las palmas de las manos, lo inquietaban todas las respuestas y no dejaba de morderse el labio cada vez que lo presionábamos con una pregunta directa. Confía en mí, sabe más de lo que nos dijo.

—¿Una visita sorpresa a su casa, entonces?

Hunter asintió con una sonrisa retorcida.

—Hagámoslo mañana domingo. A la gente siempre se la pesca con la guardia baja los domingos.

García tenía los ojos puestos en las fotografías de nuevo. Había algo más que lo consumía.

—¿Crees que se conocían?

La pregunta llegó sin esperar y Hunter se tomó un momento para pensarla.

—Quizá. Era una prostituta de alto *standing*. Si engañaba a su mujer, y eso sigue siendo una gran posibilidad, está claro que tenía dinero para permitírsela.

—Eso es exactamente lo que yo estaba pensando.

—Así que será mejor que lo averigüemos también, y sé a quién preguntárselo.

—¿A quién? Rey-T no nos va a dar la lista de clientes de Jenny y estoy seguro de que no estás pensando en la montaña de músculos de su guardaespaldas.

—No, se lo preguntaremos a una de las chicas de Rey-T.

García no había pensado en ello.

—De todas formas, ¿qué tenemos de nuestra primera víctima hasta ahora? ¿Hemos podido conseguir su expediente? —preguntó Hunter.

—No exactamente. —García volvió a su mesa. Hunter nunca había visto un despacho mejor organizado. Tres montones de papeles se apilaban colocados ordenadamente a la izquierda del monitor del ordenador. Tenía todos los bolígrafos y lápices en botes codificados por colores. El teléfono estaba perfectamente alienado con el fax y no había ni una mota de polvo. Nada parecía fuera de lugar. Todo acerca del compañero de Hunter sugería organización y eficiencia.

—Farnborough no es un nombre muy común, pero lo bastante para dificultar las cosas —siguió García—. Rey-T no supo decirnos a ciencia cierta de dónde era. Mencionó Idaho y Utah, así que lo utilice como punto de partida. La búsqueda inicial mostró treinta y seis Farnboroughs en los dos estados. Me he puesto en contacto con los *sheriffs* de todas las ciudades en las que he encontrado a una Farnborough, pero hasta ahora no ha habido suerte.

—¿Y si Rey-T estaba equivocado con lo de Utah e Idaho? —preguntó Hunter.

—Bueno, entonces nos espera una búsqueda muy larga. Probablemente huyó de dondequiera que fuera buscando convertirse en una nueva estrella de Hollywood.

—¿No lo hacen todas? —dijo Hunter.

—Lamentablemente no le funcionó, así que termino siendo prostituta, trabajando para el cabronazo de Rey-T.

—Bienvenido al sueño de Hollywood.

García asintió.

—¿Entonces, no la podemos identificar vía ADN?

—No hasta que localicemos a la familia.

—Y obviamente, no hubo éxito con el archivo dental.

—No después del trabajo que le hizo el asesino.

Pasaron un minuto en silencio, con la mirada puesta en las fotografías. Hunter terminó el café antes de mirar el reloj: 5:15. Cogió la chaqueta del respaldo de la silla y comprobó los bolsillos como siempre.

—¿Te vas? —preguntó García medio sorprendido.

—Llego tarde a una cena, y de todas formas, creo que necesitamos desconectarnos del caso aunque sea unas horas. Deberías irte a casa con tu mujer, cenar, sacarla un rato, echar un polvo... pobre mujer.

García rió.

—Lo haré, solo quiero ver unas cosas más antes de irme. ¿Una cena, eh? ¿Es guapa?

—Es preciosa. Muy sensual —dijo Hunter encogiéndose de hombros.

—Bueno, pásalo bien. Te veo mañana. —García empezó a revisar algunos archivos. Hunter se detuvo junto a la puerta, se dio la vuelta y se quedó observando a su compañero. Hunter ya había visto esa escena antes. Era como mirar atrás en el tiempo, la única diferencia era que él estaría sentado en la silla de García y Scott sería quien estaba junto a la puerta. Sintió en García la misma pasión por el éxito, la misma hambre de verdad que ardía en su interior, el mismo deseo que casi lo llevó a la locura, pero a diferencia de García, él aprendió a controlarla.

—Vete a casa, novato, no merece la pena, seguiremos mañana.

—Diez minutos, eso es todo. —García le guiñó un ojo a Hunter antes de volver a poner su atención en el ordenador.

TREINTA Y CINCO

Hunter odiaba llegar tarde, pero, en el mismo momento en el que dejó la oficina del Departamento de Robos y Homicidios, supo que no le daría tiempo. Nunca había sido del tipo de los que le prestan mucha atención a su atuendo, pero ese día se probó sus siete camisas para «salir» al menos dos veces, y tomar una decisión le costó casi una hora. Al final, se decidió por una camisa azul oscura de algodón, unos Levis negros y su nueva chaqueta *sport* de cuero. El principal problema era elegir un par de zapatos. Tenía tres y todos tenían al menos diez años. No podía creer que se pasara tanto tiempo eligiendo qué ponerse. Tras echarse un poco de colonia en la cara y en el cuello, estaba listo para salir.

De camino al apartamento de Isabella se paró en una licorería para comprar una botella de vino. Los conocimientos de Hunter en alcohol se limitaban al *whisky* de malta, así que aceptó el consejo del vendedor y compró una botella de Mas de Daumas Gassac de 1992 y esperó que fuera bien con lo que quisiera que estuviera cocinando. Por el precio que había pagado, más le valía.

La entrada al vestíbulo del bloque de apartamentos en Glendale estaba agradablemente decorada. Lienzos al óleo auténticos adornaban las paredes. En el centro de la sala había un buqué de flores coloridas encima de una mesa cuadrada de cristal. Hunter miró su reflejo en un espejo de cuerpo entero posicionado a la derecha de la puerta y se aseguró de que llevaba bien el pelo. Se reajustó el cuello de la chaqueta mientras se dirigía por las escaleras hacia la segunda planta. Se detuvo frente al número 214 y se quedó allí de pie durante un momento. Del interior salía música. Un ritmo suave con fuertes acordes de bajo y un dulce saxo tenor; *jazz* contemporáneo. Tenía buen gusto. A Robert le gustaba. Llamó al timbre.

Isabella llevaba el cabello recogido por detrás con varias mechassueltas que le caían por encima de los hombros dejando al descubierto toda la cara. El pintalabios rojo suave y el sutil maquillaje de ojos contrastaban a la perfección con el tono oliva de su piel y enfatizaban sus rasgos europeos. Vestía un top ajustado rojo de *charmeuse*, unos vaqueros negros e iba sin zapatos. Robert no necesitaba visión de rayos-X para darse cuenta de que no llevaba sujetador.

—¡Hola!, llegas tarde con estilo —dijo inclinándose para darle a Hunter un pico en los labios.

—Lo siento. He tenido un mal día.

—¿Tú también? —Sonrió y señaló su cabello—. Entra. —Lo tomó de la mano y lo llevó al salón. En el apartamento había un olor exótico y agradable. Una suave luz iluminaba el salón, cortesía de una lámpara de mesa en un rincón próximo a un sillón, de cuero con pinta de ser muy cómodo.

—Espero que esto vaya con la cena, no soy un experto en vinos, así que seguí una recomendación —dijo, dándole la botella de vino.

Isabella la sujetó con las dos manos y la inclinó hacia la luz para poder leer la etiqueta.

—¡Oooh! Mas de Daumas Gassac... y una botella de 1992, estoy impresionada. Estoy segura de que va bien con cualquier cosa. ¿Qué te parece un vasito ahora?

—Suenan bien.

—Genial, las copas están en la mesa y el sacacorchos está allí. —Señaló con el dedo un armario pequeño para las bebidas junto a la ventana—. La cena estará lista enseguida. Ponte cómodo. —Giró y volvió a la cocina, dejando que fuera Hunter quien hiciera los honores.

Se quitó la chaqueta, acordándose también de su Wildey. Cogió el sacacorchos del armario y abrió la botella de vino. Luego sirvió el denso líquido rojo en las dos copas de la mesa. Junto al armario para las bebidas había un estante de cristal en el que había un considerable número de CD. Hunter no pudo evitar echarles un ojo. Su colección de *jazz* era impresionante, la mayoría de *jazz* contemporáneo, incluyendo unos cuantos de la vieja escuela. Todos ordenados inmaculadamente en orden alfabético. Un puñado de álbumes de música Rock desordenaban la extraordinaria colección de *jazz*. Hunter les echó un vistazo rápido. *Así que escucha música rock en secreto*, pensó con una sonrisa. *Una mujer de las mías*.

—Lo que sea que estés cocinando huele genial —dijo yendo a la cocina con las dos copas en la mano. Le dio una a Isabella, que le dio vueltas lentamente y se la acercó a la nariz antes de darle un pequeño sorbo.

—¡Guau! Como me esperaba... delicioso.

Hunter no tenía ni idea de para qué servían, pero copió los movimientos de Isabella, dándole vueltas, oliéndolo y bebiendo un poco.

—Sí, no está mal. —Ambos rieron.

Levantó la copa hacia Hunter.

—Por... una buena noche juntos. Con suerte sin interrupciones telefónicas.

Hunter asintió y con suavidad golpeó su copa contra la de Isabella.

La noche avanzó mejor de lo que Hunter podía esperar. Isabella cocinó ternera a la parmesana con *prosciutto* y legumbres mediterráneas asadas, lo que fue una sorpresa. Esperaba un plato de pasta tradicional italiana. Casi toda la conversación durante la cena giró en torno a la vida de Isabella. Hunter reveló muy poco sobre la suya.

Creció en Nueva York. Sus padres eran inmigrantes italianos de primera generación que llegaron a los Estados Unidos a principios de los setenta. Tenían un restaurante en Little Italy en el que pasó la mayoría de sus años de infancia y juventud junto a su hermano. Se trasladó a Los Ángeles hacía cinco años, cuando aceptó un trabajo de investigación en la Universidad de California. Seguía volando a Nueva York al menos tres veces al año para visitar a sus amigos.

—¿Sigues en contacto con tu hermano? —preguntó Hunter.

Isabella tardó un poco de tiempo en apartar la mirada de la copa de vino.

—Mi hermano falleció —dijo con tristeza en los ojos.

—¡Oh! Lo siento.

—No pasa nada —contestó, negando levemente con la cabeza—. Fue hace ya tiempo.

—¿Cuándo aún eran niños?

Volvió a fijar la mirada en la copa. Hunter pudo ver que buscaba las palabras adecuadas.

—Era marino, lo enviaron a una guerra que no era suya. En un país que la mayoría de los americanos ni siquiera saben pronunciar.

Hunter se preguntaba si le importaría si le hacía otra pregunta, pero Isabella tomó la decisión por él.

—Sabes, no es justo —dijo, recogiendo la mesa y llevando los platos a la cocina.

—¿Qué no es justo? —Hunter la siguió llevando las copas con el vino que había quedado de la botella.

—Tú. Básicamente, te he contado mi vida entera, y cada vez que te hago una pregunta sobre la tuya me das una evasiva como respuesta. ¿Eso es algo común en los detectives? —Se volvió hacia el fregadero y dejó los platos debajo del grifo abierto.

—Somos muy buenos haciendo preguntas, pero no tan buenos respondiéndolas. —Hunter bebió vino y observó a Isabella lavar el primer plato y colocarlo en el escurrerplatos—. Espera. Déjame que lo haga por ti. —La cogió suavemente de los hombros y gentilmente la apartó del fregadero. Isabella sonrió y cogió su copa de vino.

—¿Así que no me vas a hablar sobre tu vida? —Volvió a intentarlo.

Hunter terminó de fregar los platos que quedaban y se volvió para mirarla.

—Soy detective de la División de Robos y Homicidios de Los Ángeles, asignado a una sección que se llama División Especial 1. Solo tratamos con asesinos, homicidios importantes y otros casos que requieren de bastante tiempo. En otras palabras, principalmente, me asignan casos demasiado brutales y enfermizos. La gente con la que trato a diario, o son muy demoníacos o están muy muertos. Lo que veo todos los días le revolvería el estómago a casi todo el mundo. Hablar de mi vida es, sin duda alguna, la mayor conversación sobre asesinos que nadie podría presentar. —Hizo una pausa para beber más vino—. Confía en mí, no quieras saber lo que hago a diario o en mi trabajo.

—Está bien, entonces. No me hables de tu trabajo. Háblame de tu infancia, de tu familia.

—No hay mucho que contar —dijo brevemente.

Isabella lo comprendió y decidió no insistir.

—Bueno. Me gusta el misterio. —Su encanto juvenil la excitaba. Dio un paso adelante, le quitó la copa de la mano y la dejó en la encimera. Lentamente, fue acercando la cara hasta tener la boca a menos de un centímetro de la oreja izquierda de Hunter.

—¿Y qué haces para relajarte? —Su sensual voz era tan tierna como un susurro. Su aliento cálido en el cuello lo hizo enderezarse. Hunter echó la cara hacia atrás lo suficiente, de modo que se quedaron mirándose a los ojos.

—¿Puedo sugerir algo? —En ese momento sus labios se tocaron. Inmediatamente, Hunter sintió su suave lengua contra la suya, explotando en un beso apasionado. La acercó más hacia él y sintió la dureza de sus pezones en el pecho. La empujó contra la encimera y la subió. En un instante, le había quitado la blusa y exploraba con la boca cada milímetro de sus pechos. Isabella echó la cabeza atrás, gimiendo de placer. Antes de que Hunter tuviera oportunidad de desabrocharse la camisa, Isabella la agarró con las dos manos y se la arrancó, saltando los botones por la cocina y por el suelo. Se volvieron a abrazar, terminando en otro beso furioso; en esta ocasión, Isabella le clavó sus rojas uñas en la espalda, agarrándolo con fuerza pero con ternura a la vez.

Hicieron el amor en la encimera, en el suelo de la cocina y luego pasaron a la habitación. Para cuando su deseo sexual había sido satisfecho, los primeros rayos de sol empezaban a embellecer el cielo.

—Estoy muerta —dijo, dándose la vuelta hacia Hunter y apoyando la cabeza en su pecho—. Fuiste bueno la primera noche que nos conocimos, pero chico, ¡vaya progreso! —Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

—Eso espero. —Hunter la miró y dulcemente le apartó un mechón de cabello de los ojos.

Isabella lo besó.

—Me muero de hambre, ¿quieres comer algo? Ya casi es hora de desayunar.

—Una idea genial. —Ambos se levantaron de la cama. Isabella buscó algo de ropa limpia en los cajones mientras Hunter volvía a la cocina, donde toda su ropa estaba tirada por el suelo.

—¿Qué le han pasado a los calzoncillos de ositos? —Isabella acababa de entrar en la cocina con nada encima, salvo unas braguitas blancas de encaje.

—Será mejor que te pongas algo más o repetiremos lo de anoche otra vez. —No apartaba la mirada de su cuerpo.

—¿Eso es una promesa? —dijo, recogiendo del suelo la camisa y poniéndosela. No tenía botones así que simplemente se la ató a la cintura—. ¿Mejor así? —le guiñó el ojo.

Hunter tragó saliva.

—De hecho, me pone aún más cachondo.

—Genial, pero desayunemos primero. —Abrió el frigorífico y sacó unos cuantos huevos, un cartón de leche, una botella pequeña de zumo de naranja y una bolsa de croquetas de patata del congelador.

—¿Necesitas ayudas? —preguntó Hunter.

—No, estoy bien, además, la última vez que me propusiste ayuda en la cocina ya sabes lo que pasó. —Sirvió dos vasos de zumo y le dio uno.

—Sí, tienes razón. Esperaré en el salón entonces —dijo, y le dio un beso.

—¿Cómo te gustan los huevos?

—Umm... revueltos, supongo.

—Que sean revueltos.

Hunter volvió al salón y se sentó en la mesa. Por primera vez desde que habían comenzado los asesinatos había conseguido desconectar.

—Te has olvidado esto en la cocina —dijo Isabella entrando en el salón con un par de zapatos viejos en la mano—. ¿Cuánto tiempo hace que los tienes?

—Demasiado.

—Ya, eso parece.

—Llevo tiempo queriendo comprarme unos nuevos —mintió.

—Deberías. En Italia es algo bien sabido que un hombre se conoce por los zapatos que lleva.

—¡Mierda!, ¿entonces soy viejo y... sucio?

La risa de Isabella era contagiosa.

—Da lo mismo, el desayuno estará listo en un par de minutos.

Hunter acababa de beberse el zumo de naranja cuando Isabella volvió al salón con la bandeja del desayuno. Huevos revueltos, tostadas y café recién hecho.

—¿Café? Pensaba que solo bebías té.

—Lo hacía hasta la semana pasada, pero no sé cómo tuve el presentimiento de que pasarías la noche aquí. Espero que te guste, no soy muy buena cafetera. No estoy segura de si es una buena marca o no.

—Seguro que está bueno... huele genial —le dijo, tranquilizándola.

—¿Qué es eso? —dijo señalando el trozo de papel que Hunter tenía delante de él.

Inconscientemente, Hunter había empezado a jugar con un bolígrafo y un papel mientras esperaba el desayuno. Entre los diversos dibujos sin sentido que había hecho había bosquejado de manera refleja el símbolo del crucifijo doble.

—Oh, en realidad nada.

—Es llamativo.

—¿Qué es curioso?

—Lo que has dibujado. Ya lo había visto, creía que significaba algo.

TREINTA Y SEIS

Los Ángeles es una gran ciudad para salir de fiesta. Estrellas del *rock*, de cine, celebridades, políticos, millonarios, da lo mismo, algo que todos tienen en común es su amor por la fiesta, el deseo por dejarse ver.

Martín Young era un joven empresario de treinta y seis años que había hecho todos sus millones en negocios inmobiliarios. Su empresa, Young States, estaba especializada en propiedades para gente súperrica; Beverly Hills, Bel-Air, Malibú y Venice Beach principalmente. Se codeaba con famosos de toda condición social. Antes de mudarse a Londres, Madonna vendió una de sus propiedades en Los Ángeles a través de la empresa de Martín. La empresa tardó solo seis meses en proporcionarle a su propietario su primer millón de beneficios. Dos años después de formar la empresa, Martín se podría haber retirado si hubiese querido, pero el gusanillo del dinero lo había picado y cuanto más tenía, más quería. Se volvió un hombre de negocios despiadado y casi toda su vida giraba en torno a su empresa, excepto los fines de semana. Para Martín, los fines de semana eran para fiestas, y las fiestas le gustaban demasiado. Una vez al mes alquilaba alguna mansión extravagante a las afueras de la ciudad, invitaba a unos cuantos amigos, pagaba varias prostitutas y llenaba la casa con todo tipo de drogas inimaginables, justo como había hecho la noche anterior.

Cuando Martín abrió los ojos necesitó un poco de tiempo para darse cuenta de dónde estaba. Los efectos de lo que fuera que hubiera tomado la noche anterior no habían desaparecido y aún seguía aturdido. Miró la habitación, absorbiendo tranquilamente la extraña decoración medieval. Parpadeó unas cuantas veces intentando aclarar la visión y, lentamente, empezó a volver a focalizar. En la pared más alejada había un escudo de caballero con dos espadas entrecruzadas sobre una magnífica chimenea de mármol; a la derecha de la chimenea, una armadura de cuerpo entero. El suelo estaba forrado con alfombras persas y las paredes enlucidas con tapices y cuadros de duques, lores, reyes y reinas de Inglaterra.

Con gran esfuerzo se incorporó. La cabeza le pesaba y en la boca aún tenía un sabor amargo. Solo entonces se dio cuenta de que había estado durmiendo en una cama con baldaquín rodeado de sábanas y almohadas de seda.

¡Mierda! Me he quedado dormido en los aposentos del rey Arturo, pensó con una risita. En la mesita de noche, varias pastillas se esparcían junto a una bolsita de celofán con algún tipo de polvo blanco en el interior.

Justo lo que necesito antes de que me dé el bajón, pensó. Sin saber o siquiera importarle lo que eran, Martín cogió un par de pastillas de la mesita y se las echó a la boca. Buscó con la mirada en la habitación algo con qué tragarlas. En el suelo junto a la cama había media botella de *champagne*. Le dio un buen trago y meneó la cabeza, dejando que el líquido fluyera por su garganta, esperó unos minutos a que las pastillas

empezaran a hacer efecto antes de levantarse y, lentamente, salir de la habitación.

Desde el descansillo, Martín tenía una buena vista del salón que había escaleras abajo. Vio a otras nueve o diez personas repartidas entre los muebles y alfombras de aspecto antiguo. Un cuerpo solitario se había quedado dormido encima del piano de cola. Junto a él, dos prostitutas desnudas en el suelo. Todos parecían indigentes. Martín cruzó las escaleras hacia una habitación vacía a su derecha. *No cabe duda de que ésta es la habitación de entretenimiento*, pensó echando un vistazo al interior. Agarrándose a la barandilla, bajó las escaleras de una en una. Al llegar abajo se dio cuenta de lo hambriento que estaba.

—¿Dónde diablos está la cocina en este horrible lugar? —dijo en voz alta, examinando la exótica decoración de la sala de estar. Oyó voces que salían de una habitación al final del pequeño pasillo que había a la izquierda de las escaleras.

Alguien se ha levantado.

Tambaleándose como si estuviera borracho, Martín llegó hasta la puerta. Intentó abrirla pero apenas se movió. No sabía con seguridad si estaba cerrada o si no había hecho el esfuerzo suficiente. Retrocedió un paso y volvió a intentarlo, esta vez, empujando con el hombro derecho y poniendo en ello hasta la última gota de energía. La puerta se abrió y Martín cayó catapultado al suelo.

—¡Ey, hombre!, ¿estás bien? —Duane, el mejor amigo de Martín, estaba sentado en la mesa de la cocina con dos botellas de agua delante de él.

Lentamente, Martín se levantó del suelo. La cocina era espaciosa y, a diferencia del resto de la casa, estaba decorada con un agradable estilo moderno. La encimera de mármol negro italiano contrastaba con el brillo del frigorífico de acero inoxidable pulido de dos puertas que había en la cara norte de la cocina. Una colección impresionante de cacerolas y sartenes colgaban majestuosas sobre la mesa en la que Duane se sentaba.

—¿Eres el único despierto? —preguntó Duane con voz un tanto animada.

—No he visto a nadie despierto a parte de a ti, pero por otra parte, solo llevo arriba poco más de diez minutos.

—¿Has visto el sitio? Es alucinante. Más que una casa parece un museo, a excepción de la cocina. De quienquiera que sea la casa, está del todo obsesionado con la Inglaterra medieval, está por todas partes, como si fuera un sarpullido. —Duane pronunció las palabras rápidamente con ritmo constante, como si fuera una ametralladora.

—¿Y te parece alucinante? —La expresión de Martín indicaba claramente que no compartía el pensamiento de Duane.

—Bueno, es diferente.

A Martín no le interesaba el informe de Duane sobre la casa. Sus ojos vagaron por la cocina buscando algo.

—¿Hay algo de comida? —preguntó.

—Claro, hombre, un montón de comida, mira en el frigo.

Al abrir el frigorífico, una enorme variedad de comida basura lo recibió. Donuts, nubes de golosinas, perritos calientes, pollo frito; el paraíso de un hombre hambriento. Pilló un tarro de manteca de cacahuete y uno de mermelada junto con dos latas de soda y una bolsa de nubes de golosina.

—¿Qué hay del pan? —preguntó, mirando nuevamente a su amigo.

—Allí mismo. —Duane señaló la panera en la encimera.

Martín no perdió tiempo en cortar un par de rebanadas. Con un cuchillo que encontró en el fregadero, echó una cantidad enorme de mermelada y manteca de cacahuete en el pan.

—¡Mierda, tío!, no te pases con la mermelada —dijo Duane riendo—. ¿De qué vas puesto, hachís?

—No tengo ni idea. Pillé un par de pastillas que había en una mesita de la planta de arriba —dijo Martín entre bocados. De la boca le cayó un pegote de mermelada.

—¿De tripies?

—Mierda, sí. ¿Y tú?

—No, hombre, yo voy de polvo. No he dormido desde que llegamos. Aún me zumba todo, tío.

—¿Cuándo llegamos? —preguntó Martín, confuso.

—¡Mierda, hombre!, sí que vas de tripies. El viernes por la noche —respondió Duane con una sonrisa.

—¿Y qué día es?

Duane rió aún más.

—Domingo, muy temprano.

—¡Carajo!, llevas despierto dos noches y un día.

—Ya te digo. —Duane parecía orgulloso.

Martín negó con la cabeza con gesto de desaprobación, cogió un puñado de nubes y volvió a la panera.

—¿Quieres un sándwich de mermelada y manteca de cacahuete? —le ofreció.

—No, amigo, no tengo apetito, pero castígate tú el cuerpo.

Martín se hizo otro sándwich, esta vez con más mermelada.

—Ey, Mart. ¿Te acuerdas que te dije que tenía una sorpresa para ti?

Martín miró a su amigo con curiosidad.

—No, de hecho, no me acuerdo de nada en absoluto.

—Pues te lo dije. ¿Quieres verla ahora? —Duane parecía excitado y Martín no sabía si eran las drogas las que hablaban o que a su amigo le hacía realmente feliz enseñarle la sorpresa.

—Claro, ¿qué es? —dijo de forma casual.

—Es un DVD. Iré a por él mientras te terminas el tarro de mermelada —dijo señalando el tarro casi vacío de mermelada de la encimera.

—¿Un DVD? —preguntó Martín poco impresionado.

—Confía en mí, te va a gustar. —Salió a toda prisa de la cocina, dejando a Martín

terminándose el sándwich. Unos minutos después, Duane entró como un torrente con una carátula de DVD fina—. Aquí está.

Martín examinó la carátula. No tenía ni portada ni contraportada. El disco tampoco tenía impresión alguna.

—¿Dónde podemos verlo? —preguntó Duane con un tono de voz aún más excitado.

—Creo recordar que hay una habitación con un televisor enorme de pantalla plana en la planta de arriba. —Se bebió la última lata de soda en varios tragos—. ¿Pero de qué se trata el DVD, Duane?

—Va estar bien, hombre. Sé que te va la sumisión, ¿no? —Parecía un personaje sacado de *Los Mundos de Wayne*.

Para sus mejores amigos, no era ningún secreto que Martín disfrutaba con el sexo duro.

—¿Es un DVD sadomaso? —Hubo un atisbo de interés en su voz.

—Esto, amigo mío, te va a dejar Hipado. Se supone que es una especie de mierda sadomaso extrema.

Martín miró a un Duane excitado.

—Soy audaz, cuánto más duro, mejor. —Se metió la última nube en la boca.

—¿Dónde está esa habitación con la televisión de pantalla plana?

—En alguna parte en la planta de arriba. La encontraremos, no te preocupes. Deja que coja un donut.

Martín volvió al frigorífico y cogió una caja con tres donuts de chocolate y otra lata de soda. Ambos salieron de la cocina.

No les costó encontrar la sala de entretenimientos, que tenía varios sillones de cuero espaciosos y de aspecto cómodo de cara al televisor más grande que jamás habían visto. El sistema de sonido envolvente junto con el equipo del DVD eran tecnología punta.

—Esto está bien —dijo Duane saltando sobre uno de los sillones de cuero como un niño en un castillo inflable—. Y esto genial. —Sus ojos cayeron en el impresionante equipo de televisión.

—Dame el DVD y deja de comportarte como un niño estúpido —le ordenó Martín. Duane le dio el disco y se puso cómodo mientras Martín ponía el DVD.

Lo primero en lo que Martín se fijó fue en la chapucera calidad de imagen; sin duda, no era una grabación realizada por un profesional. La escena inicial mostraba a una mujer joven, no más de veinticinco, atada a una silla de metal. Tenía el cabello rubio y desaliñado como si se acabara de despertar.

Llevaba una blusa blanca sucia y empapada de sudor. La falda vaquera tenía rotos que dejaban al descubierto unas piernas bronceadas con músculos definidos. Le habían tapado los ojos y amordazado, y el maquillaje corrido era un buen indicador de que había estado llorando. Tenía la boca manchada con pintalabios y parecía asustada y exhausta. La habitación en la que estaba medía nueve metros por seis y

tenía unos agujeros en las paredes como si alguien la hubiera golpeado con una almádena. Aparte de la silla a la que estaba atada, el único mueble de la habitación era una mesa metálica pequeña.

Había dos personas más en la habitación, ambos hombres, pero la cámara nunca los enfocaba. De hecho, solamente se les veía de torso para abajo. Martín se intrigó enseguida, y el aturdimiento empezaba a disminuir.

—Esto es diferente —comentó—. Olvídate del argumento, van directos a la acción, ¿no?

—Sabía que te gustaría, tío.

Uno de los hombres se acercó a la mujer asustada con una erección entre los pantalones negros. Intentó pasarle los dedos por el cabello, pero cuando la chica sintió su tacto movió la cabeza con violencia, el grito de miedo fue amortiguado por la mordaza en la boca. Su reacción lo enfureció. Le soltó una bofetada en la mejilla izquierda; el impacto fue tan fuerte que la levantó de la silla.

—No te resistas, puta —dijo con voz amenazadora.

El hombre se volvió y miró a la otra persona que había en la habitación, quien le dio una navaja. La pasó lentamente por la mejilla de la chica. Al sentir el frío metal en la piel, dio un grito aterrador, las lágrimas le caían por la cara bajo la venda. Le puso la navaja en la blusa. En un rápido movimiento se la arrancó. Una pequeña gota de sangre entre los pechos dónde la punta de la hoja le había arañado la piel. La chica emitió un quejido de miedo y al instante volvió a abofetearla.

—¡Cállate, puta! —le ordenó.

El segundo hombre se acercó a la aterrorizada mujer y le abrió las piernas antes de hacerle un corte en la minifalda que dejó ver una braguitas rojas transparentes. Parecían humedecidas y eso hizo levantar de su asiento a Martín, que cambió de posición en un intento por ponerse más cómodo.

La película prosiguió con los dos hombres tocándola, frotando su erección visible contra su cuerpo y poniéndose más y más abusivos. A veces, la violencia parecía irsele de las manos. Martín, no obstante, disfrutaba de cada segundo, hasta la última escena.

Uno de los dos hombres se había situado detrás de la mujer, a quién ya le habían soltado las manos de la silla, desnudado y violado varias veces por los dos hombres. Le quitaron la venda de la cara y ella parpadeó frenéticamente mientras sus ojos se acostumbraban a la luz. Mientras lo hacía, se centraron en el segundo hombre, que estaba de pie justo delante de ella. Primero una mirada de reconocimiento, luego de terror. Su expresión de horror se reprodujo en la cara de Martín.

—¡Jesucristo! —respiró rápidamente, levantándose. El cuerpo le temblaba de miedo.

Sin previo aviso, le tiraron de la cabeza hacia atrás, descubriendo el cuello. El brillo de la navaja salía de la nada. La mirada se le entristeció al darse cuenta de lo que iba a pasar, de nada servía poner más resistencia.

—¡No me jodas! —Los ojos de Martín se abrían de horror. La excitación se convirtió en repulsión.

El corte de la navaja fue limpio y rápido, y le abrió el cuello de izquierda a derecha. La sangre, oscura y caliente, salió a chorros para luego extenderse por todo el cuerpo. Martín y Duane nunca habían visto tanta sangre. El hombre que estaba detrás de ella le sujetaba la cabeza mientras la cámara hacía *zoom* en sus ojos moribundos. La única banda sonora eran las risas.

—¡Hostia puta! ¿Qué cojones...? —gritó Martín histérico.

Duane también se había levantado. Sus ojos aterrados estaban pegados a la pantalla.

—¿Es una película *snuff*? ¿Me has traído una puta película *snuff*? Martín giró hacia Duane.

—No lo sabía —contestó, retrocediendo un paso—. Me dijeron que era BDSM extremo, hombre —dijo, sintiéndose mareado y con voz temblorosa.

—¿Extremo? —gritó Martín—. Está muerta, Duane. Asesinada delante de nuestros ojos. Sí, diría que eso la califica como extrema de los cojones. —Martín se tapó la cara con manos temblorosas, frotándolas como si intentara borrar lo que acababa de ver—. ¿Quiénes?

—¿Qué? —Duane parecía confuso.

—Acabas de decir que te habían dicho que era BDSM extremo, ¿quiénes te lo han dicho? ¿De quién la has conseguido?

—Unos contactos que tengo. Ya sabes, el tipo de gente de quien puedes conseguir drogas o chicas.

—No son de mi estilo —gritó Martín nervioso. Luego fue hasta el reproductor de DVD y sacó el disco. Las manos aún le temblaban.

—Mierda, ¿por qué te pones así, hombre, no tiene nada que ver con nosotros? Deshagámonos del disco y olvidémoslo.

—No puedo, Duane.

—¿Por qué no?

—Porque conozco a la chica.

TREINTA Y SIETE

—¿Qué? ¿A qué te refieres con que ya lo habías visto? ¿Dónde? ¿Cuándo? —La voz de Hunter subió unos cuantos decibelios más de lo normal.

—No estoy segura, puede que hace tres o cuatro meses —dijo Isabella como algo causal—. ¿No te vas a comer el desayuno?

A Hunter se le había quitado el apetito.

—Pasa del desayuno. Necesito saber dónde has visto el símbolo antes. Necesito saber cuándo y necesito saberlo ahora. —La cogió de los brazos.

Isabella lo miró con miedo en los ojos.

—Robert, me estás asustando. ¿Qué diablos está pasando? —Movi6 el cuerpo intentando liberarse de 6l.

Hunter la soltó al darse cuenta de lo disparatado que era su comportamiento.

—Lo siento —dijo, levantando las manos.

Isabella se apartó de 6l como si se estuviera alejando de un extraño.

—¿De qué va todo esto? ¿Qué mosca te ha picado? —le preguntó asustada.

Hunter se detuvo y le acarició el cabello con los dedos, tranquilizándose poco a poco. Isabella se quedó esperando una explicación razonable.

—Por favor, siéntate y te lo explicaré.

—Estoy bien de pie, gracias.

Hunter respiró hondo.

—Te menté al decirte que no significaba nada.

—Sí, lo suponía.

Hunter procedió a contarle a Isabella el significado del crucifijo doble, con cuidado de revelarle lo que consideraba necesario. Le contó lo de las dos últimas víctimas, pero sin mencionar nada de los asesinatos anteriores. El símbolo, según Hunter, estaba dibujado en un papel que habían encontrado en la escena de los cr6menes. No hubo mención alguna sobre las marcas en la piel de las víctimas.

Isabella se quedó en silencio e inm6vil un minuto, con los ojos clavados en Hunter. Cuando habló, la voz le temblaba.

—¿Entonces, me estás hablando de un asesino en serie? ¿Podría haber estado cara a cara con un asesino en serie?

—No necesariamente —intentó tranquilizarla—. La definición de asesino en serie según el manual es: «Persona que asesina a tres o más personas en tres o más situaciones distintas». Hasta ahora solo tenemos dos asesinatos —volvió a mentir.

—Eso no lo hace menos psic6pata.

Hunter estaba de acuerdo pero no dijo nada.

—Isabella, necesito que me hables del símbolo. ¿Dónde lo viste? —Con cuidado, la cogió de las manos temblorosas.

—No estoy segura. Estoy muy nerviosa para recordarlo.

—Por favor, inténtalo.

Se soltó las manos y se pasó los dedos por los párpados durante un instante.

—Hace dos o tres meses —dijo finalmente—. Estaba tomando una copa con una amiga en un bar. —Volvió a abrir los ojos.

—¿Te acuerdas de qué bar? —le preguntó Hunter.

Negó con la cabeza.

—Está bien. Volveremos a ello más tarde. ¿Qué pasó luego?

—Estábamos sentadas en la barra y mi amiga tuvo que ir al baño.

—¿Entonces, te quedaste sola?

—Durante un minuto o dos, sí.

—Continúa.

—Ese tipo se acercó y me preguntó si podía invitarme a una copa.

—¿Cómo era, lo recuerdas?

Durante unos segundos, miró al suelo.

—Era muy alto, puede que un metro ochenta y nueve o dos metros. Cabeza rapada, parecía muy fuerte y en forma, y sus ojos... —Hizo una pausa un instante.

—¿Qué le pasaba a sus ojos?

—Eran diferentes.

—¿Diferentes cómo?

—Fríos, sin sentimiento... incluso espeluznantes, como si me odiara desde el momento en el que me vio.

—¿De qué color eran?

—Verdes. Eso lo recuerdo bien.

—¿Lentillas, quizá?

—No, no lo creo. Parecían naturales.

—Está bien, ¿qué le dijiste cuando te ofreció invitarte a una copa?

—Dije: «No, gracias, ya tengo una».

—¿Qué me dices del símbolo?

—Se inclinó con los dos brazos en la barra y me preguntó si estaba segura. Dijo algo acerca de un trago amistoso. En cualquier caso, tenía las mangas arremangadas, enseñando las muñecas, y entonces fue cuando los vi, los tenía tatuados en las dos.

—¿En las dos muñecas?

—Sí.

—¿Estás segura de que es el mismo símbolo? —Hunter volvió a enseñarle el bosquejo.

—Sí, eran como ése. Incluso le pregunté por él.

—¿Qué le preguntaste?

—Le pregunté si eran tatuajes militares. Ya sabes, a algunos marines o militares les gusta marcarse con emblemas especiales, como reafirmando su devoción.

—¿Qué te dijo?

—Se mostró muy evasivo. Se puso bien las mangas rápidamente y dijo que no

eran nada, solo algo personal.

—¿Recuerdas algo más?

—Los tatuajes no parecían hechos por un profesional. Parecían malos, como los que te haces con una aguja y un poco de tinta.

—¿Estás segura?

—Eso es lo que me pareció.

—¿Dijo algo más? ¿Te dijo su nombre o algo? —Hunter sabía que no le habría dicho su verdadero nombre, pero podría ser un comienzo.

—No. Cuando le pregunté por los tatuajes parecía un poco irritado. Dijo: «Siento haberte molestado», o algo así, y luego se fue.

—¿Cuándo dices que se fue, te refieres a que se fue del bar o a que te dejó sola?

—No estoy segura. Creo que se fue del bar, no lo recuerdo.

—Está bien, lo estás haciendo muy bien. Los tatuajes, ¿dónde los tenía exactamente?

Isabella se señaló las muñecas por dentro, justo debajo de la base de las palmas de las manos.

—Justo aquí.

—¿Y cómo eran de grandes?

—No muy grandes, como unos tres centímetros, en tinta oscura.

—¿Has vuelto a verlo desde entonces?

—No.

—¿Qué me dices de su voz?, ¿había algo particular en ella?

—No que recuerde.

—Volvamos al bar, Isabella. ¿Puedes intentar recordar el nombre?

Cerró los ojos y tomó aire.

—¿Había algo específico en el bar, como luces de neón, la decoración de las paredes o, quizá, la ubicación?

—Fue hace tiempo. Dame un minuto y lo recordaré.

Hunter se sentó en silencio durante unos segundos.

—Estoy bastante segura que era en algún lugar junto a la playa —dijo con los ojos entrecerrados.

—Está bien, intentemos lo siguiente. En vez de pensar en el bar, intenta pensar en la amiga con la que estabas aquella noche. El cerebro recordará mejor la noche con tu amiga que el bar en sí. Y una cosa llevará a la otra —le explicó Hunter.

—Estaba con Pat aquella noche. Hacía tiempo que no salíamos juntas —dijo mirando al suelo. Unos segundos más tarde le ofreció a Hunter una cálida sonrisa—. Tienes razón. Pensando en Pat he podido recordarlo. Estábamos en el Bar y Grill The Venice Whaler, en Venice Beach.

—Conozco el bar. He ido un par de veces —dijo Hunter emocionado—. ¿Puedo preguntarte algo más?

—Claro —dijo con un movimiento de cabeza inanimado.

—¿Crees que podrías hacerle una descripción de cómo era a nuestro dibujante?
La verdad es que podría ayudarnos.

—Sí, haré lo que pueda —dijo, encogiéndose de hombros tímidamente.

Hunter se acercó y la besó en los labios.

—Siento haber perdido los nervios antes. Me pillaste por sorpresa cuando dijiste que habías visto el símbolo antes, y es realmente la primera oportunidad que tenemos en el caso.

—Está bien —dijo, devolviéndole el beso. Hunter cogió el nudo con el que Isabella se había atado la camisa a la cintura... y camisa sin botones que había tirada en el suelo. Aún no habían desayunado.

TREINTA Y OCHO

Fra otro día caluroso en Los Ángeles, con la temperatura alcanzando los 32 grados centígrados. Gente sacando al perro, paseando, haciendo *footing* o simplemente pasando el rato llenaban de vida las calles.

Hunter salió del apartamento de Isabella a la hora de comer, después de desayunar por fin. Todavía seguía un poco conmocionada, pero la tranquilizó diciéndole que estaría bien.

—¡Jesús! Como ése sea nuestro tipo, podrías haber sido una víctima —comentó García después de que Hunter le contara las noticias.

—Lo sé, y esta tarde mandaré al dibujante de la policía a su apartamento, cuando hayamos hablado con el tal Peterson de Tale & Josh. Por cierto, ¿tienes su dirección? —preguntó Hunter.

—Sí, calle Vía Linda, en Malibú —contestó García, comprobando la nota que había pegado en la pantalla del ordenador.

—¿Malibú? ¡Guau! —Hunter arqueó las cejas.

García asintió.

—Supongo que algunos abogados viven la vida padre.

—Creo que sí. ¿Qué hay de las chicas de Rey-T? ¿Alguna noticia?

Desde que hablaron con Rey-T el viernes, Hunter había tratado de convencer al capitán Bolter para que le pusiera vigilancia las veinticuatro horas del día.

—Sí, nuestro hombre siguió anoche a una de ellas cuando salió del club —dijo García sonriendo y sacándose un papel del bolsillo.

—Genial, podemos dejarnos caer por su casa después de ir a la de Peterson. Vámonos, tú conduces.

Malibú es un tramo espectacular de treinta y dos kilómetros de costa en el noroeste de Los Ángeles. Es un refugio para gente como Barbara Streisand, Tom Hanks, Dustin Hoffman, Robert Redford y docenas de estrellas ricas y famosas de Hollywood.

La mayor parte del trayecto hacia la casa de Peterson se hizo en silencio. Hunter dividía sus pensamientos entre la gran noche que había pasado con Isabella y el asombroso avance al que podría llevar la investigación. ¿Realmente había estado cara a cara con el asesino? ¿Se habría asustado al ver los tatuajes de las muñecas?

Hunter sabía que el asesino no dejaba nada al azar, pero había una pequeña posibilidad de que su encuentro con Isabella hubiera sido por accidente. Hunter sintió que su suerte estaba cambiando.

—Ésta es la calle dijo García girando hacia Vía Linda.

—Número cuatro, esa de ahí es su casa —dijo Hunter, señalando con el dedo una casa con la fachada pintada de azul pálido y con tres coches aparcados en la entrada; uno de ellos era una furgoneta nueva Chevy Explorer.

Para los estándares de Malibú, la casa de Peterson no era muy espectacular, pero para los estándares de Hunter y García era simplemente inmensa. La casa en sí era una moderna construcción de tres plantas y el generoso jardín que había frente a ella estaba cortado a la perfección. Una entrada adoquinada en curva llevaba de la calle hasta una enorme puerta principal con un rellano decorado con flores arregladas que producían una explosión de colores. Quienquiera que cuidara la casa era un perfeccionista.

A Hunter le encantaba el elemento sorpresa. Prevenirlos daba a la gente la oportunidad de preparar sus mentiras, de organizarlas en sus cabezas. Si podía salirse con la suya, prefería no dar una cita para las entrevistas, tan solo presentarse allí. Un poli de homicidios con una bolsa llena de preguntas tendía a poner nerviosos a los ciudadanos.

En la puerta de entrada encontraron una cabeza de león con una aldaba saliéndole de la boca.

—Excéntrico —comentó García llamando tres veces—. Apuesto a que tienen una piscina en el patio.

—Esto es Malibú, novato, todas las casas de por aquí vienen con piscina, tanto si la quieres como si no.

A los pocos segundos, la puerta se abrió y apareció una niña rubia de ojos marrones con no más de diez años. No era quien esperaban.

—¡Hola! ¿Está tu papá en casa? —dijo García con sonrisa amplia e inclinándose a la altura de la niña.

Retrocedió un paso y durante un breve momento estudió a los dos hombres que tenía delante de ella.

—¿Puedo preguntar a quién debo anunciar?

La elocuencia de la niña pequeña dejó atónito a García.

—Por supuesto que puedes —contestó, procurando igualar su fastuosidad—. Soy el detective García y mi compañero es el detective Hunter —dijo señalando a Hunter.

—¿Puedo ver su identificación, por favor? —preguntó con mirada escéptica.

García no pudo evitar reír.

—Claro. —Ambos detectives sacaron sus placas y observaron con asombro que la niña pequeña comprobaba sus credenciales.

—¿Hay algún tipo de problema, detective?

—No, pero necesitamos hablar con tu papi si no te importa.

—No llamo a mi padre, «papi». «Papi» es para niños pequeños. Por favor, esperen aquí —dijo de forma seca, y cerró la puerta frente a ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó García volviéndose hacia Hunter. Éste se encogió de hombros—. ¿Cuántos años tiene? ¿Alrededor de diez? ¿Puedes imaginarte cómo será cuando tenga quince?

—No tiene la culpa —dijo Hunter inclinando la cabeza—. Probablemente, sus padres la han obligado a que se comporte como una niña mayor, sin dejar que salga a

jugar, sin permitirle que tenga muchos amigos, empujándola a convertirse en una estudiante ejemplar. Sin saber que le están haciendo más daño que bien.

Oyeron que se acercaban pasos más pesados. Por fin un adulto. La puerta se abrió y en esta ocasión el hombre alto y delgado con quien habían hablado en Tale & Josh apareció ante ellos.

—Señor Peterson, hablamos el viernes. Detectives García y Hunter —dijo García primero.

—Sí, por supuesto que lo recuerdo. ¿Qué es todo esto, caballeros? Les dije todo lo que sé.

—Es una visita de seguimiento —dijo Hunter esta vez—. Solo queremos atar algunos cabos sueltos.

—¿Y quieren hacerlo en mi casa? —preguntó Peterson con tono irritado.

—Si solo pudiéramos robarle diez minutos de su tiempo...

—Es domingo, caballeros —lo interrumpió—. Me gustaría pasar el domingo con mi familia... sin interrupciones. Si quieren atar cabos sueltos, mi secretaria les concertara una cita con mucho gusto. Ahora, si me disculpan. —Hizo ademán de cerrar la puerta, pero Hunter puso la mano para que no se cerrara.

—Señor Peterson —dijo Hunter antes de que Peterson tuviera oportunidad de expresar su descontento—. A su compañero, su amigo, lo asesinó un maníaco total que no respeta nada. No fue un asesinato por venganza, y estoy totalmente seguro de que tampoco fue una casualidad. No sabemos quién será el siguiente, pero de lo que sí estamos seguros es de que, si no lo detenemos, habrá otra víctima. —Hunter hizo una pausa y miró a Peterson fijamente a los ojos—. Me encantaría tener el domingo libre, pasarlo con mi familia, y seguramente también al detective García.

García levantó una ceja mirando a Hunter.

—Pero estamos intentando salvar vidas. Diez minutos, es todo lo que le pedimos.

Peterson apretó los labios aún con aspecto de estar enfadado.

—Está bien, hablemos aquí fuera, no dentro. —Hizo un movimiento con la cabeza hacia la entrada donde estaba aparcado el coche de García—. Cariño, vuelvo en diez minutos —gritó hacia el interior de la casa antes de cerrar la puerta al salir.

Al llegar al coche de García, Hunter echó una miradita atrás, hacia la casa. La niña pequeña los miraba desde una ventana de la segunda planta con ojos tristes.

—Tiene una gran hija —comentó Hunter.

—Sí, es adorable —respondió Peterson sin interés.

—Hace buen día. ¿No le gusta jugar en la piscina?

—Tiene deberes que hacer —dijo con firmeza.

Hunter continuó.

—¿Es nuevo el Chevy? —señaló al vehículo.

—Tiene un par de meses.

—¿Cuánto consume?

—Detective, no ha venido hasta aquí para hablar de mi hija o de mi coche, así que

¿por qué no va directo al grano?

Hunter asintió.

—Necesitamos averiguar algo más sobre las noches de los martes de George. Sabemos que no jugaba al póquer. Si tiene más información, necesitamos saberla.

Peterson sacó un cigarrillo del paquete que tenía en el bolsillo y se lo llevó a la boca dejándolo colgar.

—¿Les importa? —preguntó encendiéndolo.

Hunter y García se encogieron de hombros a la vez.

—Bueno... —Peterson hizo una pausa.

—¿Sí? —le presionó Hunter.

—Puede que tuviera una aventura amorosa.

Hunter examinó a Peterson en silencio durante unos segundos.

—¿Con alguien de su oficina?

—No, no. Sin duda, no.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—No hay mujeres en nuestro bufete. Todas las secretarias y asistentes son mujeres mayores.

—¿Y? A muchos hombres les gustan las mujeres mayores —dijo Hunter.

—Sigue siendo muy arriesgado, podría haberle costado el trabajo. George no era estúpido —contestó Peterson, negando con la cabeza.

—¿Y por qué ha dicho que cree que podría tener una aventura? —preguntó Hunter.

—Por casualidad, lo oí hablar varias veces por teléfono. —Peterson se aseguró de enfatizar lo de «por casualidad».

—¿Y qué oyó?

—Conversaciones amorosas. «Te echo de menos», «te veré esta noche», cosas de ese tipo.

—Podría estar hablando con su mujer —sugirió García.

—Lo dudo —contestó Peterson rápidamente, torciendo los labios hacia la izquierda y expulsando una fina nube de humo.

—¿Por qué lo duda? —preguntó Hunter.

—Lo había oído hablar con su mujer antes. No le hablaba así, ya sabe, tan dulce y todo eso, como hacen los recién casados. Era otra, estoy seguro. —Hizo una pausa para dar otra calada—. Casi todas las llamadas secretas eran los martes.

—¿Está seguro?

—Sí, lo estoy. Por eso, cuando vinieron al bufete haciendo preguntas sobre las partidas de póquer de los martes por la noche de George, imaginé que tenía que ser una mentira que le contaba a su mujer. No quería ser el único chivato, así que mantuve la boca cerrada. Su mujer ya tenía bastante... pobre mujer.

—¿La conoció alguna vez?

—Sí, una vez. Era muy buena mujer... agradable. Soy un hombre de familia,

detective, yo también creo en Dios y no apruebo la infidelidad, pero George no se merecía lo que le pasó, aunque engañara a su mujer.

—¿Qué me dice del juego? ¿Sabe si solía jugar?

—¡No! —contestó Peterson sorprendido.

—¿Alguna vez lo oyó decir algo sobre ir a las carreras de galgos?

Nueva negación con la cabeza.

—¿Jugar por Internet?

—Si jugaba, lo mantuvo bien en secreto ante cualquiera de la oficina. Los socios mayoritarios no lo aprobarían.

—¿Amigos fuera del bufete? Tenía que conocer a otra gente. ¿Ha conocido a algunos de ellos, en una fiesta o algo?

—No, no puedo decir que haya conocido a ninguno. Su esposa fue a la única a quien llevó a alguno de los actos sociales del bufete.

—¿Y sus clientes?

—Por lo que yo sé, relaciones estrictamente profesionales. No se entremezclaba.

Hunter empezó a sentir que era como pedirle peras al olmo.

—¿Hay algo más que pueda contarnos, algo extraño que haya notado?

—Aparte de las llamadas cariñosas... no. Como les he dicho, era un hombre tranquilo, muy suyo.

—¿Había alguien en el bufete cercano a él, un colega?

—No que yo sepa. George nunca salía. Nunca vino a tomar un trago con ninguno de nosotros. Hacía lo que tenía que hacer en la oficina y eso era todo.

—¿Se quedaba hasta tarde?

—Todos lo hacemos cuando los casos lo exigen, pero no por diversión.

—Entonces, ¿el único motivo por el que cree que tenía una aventura es porque, por casualidad, lo oyó hablar cariñosamente por teléfono?

Peterson asintió y expulsó otra fina nube de humo a su derecha.

Hunter se rascó la barbilla, preguntándose si tenía algún sentido seguir con la entrevista.

—Gracias por su ayuda. Si se le ocurre algo más, por favor, háganoslo saber —le dio una tarjeta.

Peterson le dio una última calada al cigarro y lo tiró al suelo. Asintió hacia los dos detectives y empezó a caminar de regreso a su casa.

—Señor Peterson —lo llamó Hunter.

—¿Sí? —respondió irritado.

—Hace un gran día. ¿Por qué no pasa unas horas fuera con su hija? Podrían jugar a algo. Llévela a comprar un helado o unos donuts. Disfruten del día juntos.

La niña pequeña seguía mirándolos desde la ventana del segundo piso.

—Ya se lo he dicho, tiene deberes que hacer.

—Es domingo. ¿No cree que se merece un descanso?

—¿Está intentado decirme cómo educar a mi hija, detective?

—En absoluto. Es solo una sugerencia para que no la pierda. Para que no crezca odiando a sus padres como hacen muchos niños hoy en día. —Hunter se despidió de la niña con la mano, quién respondió con una tímida sonrisa—. Como ha dicho, es adorable. —Volvió a dirigir su atención hacia Peterson—. No lo dé por sentado.

TREINTA Y NUEVE

La dirección que buscaban era el número 535 del Boulevard Ocean en Santa Mónica. García decidió tomar la ruta turística de la autopista de la Costa del Pacífico.

La autopista de la costa es donde se ruedan la mayoría de anuncios de coches americanos. La autopista sigue la costa del pacífico por las arenosas playas del sur de California hasta el agreste litoral del noroeste pacífico. A lo largo del camino se recorren pintorescas ciudades costeras, numerosos parques nacionales y reservas.

Con el sol en lo alto del cielo y la temperatura llegando a los 35 grados, la playa de Santa Mónica estaba hasta los topes. Si hubiera sido por ellos, los dos detectives habrían pillado unas latas de cerveza fría en una de las muchas terrazas que dan al océano y habrían pasado el día sin hacer nada, pero eso era algo que no dependía de ellos.

Se llamaba Rachel Blate, pero para sus clientes era Cristal. Hunter sabía que el famoso traficante de drogas perseguiría a quien hubiera matado a Jenny con todo lo que tuviera a su alcance. Conocía las calles mejor que Hunter. Tenía contactos debajo de las piedras y en todos los agujeros. Si Rey-T conseguía algo, Hunter quería saberlo.

Mientras García estacionaba el coche, Hunter comprobó rápidamente toda la información que tenían sobre Rachel Blate.

—¿Esto solo? ¿Esto es todo lo que tenemos? —preguntó conforme estudiaba el documento de una sola página que García le había dado.

—Sí, está limpia, sin arrestos ni condenas. Sus huellas ni siquiera están en la base de datos. Una ciudadana modelo.

Hunter arrugó la cara decepcionado. Eso significaba que no podría hacerle chantaje policial para persuadirla a cooperar.

El número 535 dejó impresionados a los dos detectives. Un apartamento acristalado de doce plantas que se erigía con grandiosidad en el Boulevard Ocean. Cada apartamento tenía su propio balcón, cada balcón medía al menos tres metros y medio por cinco metros y medio. En el vestíbulo de la entrada los recibió un suelo de mármol, sofás de cuero y una lámpara de araña más propia del Buckingham Palace que de Santa Mónica.

El apartamento de Rachel era el 44C, pero según se acercaban al conserje del edificio, García dio suavemente a Hunter en el hombro haciendo un rápido movimiento con la cabeza hacia el ascensor. Una mujer afroamericana despampanante acababa de salir en ese momento. El cabello negro liso le caía por los hombros como de manera casual. Vestía unos pantalones vaqueros ajustados a los que les había cortado las patas y una camiseta amarilla metida por dentro de su estrecha cintura. Su figura era merecedora de la página central de la revista *Playboy*. Unas

gafas de sol Gucci le protegían los ojos de la resplandeciente luz del sol. Al instante, Hunter la reconoció como una de las chicas que el viernes estaba sentada con Rey-T.

Esperaron hasta que, inconscientemente, pasó por delante de ellos para cruzar la calle. Necesitaron unas zancadas para alcanzarla.

—¿Señorita Blate? —la llamó Hunter poniéndose a su lado.

La chica se detuvo, se volvió y vio a los dos detectives.

—Hola, ¿los conozco? —dijo sonriente.

Hunter sacó su placa rápidamente. Garda hizo lo mismo.

—¿Podemos robarle unos minutos de su tiempo?

—¿Estoy metida en algún lío? —preguntó preocupada.

—En absoluto. En realidad, queremos hablar con usted de una de sus amigas.

—¿De quién?

—Jenny Farnborough.

Rachel clavó su mirada en cada uno de los dos detectives durante varios segundos.

—¿No sé de quién están hablando? —dijo con burla.

—Sí, la conoce. —Hunter no estaba de humor para juegos—. Trabajaba para Rey-T, como usted. —Su mirada era fría y sólida.

—¿Rey-T? —Frunció el ceño y negó con la cabeza muy ligeramente, como si no tuviera ni idea de a quién se referían.

—Mire, la semana ha sido muy larga para todos, igual que para usted, preferiríamos estar disfrutando del sol en lugar de estar haciendo esto. Así que cuanto antes despachemos esta mierda, antes podremos volver a hacer lo que sea que hagamos. Estuvimos en el Vanguard Club el viernes por la noche, usted estaba sentada con él, así que no se haga la tonta, no le pega, y como he dicho, no está metida en ningún problema, solo necesitamos su ayuda.

En ese momento recordó dónde los había visto antes. También se acordó de haber visto al atractivo detective musculoso de ojos azules. Se quitó las gafas de sol y se las puso en la cabeza para sujetarse el flequillo. Se dio cuenta que no tenía sentido negar que conocía a Rey-T y a Jenny. Si quisieran arrestarla, ya lo habrían hecho.

—Está bien, pero no he visto a Jenny desde que decidió dejarlo. No estoy muy segura en qué puedo ayudarlos.

—¿Dejarlo? —La mirada de desconcierto de García dejaba al descubierto su sorpresa.

—Sí, creo que decidió volver a casa.

—¿Cómo lo sabe?

—Es lo que me han dicho.

—¿Rey-T?

Rachel cogió aire y lo aguantó uno o dos segundos. —Sí.

Hunter sabía por qué Rey-T le había mentado a Rachel y a las demás chicas. A todas les entraría el pánico si se enteraran de que a Jenny la habían raptado, torturado

y asesinado. Se suponía que él tenía que ser su protector, su guardián, al igual que su jefe. Hunter meditó sobre si debía o no desvelar algo más. Si le decía lo que había ocurrido en realidad, sería él quien extendiera el pánico en el bando de Rey-T. Decidió no empezar nada; por el momento.

—¿Alguna vez ha visto a este hombre? —Hunter le enseñó la fotografía de George Slater.

Rachel la estudió durante unos segundos.

—Umm... no estoy segura.

—Mírela de nuevo. —Hunter no tenía ninguna duda de que lo había reconocido, pero había mentido por instinto.

—Puede... en un club o en una fiesta.

—¿Una fiesta privada?

—Sí, puede que en una fiesta extrema, si no estoy equivocada. —Se mordió el labio como procurando recordar algo—. Sí, estoy segura, le gustaban las fiestas extremas. No sé cómo se llama, si ésa es la siguiente pregunta.

—Ésa no es mi siguiente pregunta —dijo Hunter, negando con un rápido movimiento de cabeza—. ¿Fiesta extrema? ¿Qué es una fiesta extrema?

—Así es como nos gusta llamarlas. A algunos les gustan las fiestas, a otros les gustan las fiestas duras donde hay fantasías, algo que los excite. Las fiestas extremas son básicamente una fantasía, fiestas fetichistas.

—¿Cómo por ejemplo...? —García parecía más interesado ahora.

Rachel lo miró y se acercó más.

—Cualquier cosa que lo excite, cariño. —Le pasó el dedo por la mejilla suavemente—. Ropa de látex, PVC, sumisión, dolor... o a lo mejor a usted le gusta más duro. —Le guiñó el ojo con sensualidad. García retrocedió un paso medio sonrojado, medio avergonzado.

—Siento romper este momento tan hermoso, pero ¿qué es lo que pasa exactamente en esas fiestas?

Rachel se apoyó en el vehículo aparcado.

—Todo y nada. ¿Por qué? ¿Le interesa?

Hunter hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Y ha asistido a algunas de esas fiestas?

—Unas cuantas —dijo como de forma causal.

—¿Y Jenny?

—Sí, fue a algunas.

—¿Cuántas chicas hay en las fiestas? —preguntó García.

—Depende de cuántos invitados haya, pero, por lo general, entre diez y quince de nosotras, además de otras.

—¿Otras?

—Si es una fiesta grande, veinte o treinta invitados, necesitan al menos quince o veinte chicas, además de chicos.

—¿Chicos?

La ingenuidad de García hizo sonreír a Rachel.

—Sí, cariño, modelos masculinos. Como he dicho, la gente tiene fantasías de todo tipo, incluyendo la bisexualidad y la homosexualidad. Si eso es lo que les gusta, eso es lo que consiguen. ¿Lo excita, eh?

La cara de conmoción de García sorprendió a Hunter.

—No, naturalmente que no —contestó con voz firme.

—Me alegra. —Otro guiño sensual.

—¿Recuerda haber visto a Jenny y a este hombre juntos en alguna de las fiestas?
—interrumpió Hunter.

—Probablemente, resulta difícil decirlo. En esas fiestas todos juegan con todos, si sabe a qué me refiero, pero recuerdo haberlo visto jugar con otros hombres.

Tanto Hunter como García abrieron los ojos ante la sorpresa.

—Supongo que no esperaban que le fueran los hombres, ¿verdad?

—¿Está segura? —preguntó Hunter.

—Oh, sí. Hacía de ello todo un espectáculo.

—¿Cómo podemos entrar en una de esas fiestas?

—No pueden. A no ser que los inviten. No son fiestas en las que se pague para entrar. El anfitrión, generalmente algún capullo rico, contrata a las modelos e invita a quien quiere. Si no son amigos, no están invitados —les explicó.

Hunter se temía eso.

—¿Las fiestas tienen lugar los martes por la noche?

—No hay un día específico para ellas. Cualquier día que el capullo quiera hacerla, supongo.

—¿Hubo alguna el martes pasado?

Rachel lo pensó durante unos segundos.

—Si la hubo, yo no era una de las chicas.

—¿Alguna vez vio a alguien que le pareciera extraño en las fiestas? —preguntó Hunter.

Rachel rió.

—¿Aparte de a los que les gusta que los meen encima, que los pisen y los azoten, que los quemem con cera o que los metan cosas por el culo?

—Sí, aparte —respondió Hunter.

—No, nadie aparte de éstos.

—¿Aparte de modelos, asisten mujeres a esas fiestas?

—A veces. He visto a invitados traer a sus mujeres o novias con ellos. Supongo que muchas parejas son muy liberales —respondió con una risita.

—¿Entonces, no atrajo su atención nadie en particular?

—No presto mucha atención a los que vienen a las fiestas. Solo voy a hacer mi trabajo. La gente no forma parte de mi trabajo. Si lo hicieran, no lo haría.

A Hunter no le costó entender el porqué.

—¿Jenny vivía en tu edificio? —preguntó García.

—No. No sé dónde vivía. No sé dónde vive ninguna de las demás chicas. Rey-T lo prefiere así. De todas formas, su casa ya estará limpia.

—¿A qué se refiere?

—Todos los apartamentos son suyos. Cuando una chica se va, otra entra. Cuida bien de nosotras.

—Me doy cuenta —dijo García, haciendo un gesto con la cabeza hacia el edificio acristalado—. ¿Qué pasa con sus cosas si se deja algo?

—Casi todo es de Rey-T. Él decora el lugar, nos da ropa, perfume, maquillaje, lo que queramos. Sabe cómo mimarnos.

Los tres se quedaron en silencio durante unos segundos.

—¿Puedo irme ya? —preguntó Rachel con tono impaciente.

—Sí, gracias por su ayuda. Ah, una cosa más —le dijo Hunter cuando ya empezaba a alejarse de ellos.

—¿Recuerda haber visto a alguien con un tatuaje parecido a éste? —Le mostró un pequeño dibujo del crucifijo doble.

Lo miró, frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No, no lo había visto nunca.

—¿Está segura?

—Muy segura.

—Está bien, gracias de nuevo. —Hunter dobló el papel y se lo volvió a meter en el bolsillo antes de darle una de sus tarjetas—. Si alguna vez ve a alguien con un tatuaje que se parezca a éste, o si ve el símbolo en cualquier lugar, por favor, póngase en contacto conmigo.

Cogió la tarjeta de Hunter y la miró con una sonrisa.

—Puede que lo llame de todas formas.

—Creo que le gustas —dijo Hunter, dándole a García una palmadita en la espalda tan pronto como Rachel estuvo lejos del alcance del oído.

—¿Yo? Es a ti a quien todas quieren llamar. Podrías quedar, ¿quién sabe?, a lo mejor hasta te lleva a una de esas fiestas extremas —bromeó García.

CUARENTA

Hunter estaba acostado mirando al techo, con demasiadas cosas en la cabeza para poder dormir.

¿Es así como el asesino elige a sus víctimas? ¿En bares, clubs y fiestas?

El asesino no era de los que seguían una rutina y Hunter tenía el presentimiento de que se olvidaba de algo, pero no acertaba a dar con qué. Se sentía exhausto y sin energía. Por mucho que lo intentara, no conseguía desconectar más de unos segundos. Sabía que empezaba a caer en el mismo abismo que antes, y su compañero iba por el mismo camino. No podía permitir que pasara.

La habitación estaba en silencio a excepción de la tierna respiración de la chica morena que dormía a su lado. De cabello suave y brillante, de piel hermosa y delicada. Su presencia lo calmaba.

Tras la rápida entrevista con Rachel Blate, Hunter y García volvieron a la oficina. Allí, Hunter se encontró con Patricia Phelps, la dibujante del Departamento de Robos y Homicidios, y ambos volvieron al apartamento de Isabella. García había decidido quedarse con la excusa de revisar algunas cosas. Isabella puso todo su empeño en recordar todo acerca del hombre tatuado que había conocido cinco meses atrás. Le llevó quince minutos y tres tazas de té, pero al final, Patricia esbozó una imagen que según Isabella se acercaba bastante al hombre que había visto.

Cuando Patricia hubo terminado, Isabella le pidió a Hunter que pasara la noche con ella. La revelación por parte de Hunter de que podría haber conocido al asesino la había asustado demasiado. Se sentía sola y vulnerable, y Hunter era la única persona en la que podía pensar, la única persona con la que quería estar. Hunter estaba deseando seguir con el caso, empezar a procesar la nueva información que había conseguido, pero no podía dejar a Isabella sola. No esa noche.

—¿No puedes dormir? —Hunter se fijó en que Isabella también estaba despierta.

—La verdad es que no, pero de todas formas nunca duermo mucho, ya te lo dije.

—¿No estás cansado?

—Mi cuerpo está cansado, mi mente muy despierta. La mente siempre gana.

Isabella se acercó y lo besó en los labios con dulzura.

—Me alegra que hayas decidido quedarte.

Hunter sonrió y observó que ella luchaba por mantener los ojos abiertos, con la cabeza apoyada en su pecho desnudo. Hunter no había pasado dos noches seguidas con la misma mujer desde hacía mucho. No tenía tiempo para un romance, ni ningún interés en compartir su vida con nadie en aquel momento. Y lo prefería así.

Con cuidado, le puso la cabeza en la almohada y se levantó lentamente de la cama sin molestarla. En la cocina encontró un tarro de café instantáneo que había comprado especialmente para él y una sonrisa bailó en sus labios. Hunter se hizo una taza de café fuerte antes de ir al salón y dejarse caer en el cómodo sofá mientras daba

vueltas en la cabeza a las dos entrevistas de aquella mañana. Una vez más, parecía como si hubiera establecido algún tipo de conexión entre las dos víctimas. Jenny y George se conocían, estaba seguro de ello. *Fiestas sexuales*, pensó. *¿Habrá un significado sexual detrás de esto? ¿Irá el asesino detrás de personas promiscuas?* Aún más preguntas que respuestas, pero Hunter podía sentir que se iban acercando centímetro a centímetro. Por primera vez, se entusiasmaba por el caso. Por primera vez, tenían algo por dónde empezar; una cara, quizá.

Le dio otro sorbo al fuerte café y se preguntó cuántas tazas necesitaría para aguantar todo el día. Se miró el reloj, 6:00 a.m., hora de prepararse.

Muy despacio, abrió la puerta de la habitación de Isabella para ver cómo se encontraba. Parecía tranquila. Seguía dormida cuando se marchó.

CUARENTA Y UNO

Llegar al Departamento de Robos y Homicidios antes de las ocho de la mañana era algo que Hunter ya había hecho, pero los acontecimientos de los dos últimos días le habían inyectado nueva vida al caso y a él. Hoy se sentía con tantas ganas como en su primer día de detective.

—¿Alguna vez vas a casa o es que te has mudado a la oficina? —preguntó sorprendido al ver a García sentado en su despacho.

—El capitán quiere verte ahora mismo en su oficina —le contestó García, sin prestar atención al comentario de su compañero.

Hunter miró la hora en su reloj.

—Son las siete y media de la mañana, ¿lo dices en serio?

—Lo sé. Llamó a las siete. Yo acababa de llegar.

—¿Has llegado a las siete? ¿Alguna vez dormís? —preguntó Hunter quitándose la chaqueta—. ¿Dijo de qué quería hablar?

—A mí no.

—¿No le hemos entregado el informe de ayer?

—Lo hice yo. Algo más tarde de las diez de la mañana como pidió, pero se lo entregué.

Hunter olió el café brasileño recién hecho; era exactamente lo que necesitaba antes de vérselas con el capitán.

A excepción del detective Maurice, que estaba de pie junto a la ventana, la planta de detectives estaba casi desierta. Tenía el despacho y el suelo llenos de hojas tiradas por todas partes. Parecía como si no hubiese ido a casa en días. Hunter lo saludó con un simple movimiento de cabeza, pero Maurice ni siquiera pareció notar su presencia. Hunter llegó a la puerta del despacho del capitán y llamó dos veces.

—¡Adelante! —gritó el capitán desde el interior.

A pesar de ser temprano, en la habitación ya se notaba el calor. No había aire acondicionado, ninguna de las ventanas estaba abierta y los dos ventiladores de pie que había estaban apagados. El capitán estaba sentado en su despacho leyendo el periódico.

—Ha venido temprano —comentó Hunter.

—Siempre vengo temprano —dijo el capitán levantando la mirada para saludar a Robert.

—¿Quería verme?

—Sí. —El capitán Bolter abrió el primer cajón y sacó una copia del retrato que Patricia había dibujado—. Ven y échale un vistazo a esto. —Señaló la pantalla de su ordenador.

Hunter esquivó dos grandes sillones y se situó a la derecha del capitán. En la pantalla pudo ver varias combinaciones del retrato; con pelo largo, corto, con barba,

bigote, gafas. En total veinte dibujos.

—Hemos probado todas las combinaciones que se nos han ocurrido y éstas han sido enviadas a todas las comisarías de Los Ángeles. Si este tipo está en la ciudad, lo apresaremos tarde o temprano.

—Sí, está en la ciudad, de eso estoy seguro —dijo Hunter con una convicción innegable—. Inspeccionaremos los bares y los clubes también, empezando esta noche por los que hay en Santa Mónica. Si tenemos suerte, puede que alguien lo haya visto últimamente.

—Eso está bien...

Hunter se percató de la intranquilidad del capitán.

—Está bien, pero hay algo que le preocupa.

El capitán fue hasta la cafetera.

—¿Café?

Hunter negó con la cabeza. Solo una vez fue lo bastante ingenuo para probar el café del capitán y se juró que nunca volvería a hacerlo. Observó cómo el capitán se servía una taza y le ponía cuatro azucarillos.

—La mujer que te dio esta... ¿tienes algo con ella? ¿Tienes algo con una testigo potencial?

—Espere un segundo, capitán. No vaya por ahí —contestó Hunter de inmediato, poniéndose a la defensiva—. Hemos estado juntos un par de veces, pero la conocí antes de saber que se había encontrado con un posible sospechoso. Es solo alguien que conocí en un bar y... no es una testigo potencial. No ha sido testigo de nada.

—Sabes a lo que me refiero. Estar liado con alguien que, de un modo u otro, es parte de una investigación en curso es, en el mejor de los casos, peligroso, por no mencionar que va contra el protocolo y que es una idiotez.

—Nos acostamos juntos, capitán. Eso no se puede calificar realmente como estar liados. Especialmente en Los Ángeles. Y ella no es parte de la investigación. No es una testigo y no es sospechosa, es un golpe de suerte y, a decir verdad, hacía la hostia de tiempo que no teníamos uno.

—¿Te has vuelto estúpido de repente? —La voz del capitán sonaba seca y firme—. Sabes cómo trabajan los asesinos en serie. Y, más concretamente, sabes cómo trabaja éste. Busca un perfil de las víctimas tanto como nosotros lo buscamos de él. Estudia a las víctimas que selecciona, a veces tarda meses porque sabe que si elige a la persona equivocada el juego se acaba. Si éste es nuestro hombre, sé que sabes que no se tropezó con tu amiga en el bar por casualidad.

A Hunter se le había pasado lo mismo por la cabeza desde que Isabella le contó lo del hombre que había conocido en el Venice Whaler. Hunter sabía que el asesino era muy metódico, que no cometía errores ni descuidos. Acechaba a sus víctimas, estudiaba sus hábitos, sus horarios, esperaba el momento oportuno para hacer sus movimientos.

—Sí, capitán. Sé que existe la posibilidad de que nuestro asesino elija así a sus

víctimas. Primero se acerca a ellas con algún tipo de conversación frívola en un bar o en un club para evaluarlas.

—¿Y eso no te preocupa?

—Todo lo relacionado con este caso me preocupa, capitán, pero este incidente en particular me da esperanzas.

—¿Esperanzas? ¿Te has vuelto retrasado mental? —le preguntó con los ojos abiertos de par en par.

—Se encontraron hace dos meses, capitán, antes de que empezara a asesinar. Como debe recordar, el primer asesinato tuvo lugar hace una semana. Puede que evaluara a Isabella y no le gustara, que no encajara con el perfil de las víctimas, así que la pasó por alto y buscó a alguien más.

—¿La mujer sin rostro?

Hunter asintió.

El capitán Bolter le dio un sorbo al café y de inmediato puso cara de encontrarlo amargo.

—¿Pero por qué? ¿Por qué no le gustó? Vive sola, ¿no?

—Sí, vive sola.

—Eso la convierte en un objetivo fácil. ¿Por qué la descartó? —Volvió a la cafetera y puso dos azucarillos más en la taza.

—Aún no estoy seguro, pero ésa es una de las razones por las que tengo que estar cerca de ella. Tengo que averiguar por qué no encaja. Quizá es demasiado tenaz. Isabella no es el tipo de mujer que se traga cualquier chorrada de nadie. Puede que al fijarse en los tatuajes se asustara. Puede que se diera cuenta de que no era un objetivo tan fácil después de todo. —Hunter hizo una pausa y durante un momento pareció inquieto—. O a lo mejor, sigue siendo un posible objetivo y el asesino simplemente la ha pasado en su lista.

El capitán Bolter no había pensado en esa posibilidad.

—¿Eso crees?

—Con este asesino todo es posible, capitán. Usted lo sabe y yo lo sé. Cualquiera podría ser su siguiente víctima —respondió Hunter escéptico. El calor que había en la habitación empezaba a hacerlo sentir incómodo—. ¿Puedo abrir una de las ventanas?

—¿Y dejar que entre toda la contaminación de la ciudad? Ni hablar.

—¿No tiene calor?

—Para nada, estoy bien.

—¿Y los ventiladores, puedo encender uno?

El capitán se echó sobre la silla con las dos manos detrás de la cabeza y con los dedos entrelazados.

—Si quieres...

—Gracias. —Hunter puso uno de los ventiladores a máxima velocidad.

—¿Tú qué piensas? ¿Podría ser nuestro hombre? —preguntó el capitán.

—Es difícil decirlo, pero sin duda es alguien interesante.

—Pero, si es nuestro hombre, eso quiere decir que ha cometido el primer error en tres años.

—En lo que a mí concierne, no ha cometido ningún error.

El capitán Bolter miró a Hunter con cara de estar confuso.

—Mire, capitán, simplemente se acercó a alguien en un bar y, como hemos dicho, podría tratarse del primer contacto con una de sus víctimas.

—Pero no contaba con que la mujer a la que se acercó se convertiría en tu novia.

—En los labios del capitán se formó una sonrisa burlona.

—No es mi novia —respondió Hunter con firmeza—. Pero sí, no contaba con que nos conociéramos. Y nunca habríamos sabido que se habían encontrado si no fuera por el hecho de que, de forma inconsciente, dibujé el crucifijo doble mientras esperaba en el salón. Por eso he dicho que ha sido un golpe de suerte.

—Sabes que no vamos a poder ocultárselo a los periódicos durante mucho tiempo. Si vuelve a asesinar, la prensa lo retomará y entonces será cuestión de tiempo antes de que algún periodista listillo relacione estos asesinatos con los antiguos asesinatos del crucifijo. Cuando eso ocurra, será nuestro fin.

—Le puedo asegurar que estamos cerca, capitán. Esta vez tiene que confiar en mí.

El capitán Bolter se pasó los dedos por el bigote y miró fijamente a Hunter como penetrándolo con un láser.

—Ya hice oídos sordos a tus opiniones en un caso antes y me costó caro. Lo pagó toda la división y sé que nunca te lo has perdonado. Aquel pez gordo de una productora, ¿se llamaba John Spencer, no?

Hunter asintió en silencio.

—Nos dijiste a Wilson y a mí que habíamos atrapado al tipo equivocado. Que no había podido matar a su mujer. Que no tenía madera de asesino. No quisimos oírte. Quisiste seguir con la investigación incluso después de que el caso estuviera oficialmente cerrado y yo te dije que no, lo recuerdo. ¡Hostias, casi te suspendo! —El capitán Bolter echó el cuerpo hacia adelante con los dos codos en la mesa y apoyando la barbilla sobre los puños cerrados—. No voy a cometer el mismo error esta vez. Haz lo que tengas que hacer, Robert. Solo atrapa a este Asesino del Crucifijo de las narices.

CUARENTA Y DOS

—Tenemos noticias del doctor Winston —dijo García cuando Hunter volvió a la oficina.

—Adelante —dijo Hunter tras llenarse la taza de café.

—Como esperábamos, Catherine ha identificado el cuerpo de nuestra segunda víctima como el de su marido, George Slater. —Hunter no mostró ninguna reacción—. Pasarán al menos cinco días antes de que tengamos los resultados de la prueba de ADN que se ha hecho del cabello que encontraron en el coche de George, pero han confirmado que no es de él.

—No importa —dijo Hunter—. Aún no tenemos ningún sospechoso con el que comparar el ADN.

—Eso es cierto.

Hunter se fijó en que García parecía demasiado cansado. Hasta su despacho parecía un poco desordenado.

—¿Estás bien, novato? Parece que te hubiesen dado una paliza.

García tardó varios segundos en registrar la pregunta de Hunter.

—Sí, estoy bien. No he dormido mucho en los últimos días, eso es todo. —Hizo una pausa para frotarse los ojos—. He estado estudiando los archivos de las víctimas anteriores, intentando encontrar algún tipo de nexo de unión entre ellas y las dos últimas.

—¿Y has encontrado algo?

—Aún no —respondió García con un tono casi de derrota—. Puede que no esté en los archivos. Puede que sea algo que se pasó por alto en la investigación inicial.

—¿Pasado por alto? ¿Qué hemos pasado por alto?

—Algún nexo... algo que conecte a las víctimas. Tiene que haber algo, siempre lo hay. El asesino no puede elegirlos al azar. —García parecía preocupado.

—¿Por qué, porque así lo dicen los libros? —Hunter señaló el libro de psicología forense de su despacho—. Déjame que te explique algo sobre el nexo, sobre la conexión que tan ciegamente buscas entre las víctimas. Yo la busqué como tú la estás buscando ahora, como un águila en busca de comida, y me consumió por dentro como lo está haciendo contigo. Lo que tienes que entender es que el nexo puede que solo exista en la mente del asesino. No tiene por qué tener sentido alguno para nosotros o para nadie. Para nosotros podría ser algo de lo más superfluo como... que los apellidos de las víctimas contengan tres de las cinco vocales, o que todos se sentaran en el mismo banco del parque en un día particular de la semana. Da igual lo que sea. Al asesino es algo que lo enfurece. Algo que lo hace querer matar. Encontrar el nexo de unión es solo una pequeña parte de lo que tenemos que hacer. Está bien, lo admito, puede ayudarnos, pero no quiero que te consuma... como me consumió a mí.

García notó un tono paternal en la voz de Hunter.

—Hay mucho que hacer, novato, y sabes que estamos haciendo todo lo que podemos. No lo olvides, estamos tratando con un psicópata social que disfruta inmensamente secuestrando, torturando y matando. Los valores humanos que para nosotros son naturales, están totalmente distorsionados en la mente del asesino.

García se puso los dedos en el puente de la nariz como si intentara evitar el dolor de cabeza que se le venía.

—Todas las noches, cuando me acuesto y cierro los ojos, las veo. Veo a Jenny Farnborough mirándome fijamente con esos ojos inhumanos. Intenta decirme algo pero no tiene voz. Veo a George Slater con las manos atadas al volante, la piel abriéndosele como burbujas, escupiéndome sangre. Su último aliento, su último grito de socorro, y no hay nada que yo pueda hacer —dijo García, apartando la mirada de Hunter por un instante—. Puedo sentir el olor a muerte en la casa de madera, el olor putrefacto del coche de George.

Hunter sabía por lo que García estaba pasando.

—Estoy empezando a asustar a Anna. No la dejo dormir de las vueltas que doy en la cama. Al parecer, hablo en sueños... en las pocas ocasiones que consigo conciliar el sueño.

—¿Le has hablado del caso?

—No, se imagina algo, pero está asustada. Es muy inteligente y me conoce muy bien. No puedo ocultarle nada. —Ofreció a Hunter una débil sonrisa—. Tienes que conocerla algún día, te gustará.

—Estoy seguro.

—Nos conocimos en el instituto. Me rompió la nariz.

—¿Qué? ¿Estás bromeando?

García le sonrió con sinceridad mientras negaba con la cabeza.

—La pandilla que tenía en el instituto... éramos unos capullos, de eso no hay duda. Siempre hacíamos comentarios groseros sobre las chicas guapas. Incluso una vez hice llorar a su mejor amiga. Un día estaba en la biblioteca estudiando para un examen final. Anna estaba sentada justo enfrente de mí. Nos intercambiamos miradas y sonrisas hasta que se levantó y caminó hacia mí. Sin decir ni una palabra, me soltó un golpe en toda la cara con un libro de 500 páginas que llevaba en las manos. Había sangre por todas partes. Después de aquello, me quedé enganchado. No la dejé en paz hasta que aceptó salir conmigo.

—Ya empieza a gustarme. —Hunter rió.

—Un día de éstos prepararé una cena en mi casa.

Hunter podía sentir la angustia de su compañero.

—Cuando vi el primer asesinato del Asesino del Crucifijo tardé treinta segundos en vomitar —dijo Hunter en voz baja—. Después de tantos años como detective, creí que podría con cualquier cosa que me encontrara en la ciudad... Estaba equivocado. Las pesadillas empezaron casi de inmediato, y nunca pararon.

—¿Ni siquiera cuando creías que tenías al asesino?

Hunter negó con la cabeza.

—Apresar al asesino alivia el dolor, pero no borra lo que has visto.

Entre los dos se hizo un silencio incómodo.

—En aquel primer asesinato, uno de los primeros oficiales en llegar a la escena fue un novato, acababa de llegar al cuerpo, no llevaba más de dos meses —recordó Hunter—. No lo soportó. Tras meses con el psicólogo de la policía, terminó abandonando el cuerpo.

—¿Cómo lo soportaste? —preguntó Hunter.

—Un día tras otro, pesadilla tras pesadilla. Lucho día a día —dijo con mirada triste.

CUARENTA Y TRES

Tení a que confesar que estaba nerviosa. Puede que más nerviosa de lo que creía que estaría. Becky se había pasado todo día con un ojo en la pantalla del ordenador y con el otro en el reloj. No estaba segura de si era aprensión o emoción, pero desde que se había levantado sentía cómo las mariposas revoloteaban en su estómago. Apenas había podido concentrarse en su trabajo; había hecho más descansos que cualquier otro día, pero hoy no era un día cualquiera, al menos no para Becky.

Salió de la oficina de la sucursal principal del Union Bank de California de la calle South Figueroa sobre las 5:30 p.m. No era la hora a la que solía terminar. Como asesora financiera, el trabajo siempre le exigía demasiado. Para Becky no era nada insólito quedarse hasta las siete o las ocho de la tarde. Hoy, incluso su jefe le había dado algún consejo sobre lo que hacer y no hacer, y le hacía feliz verla salir un poco antes que de costumbre.

Incluso a pesar de todo el tráfico que había, Becky tuvo tiempo de pasar por su apartamento y darse una ducha rápida. También quería ponerse el vestido negro que había comprado especialmente para la ocasión esa misma tarde durante la hora de la comida. Mientras pensaba en su nuevo vestido y en cómo llevaría el pelo, vio que volvía a sentir ansiedad. Encendió la radio y esperó que la música la ayudara a tranquilizarse.

¿Le resultaría difícil? No estaba muy segura de cuánto habían cambiado las cosas desde la última vez que tuvo una cita, pero aquello pasó hacía ya casi cinco años. Lo recordaba vívidamente. ¿Cómo iba a olvidarlo? El hombre con el que salió aquella noche se convirtió en su marido.

* * *

Becky conoció a Ian Tasker a través del banco. Un *playboy* encantador de un metro ochenta y cinco de pelo rubio rizado que acababa de heredar una considerable cantidad de dinero tras la muerte de su millonario padre. Puesto que era hijo único y su madre había fallecido cuando solo tenía cinco años, se convirtió en el único beneficiario de la herencia de su padre.

Ian nunca había sido muy bueno con el dinero. Si hubiera sido por él, nunca habría pensado en invertirlo, pero su mejor amigo llegó al rescate una vez más y le sugirió que echara un vistazo al «servicio de plan de inversiones» del Union Bank de California.

Dada la cantidad de dinero que tenía intención de invertir, el banco estuvo más que feliz de asignar a Rebecca Morris como consejera financiera personal de Ian.

Su relación se llevó de un modo estrictamente profesional, pero la ingenuidad financiera de Ian y sus encantadores ojos azules dieron en el punto flaco de Becky. La atracción inicial, sometida en cierto modo, fue mutua. Ian encontraba fascinante a la dulce morena de metro setenta. Era divertida, atractiva, entusiasta, muy inteligente y su sentido del humor era muy agudo. Después de una sola semana, el principal interés de Ian había pasado de la experiencia financiera de Becky a la propia Becky. La llamaba por teléfono a diario para preguntarle por los pronósticos del mercado, sugerencias financieras, en realidad para cualquier cosa, solo por el placer de oír su voz.

A pesar de que no se podía negar que Ian era un *playboy* y un supuesto mujeriego, su arrogancia y confianza desaparecían cuando Becky estaba cerca. Ella era diferente a todas las «chupasangres» que había conocido. Su interés por el dinero parecía ser puramente profesional. Necesitó solo dos semanas para reunir el valor de pedirle una cita para salir.

Muchos clientes le habían pedido una cita antes, la mayoría de ellos hombres casados, y muy educadamente, rechazó todas las invitaciones. A pesar de que la fama de mujeriego de Ian estaba lejos de lo que Becky consideraba importante en una cita, decidió romper con sus propias normas: no salir nunca con un cliente.

Aquella noche fue casi tan perfecta como había soñado. Ian había escogido un pequeño restaurante junto al mar en Venice Beach, y, al principio, Becky no sabía qué pensar sobre el hecho de que Ian hubiera alquilado el restaurante entero toda la noche. ¿Era un truco para impresionarla o era un sincero intento de romanticismo? Conforme la noche avanzaba, se vio absorta, primero por su personalidad masculina y vivida, y luego por el sorprendente placer de su compañía. No había duda de que Ian se amaba a sí mismo, pero también era muy ingenioso, amable y divertido.

Así, la primera de las noches románticas provocó una serie de nuevas citas, y su relación florecía con cada una de ellas. Su actitud irreverente la hacía perder la cabeza y, cuando Ian le lanzó la pregunta en directo por televisión a nivel nacional durante el descanso de un partido de los Lakers, Becky se convirtió en la mujer más feliz de Los Ángeles.

Contra su voluntad, insistió en un acuerdo prematrimonial alegando que estaba enamorada de él, no de su dinero.

El matrimonio siguió el mismo rumbo que las citas. Todo parecía perfecto. Ian era un marido muy atento y dedicado, y para Becky era como un cuento de hadas. Durante dos años vivió en un sueño. El sueño de ser feliz, el sueño de estar con alguien que le importaba, el sueño de ser amada. Pero las cosas estaban a punto de dar un drástico giro.

Justo hacía dos años y medio, por pura mala suerte, Ian se encontró en el proverbial lugar equivocado a la hora equivocada. De vuelta a casa tras su habitual partido de golf de los viernes por la tarde, Betty lo llamó y le pidió que se pasara por una licorería y comprara una botella de vino tinto.

Buscando entre la mediocre selección de vinos, no se fijó en los dos nuevos clientes que, con máscaras de *hockey* sobre hielo, acababan de entrar. Ya habían robado varias veces en la tienda en la que estaba; solo dos veces en el último mes. El propietario ya estaba harto de la denominada «incompetencia policial», así que, si la policía no podía proteger su tienda, entonces lo haría él.

Ian se había decantado por una botella de Shiraz australiano cuando oyó gritos en el mostrador de la tienda. Al principio, creyó que sería un cliente discutiendo con el propietario, pero la discusión se acaloró más rápido de lo normal. Con sigilo, miró a hurtadillas por el pasillo. La escena que vio era tragicómica. Los dos hombres enmascarados estaban de pie frente al mostrador, con las armas desenfundadas y apuntando al propietario. Éste a su vez, tenía su escopeta de doble cañón en la mano y apuntaba a uno de los hombres enmascarados al otro.

Instintivamente, Ian retrocedió, intentando esconderse detrás de una estantería de *whisky* y *brandy*. Incapaz de contener los nervios, retrocedió demasiado rápido, tropezó, chocó con la estantería y tiró dos botellas al suelo. El inesperado ruido pilló a todos por sorpresa. Los dos enmascarados se asustaron y abrieron fuego en dirección a donde se encontraba Ian.

Con la atención de los dos enmascarados desviada durante unos segundos, el propietario de la tienda vio su oportunidad y rápidamente descargó el primer disparo sobre el hombre que estaba más cerca de la puerta. La fuerte explosión de la escopeta propulsó a la víctima por los aires y le reventó la cabeza. Esquirlas de cristal de la puerta destrozada llovían como granizo. El pánico se apoderó del segundo hombre enmascarado al ver en el suelo el cuerpo decapitado de su compañero. Antes de que el propietario tuviera oportunidad de girar el arma hacia él, el hombre hizo dos disparos consecutivos, ambos haciendo blanco en el estómago.

El propietario de la tienda se tambaleó hacia atrás pero aún tuvo tiempo y fuerza para apretar el gatillo.

Los disparos que se habían producido con anterioridad no alcanzaron a Ian, sino que dieron contra las botellas de *whisky* y *brandy* que había detrás de él. Debido al pánico, tropezó, perdió el equilibrio y, por instinto, intentó sujetarse a algo antes de caer al suelo. Lo único a lo que pudo agarrarse fue al estante de botellas. Se desplomó como un saco de patatas, la estantería cayó y le aplastó las piernas; las botellas se rompieron en el suelo. Aquello habría sido una afortunada manera de escapar para Ian si no llegara a ser por el hecho de que la estantería con las botellas había caído en un repelente para insectos que había enchufado en la pared, haciéndolo añicos y provocando una lluvia de chispas. El baño en el cóctel de alcohol en el que Ian se vio se prendió como la gasolina.

* * *

El semáforo se puso en verde y Becky siguió conduciendo mientras trataba desesperadamente de no llorar.

Durante casi dos años y medio, Becky había evitado tener citas, y aún no estaba segura de si debería seguir adelante. El dolor de haber perdido a Ian seguía ahí.

Becky conoció a Jeff en el supermercado. El mismo supermercado al que iba dos veces por semana para comprar comida y vino al salir de la oficina. Iba de fruta en fruta, sujetándolas con las dos manos, apretándolas y moviéndolas cerca del oído.

—¿Estás buscando la que tiene el regalo sorpresa dentro? —Aquéllas fueron las primeras palabras que Jeff le dijo.

Ella rió.

—Soy percusionista. Los melones son muy buenas maracas.

Jefferson frunció el ceño.

—¿De verdad?

Sonrió.

—Lo siento, es mi sentido del humor. Un poco seco. Solo intento encontrar un buen melón... uno maduro.

—Bueno, moverlos no es la solución. —De algún modo no pareció condescendiente al decirlo—. El secreto está en el olor. Notarás que algunos tienen un olor más dulce, más natural, éstos son los maduros —dijo llevándose un melón a la nariz y oliendo con fuerza—. Pero no tiene que ser un olor muy dulce, éstos están pasados. —Extendió la mano y le ofreció el melón que sostenía en ella. Becky probó la técnica. Un olor, dulce y cálido, rezumó conforme se lo llevó a la nariz. Jeff le guiñó el ojo y siguió con la compra.

Durante las semanas siguientes, terminaron encontrándose varias veces. Becky era siempre habladora y divertida, mientras que Jeff se contentaba con escuchar y reír. Su sentido del humor relucía en cada conversación.

Jeff pudo, por fin, reunir el valor suficiente para invitar a Becky a cenar tras unos meses de encuentros en el supermercado. Al principio dudó, pero decidió aceptar.

Acordaron quedar al lunes siguiente en el restaurante El Belvedere en Santa Mónica, a las 8:30.

CUARENTA Y CUATRO

Washington Square se encuentra al final de la playa en el Boulevard Washington, justo frente a la carretera de Venice Beach. Es sede de varios bares y restaurantes conocidos, incluyendo The Venice Whaler. Los lunes por la noche no son los días más concurridos, pero el lugar estaba lleno de actividad, rodeado por una colorida multitud de jóvenes en pantalón corto y camisetas playeras. La atmósfera era tan relajante como agradable. Era fácil ver por qué a Isabella le gustaba tomarse una o dos copas en aquel bar.

Hunter y García llegaron al bar a las cinco y media. A las seis y media habían hablado con casi todos los miembros del personal, incluyendo los dos chefs y el friegaplatos, pero • con cuanta más gente hablaban, la frustración era mayor. Con pelo largo o corto, con barba o sin barba, daba igual. Nadie parecía haber visto a alguien que se pareciera a ninguno de los retratos robots.

Tras hablar con el personal al completo, Hunter y García decidieron preguntar a algunos clientes, pero su suerte no cambió y a Hunter no le sorprendió. El asesino era demasiado cuidadoso, estaba demasiado preparado, no se arriesgaba, y Hunter tenía la sospecha de que elegir víctimas potenciales fuera de bares populares y muy concurridos no era su estilo; era demasiado peligroso, se tendría que exponer demasiado, había muchos factores que no podía controlar.

Le dejaron una copia del retrato al manager y fueron al siguiente bar de la lista; Big Dean's Café. El resultado fue un calco de lo que había sucedido en el Venice Whaler. Nadie recordaba haber visto a alguien que se pareciera a ninguna de las imágenes.

—Esto se va a convertir en una búsqueda inútil —comentó García, visiblemente molesto.

—Bienvenido al mundo de la persecución de psicópatas —dijo Hunter con una sonrisa—. Esto es lo que hay. La frustración es una parte importante del juego. Vas a tener que aprender a tratar con ella.

Eran las ocho en punto cuando llegaron al tercer y último bar de la lista por aquel día: el Rusty's Surf Ranch, un bar en el que el tema principal era la madera de haya. Tras la pequeña barra, un único camarero servía alegremente a la ruidosa multitud de clientes.

Hunter y García se acercaron a la barra, atrayendo la atención del camarero. Media hora más tarde, le habían preguntado las mismas preguntas y enseñado las mismas fotografías a todo el personal. García no podía ocultar su decepción.

—Tenía la esperanza de que esta noche tuviéramos suerte... —Pensó mejor lo que había dicho—. Bueno, puede que no suerte, pero algún tipo de avance —dijo, frotándose los cansados ojos.

Examinó el restaurante en busca de un lugar en el que sentarse. Afortunadamente,

un grupo de cuatro personas estaba a punto de marcharse y dejar una mesa libre.

—¿Tienes hambre? Yo podría comer algo, vamos a pillar un sitio. —Señaló la mesa vacía y ambos se dirigieron hacia ella.

Echaron un vistazo al menú en silencio y a Hunter le costó trabajo decidirse.

—La verdad es que me muero de hambre. Podría comerme la mitad del menú.

—Apuesto a que podrías. Yo no tengo tanta hambre, solo tomaré una ensalada César —dijo García indiferente.

—¡Ensalada! —La voz de Hunter mostraba sorpresa—. Eres como una niña grande. —Pide comida de verdad, ¿no? —le exigió con firmeza.

A regañadientes, García volvió a abrir el menú.

—Está bien, pediré ensalada César con pollo. ¿Mejor así, mamá?

—Y algunas costillas a la barbacoa para acompañarla.

—¿Estás intentando que aumente kilos? Es demasiada comida.

—¿Intentando que aumentes kilos? Eres una niña grande —dijo Hunter riendo.

La camarera se acercó para apuntar el pedido. Aparte de la ensalada César y las costillas, Hunter también pidió una hamburguesa californiana y calamares fritos para él y dos cervezas. Se quedaron sentados sin decir una palabra, el ojo atento de Hunter iba de mesa en mesa, fijándose en cada uno de sus ocupantes durante unos segundos. García miró a su compañero durante un minuto y puso los dos codos en la mesa echando el cuerpo hacia adelante, le habló en voz baja, como si le estuviera susurrando un secreto.

—¿Pasa algo?

Hunter desvió la mirada hacia García.

—No, todo va bien —dijo con voz tranquila.

—Estás mirando a todas partes como si hubieras visto algo o a alguien.

—Ah, eso. Lo hago cuando estoy en un lugar público, es como un ejercicio que hago desde mis días en psicología criminalista.

—¿En serio... como qué?

—Solíamos hacer juegos, íbamos a restaurantes, bares, clubs, lugares así, y por turnos, elegíamos un sujeto entre la multitud, lo observábamos a él o a ella durante unos minutos e intentábamos sacar su perfil lo mejor que podíamos.

—¿Solo observándolos durante un minuto o así?

—Sí, eso.

—Demuéstramelo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Solo quiero ver cómo funciona.

Hunter dudó un instante.

—Está bien, elige a alguien.

García miró alrededor del ajetreado bar, pero sus ojos se dirigieron a la barra. Dos atractivas mujeres, una rubia y otra morena, tomaban un trago juntas. La rubia era de lejos la más habladora de las dos. García eligió.

—Justo allí, en la barra. ¿Ves a las dos chicas que están solas? La rubia.

La mirada de Hunter cayó sobre su nuevo sujeto. Observó sus movimientos corporales y oculares, sus manías, su forma de hablar, su forma de reír. Tardó solo unos minutos en dar comienzo a su evaluación.

—Está bien, sabe que es atractiva. Está muy segura de sí misma y le gusta atraer la atención, se esfuerza en ello.

García levantó la mano derecha.

—Espera, ¿cómo lo sabes?

—Lleva ropa muy reveladora en comparación con la de su amiga. Hasta ahora, se ha pasado la mano por el pelo cuatro veces, el gesto «fíjate en mí» más común, y de vez en cuando se mira en el espejo que hay detrás del estante de las botellas de la barra.

García observó a la chica rubia un rato.

—Tienes razón. Acaba de mirarse en el espejo otra vez.

Hunter sonrió antes de continuar.

—Sus padres son ricos y está orgullosa de ello. No hace ningún esfuerzo por ocultarlo y sabe en qué gastarse el dinero.

—¿Por qué dices eso?

—Bebe *champagne* en un bar en el que el noventa por ciento de los clientes piden cerveza.

—A lo mejor está celebrando algo.

—No —dijo Hunter seguro de sí mismo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque está bebiendo *champagne* y su amiga está bebiendo cerveza. Si estuviera celebrando algo, su amiga también estaría bebiendo *champagne*. Y no han brindado. Siempre se brinda cuando celebras algo.

García sonrió. Hunter prosiguió.

—Su ropa y su bolso son de diseño. No ha guardado las llaves del coche en el bolso, ha preferido dejarlas en la barra a plena vista, y la razón para ello es probablemente, porque el llavero es el emblema de alguna marca de coches prestigiosa, como BMW o algo por el estilo. No lleva anillo de casada y, aun así, es demasiado joven para estarlo o para tener un trabajo bien pagado, así que el dinero tiene que venir de alguien más.

—Por favor, continúa. —García empezaba a disfrutar del ejercicio.

—Tiene un diamante incrustado con forma de W en el collar. Diría que se llama Wendy o Whitney, dos de los nombres favoritos que empiezan con W para padres ricos en Los Ángeles. Le encanta flirtear, estimula su ego aún más, pero prefiere hombres maduros.

—Ok, ya te has pasado.

—No, solo le sigue el contacto visual a hombres maduros, ignorando el flirteo de chicos más jóvenes.

—Eso no es verdad. No para de mirar al chico que hay de pie a su lado, y a mí me parece bastante joven.

—No lo mira a él. Mira el paquete de tabaco que lleva en el bolsillo de la camisa. Probablemente, no hace mucho que ha dejado de fumar.

García tenía una extraña sonrisa en la boca cuando se levantó.

—¿Adónde vas?

—A comprobar lo bueno que eres realmente. —Hunter vio que García se dirigía a la barra.

—Disculpe, ¿no tendrá un cigarrillo por casualidad, verdad? —dijo, acercándose a las dos mujeres pero dirigiendo su pregunta a la rubia.

La chica le ofreció una encantadora y agradable sonrisa.

—Lo siento, pero dejé de fumar hace dos meses.

—¿En serio? Yo también lo estoy intentando. No es fácil —dijo García devolviéndole la sonrisa. Llevó la mirada a las llaves que había en la barra—. ¿Conduces un Mercedes?

—Sí, lo tengo solo hace un par de semanas. —Su emoción era casi contagiosa.

—Son muy bonitos, ¿es un Clase-C?

—Un SLK descapotable —contestó orgullosa.

—Gran elección.

—Lo sé. Me encanta el coche.

—Por cierto, me llamo Carlos —dijo, extendiendo la mano.

—Yo me llamo Wendy y mi amiga Bárbara. —Señaló a su amiga morena.

—Ha sido un placer conocerlas. Disfruten de la noche —dijo con una sonrisa antes de volver a la mesa con Hunter.

—Ahora estoy más impresionado que antes —le comentó mientras se sentaba—. Una cosa tengo clara, nunca jugaré al póquer contigo —dijo riendo.

Mientras García había estado probando las habilidades descriptivas de Hunter, la camarera volvió con la cena.

—¡Guau!, tenía más hambre de lo que pensaba —dijo García tras terminar las costillas a la barbacoa y la ensalada César. Hunter seguía con la hamburguesa. García esperó a que terminara—. ¿Cómo es que te hiciste policía? Me refiero a que podrías haber sido psicólogo criminal, ya sabes... haber trabajado para el FBI o algo por el estilo.

Hunter dio otro trago a la cerveza y se limpió la boca con una servilleta.

—¿Crees que trabajar en el FBI es mejor que trabajar como detective de Homicidios?

—No estoy diciendo eso —aseveró García—. Lo que quiero decir es que pudiste elegir y te decidiste por ser detective de Homicidios. Conozco a muchos polis que matarían por tener una oportunidad para trabajar con los federales.

—¿Tú lo preferirías?

Los ojos de García no huyeron de la mirada de Hunter.

—Yo no, no me preocupan demasiado los federales.

—¿Y por qué?

—Para mí son solo un puñado de polis pretenciosos que se creen mejores que nadie simplemente porque llevan trajes negros baratos, gafas de sol y auriculares.

—El día que te conocí pensé que querías ser agente del FBI. Llevabas un traje barato. —En la expresión de Hunter había una sonrisa desdeñosa.

—¡Ey!, el traje no era nada barato. Me gusta ese traje, es el único que tengo.

—Sí, lo podría haber imaginado. —La sonrisa desdeñosa se convirtió en sarcástica—. Al principio creí que terminaría siendo psicólogo criminalista. Ése habría sido el movimiento lógico tras mi tesis.

—Sí. Había oído que eras una especie de niño prodigio, un genio en lo que hacías.

—Termine la escuela antes de lo normal —dijo Hunter, restándole importancia.

—¿Y es verdad que escribiste un libro que el FBI utiliza como guía de estudio?

—No era un libro. Era mi tesis. Pero sí, la convirtieron en un libro, y lo último que he oído es que el FBI lo utiliza.

—Eso es impresionante —dijo García poniendo el plato a un lado—. ¿Y qué te hizo no convertirte en analista criminalista del FBI?

—Me pasé toda la infancia inmerso en los libros. Era todo lo que hacía cuando era joven: leer. Supongo que empecé a aburrirme de la vida académica. Necesitaba algo un poco más emocionante —dijo Hunter, revelando solo la mitad de la verdad.

—¿Y el FBI no era lo bastante emocionante? —le preguntó García con sonrisa burlona.

—Los analistas criminalistas del FBI no son agentes de campo. Trabajan detrás de una mesa metidos en una oficina. No es el tipo de emoción que buscaba. Además, no estaba preparado para perder la poca cordura que me quedaba.

—¿Qué quieres decir?

—No creo que el cerebro humano sea lo suficientemente fuerte para realizar el viaje de convertirse en psicólogo criminalista en la sociedad de hoy en día y salir ileso. Todo el que decide someterse a ese tipo de presión tiene que pagar inevitablemente el precio, y el precio es muy alto.

García parecía un poco confuso.

—Mira, básicamente hay dos escuelas, dos teorías principales en lo que respecta a la psicología criminal. Algunos analistas creen que la maldad es algo inherente a ciertos individuos, creen que hay gente que nace con ella, como una disfunción cerebral que los lleva a cometer actos de crueldad obscenos.

—¿Te refieres a que creen que es como un trastorno, una enfermedad?

—Correcto. —Hunter continuó—. Otros creen que lo que provoca que una persona pase de ser un individuo civilizado a convertirse en un sociópata son una serie de acontecimientos y circunstancias que afectan a la vida de la persona. En otras palabras, si durante tu juventud has estado rodeado de violencia, si de niño abusaron

de ti o te maltrataron, lo más probable es que se refleje en tu vida adulta convirtiéndote en una persona violenta. ¿Me sigues hasta ahora?

García asintió, apoyándose en la silla.

—Está bien, así que hablando mal y rápido, el trabajo de un analista criminalista es el de procurar entender por qué un criminal actúa como tal, cómo funciona, cuáles son sus impulsos. Los psicólogos criminalistas intentan actuar como lo haría el delincuente.

—Bueno, me imagino que es demasiado.

—Bien. Por lo tanto, si el analista puede conseguir pensar como un criminal, entonces, puede que tenga la oportunidad de predecir el próximo paso del criminal, pero el único modo en el que puede hacerlo es sumergiéndose profundamente en cómo cree que es la vida del criminal. —Hizo una pausa para darle un buen trago a la cerveza—. Descartemos la primera teoría porque, si ser violento es una enfermedad, no hay nada que podamos hacer. No hay modo alguno de volver en el tiempo y reproducir la agresividad de un delincuente o los abusos sufridos durante su infancia, así que lo único que le queda es el presente del delincuente, y aquí viene el primer paso de un analista. Intentar adivinar cómo pudo haber sido su vida. Dónde vivió, los lugares a los que iba, las cosas que hacía.

—¿Adivinar?

—Así es la psicología criminalista, únicamente adivinar basándose en los hechos y pruebas encontrados en la escena del crimen. El problema es que cuando seguimos los pasos de criminales trastornados durante mucho tiempo, actuando como ellos, pensando como ellos, sumergiéndonos tan profundamente en el interior de sus oscuras mentes, eso inevitablemente deja cicatrices... cicatrices mentales. De tal modo que, en ocasiones, el analista criminal pierde el hilo del control.

—¿Qué control?

—El control que evita que se conviertan en personas como ellos. —Hunter apartó la mirada por un momento. Cuando volvió a hablar su voz era de tristeza—. Ha habido casos... psicólogos criminalistas que han trabajado en casos de agresores sexuales sádicos que han acabado obsesionados con el sexo sádico, o al contrario, han acabado siendo sexualmente deficientes, el simple hecho de pensar en el sexo era suficiente para ponerlos enfermos. Otros que han trabajado en casos de asesinatos brutales se han vuelto violentos y abusivos. Algunos han llegado más lejos, llegando a cometer asesinatos brutales. El cerebro humano sigue siendo todo un misterio, y si abusamos de él durante mucho tiempo... —No hizo falta que Hunter terminara la frase—. Así que elegí abusar de mi cerebro de un modo diferente, haciéndome detective de Homicidios. —Sonrió y terminó el resto de la cerveza.

—Sí, y eso es un abuso. —Ambos rieron.

* * *

A un kilómetro y medio del Rusty's Surf Ranch, un hombre bien vestido contemplaba su reflejo en el espejo de cuerpo entero que había en la entrada del vestíbulo del restaurante El Belvedere. Llevaba un traje italiano hecho a medida, zapatos recién cepillados y una peluca rubia que le iba a la perfección. Las lentillas otorgaban a sus ojos una sombra de color verde inusual.

Desde su posición podía verla sentada en la barra del bar con una copa de vino tinto en la mano. Estaba muy atractiva con aquel vestido negro.

¿Estaba nerviosa o ilusionada? No podía saberlo.

Todo aquel tiempo en el supermercado, todos aquellos meses trabajándosela, llenándola de mentiras, haciendo que confiara en él. Esa misma noche, las mentiras darían su fruto. Siempre lo hacían.

—Hola, señor, ¿ha quedado con alguien o cenará solo esta noche?

En silencio miró fijamente al metre durante unos segundos.

—¿Señor?

Volvió a mirarla una vez más. Sabía que sería perfecta.

—¿Señor?

—Sí, he quedado con una amiga. Aquella señorita de la barra —contestó finalmente con una agradable sonrisa.

—Muy bien, señor, sígame, por favor.

CUARENTA Y CINCO

Los viernes por la noche, el Vanguard Club presenta una interesante mezcla de gente, pero esa noche el lugar estaba más animado que de costumbre. El club acogía la actuación del famoso DJ holandés, Tiesto.

El local estaba hasta los topes. El espectáculo principal estaba previsto que empezara a las doce de la noche, pero todo el mundo estaba ya preparado para pasarlo bien. Era el lugar perfecto para lo que tenía en mente. Cuanta más gente hubiera, menos se fijarían en él.

Esa noche solo tenía algo en mente, tenía que hacer una entrega. Lo tenía desde hacía seis días y durante los seis días se había estado preguntando qué hacer con él. Los hombres de negocios no son famosos por su honestidad, y solo Dios sabía que no había sido el más honesto de los empresarios, pero incluso para él, algunas cosas no eran de por sí buenas. Tenía que hacer algo al respecto.

Se quedó en un rincón enfrente de la sala VIP observando vibrar la multitud, surcando la pista de baile con la mirada, buscando alguien que pudiera reconocerlo; no vio a nadie. Se metió la mano en el bolsillo de los pantalones y pasó los dedos por el objeto que había dentro. Rápidamente, sacó la mano.

—Ey, hombre, ¿necesitas algo?

Un chico joven de pelo oscuro, con no más de veintitrés años, se paró delante de él. Entrecerró los ojos intentando verlo mejor.

—¿Qué?

—Ya sabes, hombre, esto es una fiesta tecno... ¿quieres viajar?

—Ah, no, no. Estoy bien —contestó, entendiendo finalmente lo que el chico quería decir.

—Será mejor que lo pilles ahora, antes de que empiece el espectáculo —dijo el chico, haciendo un gesto con la cabeza hacia el escenario y moviendo el pelo como si fuera un anuncio de un champú.

—No... en serio, estoy bien.

—Si cambias de idea, estaré por aquí. —Hizo un movimiento circular con los dedos antes de alejarse.

Le dio otro trago al Jack Daniel con Coca-cola y se rascó la barba.

La música paró y las luces y láseres empezaron a funcionar a toda marcha sobre la pista de baile. Ráfagas de humos provenientes del techo llenaron el lugar con una neblina de colores. La multitud saltaba, gritaba y aplaudía. Estaban preparados para dar la bienvenida al invitado especial de que aquella noche.

Era su oportunidad. La atención de todo el mundo estaba puesta en el escenario, nadie se fijaría en alguien dejando un paquete en la barra. Dejó la copa y, rápidamente, metiéndose entre los sedientos clientes, se abrió paso hasta situarse junto a la pared que había a la derecha de la barra más cercana. Incluso el camarero

dejó de servir durante unos segundos.

—Damas y caballeros, esto es lo que estaban esperando. Pónganse sus zapatos de baile y prepárense para la fiesta. El Vanguard Club se enorgullece en presentarles, en su única actuación en Los Ángeles, a uno de los nombres más importantes de la música house mundial... Tiesto.

La multitud enloqueció. Los láseres de colores se movían por todo el escenario.

Se apresuró en sacar del bolsillo el pequeño paquete con forma cuadrada, echó el cuerpo hacia adelante y lo soltó. Cuando el paquete cayó al suelo, se alejó velozmente, feliz de haberse desembarazado de él. Estaba seguro de que nadie lo había visto.

Quince minutos más tarde, el segundo camarero se encontró con el paquete. Cuando se dirigía corriendo hacia la otra punta de la barra para servir a un cliente, sintió algo en el suelo. Al bajar la mirada, vio el paquete. Se agachó y lo recogió.

—¡Ey, Pietro! —gritó el camarero.

Pietro terminó de servir a dos atractivas jovencitas y fue al otro lado de la barra.

—¿Esto es tuyo?

Pietro cogió el pequeño paquete de las manos de Todd y lo miró fijamente con ojos de intriga.

—¿De dónde lo has sacado?

—Lo he encontrado en el suelo, justo ahí. —Señaló el lugar al final de la barra.

—¿Has visto quién lo ha dejado?

—No, hombre. Puede que lleve ahí un rato. Lo he visto porque lo he pisado.

Pietro analizó el paquete cuidadosamente envuelto que tenía en la mano. No podía saber lo que era, pero la inscripción que tenía escrita no dejaba duda alguna de quien debía ser el propietario: «Para Rey-T».

CUARENTA Y SEIS

Subió los escalones de la sala VIP preguntándose por qué le había tocado hacer de cartero. La zona era un enjambre de celebridades de segunda categoría. Pietro llegó hasta la última mesa de la derecha, la de Rey-T, sorteando la ruidosa multitud. Jerome, que estaba de pie a unos centímetros de su jefe, ya se había fijado en el camarero de pelo largo.

—¿Hay algún problema?

—Alguien ha dejado esto en la barra —dijo Pietro, dándole el paquete al exboxeador, que lo miró con mirada interrogante.

—Espera aquí.

Pietro vio cómo el saco de músculos se dirigía a la mesa que tenía a sus espaldas, se inclinaba y le susurraba algo a su jefe mientras le daba el paquete. Unos segundos más tarde le hicieron una señal para que se acercara. Sabía que no tenía motivos para estar nervioso, pero podía sentir cómo el corazón se le cerraba en un puño.

—¿De dónde lo has sacado? —le preguntó Rey-T sin levantarse.

—En la barra. Alguien lo dejó allí.

—En algún momento, ¿alguien lo dejó en la barra y se marchó o te lo entregó a ti?

—Ninguna de las dos cosas. Alguien lo dejó dentro de la barra, en el suelo. Todd, el otro camarero, lo encontró.

—¿Y no ha visto quién lo dejó?

—Me ha dicho que no.

—¿Cuándo ha sido eso? ¿Cuándo lo encontró?

—Hace unos cinco minutos. Me lo dio y lo he traído directamente, pero podría llevar allí más tiempo. Teníamos mucho lío y Todd me ha dicho que lo vio porque lo pisó.

Rey-T estudió al hombre que tenía delante de él unos segundos.

—Está bien —dijo, despidiendo al camarero con un gesto de mano.

—¿Puedo abrirlo, cariño? Me encanta abrir regalos —le preguntó una de las chicas sentadas en la mesa.

—Claro, toma.

Lo abrió, arrancándole el papel rápidamente, pero su sonrisa de emoción pronto se desvaneció al descubrir el contenido.

—Es un disco —dijo poco impresionada.

—¿Qué carajo...? —Rey-T le quitó la funda de las manos, lo hojeó y lo analizó unos segundos más—. Es un DVD —dijo desinteresado.

—¡Qué lástima! Esperaba que fueran diamantes —comentó otra de las chicas.

—Hay algo dentro —dijo Jerome, fijándose en una nota pequeña de color blanco pegada al envoltorio. Rey-T la cogió y la leyó en silencio: «Lo siento».

—¿Qué dice, cariño?

—¿Por qué no se van las tres a bailar? —les ordenó Rey-T—. Vuelvan en veinte minutos o así.

Sabían que no era una petición. En silencio, las tres despampanantes chicas salieron de la sala VIP y desaparecieron rápidamente entre la marchosa multitud.

—Tenemos un reproductor de DVD en la limo, ¿no? —preguntó Rey-T, esta vez con un tono de voz más curioso.

—¡Ajá! —asintió Jerome.

—Vamos a echarle un vistazo ahora.

—Claro, jefe. —De inmediato, Jerome sacó su teléfono móvil del traje oscuro de Tallia—. Warren, trae el coche... No, aún no nos vamos, solo queremos comprobar una cosa.

A Rey-T le gustaban los coches, no era ningún secreto. Su extensa colección privada incluía modelos como el Ford GT, un Ferrari 430 spider, un Aston Martín Vanquish'S y su nueva adquisición, una limusina Hummer con capacidad para doce personas.

A los cinco minutos se encontraron con Warren en la parte trasera del Vanguard Club.

—¿Algún problema, jefe? —preguntó Warren, de pie junto a la puerta trasera del vehículo de once metros y medio.

—No, todo va bien. Tenemos que echarle un vistazo a algo. —Rey-T y Jerome se metieron en la limo y esperaron a que Warren cerrara la puerta una vez dentro.

Junto al asiento principal, un pequeño panel presentaba un surtido de botones y atenuadores que daban a su ocupante el control total de todo: ajustes y colores de luces diferentes, configuración del sistema de sonido y altavoces, y acceso a un sistema de DVD de alta definición de vanguardia y a un compartimento secreto que contenía un pequeño arsenal.

Rey-T se puso cómodo en el asiento principal y se apresuró a pulsar un botón. A su derecha, la parte delantera de un compartimento de madera se deslizó mostrando la bandeja de un reproductor de DVD. Sin dudar, puso el disco. El panel frontal que dividía la cabina del conductor del resto del coche se cerró deslizándose y una pantalla colosal se extendió desde el techo por todo el ancho del vehículo. La operación entera tardó menos de diez segundos.

Imágenes de baja calidad completaban la pantalla. Durante un minuto, Jerome hizo un esfuerzo por entender lo que estaba pasando.

En una habitación cuadrada, sucia, abandonada y en ruinas, una joven mujer amordazada y con los ojos vendados, aparecía atada a una silla de metal. La piel se le descubría a través de la ropa desgarrada.

—¿Qué puta mierda es esto? —preguntó Jerome, aún confuso.

—Aguenta, negro —contestó Rey-T mientras pulsaba el botón de avance rápido del DVD. Las imágenes danzaron con frenesí en la pantalla durante algunos segundos

antes de que soltase el botón y se reanudase la reproducción. Ambos observaron en silencio bastante tiempo mientras abusaban de la joven chica sexual, verbal y físicamente.

—Esto es enfermizo, jefe. Alguien le está gastando una broma —dijo Jerome, apartando la vista de la pantalla y preparándose para salir del lujoso vehículo.

—Espera un segundo. —Rey-T detuvo a su guardaespaldas antes de que tuviera oportunidad de abrir la puerta. Algo no iba bien. Rey-T podía sentirlo. Volvió a pulsar el botón de avance rápido y pasó varios minutos del DVD. Cuando volvió a pulsar el botón de reproducción, la película siguió mostrando más violencia y abusos.

—Ah, mierda. Apáguelo, jefe, me está poniendo enfermo —le suplicó Jerome.

Rey-T levantó la mano, haciéndole una señal a Jerome para que se callara un segundo. Avanzó la película una vez más y la detuvo cerca de la última escena.

Conforme los dos misteriosos personajes que aparecían se preparaban para el clímax de la película, Rey-T se dio cuenta de lo que iba a pasar. Jerome seguía sin tener ni idea de lo que realmente ocurría, pero seguía con su atención puesta en la pantalla. Ambos vieron cómo le quitaban la venda de los ojos.

—¡Me cago en...! —gritó Jerome, echándose hacia atrás. La cámara se centró en el rostro de la mujer—. ¡Es Jenny! —dijo medio afirmando lo obvio, medio preguntándolo.

Rey-T se había dado cuenta de quién era la chica un minuto antes que Jerome. La rabia le rezumaba por cada poro de su cuerpo. Observaron con mórbido silencio cómo el cuchillo le rajaba el cuello como una espada *Bushido* cortando papel. La cámara hizo *zoom* en sus ojos desvalidos y moribundos; a continuación, la sangre chorreó de la herida mortal del cuello.

—¿Qué carajo está pasando, jefe? —La voz de Jerome fue un grito de excitación.

Rey-T se quedó en silencio hasta que el DVD terminó. Cuando habló, su voz era fría como el hielo.

—¿Qué crees que está pasando, Jerome? Acabamos de ver cómo torturaron y asesinaron a Jenny.

—¡Pero no puede ser! Los detectives dijeron que no tenía heridas de bala o de cuchillo, que le habían arrancado la piel de la cara a tiras. Estaban equivocados.

Jerome se llevó las manos a la cabeza.

—Es una putada, jefe.

—Escúchame. —Rey-T chasqueó los dedos dos veces para volver a atraer la atención de Jerome—. Se va a armar la de Dios. Quiero a los dos del vídeo. —Lo dijo con tanta rabia que Jerome se puso a temblar—. Quiero al hijo de puta de detrás de la cámara, quiero a quienquiera que sea el dueño de ese agujero de mierda y quiero al responsable de toda la puta operación, ¿me has oído?

—Lo he oído jefe —dijo Jerome, recobrando la compostura.

—No digas nada por la calle. No quiero ahuyentar a esos cabrones. Me da igual cuánto tengas que pagar. Me da igual cómo lo hagas.

—¿Qué pasa con los polis? —preguntó Jerome—. Creo que deberíamos decirles que la chica de la fotografía no es Jenny.

Rey-T sopesó la idea durante un instante.

—Tienes razón, pero primero quiero pillar a esos tipos. Después, me pondré en contacto con ellos.

CUARENTA Y SIETE

Pasaron varios días y su búsqueda en bares y clubs seguía sin producir resultado alguno. Recorrieron Santa Mónica en su totalidad y pasaron a los bares y clubs de Long Beach, pero la respuesta fue la misma en todas partes. El resto de la investigación también avanzaba sin ritmo. Al igual que con los anteriores casos del Asesino del Crucifijo, aún tenían que establecer algún nexo de unión definitivo entre las víctimas. Existía la posibilidad de que Jenny y George se hubieran conocido en alguna de las fiestas sexuales a las que asistían, pero aún no habían conseguido identificar de manera concluyente a la primera víctima. Nadie podía confirmar que el cuerpo de la mujer era en realidad Jenny Farnborough. Carlos aún tenía que encontrar a su familia en Idaho o Utah. Lo único que tenían para continuar eran suposiciones, y el capitán Bolter odiaba las suposiciones. Quería hechos.

Cada día que pasaba sin resultado, sabían que estaban un día más cerca de recibir otra llamada telefónica; otra víctima. La paciencia de todos se acababa, incluida la del Jefe de Policía. Exigía resultados al capitán Bolter, quien a su vez exigía resultados a sus dos detectives.

Poco a poco, la investigación los iba consumiendo a todos. García apenas había visto a Anna en los últimos días. Hunter había hablado con Isabella por teléfono un par de veces, pero no tenía tiempo para encuentros románticos. El tiempo se acababa y lo sabían.

Hunter llegó temprano al Departamento de Robos y Homicidios para, una vez más, encontrarse con García en su despacho.

—Tenemos noticias nuevas —dijo García en mismo instante en el que Hunter cruzó la puerta.

—Alégame el día, dime que alguien ha reconocido el retrato de nuestro sospechoso.

—Bueno, son buenas noticias, pero no tan buenas —dijo García con menos entusiasmo.

—Ok, cuéntame.

—El doctor Winston acaba de enviar los resultados de la prueba del ADN del pelo encontrado en el coche de George Slater.

—Por fin, ¿y?

—No se ha podido obtener ADN del pelo al no tener folículos pilosos.

—Entonces, el pelo no cayó de forma natural. Fue cortado en vez de arrancado.

—Cierto.

—¿Entonces, no tenemos nada? —preguntó Hunter nada convencido.

—No, no, había sustancias químicas en el pelo y eso ha permitido al laboratorio averiguar de dónde venía.

—¿Y?

—Es pelo europeo.

—¿De una peluca? —Hunter abrió los ojos de par en par, sorprendido.

—¿Cómo sabes que el pelo europeo es de una peluca?

—Leo mucho.

—Ah, es verdad. Lo había olvidado —dijo García, asintiendo con cinismo—. Descartando el pelo de peluca sintético, los tres tipos de pelucas que puedes comprar son: auténtico, humano y europeo. En la industria de las pelucas, el pelo auténtico y el humano hacen referencia al pelo asiático que se ha procesado, desteñido de su color original y teñido para asemejarse a los colores de pelo europeo. El proceso daña el cabello, pero está muy disponible y no es caro. Pero el pelo europeo... —García negó con la cabeza—... es cabello casi sin procesar. Viene principalmente de Europa del Este. El cabello sin teñir se cubre con un acondicionador de gran calidad para que sea de larga duración. Es lo más parecido al cabello natural que se puede conseguir.

—Pero tiene su precio —concluyó Hunter.

—¡Fíjate en esto! Los precios van desde los cuatro mil dólares.

—¡Uf! —soltó Hunter al sentarse.

—Exacto. Las pelucas se hacen bajo petición. Puede llevar entre uno y dos meses prepararlas, y eso significa que quienquiera que la pidió tuvo que dejar una dirección o un número de contacto. —García sonrió con entusiasmo—. No puede haber muchos lugares en Los Ángeles que vendan pelucas europeas.

—¿Catherine?

—¿Qué?

—¿Lo has comprobado con Catherine Slater? A lo mejor ella lleva peluca. Muchas mujeres las llevan hoy en día. Sin duda, ella podría permitírselo.

—No, aún no. —El entusiasmo de García se apagó—. Me pondré en ello ahora mismo, pero, si no utiliza peluca, ¿crees que merece la pena ponerse en contacto con las tiendas de pelucas de Los Ángeles que vendan pelucas europeas?

Hunter se rascó la barbilla.

—Sí, podemos intentarlo. Solo creo que nuestro asesino es demasiado inteligente para eso.

—¿Demasiado inteligente para qué?

—¿Has dicho que esas pelucas se hacen bajo petición?

—Correcto.

—Pero apuesto a que si vas a una tienda de pelucas tendrán una o dos de muestra, en una vitrina. Nuestro asesino no sería tan estúpido como para pedir una peluca y dejar rastro en un papel. Simplemente, compraría la que tuvieran de muestra, pagaría en metálico y eso sería todo. Recuerda que el asesino no compra la peluca por apariencia, sino por practicidad. —Hunter se levantó y se dirigió a la cafetera—. Hay algo más.

—¿Qué?

—Internet —dijo Hunter.

García frunció el ceño.

—Internet puede ayudarnos y entorpecernos al mismo tiempo —explicó Hunter—. Hace unos años, para este caso hubiéramos tenido que inspeccionar las tiendas de pelucas y con un poco de suerte habríamos dado con algo que pudiera llevarnos a nuestro asesino, pero hoy... —Hizo una pausa, otro pensamiento acudió a su mente—. Y también tenemos EBay, donde nuestro asesino se la podría haber comprado a un particular y nadie lo sabría. Ese tipo es demasiado inteligente para dejar rastro.

García tuvo que admitir que Hunter tenía razón. Cualquier persona medio inteligente podría comprar casi cualquier cosa por Internet y dejar un rastro tan minúsculo que sería casi imposible rastrearlo. Es solo cuestión de saber dónde comprar.

—Puede que tengamos suerte, podría haberlo dado por sentado y haber pedido una peluca en una tienda —dijo García con optimismo.

—Quizá. No descarto ninguna posibilidad. Comprobaremos todas las tiendas de pelucas por si las moscas.

—Solo quiero que al menos nos acerquemos a él antes de que añada otra fotografía a ese maldito tablero —dijo García, señalando el tablero de corcho y atrayendo la atención de Hunter hacia a él.

Hunter se quedó inmóvil unos segundos con la mirada fija en las fotografías.

—¿Estás bien? —le preguntó García tras un minuto de silencio—. No parpadeas.

Hunter levantó la mano indicándole a García que esperara un segundo.

—Estamos pasando algo por alto —dijo finalmente.

—¿Qué pasamos por alto?

—Otra víctima.

CUARENTA Y OCHO

-¿De qué diablos estás hablando? ¿Qué quieres decir con que hemos pasado por alto otra víctima? Están todas ahí, siete de la primera matanza y dos desde que empezó a matar de nuevo. —Los ojos de García fueron del tablero a Hunter.

—Tenemos una víctima que no marcó, una víctima sin crucifijo doble en la nuca y sin llamada telefónica. Tenemos una víctima que él no asesinó.

—¿Una víctima que él no asesinó? ¿Te has drogado? Ni siquiera tiene sentido.

—Claro que lo tiene. No la asesinó como hizo con las demás víctimas... hizo que la asesinaran.

—¿Te estás escuchando, estás chiflado? ¿A quién no mató?

La mirada de Hunter cayó sobre García.

—Mike Farloe.

—¿El tipo que murió por equivocación, Mike Farloe? —García se quedó perplejo.

—El verdadero asesino hizo que creyéramos que Mike era el Asesino del Crucifijo, ¿lo recuerdas? Ya lo había mencionado antes, por teléfono, cuando el asesino me llamó justo después de que encontráramos a la mujer sin rostro, pero por algún motivo no caí en la cuenta.

—Sí, recuerdo que lo hayas dicho. Estaba justo a tu lado.

—Tenderle la trampa convierte a Mike Farloe en víctima.

—Por defecto —aceptó García.

—Eso da igual, sigue siendo una víctima. —Hunter volvió a su mesa y empezó a buscar entre sus papeles—. Ok, ¿qué sabemos del asesino?

—Nada —respondió García medio entre risas.

—Eso no es cierto. Sabemos que es metódico, inteligente, pragmático y que elige a sus víctimas muy, muy cuidadosamente.

—Bien —dijo García aún no muy seguro.

—El asesino no escogió a Mike Farloe así como así. Al igual que con sus víctimas, el sujeto tenía que cumplir con un perfil específico. La diferencia aquí es que el sujeto tenía que cumplir con el perfil de un asesino. Para ser más precisos, el perfil de un asesino en serie, sádico y religioso.

García empezaba a pillar la teoría de Hunter.

—Lo que significaría que si hubiéramos arrestado a alguien que no diera con ese perfil, lo habrías descartado como el asesino.

—Correcto. El asesino es inteligente pero también sabe que no somos estúpidos. No nos contentaríamos con la primera persona a quien hubiera elegido tender la trampa. Tenía que ser la persona correcta. Alguien creíble. Alguien que nos tragáramos. Mike Farloe fue la elección perfecta.

García se pasó las manos por el pelo y se lo echó hacia atrás para hacerse una pequeña coleta.

—¿Tenía Mike antecedentes penales?

—Maldición que sí tenía. No paró de entrar y salir de correccionales... Tres condenas en el condado por exhibicionismo. Le encantaba exhibirse delante de niños.

—¿Pedófilo? —preguntó García torciendo la boca.

—Con P mayúscula. Pasó veintiocho meses por tocar a un niño de doce años en unos baños en el centro.

García negó con la cabeza.

—¿Y cómo encuentras a alguien como Mike Farloe? —prosiguió Hunter.

—Puede que el asesino ya lo conociera de antes —propuso García.

—Es posible, pero lo dudo. Mike era un solitario, vivía solo, sin mujer, ni novia, ni niños. Era basurero y se pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en su pequeño apartamento leyendo la biblia. El tipo no es que tuviera mucha vida.

—¿Qué hay de su expediente médico? Nuestro asesino podría haber tenido acceso a eso. Algo que sí sabemos es que tiene conocimientos de medicina, incluso el doctor Winston dijo que no le sorprendería que el asesino resultara ser cirujano.

Hunter asintió.

—Eso mismo estaba pensando.

—¿Cultos religiosos, iglesias? Si Mike asistía a ellos, el asesino podría haberlo elegido ahí.

—Lo comprobaremos también.

—¿Qué más sabemos de Mike Farloe? —preguntó García.

—No mucho. No hubo motivos para seguir con la investigación, confesó, ¿lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo, y eso me lleva al primer porqué. ¿Por qué confesó? ¿Por qué confesaría unos crímenes tan atroces si no los cometió aun sabiendo que lo condenarían a muerte?

—Para acabar su vida con algo —dijo Hunter con decisión.

—¿Cómo?

—Hay gente que no tiene agallas para suicidarse, así que compran un arma y se pasean enseñándola. La policía llega, dicen a la persona que tire el arma, esa persona la enseña un poco más y la policía la mata de un tiro.

—Sí, he oído hablar de suicidios por policías.

—Correcto. Esto sigue la misma teoría. Como he dicho, Mike Farloe era un solitario, sin amigos, sin mucha vida y sin perspectivas de mejorarla tampoco. Es obvio que sabía lo del Asesino del Crucifijo.

—Todo el mundo sabía lo del Asesino del Crucifijo, la prensa se aseguró de ello.

—Cierto, por lo que no es sorprendente que hubiese fanáticos religiosos que pensaran que el Asesino del Crucifijo hacía lo correcto. Asesinar pecadores.

—Y Mike era uno de ellos. —García completó la frase de Hunter.

—Seguramente sería el fundador de su club de fans.

García sonrió.

—De todas formas, para esa gente, el Asesino del Crucifijo era un héroe, alguien que hacía el trabajo de Dios y, de repente, a Mike se le dio la oportunidad de convertirse en héroe.

—¿Te refieres a pagar el pato por su héroe?

—No hay diferencia. Para el resto del mundo, el nombre de Mike Farloe sería sinónimo de Asesino del Crucifijo. Dejaría tras de sí una vida de oscuridad. Su nombre se mencionaría en libros y se estudiaría en clases de criminología. Tendría en muerte la fama que nunca tuvo en vida.

—Pero has dicho que, sin duda, Mike sabía cosas que solo el asesino sabría... como los motivos para asesinarlos. Mencionó cosas como que una de las víctimas llegó a lo más alto de su empresa a base de trincarse todo lo que pillaba. ¿Cómo podía saberlo?

—Porque se lo dijo el asesino —concluyó Hunter.

—¿Qué?

—Piénsalo. Tú eres el asesino, ok, y quieres culpar a alguien de lo que has hecho. Por fin encuentras a la persona idónea. Le ofreces tu amistad.

—Algo que no le resultaría difícil, dado que Mike no tenía amigos.

—Cierto. Gran parte de las conversaciones girarían en torno a los asesinatos. El gran trabajo que está haciendo liberando al mundo de pecadores y tal. Entonces, empiezas a llenar la cabeza de Mike Farloe con rumores: «He oído que una de las víctimas era una prostituta infectada... otra mantenía relaciones sexuales con todo el mundo para llegar a lo más alto». —Hunter cambió la voz para fingir ser el asesino.

—Preparándolo para cuando lo pillaran —interrumpió García.

Hunter se mordió el labio y asintió.

—¿Pero por qué no le contó lo de las marcas en el cuello del auténtico Asesino del Crucifijo?

—Porque nadie lo sabía a excepción del auténtico asesino y de unas cuantas personas que trabajaban en el caso. Contarle a Mike Farloe lo del símbolo lo convertiría al instante en sospechoso. Mike estaba jodido, pero no era estúpido.

—¿Quieres decir que habría pensado que la persona que se lo había contado era el auténtico asesino?

—Es posible pero no probable. Mike no creería que el tipo estaba de mierda hasta el cuello.

—¿Por qué?

—¿Cómo crees que Mike supo por primera vez algo del Asesino del Crucifijo?

—Por los periódicos y la prensa.

—Exacto. Con toda probabilidad, Mike leía y veía todo lo que los medios de comunicación lanzaban acerca del Asesino del Crucifijo. Y lo creía a pies juntillas. La gente es muy influenciable. Contarle a Mike que lo que leía y creía eran un

montón de mentiras de mierda lo habría tirado para atrás en lugar de conseguir su confianza. ¿A quién piensas que creería un hombre de la calle, a los periódicos y a la televisión o a un completo extraño?

García pensó en ello por un momento.

—Tienes razón.

Hunter asintió.

—El asesino sabía que lo que tenía que hacer era ganarse la confianza de Mike Farloe.

—¿Crees que el asesino contaba con la confesión de Mike?

—Quizá, no estoy seguro.

—No tenía nada que perder —concluyó García, aún molesto por algo—. ¿Pero por qué?

Hunter lo miró con ojos alarmantes.

—¿Has estado escuchando lo que te he estado diciendo? Acabo de explicarte por qué.

—No, ¿por qué tendió una trampa a Mike?

Hunter hizo una pausa y se quedó mirando fijamente la taza de café.

—¿Por qué motivos se le tiende una trampa a alguien?

—¿Venganza?

—No, en el mundo real.

—¿Eh?

—Tenderle una trampa a alguien por venganza solo pasa en las películas de Hollywood. En la vida real, la gente pasa de estupideces, va directa al grano y te hace un agujero en la cabeza. ¿Para qué complicarse planeando una trampa? Además, a Mike lo mató la inyección letal, no sufrió demasiado. Si el asesino hubiera querido que sufriera, él mismo se habría encargado de Mike.

García mostró su conformidad asintiendo.

—Eso es verdad.

—Entonces, ¿por qué más le tendería una trampa a alguien?

—Puede que quisiera terminar con la investigación de la policía.

—Es posible.

—Quizá su intención inicial era cometer solo siete asesinatos. —García se sirvió un vaso de agua—. Cuando el asesino consiguió lo que quería, ¿para qué mantener la investigación abierta y arriesgarse a que la poli se encontrara con alguna prueba que pudiera llevar hasta él años más tarde? Le echa las culpas a alguien, el caso se cierra y sale impune.

—¿Entonces, el asesino ha cambiado de idea y ha vuelto para cometer otros siete asesinatos?

García arqueó las cejas.

—Podría ser.

—No me lo trago. El asesino tenía una agenda programada desde el principio y

estoy seguro de que se ciñe a ella. Cuando haya terminado con lo que se ha propuesto hacer, si para entonces no lo hemos atrapado, desaparecerá y jamás volveremos a saber nada de él. —El tono de voz de Hunter era de melancolía.

—Cuando arrestaron a Mike, ¿tenías otro sospechoso, alguien a quien estuvieras investigando? —dijo García rompiendo el silencio.

Hunter hizo un movimiento de negación con la cabeza.

—¿No estabas cerca de alguien o de algo?

—Ya te lo he dicho antes, no teníamos nada, ni sospechosos ni pistas, pero sé a dónde quieres llegar. Si hubiéramos estado cerca de alguien, en especial si estábamos cerca de la persona adecuada, tenderle la trampa a Mike nos habría despistado.

—¡Ajá! Habría puesto fin a la investigación. ¿Para qué seguir con una investigación cuando tienes un sospechoso con pruebas incriminatorias tan contundentes?

—Bueno, no teníamos ningún sospechoso.

—Pero eso no lo sabía el asesino. A no ser que tuviera información confidencial de la policía.

—Muy poca gente conocía esa información, y todos eran de confianza.

—Está bien, a lo mejor estaban cerca de algo que diera con el asesino.

Hunter flexionó la mandíbula.

—No estábamos cerca de nada. Lo único que teníamos eran siete víctimas y un montón de frustración —dijo Hunter, mirando por la ventana con la mirada perdida—. Pero le echaremos un vistazo a los archivos otra vez... dos meses antes del arresto de Mike. Veamos lo que teníamos.

—Hay una posibilidad más —dijo García al mismo tiempo que hojeaba unos papeles de su mesa.

—¿Cuál?

—¿Cuánto tiempo pasó entre el arresto de Mike y la primera víctima nueva?

—¿Sobre un año y medio?

—¿Y si el asesino le tendió la trampa a Mike porque sabía que estaría fuera de servicio un cierto periodo de tiempo? Como por ejemplo, en prisión por algún otro delito menor.

Hunter se sentó y se cruzó de brazos delante de la mesa.

—El problema aquí es que tenía que saber con antelación que estaría fuera de servicio tanto tiempo. Tender una trampa requiere su tiempo y, como ya he dicho, primero tendría que encontrar a la persona adecuada. No te advierten mucho tiempo antes de arrestarte. Pero... —Hunter movió el dedo índice en dirección a García.

—¿Qué?

—Una operación —dijo Hunter levantando las cejas—. Puede que el asesino tuviera previsto algún tipo de operación. Lo habría sabido con bastante antelación.

—Pero el asesino estuvo desaparecido casi un año. ¿Qué tipo de operación te deja a la sombra tanto tiempo?

—Eso es fácil. Operaciones de espalda, de cadera, cualquier operación que requiera fisioterapia para que el paciente recupere la movilidad y las fuerzas. Nuestro asesino necesita todas sus fuerzas para cometer los asesinatos. No habría atacado de nuevo si no estuviera en forma al cien por cien. Será mejor que hagamos una lista con todos los hospitales y clínicas de fisioterapia.

CUARENTA Y NUEVE

Pasaron el resto del día indagando en la vida de Mike Farloe. Sus antecedentes penales eran extensos: condenas por exhibicionismo, agresiones sexuales sin violencia y pedofilia. *Era un cabronazo*, pensó Hunter, *pero no un cabronazo violento*. En su última estancia en prisión encontró a Dios y, tras su puesta en libertad, empezó a recorrer las calles predicando el evangelio a aquellos que le prestaban atención y a los que no.

El expediente médico de Mike no mostraba nada fuera de lo normal. Unos cuantos tratamientos por enfermedades venéreas y algunos huesos rotos por peleas callejeras, pero eso era todo. No tenía historial psicológico ni nada que sobresaliera. Al final concluyeron que el asesino había escogido a Mike basándose en su historial médico o en sus antecedentes criminales. Buscaron en cultos religiosos en los que Mike pudiera haber estado involucrado, pero a las once y media de la noche seguían sin haber encontrado nada.

* * *

García miró la hora rápidamente al estacionar el coche frente al edificio de su apartamento. *Medianoche pasada, una vez más*. En las últimas dos semanas no había conseguido llegar a casa antes de la medianoche. Sabía que no podía evitarlo.

Era lo que el trabajo le exigía y estaba más que preparado para darlo. No podía decir lo mismo respecto a Anna.

Se quedó durante un rato en la oscuridad del aparcamiento. Contempló desde el coche la ventana del primer piso del apartamento. Las luces del salón seguían encendidas. Anna aún estaba despierta.

Le había dicho que no se preocupara, que el caso en el que trabajaban era complejo y que tendrían que echar muchas horas extras, pero sabía que no le haría caso. Sabía que preferiría que fuera abogado o médico; en realidad cualquier cosa menos detective de Homicidios de la ciudad de Los Ángeles.

Lentamente, se dirigió al edificio pasando entre el resto de coches que había estacionados y subió al apartamento. Aun sabiendo que Anna no estaba durmiendo, abrió la puerta de la entrada con el máximo cuidado. Anna estaba acostada en el sofá de tela azul situado frente al equipo de televisión. Vestía un fino camisón blanco y el cabello le caía por un lado. Tenía los ojos cerrados, pero los abrió en cuanto García dio el primer paso en el apartamento.

—¡Hola, cariño! —dijo con voz cansada.

Anna se sentó con las piernas cruzadas. Su marido parecía diferente. Cada noche que llegaba a casa le parecía un poco más viejo, más cansado. No llevaba ni un mes

en el Departamento de Robos y Homicidios, pero a los ojos de Anna parecía años.

—¿Cómo estás, nena? —dijo con voz dulce.

—Estoy bien... cansada. ¿Tienes hambre? ¿Has cenado? Hay comida en el frigo. Tienes que comer algo —insistió.

García no tenía hambre. De hecho, su apetito era inexistente desde que entró en aquella vieja casa madera hacía unas pocas semanas, pero no quería decirle que no a Anna.

—Sí, comería algo.

Ambos fueron a la cocina. García se sentó en la pequeña mesa de desayuno mientras Anna sacaba un plato del frigorífico y lo ponía en el microondas.

—¿Quieres una cerveza? —le preguntó, volviendo al frigorífico.

—La verdad es que un *whisky* me sentaría mejor.

—No pega con la comida. Bébete una cerveza ahora y luego, si sigue apeteciéndote...

Le pasó una botella abierta de Bud y se sentó enfrente de él. La alarma del microondas anunciando que la tardía cena estaba lista rompió el silencio.

Anna había cocinado uno de los platos favoritos de García: arroz, alubias brasileñas, pollo y verdura, pero García solo se había comido tres cucharadas antes de empezar a darle vueltas a la comida sin siquiera llevárselo a la boca.

—¿Le pasa algo al pollo?

—No, nena. Sabes que me encanta cómo cocinas. Es solo que no tengo tanto hambre como creía.

De repente, Anna enterró la cabeza entre las manos y se puso a llorar.

Enseguida, García fue hacia ella y se arrodilló frente a la silla.

—¿Anna, qué pasa? —Intentó apartarle la cabeza de las manos.

Necesitó varios segundos antes de poder mirarlo con los ojos llenos de lágrimas y tristeza.

—Tengo miedo.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué? —le preguntó preocupado.

—De lo que te está haciendo tu nuevo trabajo... de lo que nos está haciendo.

—¿A qué te refieres?

—Mírate. No has dormido adecuadamente en semanas. En las pocas ocasiones que consigues dormir, lo haces solo unos minutos antes de despertarte envuelto en sudor frío y casi gritando. No comes, has perdido tanto peso que pareces enfermo y yo... y ya casi ni me miras, por no mencionar hablar conmigo.

—Lo siento, nena. Sabes que no puedo hablar contigo del caso. —Intentó abrazarla, pero ella lo apartó.

—No quiero que me cuentes los detalles de la investigación, pero pareces un fantasma rondando por aquí. Ya no te veo. Nunca hacemos nada juntos. Incluso los pequeños detalles como comer juntos se han convertido en todo un lujo. Te vas antes de que amanezca y vuelves a estas horas. Cada día te veo cruzar esa puerta como si

hubieras dejado un trocito de ti ahí fuera. Nos estamos volviendo unos extraños. ¿Qué pasará dentro de seis meses o de un año? —le preguntó, secándose las lágrimas de las mejillas.

Un sobrecogedor sentimiento de protección recorrió por dentro a García. Deseaba abrazarla y tranquilizarla, pero la verdad era que él también tenía miedo. No por él, sino por los demás. Ahí fuera había un asesino que disfrutaba infringiendo tanto dolor en sus víctimas como podía. Un asesino que no hacía distinciones de raza, religión, clase social o lo que fuera. Cualquiera podría ser su siguiente víctima, cualquiera incluyendo a Anna. Se sentía impotente.

—Por favor, no llores, nena, todo irá bien —dijo, acariciándole dulcemente el cabello—. Estamos haciendo progresos en la investigación y con un poco de suerte pronto cerraremos el caso. —Ni siquiera García estaba seguro de creérselo el mismo.

—Lo siento —dijo Anna aún llorando—. Pero ningún otro caso en el que hayas trabajado nos ha afectado así.

García no sabía qué decir.

—Tengo miedo de lo que este caso te pueda hacer. No quiero perderte. —Sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo.

—No me vas a perder, nena. Te quiero. —Le dio un beso en la mejilla y le secó las lágrimas—. Te prometo que todo irá bien.

Anna quería creerle, pero no vio convicción en sus ojos.

—Venga, vámonos a la cama —dijo ayudándola a levantarse.

Ambos se levantaron lentamente. Anna lo abrazó y lo besó.

—Deja que apague la luz del salón —dijo.

—Está bien, yo pondré los platos en el lavavajillas. —García cogió el plato y lo aclaró con agua.

—¡Cielo santo! —gritó Anna desde el salón.

García dejó el plato encima del lavavajillas y corrió hacia el salón.

—¿Qué pasa? —dijo, acercándose a Anna, que estaba de pie junto a la ventana.

—Había alguien allí abajo mirándome.

—¿Qué? ¿Dónde? —le preguntó García, mirando desde la ventana hacia la calle vacía y al aparcamiento.

—Allí, justo entre aquellos dos coches. —Señaló hacia dos vehículos estacionados en la calle.

García volvió a mirar por la ventana.

—No veo nada, además, está bastante oscuro. ¿Estás segura de haber visto a alguien?

—Sí. Vi a alguien mirándome.

—¿Estás segura?

—Sí. Un hombre me estaba mirando.

—¿Un hombre? ¿Era un hombre?

—No estoy segura. Creo que sí.

—Puede que fuera un gato o algo.

—No era un gato, Carlos. Había alguien mirando a nuestro apartamento. —La voz de Anna empezaba a temblar.

—¿A nuestro apartamento? Puede que estuviera mirando el edificio.

—Me estaba mirando a mí, lo sé, lo sentí, me asustó.

—A lo mejor era algún hijo de un vecino. Sabes que siempre se quedan fuera hasta tarde.

—Los hijos de los vecinos no me asustan de esa manera. —Los ojos volvieron a ponerse llorosos nuevamente.

—Está bien, ¿quieres que baje a echar un vistazo?

—No... por favor, quédate conmigo.

García la abrazó y sintió cómo el cuerpo de Anna temblaba contra el suyo.

—Venga, vamos a la cama.

En el aparcamiento, escondido entre las sombras, el extraño observaba con una sonrisa diabólica cómo se apartaban, abrazados, de la ventana.

CINCUENTA

Dividieron las tareas. García revisaría los archivos de la investigación que Hunter y Scott iniciaron, retrocediendo hasta tres meses antes del arresto de Mike Farloe. También se encargaría de los vendedores de pelucas y las clínicas de fisioterapia.

Hunter se encargaría de buscar en los hospitales. Sopesó contactar con ellos y pedirles una lista con los pacientes que hubieran sido intervenidos dos meses antes del arresto de Mike Farloe. Una intervención que hubiera requerido un largo periodo de recuperación, especialmente fisioterapéutica. Por su experiencia, sabía que solicitar una petición, por muy urgente que fuera, tardaría semanas. Para acelerar el proceso, decidió ir él mismo a los hospitales del centro de la ciudad y hacer una solicitud en los restantes.

La tarea era laboriosa y lenta. Primero tenían que reducir la búsqueda a operaciones que requirieran un periodo de recuperación largo y luego retroceder casi un año y medio para encontrar los archivos.

A Hunter no le sorprendió que el almacenaje de los archivos en los hospitales casi rozara lo cómico. Una parte estaban archivados en una habitación atestada y sin ventilar. Otra parte estaba almacenada en hojas de cálculo electrónicas sin organizar y otra parte se almacenaba en bases de datos a las que muy poca gente sabía cómo acceder. *No distan mucho de cómo se almacenan los datos en el Departamento de Robos y Homicidios, pensó.*

Se había puesto a ello a las ocho y media de la mañana. A mediodía, la temperatura era de treinta y seis grados y medio y la mala ventilación de las habitaciones hacía que la tarea de Hunter pareciera una penitencia. Al final de la tarde tenía la camiseta empapada y solo había podido cubrir tres hospitales.

—¿Has ido a nadar? —preguntó García al ver la camiseta de Hunter cuando éste volvió a la oficina.

—Prueba a encerrarte en una sala pequeña, atestada y penosa en el sótano de un hospital unas cuantas horas y me dices si te gusta —se apresuró a responder Hunter con poca gracia.

—Si te quitas la chaqueta, a lo mejor te ayuda. A todo esto, ¿cómo te ha ido?

Hunter le dio a García un sobre marrón.

—Pacientes. La lista de tres hospitales. No es mucho pero es un comienzo.

—¿Y qué es eso? —le preguntó García señalando una caja que Hunter llevaba bajo el brazo izquierdo.

—Ah, son un par de zapatos —dijo con voz impersonal.

—Estamos hechos unos derrochadores, ¿no?

—Ése es el tema. Los vi en el escaparate de una tienda cerca de uno de los hospitales. Van a cerrar en una semana, así que todo está rebajado. Ha sido una

ganga.

—¿De veras? ¿Puedo verlos? —preguntó García con curiosidad.

—Claro. —Hunter le dio la caja.

—¡Guau!, son bonitos —dijo García tras sacar de la caja los dos zapatos de cuero negro y mirarlos desde todos los ángulos—. Y solo Dios sabe que necesitabas unos —dijo, señalando los zapatos viejos de Hunter.

—Tengo que amoldarlos al pie. El cuero aún está duro.

—Con lo que estamos andando últimamente no tendrás problemas. —García metió los zapatos en la caja y se la devolvió a Hunter.

—Bueno, ¿cómo te ha ido a ti? —Hunter retomó el tema de la investigación.

—He conseguido ponerme en contacto con Catherine Slater. No lleva peluca.

—Genial. ¿Has tenido suerte con las tiendas de pelucas?

García torció la boca y frunció el ceño, negando con la cabeza.

—Si queremos una lista de los clientes que han pedido una peluca de pelo europeo de cualquier tienda de Los Ángeles, necesitamos una orden.

—¿Una orden?

—No dan a conocer sus clientes. La excusa es siempre la misma... la privacidad del cliente. Sus clientes no verían con buenos ojos el hecho de que todo el mundo sepa que llevan peluca.

—¿Que lo sepa todo el mundo? Llevamos una investigación de asesinato, no somos periodistas. ¡No le vamos a vender la lista a la prensa sensacionalista! —dijo Hunter con brusquedad.

—Da igual. Si no conseguimos una orden, no tendremos la lista de los clientes.

Hunter dejó los sobres en la mesa de su despacho, puso la chaqueta en el respaldo de la silla y fue hacia los ventiladores.

—No entiendo a esta gente. Intentamos ayudarlos, intentamos coger a un asesino sádico cuya próxima víctima podría ser un miembro de sus familias o ellos mismos, pero en vez de cooperar, ¿qué conseguimos? Hostilidad y una falta de voluntad del copón. Parecemos los chicos malos. En cuanto decimos que somos polis, es como si les diéramos un puñetazo en el estómago. Nos cierran todas las puertas con el seguro echado —dijo Hunter, volviendo a la mesa—. Hablaré con el capitán Bolter. Conseguiremos la puta orden y la lista tan pronto como... —Hunter detectó cierto aire de dudas en García—. ¿Te preocupa algo?

—Me preocupa el pelo encontrado en el coche de George Slater.

—Sigue —le urgió Hunter.

—No se encontró nada más en el coche, ¿verdad? Ni huellas, ni fibras, solo el pelo de una peluca.

—Y crees que es cosa de nuestro tipo, ¿verdad? —concluyó Hunter—. El asesino limpia el coche entero, como ha hecho en todas las escenas de los crímenes, ¿pero se deja un pelo?

—Nunca antes la había cagado, ¿por qué la iba a cagar ahora?

—Puede que no la haya cagado.

García miró a Hunter con incertidumbre.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué quiere que lo apresemos?

—En absoluto. Puede que esté jugando con nosotros como siempre hace.

García aún parecía tener dudas.

—Sabe que no podemos permitirnos pasarlo por alto. Sabe que lo investigaremos, que inspeccionaremos todas las tiendas de pelucas de Los Ángeles, gastando tiempo y recursos.

—¿Entonces, crees que dejó el pelo a propósito?

Hunter asintió.

—Para retrasarnos. Para conseguir tiempo para planear su siguiente asesinato. Se está acercando al acto final —dijo con voz débil.

—¿A qué te refieres con acto final?

—Para el asesino, estos asesinatos tienen un significado —le explicó Hunter—. Como ya había dicho antes, el asesino tiene una agenda, y algo me dice que está a punto de completarla.

—Y crees que si no lo apresamos antes de que concluya con su agenda de psicópata, nunca lo apresaremos. Simplemente, desaparecerá.

Hunter asintió lentamente.

—Apresémoslo entonces —dijo García, señalando el sobre marrón que Hunter había obtenido de los hospitales.

Hunter sonrió.

—Lo primero que tenemos que hacer es eliminar de la lista todos los que tengan menos de veinte o veinticinco años. Luego, intentaremos conseguir una fotografía de los que queden. Puede que consigamos algo.

—Claro, pásame la lista.

—¿Has revisado los archivos de la investigación anterior?

—Aún estoy con ellos.

Hunter se quedó pensativo durante un instante.

—¿Qué pasa? —le preguntó García.

—Hay algo que me preocupa. Puede que el Asesino del Crucifijo le tendiera la trampa a Mike Farloe para cambiar la dirección de nuestras investigaciones. Puede que cometiera un error y tuviera que tapanlo.

—¿Un error?

—Quizá. Puede que tenga que ver con la última víctima. La que encontramos antes de arrestar a Mike Farloe. Un joven abogado, lo recuerdo. ¿Tienes el archivo?

—¿Tendría que estar aquí? —García empezó a rebuscar entre los archivos que tenía en la mesa.

El fax de García interrumpió la conversación. Se acercó al despacho y esperó a que la impresión saliera.

—*¡Você tá de sacanagem!* —dijo García de pronto mirando el fax que acababa de

entrar.

Hunter no entendía portugués, pero sabía que, fuera cual fuera su significado, no era bueno.

CINCUENTA Y UNO

Hunter miró a su compañero y se quedó esperando, pero García no apartó la mirada del fax, aún farfullando algo en portugués.

—¿Qué diablos pasa? —gritó Hunter con impaciencia.

García estiró la mano y le mostró la fotografía en blanco y negro de una mujer. Hunter tardó varios segundos en darse cuenta de lo que estaba mirando.

—¿Es Jenny Farnborough?

García negó con la cabeza.

—No, se llama Vicki Baker.

—¿Cómo?

—Victoria Baker, veinticuatro años, manager de un gimnasio que se llama *Fitness 24 Horas*, en Santa Mónica. —García leyó la nota al pie de la fotografía.

—Conozco el gimnasio —lo interrumpió Hunter.

—Según parece, el 6 de julio tenía que ir a Canadá a pasar cinco días.

—¿Y lo hizo?

—No lo pone.

—¿Quién lo ha enviado?

—Logan, del Departamento de Personas Desaparecidas. Aún nos envían fotografías de personas que se parezcan a la imagen generada por ordenador que nos dio el doctor Winston, ¿lo recuerdas?

Hunter asintió.

Dado que la primera víctima aún no había sido identificada con veracidad, todas las medidas protocolarias aún estaban en funcionamiento, incluida la constante comprobación de entradas nuevas en la base de datos del Departamento de Personas Desaparecidas.

—¿Cuándo se denunció la desaparición?

García lo comprobó en la segunda página del fax.

—Hace dos días.

—¿Quién lo hizo?

Una nueva comprobación.

—Joe Bowman, jefe del gimnasio.

Hunter le quitó el fax a García de las manos y lo estudió un minuto. El parecido estaba ahí, pero, por otra parte, parecía que en la ciudad de Los Ángeles las mujeres rubias, atractivas y altas crecían en los árboles. Hunter pudo ver con claridad que tanto Vicki Baker como Jenny Farnborough coincidían con el retrato original generado por ordenador. Con las prisas para identificar a la primera víctima, dieron por hecho que se trataba de Jenny Farnborough.

—¿Cuándo desapareció Jenny del Vanguard Club? —preguntó Hunter.

García hojeó unas hojas que había cogido de la mesa de su despacho.

—El 1 de julio. Vicki desapareció cinco días después.

—Puede que la chica no desapareciera el 6 de julio. Puede que cogiera el avión hacia Canadá y desapareciera allí, o cuando regresó, aún no lo sabemos. Llamemos al gimnasio y veamos si este tal Bowman trabaja hoy. Si lo hace, nos pilla de camino. El jefe de aduanas del LAX es un viejo amigo mío. Le diré que compruebe si subió al avión el día 6.

García se apresuró a volver a su despacho y con unos cuantos clics de ratón consiguió tener delante de él la información sobre el gimnasio. Marcó el número y se reclinó sobre la silla, esperando con impaciencia que alguien atendiera el teléfono al otro lado de la línea. Garda solo tuvo que esperar tres tonos para recibir una respuesta. La conversación se restringió a cinco frases.

—Estará hasta las once y media de la noche —dijo García tras colgar el teléfono.

—Vamos, tú conduces. Déjame que primero llame a Trevor.

Trevor Grizbeck era el jefe de Aduanas e Inmigración del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, LAX. Hunter sabía que no había forma de conseguir que la aerolínea diera a conocer información sobre los pasajeros sin una orden, y no tenía tiempo para ello. Era hora de llamar y pedir algunos favores.

Ya había anochecido, pero el calor era tan intenso como por la tarde. Hunter se sentó en silencio leyendo y releendo el fax sobre Victoria Baker, pero aún seguía pareciendo surrealista. Solo cuando estaban llegando al gimnasio, en Santa Mónica, una llamada de teléfono interrumpió sus pensamientos.

—Trevor, ¿qué tienes para mí?

—Bueno, como sabes, no tengo acceso a los archivos de las aerolíneas, pero sí tengo acceso a los archivos de Inmigración. Para curarme en salud, lo he comprobado desde el 1 al 12 de julio. Victoria Baker jamás pasó por el control de pasaportes.

—Nunca subió al avión.

—Eso es lo que parece.

—Gracias, colega.

—Nada, hombre. Estamos en contacto.

* * *

Con la placa en la mano, Hunter se abrió paso hacia el mostrador de recepción entre la pequeña multitud que había en la entrada del gimnasio.

—¿Está aquí Joe Bowman, el jefe? —preguntó incluso antes de que alguna de las dos recepcionistas tuviera tiempo de comprobar sus credenciales.

—Sí. —La respuesta sonó un tanto tímida.

—Tenemos que hablar con él. —Su voz era de exigencia.

Los dos detectives vieron que la recepcionista rubia descolgaba el teléfono y marcaba el número de la línea directa con el manager. A ello le siguió una

conversación entre susurros.

—Trish, ¿te puedes encargar tu sola cinco minutos? —preguntó la rubia, colgando el teléfono y volviéndose hacia la otra recepcionista, una chica bajita y pelirroja con unas cuantas pecas debajo de sus ojos de color azul océano.

—Sí, estaré bien —contestó Trish con un leve acento tejano.

La recepcionista rubia pulsó un botón debajo del mostrador y una de las luces del torno se puso verde.

—Por favor, pasen, caballeros —le dijo a los dos detectives antes de unírseles al otro lado—. Sígueme, por favor.

La oficina del manager se encontraba al final de una de las principales salas del abarrotado gimnasio. La recepcionista llamó tres veces. Cuando la puerta se abrió, un atractivo afroamericano, unos cinco centímetros más alto que Hunter y, al menos, nueve kilos más pesado que él, todo músculo, los recibió. Llevaba puesta una camiseta ajustada negra que parecía dos tallas más pequeña de la que necesitaba y el pelo cortado a lo militar, lo cual le hacía parecer un sargento del ejército. Se presentó como Joe Bowman.

—Presumo que se trata de Vicki —dijo, invitando a sentarse a los dos detectives.

—Correcto —dijo Hunter conforme ocupaban los dos sillones de cuero que había frente a una bonita mesa de despacho de color blanco y negro. Joe estaba sentado tras ella.

Hunter examinó durante un segundo al hombre que estaba sentado tras la mesa.

—¿Me resulta familiar, no nos hemos conocido antes? —le preguntó, con los ojos entrecerrados, como intentando hacer memoria.

Bowman miró a Hunter fijamente un momento.

—No lo creo, no que yo recuerde.

Hunter lo descartó tras unos segundos y se encogió de hombros.

—Usted fue quien denunció la desaparición de Victoria Baker, ¿es eso correcto? —le preguntó.

—Sí.

—¿Y por qué?

Bowman levantó la mirada de las manos con una sonrisa dubitativa.

—Porque había desaparecido. —Pronunció cada una de las palabras más lentamente de lo normal.

Listillo, pensó Hunter.

—Lo que quiero decir es por qué usted. ¿Es su marido, novio, amante?

Los ojos de Bowman fueron hacia la recepcionista, que aún estaba de pie junto a la puerta.

—Eso es todo, Carey. Ya me encargo yo.

En silencio, salió de la habitación y cerró la puerta.

Su atención volvió a los detectives.

—No soy ni su marido, ni su novio ni su amante. Estoy casado. —Hizo un

movimiento con la cabeza señalando la fotografía de una sonriente mujer de cabello corto y negro.

Hunter asintió, pero la tristeza en la mirada de Bowman lo traicionó.

—Se suponía que tenía que volver al trabajo el día 12, pero nunca apareció. No es típico de ella. Es una persona muy responsable, muy profesional, nunca pierde días por enfermedad o pide días libres.

—¿Pero por qué usted y no su familia, marido o novio?

Vicki no está casada y en estos momentos no mantiene ninguna relación. Su familia es de Canadá. Iba a verlos. Vive sola en un apartamento alquilado a unos kilómetros de aquí.

—¿Su familia se ha puesto en contacto con usted? —le preguntó Hunter—. ¿Si la estaban esperando y no apareció, no se preocuparían?

Bowman miró a Hunter con nerviosismo.

—No sabían que iba. Era una sorpresa, ya sabe. ¿Qué quiere decir con que no apareció?

—Lo hemos comprobado con la compañía aérea y nunca subió al avión.

—¡Dios mío! —dijo Bowman pasándose la mano por la cabeza—. ¿Lleva desaparecida todo este tiempo?

—Ha dicho que debía volver el 12 de este mes, no obstante, usted denunció su desaparición hace dos días, el diecisiete. ¿Por qué ha esperado cinco días?

—Volví de Europa el 17. Estaba en una competición de culturismo.

—¿Cuándo viajó a Europa? —le preguntó García.

—A finales del mes pasado... el día 29. —Bajó la mirada hacia sus manos temblorosas—. Tenía que haber intentado llamarla cuando estaba en Europa; hablamos el día que se suponía que tenía que ir a Canadá —musitó en tono triste.

—¿Por qué iba a llamarla? Es solo una empleada, ¿no? —le presionó Hunter.

Joe Bowman parecía incómodo. Intentó ofrecer a Hunter una pálida sonrisa, pero no pudo.

Hunter acercó la silla a la mesa y echó el cuerpo hacia adelante, apoyando los codos en ella.

—Venga, Joe, es hora de cantar, era más que una empleada, ¿verdad?

Silencio.

—Mire, señor Bowman, no investigamos infidelidades. No estamos aquí para hacerle preguntas sobre su relación con su esposa. —Señaló la fotografía del despacho—. Victoria Baker podría estar en grave peligro y todo lo que queremos es ayudar, pero para ello necesitamos su cooperación. Cualquier cosa que nos diga quedará entre nosotros. Si significaba algo para usted, por favor, ayúdenos. —Hunter le ofreció una sonrisa de confianza.

Bowman dudó por un instante. Miraba fijamente la fotografía de su esposa.

—Estamos enamorados. —Finalmente, cedió.

Hunter mantuvo la mirada en Joe esperando que continuara.

—Estábamos pensando en vivir juntos.

Ante la sorpresa, García abrió los ojos de par en par.

—¿Y su matrimonio? —le preguntó.

Bowman se masajeó los ojos con la mano derecha, tomándose su tiempo para responder.

—Mi matrimonio murió hace un par de años. —Volvió a llevar la mirada a la fotografía—. Ya no hay amor... ya no hablamos... es como si fuéramos unos completos extraños. —El tono de voz era firme pero con un atisbo de tristeza.

—¿Cuándo empezaron a verse Vicki y usted?

—Hace unos ocho meses. Vicki tiene algo... una felicidad contagiosa... volvió a hacerme sentir feliz. Así que hace un par de meses decidí pedirle el divorcio a mi mujer y hacer lo que me hace feliz, y eso es estar con Vicki.

—¿Lo sabía Vicki? ¿Le contó sus planes?

—Sí, por eso iba a Canadá.

Hunter lo miró confuso.

—Quería decirles a sus padres que estaba planteándose venirse a vivir conmigo. Quería su bendición.

La mirada de confusión de Hunter desapareció.

—Viene de una familia muy tradicional —le explicó Bowman—. Quería que me aceptaran.

—¿Que aceptaran la idea de que su hija se iba a vivir con un hombre casado? —preguntó García intrigado.

—No —respondió primero Hunter—. Que aceptaran la idea de que su hija se iba con un hombre afroamericano —concluyó.

—Negro —le corrigió Bowman—. Nos gusta que nos llamen negros. Es lo que somos, y negro no es un término ofensivo. En mi opinión, esa corrección política es una estupidez, pero tiene razón. Se podría decir que su familia desaprobaría nuestra relación.

—¿Y estuvo en contacto con ella mientras estuvo en Europa?

—No... debería haberlo hecho... —Su voz se apagó.

—¿Por qué no?

—Ella lo quería así. Me dijo que necesitaba tiempo para que lo entendieran. Sabía que tenía que volver el 12, así que intenté llamarla desde Europa, pero nunca obtuve respuesta. No podía hacer nada desde allí. Cuando volví, me entró el pánico al no poder localizarla, así que llamé a la policía.

—¿Ha dicho que vivía a unos kilómetros de aquí? —preguntó Hunter.

—Sí, en North Croft Avenue.

—¿Tiene las llaves de su apartamento?

—No, no las tengo. —Bowman era incapaz de mirar a Hunter—. Pero ya he dicho todo esto a los otros oficiales.

—¿A los del Departamento de Personas Desaparecidas?

—Así es.

—No somos de Personas Desaparecidas. Somos de Homicidios.

Bowman los miró con sorpresa y miedo.

—¿Homicidios?

Hunter sacó una copia del retrato que Isabella les había dado con las veinte combinaciones diferentes y la puso en la mesa de Joe.

—¿Alguna vez ha visto a este hombre?

Bowman cogió el papel con manos temblorosas y miró los retratos con atención.

—No, no puedo decir que lo haya visto. ¿Quién se supone que es?

Sin decir palabra alguna, Hunter sacó el retrato robot de la primera víctima y lo puso en la mesa. Joe la miró confuso. Sus ojos suplicaban una explicación.

—¿Por qué tienen una imagen digital de Vicki? —Antes de que Hunter tuviera oportunidad de hacerle la pregunta, Joe se la hizo con ojos llorosos y voz temblorosa.

—¿Qué tiene que ver esto con la desaparición de Vicki? ¿Por qué hay detectives de Homicidios en mi oficina? ¿Por qué tienen una imagen digital de Vicki?

—Puede que haya una conexión con una investigación diferente que estamos llevando —le explicó García.

—¿La investigación de un homicidio? ¿Creen que puede estar muerta? —Su voz sonaba ronca debido al temor.

—Aún no lo sabemos.

—¡Cielo santo! ¿Quién querría hacerle daño a Vicki? Es la persona más dulce que jamás he conocido.

—No saquemos conclusiones todavía, señor Bowman —dijo Hunter tranquilizándolo—. Acerca de esta persona... —expresó señalando el retrato—. ¿Está seguro de no haberlo visto en el gimnasio?

—Si ha estado en este gimnasio, tiene que preguntárselo a las recepcionistas.

—No se preocupe, se lo preguntaremos. También necesitamos la dirección de Vicki.

En silencio, Joe escribió la dirección y se la dio a Hunter.

—¿Iban a clubes, fiestas, ya sabe, ese tipo de cosas? —continuó Hunter.

Bowman miró a Hunter confuso.

—No, en absoluto. Debido a mi situación, no podíamos anunciar nuestra relación al mundo.

Hunter asintió.

—¿Le gustaba salir sola o con amigas a sitios así?

—No que yo sepa —respondió dubitativo.

—¿Sabe si participó en fiestas poco ortodoxas? —interrumpió García.

Bowman y Hunter miraron a García con la misma mirada de perplejidad. Ninguno de los dos sabía con certeza qué quería decir con fiestas poco ortodoxas.

—No estoy seguro de qué es lo que me está preguntando —contestó Bowman.

Hunter estaba tan interesado en la explicación cómo Bowman.

No tiene sentido andarse por las ramas, pensó García.

—¿Iba a fiestas sexuales, BDSM, fetichistas... cosas de esa naturaleza?

—¿Me está preguntando si Vicki era una perversa? —bramó Bowman con tono ofendido.

—No, solo si sabe si le iban ese tipo de cosas.

—Negativo, no le iban.

Hunter decidió intervenir.

—¿Vivía acomodada? Es decir, ¿le pagaba bien?

Bowman desvió su atención hacia Hunter con una expresión tipo «¿qué tiene que ver eso con todo esto?».

—¿Podía permitirse cosas caras? —intentó aclarar Hunter.

—¿Qué tipo de cosas caras? ¿Drogas? —La expresión de Bowman ahora era de mayor confusión.

—No, cosméticos; hidratantes, cremas, maquillaje, ya sabe, cosas de mujer.

—Bueno, no es rica, no acorde a los estándares de Los Ángeles, pero diría que ganaba bastante. Ahora bien, en lo que respecta a cosméticos, se gasta una fortuna. La he visto pagar 300 dólares en cremas antiarrugas para las noches y el bote era del tamaño de un paquete de chicles.

Hunter arqueó las cejas sorprendido.

—Eso no es todo —prosiguió Bowman—. Se gastó 400 dólares en una crema suiza para los ojos y 150 dólares en un bote de esmalte de uñas. Eso sin contar lo que se gasta en manicuras, pedicuras, hidratantes, tratamientos de belleza y *spas*. Puede vivir sin comida, pero no si sus cremas de belleza y sueros. Vicki es muy vanidosa. Puede que demasiado.

—¿Vicki tiene una taquilla o un lugar donde guarde sus cosas? —preguntó Hunter.

—Sí. Todos los miembros del personal la tienen. Animamos a todos a que hagan ejercicio. Todos tienen una taquilla asignada.

—Genial. ¿Podemos ver la suya?

—Tiene una cerradura electrónica y necesita un código con una combinación de cuatro dígitos. Ella es la única que lo sabe.

—Sí, pero estoy seguro de que hay un código que lo anula —dijo García.

Bowman torció la boca y se preguntó si sería correcto.

—¿No necesitan una orden para ver sus cosas?

—Estamos intentando encontrarla, no meterla en la cárcel. Una orden podría tardar un día o así y, entretanto, perderíamos un tiempo precioso —respondió Hunter rápidamente.

—Está en el vestuario de mujeres.

—Solo tardaremos cinco minutos, dígame a quien haya dentro que se vista —dijo García.

Un breve silencio prosiguió.

—Aquí estamos perdiendo tiempo —presionó Hunter.

—Está bien. —Bowman cedió finalmente—. Denme unos minutos, le pediré a las recepcionistas que lo anuncien.

Hunter estudió a Bowman mientras hablaba brevemente desde el teléfono de su despacho.

—¿Está seguro de que no nos hemos conocido antes? Me resulta muy familiar —le preguntó Hunter en cuanto colgó el teléfono.

—Salgo en varias revistas de culturismo. Soy competidor profesional. Usted parece cuidarse. ¿Compra alguna revista de gimnasia? —contestó Bowman.

Hunter chasqueó los dedos.

—Una o dos, sí. Probablemente, lo conozco de ahí, entonces.

Bowman sonrió a Hunter de manera poco entusiasta.

Diez minutos más tarde se encontraban frente a la taquilla número 365 del vestuario de mujeres. Bowman introdujo un código de seis dígitos para anular el original de Vicki. La pequeña luz del mecanismo de bloqueo cambió de roja a verde y la puerta se abrió con un clic. García había ido a buscar unos guantes de látex al coche y Hunter era quien tenía que revisar sus cosas.

No había mucho dentro. Un par de zapatillas para correr, dos pares de calcetines, pantalones cortos de deporte, un top de mujer y un par de guantes sin dedos para levantar pesas. En la repisa superior encontró lo que necesitaba. Un bote de desodorante en *spray* y un cepillo. Cogió los dos y los metió en bolsas de plástico separadas.

Bowman observaba en silencio, preguntándose por qué solo tomaban dos objetos y dejaban el resto.

CINCUENTA Y DOS

A las ocho de la tarde en punto, el doctor Winston se preparaba para acabar su jornada y volver a casa cuando recibió la llamada de Hunter. El bote de desodorante en *spray* y el cepillo tenían que ser analizados para buscar huellas y ADN.

Hunter sabía que los resultados de las pruebas tardarían cinco días, puede que tres si las acompañaba con una etiqueta de muy urgente, pero el análisis dactilar podría estar esa misma noche. El doctor Winston le dijo que los esperaría.

Hunter se alegraba de no tener que estar en la sala del sótano donde se guardaban los dos cuerpos de las víctimas. El edificio del forense lo hacía sentirse incómodo, pero la sala del sótano le daba escalofríos. El laboratorio forense estaba localizado en la primera planta y el doctor Winston le había pedido a Ricardo Pinheiro, uno de los analistas forenses, que se quedara para ayudarlo con el análisis dactilar. Hunter le dio a Ricardo el desodorante y observó cómo le aplicaba el polvo dactilar de dióxido de titanio. El alto índice de reflexión del polvo contra la suave superficie del metal del desodorante hizo reacción casi de inmediato, revelando varias huellas dactilares ocultas.

Ricardo quitó el polvo sobrante del desodorante y procedió a transferir las huellas en varios portaobjetos de celofán.

—A simple vista, yo diría que probablemente tenemos tres juegos de huellas. —Ricardo raramente se equivocaba. Puso los portaobjetos de celofán en el microscopio más cercano y continuó con el análisis.

—Sí, tres juegos diferentes, pero hay uno que predomina —dijo tras un minuto en el microscopio.

—Examinemos primero el juego de huellas predominante —dijo el doctor Winston—. ¿Puedes transferirlas al ordenador?

—Claro —dijo Ricardo, cogiendo los portaobjetos y llevándolos a uno de los vídeo-microscopios. Sacó una foto de cada una de las huellas y el programa informático de fotoanálisis mostró una fotografía aumentada de las huellas en la pantalla del ordenador.

—¿Quieres que compruebe las huellas con la base de datos de criminalística? —preguntó Ricardo.

—No, compruébala con ésta. —El doctor Winston le dio un *pendrive* con la imagen digital de la huella de la primera víctima.

Ricardo cargó la imagen en el disco duro del ordenador y con unos clics de ratón tuvo las dos imágenes, una al lado de la otra, en el programa informático. Hizo clic en el botón «comparar».

En las fotografías de las huellas aparecieron varios puntos rojos. En menos de cinco segundos, el programa mostró las palabras «Coincidencias Positivas» en la

parte inferior de la pantalla.

—Sí, son de la misma persona —confirmó Ricardo.

—Es oficial, por fin tenemos una coincidencia con nuestra víctima —dijo el doctor Winston—. A todo esto, ¿quién era?

—Se llama Victoria Baker. Canadiense... llevaba cuatro años viviendo en Los Ángeles —contestó García.

Hunter tenía la mirada fija en las imágenes de las huellas del ordenador.

—Compararemos las otras dos huellas con la base de datos de la policía por si las moscas —dijo finalmente, obviamente molesto por algo. Hasta que regresaron al coche de García no volvió a hablar.

—Hemos vuelto al punto de partida en lo que respecta a la conexión entre víctimas. Esto jode nuestra teoría de «fiesta de sexo». Lo más probable es que George Slater jamás oyera hablar de Vicki Baker.

García se pasó las dos manos por la cara y se frotó los ojos.

—Lo sé.

—Tenemos que averiguar dónde la secuestraron. El lugar puede darnos alguna pista, pero no conseguiremos una orden hasta mañana.

García estaba de acuerdo.

—También tenemos que ponernos en contacto con su familia en Canadá y decírselo.

Hunter asintió lentamente. Era la única tarea de la que podían prescindir.

—Lo haré esta noche —dijo Hunter.

Conforme García estacionaba el coche junto al edificio del Departamento de Robos y Homicidios, Hunter se preguntó si parecería tan cansado y derrotado como su compañero.

—Hablaré con el capitán Bolter de la orden. Con suerte la tendremos a primera hora de la mañana —dijo Hunter—. Te veré aquí sobre las diez y media, primero tengo que intentar conseguir otra lista de pacientes de un hospital más.

García apoyó la cabeza en el reposacabezas y respiró hondo.

—Vete a casa, novato —dijo Hunter echando un vistazo al reloj—. Aún no son ni las nueve. Pasa la noche con tu mujer. Lo necesitas y lo sabes. Esta noche no tenemos nada más que hacer.

Siempre había algo que hacer en la oficina, pero Hunter tenía razón. No había nada más que esa noche pudieran conseguir. García pensó en lo que había pasado la noche anterior con Anna y no le vendría mal llegar a casa antes de que se acostara al menos una vez por semana. Llevaban semanas trabajando con un horario de casino, sin saber nunca qué hora era. Un pequeño descanso sería bienvenido.

—Sí, Anna me agradecerá que esta noche esté en casa.

—Eso es verdad —dijo Hunter mostrando su conformidad—. Compra flores de camino a casa. No un ramo barato, uno bonito. Recuerda, comprarle un regalo a alguien es indicador de tus conocimientos sobre la personalidad de alguien, así que

cómprale algo que sepas que le gusta —dijo con una sonrisa tranquilizadora.

CINCUENTA Y TRES

García hizo caso del consejo de Hunter y pasó por Markey's, un veinticuatro horas en North Rampant Boulevard. Había casi todo, desde flores a bebidas alcohólicas, y el sándwich y el café recién hecho no eran tan malos. García había pasado por ahí muchas veces cuando era detective del Departamento de Policía de Los Ángeles. Tenía que desviarse un poco del camino a casa, pero estaba seguro de que Anna apreciaría el esfuerzo.

La chica alta y rubia que había detrás del mostrador recibió a García con una gran sonrisa de hermosos dientes blancos. García le devolvió la sonrisa y se pasó la mano por el pelo en un intento por aparentar estar un poco más presentable.

García decidió llevar a casa una buena botella de vino tinto junto con las flores. Hacía tiempo que Anna y él no se bebían una juntos y a ella le encantaría una buena botella de Rioja. Las flores se exponían justo a la derecha de la entrada, pero García no les prestó atención al entrar.

—Disculpe, ¿dónde tienen las botellas de vino?

—Justo al fondo —le respondió la chica rubia con una nueva sonrisa.

La selección no es que fuera impresionante, pero por otra parte, García no era exactamente un experto. Eligió una botella por el precio. *Cuanto más cueste, mejor debe ser*, pensó. Volvió donde estaban las flores y eligió un bonito ramo de rosas rojas.

—Creo que esto es todo —dijo, dejándolo todo encima del mostrador.

—Son 40.95, por favor.

García le dio tres billetes de veinte dólares.

—Es una mujer muy afortunada —dijo la chica rubia al darle el cambio.

—¿Disculpe?

—La mujer para quien son las flores... una mujer muy afortunada. —Volvió a sonreír y García se fijó en lo joven y hermosa que era.

—¡Ah! Gracias —dijo ruborizado.

—¿Vive por aquí?

—Uhhh... no, solo necesitaba algunas cosas. Me pilla de camino a casa —mintió.

—Oh... es una pena, pero quizá podría volver a pasarse por aquí alguna otra vez...

La respuesta de García fue una tímida sonrisa.

Fuera, conforme se acercaba al coche, García no podía creer que la dependienta de la tienda se le hubiera insinuado. Hacía mucho tiempo que no le pasaba.

En el aparcamiento no había más vehículos que una furgoneta Chevy de aspecto nuevo. Abrió la puerta del acompañante y, con cuidado, dejó las flores en el asiento. Volvió a pensar en lo que había acontecido durante el día. Le seguía costando trabajo

aceptar lo mucho que Jenny Farnborough y Victoria Baker se parecían. García no creía en las coincidencias, pero tampoco creía que el hecho de que ambas mujeres hubieran desaparecido al mismo tiempo estuviera planeado. Ese asesino no mantenía durante mucho tiempo a sus víctimas. Una vez que las secuestraba, aparecían a los pocos días torturadas y muertas. *Vicki Baker fue la víctima. Jenny Farnborough probablemente desapareció*, pensó.

García recordó de pronto que aún había varios policías siguiendo a Rey-T. Los acontecimientos de los últimos días habían sucedido tan rápidamente que lo había olvidado por completo. Tenía que llamar para cancelarlo, ya que no seguía haciendo falta. Cogió el teléfono y buscó en la agenda el número correcto. Estaba tan absorto en sus pensamientos que no vio la presencia que había detrás de él. El reflejo de la oscura figura en el coche llegó demasiado tarde. Antes de que García tuviera oportunidad de girar hacia su atacante, sintió un pinchazo agudo en el lado derecho del cuello.

La droga reaccionó casi al instante. La vista se le nubló y sintió cómo se le doblaban las rodillas. El teléfono se le cayó de las manos y oyó cómo caía al suelo. Intentó sujetarse en la puerta del coche para no perder el equilibrio, pero fue demasiado tarde, el extraño ya lo llevaba a rastras hacia una furgoneta cercana.

CINCUENTA Y CUATRO

A Jerome le quedaba una parada más, una persona más a la que ver antes de volver a casa y afrontar otra noche de pesadilla. Rey-T le había encomendado un trabajo y solo uno: encontrar a quienes se habían llevado a Jenny.

Había visto morir a gente de diferentes maneras, muchos de ellos bajo sus propias manos, y nunca le había preocupado. Sus rostros moribundos nunca se consumieron en sus recuerdos, pero las escenas del DVD que había visto en la limusina de Rey-T jamás lo abandonaron. Le costaba trabajo conciliar el sueño, comer. La echaba de menos. Jenny era su chica favorita. Siempre estaba sonriendo, siempre era muy positiva. Daba igual lo complicada que la situación pudiera ser, siempre veía el lado positivo, lo divertido.

Jerome llevaba en ello casi cuatro semanas. Llamó pidiendo favores a todos los despreciables contactos clandestinos que tenía en las calles. Toda información lo llevaba a otro saco de mierda. El más reciente de su lista era un yonqui de los bajos fondos llamado Daryl.

La red de inmundicias que rodeaba la industria de las películas *snuff* estaba muy bien tejida. Nadie parecía saber nada, o si alguien lo sabía, no hablaba. La información que le habían dado a Jerome era que Daryl no estaba involucrado en películas *snuff*, pero que podría haberse encontrado con algo que pudiera darle alguna pista. Daryl vivía en las calles y dormía en cualquier agujero que le ofreciera un refugio donde pasar la noche. Esa noche compartía las lujosas ruinas de un edificio medio derruido al sur de Los Ángeles con otros cuantos yonquis sin hogar. Todo lo que Jerome tenía que hacer era encontrarlo.

Esperó pacientemente, observando el edificio desde una distancia segura. Le habían dado una buena descripción de Daryl, pero parecía que todos los que había por allí se parecían bastante. La ventaja que tenía Jerome era que Daryl medía un metro noventa y cinco y eso lo hacía un objetivo fácil de divisar.

No fue hasta la una de la madrugada que Jerome vio una extraña y alta figura cruzar la calle y moverse entre el edificio en ruinas. Rápidamente, Jerome aumentó el ritmo para alcanzarlo.

—¡Daryl!

El hombre se detuvo y giró para mirar a Jerome. Tenía la ropa sucia y rota, y la cabeza rapada llena de cicatrices y costras. Era obvio que no se había afeitado ni duchado en varios días. Parecía asustado.

—¿Quién quiere saberlo?

—Un amigo.

El hombre miró a Jerome de pies a cabeza. Jerome iba vestido de forma informal; había cambiado su habitual traje de mil dólares por una camiseta y unos vaqueros azules, pero aún seguía yendo bien vestido para esa zona de la ciudad.

—¿Qué clase de amigo? —preguntó el tipo alto, retrocediendo un paso.

—Uno que puede ayudarte —dijo Jerome, sacándose del bolsillo una bolsa de celofán con algún tipo de polvo marrón en el interior. La observó con los ojos encendidos por la emoción.

—¿Qué quieres tío? —le preguntó, aún escéptico.

—Quiero saber si eres Daryl o no.

—Y si lo soy, ¿me darás esa bolsa?

—Depende de si me cuentas lo que necesito saber.

El tipo alto se acercó y Jerome vio lo débil que parecía. Resultaba obvio que Jerome podría sacarle la información a golpes en cualquier momento.

—¿Eres poli, tío?

—¿Te parezco un poli? —Jerome siempre se había preguntado por qué la gente le hacía esa pregunta; como si un «secreta» fuera a decir: «Sí, me has pillado, soy poli».

—Hoy en día, cualquiera puede ser un poli.

—Bueno, yo no lo soy. ¿Eres Daryl o no?

El tipo alto dudó unos segundos; seguía con los ojos clavados en la bolsa con el polvo marrón.

—Sí, lo soy.

¡Vaya! El poder del soborno, pensó Jerome.

—Bien, entonces podemos hablar —dijo volviendo a guardar la bolsa de celofán en el bolsillo.

La mirada de Daryl se entristeció como la de un niño que ha perdido un caramelo.

—¿De qué quieres hablar?

—De algo que sabes.

Daryl volvió a mostrar una mirada dubitativa.

—¿Y qué es lo que se supone que sé?

Jerome sintió un atisbo de hostilidad en la voz de Daryl. Hacía falta un poco más de soborno.

—¿Tienes hambre? A mí me vendría bien algo de comida y una taza de café. Hay un café veinticuatro horas justo al doblar la esquina. ¿Qué te parece si hablamos allí? Yo invito.

Daryl dudó un segundo antes de asentir.

—Ok, café y comida estaría bien.

Caminaron en silencio, Daryl siempre dos pasos por delante de Jerome. Llegaron al vacío café y se sentaron en una mesa al fondo. Jerome pidió café y tortitas y Daryl una hamburguesa doble con queso y patatas fritas. Jerome comió con tranquilidad, pero Daryl la devoró.

—¿Quieres otra? —le preguntó Jerome en cuanto Daryl hubo terminado. Daryl se bebió la última cerveza de raíz y eructó con fuerza.

—No gracias. Estoy lleno. ¿Qué es lo que querías saber?

Jerome se reclinó sobre la silla con apariencia relajada.

—Necesito información de algunas personas.

—¿Gente? ¿Qué tipo de gente?

—No muy agradable.

Daryl se rascó su densa barba y a continuación su curvada nariz.

—Todos los que conozco encajan en esa categoría —dijo con media sonrisa.

—Por lo que he oído, no conoces a esta gente, solo sabes dónde puedo encontrarlos.

Daryl levantó las cejas.

—Tienes que decirme algo más, tío.

Jerome se echó hacia adelante y puso las dos manos en la pequeña mesa. Esperó a que Daryl hiciera lo mismo.

—¿Sabes lo que es una película *snuff*? —le susurró.

Daryl se sobresaltó y estuvo a punto de tirarle el café a Jerome.

—Que te folien, hombre. Sabía que esto era una mierda. No sé nada de eso.

—Yo no he oído lo mismo.

—Bueno, pues has oído mal. ¿Quién carajo te lo ha dicho?

—Eso no importa. Lo que importa es que necesito saber lo que sabes.

—Yo no sé nada, tío —dijo, gesticulando con fuerza y evitando la mirada de Jerome.

—Mira, hay dos modos de hacer esto. —Jerome hizo una pausa y sacó la bolsa de celofán que le había enseñado antes a Daryl—. Puedes decirme lo que sabes y te daré diez como de éstas.

Daryl cambió de posición.

—¿Diez?

—Correcto.

Eso era más heroína de la que jamás había tenido. Incluso podría vender un poco y sacarse algo. Se pasó la lengua por los labios cortados.

—No estoy metido en eso, hombre.

—No he dicho que lo estuvieras. Solo necesito saber lo que sabes.

Daryl empezó a sudar. Necesitaba un chute.

—Los tipos que tratan con esa mierda... son hijos de puta muy malos, hombre. Si descubren que he dicho algo, soy hombre muerto.

—Si yo doy primero con ellos, no tendrás que volver a preocuparte por ellos.

Daryl se pasó las manos por la boca con tensión, como si se estuviera secando algo.

—Supongo que la otra manera de hacerlo es dolorosa, ¿verdad?

—Para ti... sí.

Daryl respiró hondo y exhaló el aire lentamente.

—Está bien, no sé ni nombres ni nada.

—No necesito nombres.

—Sabes, hace tiempo que la suerte no me ha acompañado. —Daryl hablaba con

voz baja y triste—. No todos los días como algo que no sean las sobras de otros. Si pudiera darme una ducha todos los días, lo haría, pero no es tan fácil cuando estás acabado. La mayoría de veces tengo que dormir a la intemperie, así que cualquier lugar me sirve, pero si puedo encontrar un sitio cubierto, mucho mejor.

Jerome escuchaba.

—Hace unos meses, iba colocado y borracho, y terminé en una vieja fábrica abandonada o algo por el estilo en Gardena.

—¿Gardena? Eso está a las afueras de la ciudad —lo interrumpió Jerome.

—Bueno, me muevo mucho, una de las ventajas de no tener hogar. —Daryl forzó una alegre sonrisa—. Al fondo del edificio principal aún se puede encontrar parte de una sala techada, así que esa noche me tiré allí. El sonido de un coche que se acercaba me despertó. No tengo ni idea de qué hora era, tarde supongo, aún estaba oscuro. En cualquier caso, debido a la curiosidad, miré por un agujero de la pared para ver lo que pasaba.

—¿Qué viste?

—A cuatro tipos sacando de una furgoneta a una mujer maniatada.

—¿Dónde la llevaron?

—A la parte de atrás, por un pequeño y sucio camino. Tenía curiosidad, así que los seguí. No sabía que en aquel edificio había una zona subterránea, pero la hay. Hay una enorme puerta de hierro oculta detrás de unas matas altas al final del camino. Esperé cinco minutos antes de seguirlos.

—¿Y?

—El sitio era asqueroso, lleno de ratas y cagadas, y olía a alcantarilla.

Viniendo de Daryl, Jerome pensó que aquello no tenía precio.

—Lo tenían todo preparado, tío. Luces, cámaras y cosas así. La habitación estaba hecha una mierda, las paredes estaban llenas de agujeros, así que era fácil verlo todo sin ser visto.

—¿Qué hacían?

—Bueno, creía que grababan una peli porno, tío. Ataron a la chica a una silla. Pataleaba y gritaba, resistiéndose que daba gusto, pero le dieron de golpes. Dos de los tipos estaban con la cámara y los otros dos con la chica. Pero no era una peli porno, tío. —La voz de Daryl se atenuó—. Cuando terminaron de golpearla y putearla, se pusieron a rajarla. La trincharon como a una calabaza para Halloween, y no eran efectos especiales. —Tenía la mirada perdida, como si aún pudiera ver las imágenes de aquella noche—. Se pusieron a reír, hombre, como si acabaran de jugar un partido de baloncesto. Era enfermizo.

—¿Qué hiciste?

—Me entró el pánico, pero sabía que si hacía algún ruido, yo sería el próximo. Así que mientras limpiaban todo aquel lío, regresé sigilosamente y me escondí en la vieja fábrica hasta que amaneció. Jamás volví allí, hombre.

—¿Pero te acuerdas de dónde está?

—Claro que si me acuerdo —dijo asintiendo lentamente.

—Venga, vamos. —Jerome sacó de la cartera un billete de veinte y lo dejó en la mesa.

—¿Vamos dónde?

—A Gardena. A la vieja fábrica.

—¡Guau!, hombre, no dijiste nada de volver allí.

—Lo digo ahora.

—No sé, hombre. Te he dicho lo que sabía, ése era el trato. ¿Me he ganado las bolsas, no?

—Si las quieres, tienes que llevarme allí.

—No es justo, hombre, ése no era el trato.

—El trato ha cambiado —dijo Jerome con seriedad.

Daryl sabía que no tenía elección. Necesitaba un chute; y mucho.

—Está bien, tío, pero si esos hijos de puta están allí, por mis muertos que me quedo en el coche.

—Solo quiero ver dónde está.

CINCUENTA Y CINCO

La oscuridad era absoluta y el despertar llegó muy lentamente. Los residuos de la droga aún perduraban en su dolorido cuerpo. Una fuerte vibración le invadió la cabeza, alcanzándole el cuello y los omoplatos, e incluso el más mínimo movimiento era una agonía. Intentó recordar lo que había ocurrido, pero seguía teniendo la mente borrosa.

La confusión reinó durante varios minutos hasta que los detalles empezaron a emerger.

Se acordó de la tienda, de la atractiva dependienta rubia, del vino y el ramo de rosas para Anna. Anna... no la había llamado para decirle que llegaría a casa antes de lo habitual. No lo estaría esperando.

Recordaba el reflejo oscuro en la ventanilla del coche, el no poder darse la vuelta con la rapidez suficiente, el agudo dolor en el cuello y luego nada.

Con los ojos entrecerrados, intentó comprender dónde estaba, pero nada tenía sentido. El aire era húmedo y estaba cargado de un olor fétido.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado inconsciente. Intentó mirar el reloj, pero no podía extender las manos.

—¡Hola! —intentó gritar. Su voz era demasiado débil—. ¡Hola! —volvió a intentarlo y sintió cómo el sonido resonaba en las paredes. Al querer incorporarse sintió que algo le sujetaba el tobillo derecho. Intentó liberarse, pero, fuera lo que fuera aquello, estaba muy tenso.

Una cadena.

Una cadena muy gruesa sujeta a un aro de hierro en un ladrillo de la pared. Intentó en vano tirar con todas sus fuerzas.

—Hola, ¿hay alguien ahí?

Silencio.

Cogió aire intentando contener el nerviosismo. Necesitaba calmarse y pensar con claridad.

¿Qué ha pasado? Alguien me ha atacado, pero ¿por qué?

No tenía el arma, pero aún tenía la cartera y la placa. De pronto, el darse cuenta de quién podría haber sido lo hizo temblar.

El asesino. El Asesino del Crucifijo.

Si estaba en lo cierto, sabía que estaba más que muerto. Nadie lo encontraría hasta que el asesino hubiese terminado con él.

Cerró los ojos y pensó en Anna.

Nunca había tenido oportunidad de decirle lo mucho que la amaba, lo mucho que la echaba de menos. Deseó haberle ofrecido una vida mejor. Una vida sin tener que quedarse despierta preguntándose si su marido regresaría a casa o no. Una vida que no exigiera jugar un papel secundario en su trabajo.

Necesitaba identificar qué lo rodeaba, entender dónde se encontraba. Cogió la cadena que le rodeaba el tobillo y la recorrió con los dedos para saber cuánto movimiento le permitía. Al levantarse por primera vez se percató de lo débiles que estaban sus piernas. Rápidamente, se apoyó en la pared que había cerca de él. Con miles de punzadas, las piernas le dolían. Se quedó de pie un rato esperando a que la sangre volviera a circular con normalidad.

Con las manos en la pared, empezó a moverse hacia la izquierda. La pared de ladrillos estaba húmeda pero era sólida. Consiguió moverse solo un metro y medio antes de llegar a otra pared. Siguió moviéndose hacia la izquierda, pero antes de llegar al final, la cadena que tenía en el pie lo detuvo. Estiró la mano y tocó la tercera pared. García se volvió y caminó en dirección opuesta. Tocó lo que parecía una gran puerta de madera. La golpeó con los puños pero no produjo más que ruidos secos amortiguados. Dondequiera que estuviera, estaba claro que era una prisión sólida.

Regresaba al punto de partida cuando le dio una patada a algo. Instintivamente, retrocedió, pero no ocurrió nada. Se agachó y palpó el objeto con cuidado. Lo tocó con los dedos; una botella de plástico llena.

Le quitó el tapón y se acercó la botella a la nariz. No olía a nada. Metió el dedo índice derecho. El líquido parecía agua, y eso le recordó lo sediento que estaba. Con cautela, se llevó el dedo a la boca y lo tocó con la punta de la lengua; insípido, como el agua.

Puede que el asesino no lo quisiese muerto, al menos aún no. No era nada insólito que los asesinos mantuvieran a sus víctimas con vida durante un periodo de tiempo antes de matarlas. Si García quería tener alguna oportunidad contra el asesino, necesitaría todas las fuerzas que pudiera reunir. Metió el dedo en la botella una vez más y volvió a metérselo en la boca. No tenía dudas; era agua. Lentamente, se llevó la botella a los labios y bebió. Mantuvo el líquido en la boca y le dio vueltas sin tragarlo durante unos segundos, por si tenía algún sabor inusual. No lo había. Finalmente, se tragó el líquido y le supo a gloria.

Esperó unos dos minutos por si aparecía alguna reacción en el estómago, pero no sintió nada. Al instante, le dio tres o cuatro tragos. El agua no estaba fría pero lo llenó de vida.

Volvió a ponerle el tapón y se sentó frente a la puerta de madera con la botella de agua entre las piernas. Aquella puerta era la única forma de entrar o salir de la habitación y esperaba que se abriera más temprano que tarde. Necesitaba un plan, pero no tenía tiempo para tramar uno.

Quince minutos más tarde empezó a sentirse somnoliento. Se dio varias bofetadas con ambas manos en la cara con fuerza, intentando mantenerse despierto, pero no sirvió de nada. Desfallecido, cogió la botella de agua y la tiró contra la puerta de madera. Sabía lo que había hecho. Él mismo se había drogado.

CINCUENTA Y SEIS

Hunter se despertó a las cinco en punto tras otra noche problemática. Consiguió quedarse dormido en intervalos desiguales y nunca durante más de veinte minutos seguidos. El Escocés doble le sirvió de ayuda pero no lo bastante. Se sentó en la cocina para curarse el mañanero dolor de cabeza con un vaso de zumo de naranja y un par de analgésicos fuertes.

Esperaba empezar temprano, pero no a la 5 A.M. Quería conseguir al menos una lista más de pacientes antes de reunirse con Carlos en el Departamento de Robos y Homicidios. La búsqueda y constatación de fotografías de la noche anterior no dio ningún resultado, pero aún quedaban varios hospitales y clínicas de fisioterapia a las que ir, y Hunter quería ser positivo.

Supuso que tendría que caminar bastante, y eso le ofrecía la oportunidad perfecta para ponerse sus zapatos nuevos. Se dio cuenta de que le apretaban un poco por los lados mientras caminaba dándole vueltas al salón, pero sabía que uno o dos días caminando por Los Ángeles sería la solución.

La visita al siguiente hospital de la lista fue tan lenta como las del día anterior. Otra habitación pequeña y limitada, otro sistema de clasificación para cuya comprensión parecía ser necesario un criptógrafo. *¿Por qué hay ordenadores en los hospitales si nadie sabe utilizarlos?*, maldijo en voz baja tras conseguir por fin la lista de pacientes que necesitaba justo a tiempo para volver al Departamento de Robos y Homicidios.

Hunter no prestó atención al hecho de que Carlos no estaba en su despacho cuando llegó a las diez y cuarto. Supuso que su compañero estaría en la planta de abajo revisando el informe diario con el capitán Bolter.

Dejó el sobre con la nueva lista de pacientes en la mesa y miró durante un minuto el tablero de corcho lleno de fotografías. Lo que necesitaba era una taza de café brasileño antes de bajar. Se fijó en que Carlos aún no lo había preparado. *¡Qué extraño!*, pensó, pues era lo primero que su compañero hacía en cuanto entraba por la puerta.

Hunter preparó el café.

—¿Son zapatos nuevos? —dijo el detective Lucas en cuanto Hunter apareció en la planta de los detectives.

Hunter no le hizo caso al sarcasmo de Lucas.

La mayoría de los otros detectives levantaron los ojos de la pantalla de sus ordenadores para mirar.

—Son nuevos, ¿verdad, derrochador? —insistió Lucas.

—¿Me compro un par de zapatos cada diez años y me calientas la oreja? —le respondió Hunter con desdén.

Antes de que Lucas pudiera responder, el teléfono de Hunter sonó.

—Sí, detective Hunter al teléfono.

—Hola Robert, tengo una sorpresa para ti. ¿Has sabido algo de tu compañero últimamente?

CINCUENTA Y SIETE

5 9, 58, 57... los ojos de Hunter estaban clavados en el contador digital que había justo encima de la cabeza de García. El corazón le golpeaba el pecho como si fuera una almádena. A pesar de que la habitación parecía una sauna por el calor, Hunter tenía frío. Un frío gélido en el interior que lo hacía temblar.

Elige un color... el que sea, pensó. Negro, blanco, azul o rojo. Los colores centelleaban frente a sus ojos como una película psicodélica. Miró a García clavado en la cruz. La sangre de la corona de alambre de espino que tenía clavada en la cabeza le caía por la cara.

Es un juego sencillo, como había explicado la voz metálica de la grabadora. Elige el color correcto y la puerta de la caja de plexiglás a prueba de balas se abrirá. Hunter podría tomar a García y salir a toda velocidad de allí. Si elegía el color equivocado, una corriente ininterrumpida de alto voltaje se enviaría de forma directa a la corona que había en la cabeza de García. Si aquello no era lo bastante sádico, los explosivos que había detrás de la caja se detonarían, haciendo volar la habitación entera por los aires si el monitor del ritmo cardíaco de García no mostraba una onda.

García parecía que había vuelto a perder el conocimiento.

—Novato, no me dejes —gritó Hunter golpeando la puerta de la caja con el puño. No hubo ningún movimiento, ninguna respuesta.

—Carlos... —El fuerte grito resonó en toda la habitación del sótano.

Esta vez un leve movimiento de cabeza.

Hunter comprobó el monitor cardíaco una vez más. La onda aún oscilaba.

43,42, 41...

—Vamos, novato, no me dejes —rogó antes de mirar por toda la habitación en busca de algún indicio, algo que le indicara el botón específico. No encontró nada.

Menos de dos meses. No hace ni dos meses que García se ha unido al Departamento de Robos y Homicidios. ¿Por qué tuvieron que asignarme como su compañero?

Maldijo Hunter. Éste no tendría que haber sido su primer caso.

El cuerpo de García sufría convulsiones leves, obligando a Hunter a retraer sus pensamientos de nuevo a la habitación del sótano.

32, 31, 30...

¿Cuánta sangre habrá perdido? Aunque lo saque de aquí puede que no lo supere. Esperaba que García fuera más fuerte de lo que aparentaba.

Solo le quedaban unos segundos de vida. El cerebro de Hunter trabajaba tan rápido como podía, pero sabía que necesitaría un milagro para adivinar el botón. Acertar era lo único que le quedaba. Se sentía mentalmente exhausto. Estaba harto de los juegos. Juegos que sabía que nunca podría ganar porque el asesino le llevaba demasiada ventaja. Incluso ahora, no tenía ninguna garantía de que el Asesino del

Crucifijo le estuviera diciendo la verdad. Puede que ninguno de los botones abriera la puerta de la caja. Puede que se dirigiera a una muerte segura.

Hunter se volvió y miró la puerta del sótano. Aún podía salir de allí con vida.

—Si me quedo aquí estoy más que muerto —susurró.

Durante una milésima de segundo se olvidó de todo y consideró el salir corriendo y salvar su vida. El solo pensarlo le revolvió el estómago y lo avergonzó.

—¿En qué mierda estoy pensando? Aún no estamos muertos.

—¡Mierda! —Se cogió la nariz y cerró los ojos con todas sus fuerzas—. ¡Eso es todo, elige un puto botón, Robert! —se dijo así mismo—. ¿Un código de colores, por qué un código de colores? El asesino podría haber utilizado números, ¿por qué colores?

Sabía que se quedaba sin tiempo.

—Está jugando otra vez, maldición, como con la carrera de perros... —De repente, el miedo lo hizo detenerse—. La carrera de perros... el ganador, ¿qué color llevaba? —intentó pensar. Sabía que el perro ganador fue el dos, ¿pero de qué color llevaba el peto?

—¡Mierda! ¿Qué color llevaba el ganador? —gritó en voz alta.

Levantó la mirada de los botones y miró a García, que había vuelto a recobrar la consciencia.

—Lo siento —dijo Hunter con tristeza en los ojos. Estaba a punto de pulsar uno de los botones cuando vio que García movía los labios. No emitieron ningún sonido pero pudo leerlos con facilidad.

—Azul...

Hunter no tenía tiempo para dudar. Pulsó el botón azul.

El contador digital se paralizó. La caja de plexiglás emitió un zumbido y se abrió. El rostro de García se transformó en una gran sonrisa.

—¡Qué me parta un rayo! —Se metió en la caja y le levantó la barbilla del sangriento pecho—. Aguanta, colega.

Hunter evaluó rápidamente el interior de la caja. Las manos de García estaban clavadas a la cruz de madera. No había forma de poder liberarlo. Tenía que llamar y pedir ayuda.

—Vamos mierda, dame cobertura —le gritó al teléfono móvil. No le gustaba la idea de tener que subir hasta el nivel del suelo.

—Aguanta, novato, voy a pedir ayuda. Vuelvo enseguida. —García había vuelto a perder el conocimiento. Hunter salió de la caja y empezó a caminar hacia las escaleras, pero un sonido hizo que se detuviera y se diera la vuelta. Sus ojos se llenaron de terror.

—¡Tiene que ser una puta broma!

CINCUENTA Y OCHO

Fl contador digital volvió a activarse.
59, 58, 57...

—He pulsado el botón correcto... ése era el trato de los cojones —gritó Hunter con todas sus ganas. Volvió corriendo a la caja y examinó la cruz. No había manera de liberar a García. Las púas que lo perforaban las manos estaban totalmente clavadas en la madera. Hunter se dio cuenta de que la base de la cruz estaba introducida en la ranura de otra base de madera separada.

42,41, 40...

Su única esperanza era sacar la cruz de la base y arrastrarla fuera de la habitación a tiempo.

33, 32, 31...

No le quedaba tiempo para pensar. Sin perder tiempo, pasó la mano por debajo del hombro derecho de García y sobre el brazo izquierdo de la cruz. Dada su experiencia levantando pesas, sabía que tenía que utilizar las piernas y no los brazos ni la espalda para levantarla. Estabilizó los pies, dobló las rodillas y con un rápido impulso, utilizó toda la fuerza para empujar la cruz de madera con el hombro. Le sorprendió la facilidad con la que separó.

La puerta de la caja estaba abierta pero Hunter no podría sacar la cruz sin tener que inclinarla. Contorsionó el cuerpo, girando la cintura hacia la izquierda todo lo que pudo.

García emitió un apagado gruñido de dolor, pero la acrobacia de Hunter resultó. Habían salido de la caja. Ahora tenía que llegar hasta la puerta.

20,19,18...

Los pies le estaban torturando y el peso empezaba a repercutirle en la espalda.

—Unos cuantos pasos más —susurró, pero, de repente, la rodilla izquierda se quedó sin fuerzas por el peso y cayó contra el suelo de cemento. Un dolor punzante le atravesó la pierna. Se sintió mareado durante un par de segundos; unos segundos preciosos. De algún modo, consiguió echarse la cruz a la espalda.

No sabía cuánto tiempo le quedaba. Le asustaba girarse y mirar al contador, pero sabía que tenía que volver a ponerse de pie. Apoyó el pie derecho en el suelo y, dando un grito, se levantó con un impulsó.

9, 8,7...

Por fin consiguió llegar a la puerta. Necesitó volver a contorsionarse, pero en esta ocasión no podía confiar en que su rodilla izquierda soportara el peso. Utilizando la pierna derecha como punto de equilibrio, repitió el mismo movimiento de hacía unos segundos. Gritó de dolor, rezando para poder aguantar unos segundos más. Sintió un sabor mórbido en la boca conforme el cuerpo empezaba a debilitarse y a resistir el insoportable dolor. Sentía cómo perdía fuerza en las manos; no podía sujetar la cruz.

Un paso más.

Utilizó su última gota de energía para impulsarse y cruzar la puerta con la cruz.

No hubo más tiempo.

Cerró la pesada puerta de metal con la esperanza de que fuera lo bastante fuerte para contener la explosión. Hunter soltó la cruz y se tiró encima de su compañero haciendo de escudo humano. Cerró los ojos y esperó la explosión.

CINCUENTA Y NUEVE

La ambulancia se detuvo chillando ruedas frente a la entrada de emergencias. Tres enfermeras que aguardaban para atender a los pacientes observaron horrorizadas salir la primera camilla. Un hombre medio desnudo con una corona de espinas en la cabeza estaba clavado en una cruz del tamaño de una persona. La sangre le salía a borbotones de las heridas abiertas.

—¡Dios santo...! —dijo la primera de las enfermeras ahogando un grito y acercándose al paciente.

El segundo hombre estaba cubierto por un polvo grisáceo, como si le hubiesen sacado de un edificio derrumbado.

—A mí déjeme, yo estoy bien. Encárguese de él. —Eran gritos del segundo paciente. Hunter intentaba reincorporarse, pero los paramédicos de la ambulancia lo contenían—. ¡Quítenme las manos de encima! —les exigía.

—Señor, ya nos estamos ocupando de su amigo. Por favor, cálmese y deje que los doctores lo examinen. Todo irá bien.

Hunter observó en silencio cómo las tres enfermeras cruzaban la puerta y llevaban a García hacia el final del concurrido pasillo.

* * *

Al abrir los ojos hizo un esfuerzo por recordar lo que había pasado. Durante unos segundos todo estaba borroso, luego, se fijó en las paredes blancas. Estaba mareado y tenía una sed insaciable.

—Bueno, se ha despertado. —La voz de la mujer era dulce y tierna.

No sin trabajo, giró la cabeza en su dirección. Una enfermera de pelo corto y oscuro lo miraba.

—¿Cómo se siente?

—Sediento.

—Tome... —Le sirvió un poco de agua en un vaso de plástico de una jarra de aluminio que había al lado de la cama. Hunter bebió con avaricia, pero el agua le quemaba la garganta. Una expresión de dolor le inundó la cara.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó la enfermera preocupada.

—La garganta me arde —susurró con voz débil.

—Es normal. Tenga, déjeme que le tome la temperatura —le dijo dándole un fino termómetro de cristal.

—No tengo fiebre —dijo Hunter, quejándose y sacándose el termómetro de la boca. Finalmente, recordó dónde estaba y lo ocurrido. Intentó reincorporarse en la cama, pero la habitación empezó a darle vueltas por encima de la cabeza.

—¡Guau!

—Cálmese, señor —le dijo poniéndole la mano en el pecho—. Necesita descansar.

—Lo que necesito es largarme de aquí.

—Quizá más tarde. Primero, déjeme que me ocupe de usted.

—No, escúcheme. Mi amigo... ¿dónde está?

—¿Qué amigo?

—El que vino clavado a una puta cruz. No creo que no lo haya visto. Se parecía a Jesucristo. ¿Sabe quién es? Se supone que murió por nuestros pecados. —Hunter intentó reincorporarse una vez más. La cabeza le iba a estallar.

La puerta se abrió y el capitán Bolter asomó la cabeza.

—¿Se está poniendo pesado?

La enfermera le ofreció al capitán una sonrisa blanca como el marfil.

—¿Capitán, dónde está Carlos? ¿Cómo está?

—¿Puede dejarnos un momento? —le preguntó el capitán a la enfermera según entraba en la habitación.

Hunter esperó hasta que se hubo marchado.

—¿Ha sobrevivido? Tengo que verlo —dijo, pero se derrumbó en la cama al intentar levantarse.

—No vas a ir a ninguna parte —le dijo el capitán con firmeza.

—Dígamelo, capitán, ¿está vivo?

—Sí.

—¿Cómo está? —le preguntó Hunter.

—Carlos ha perdido mucha sangre, lo que los médicos llaman una hemorragia de nivel cuatro. Como consecuencia, el corazón, el hígado y los riñones están considerablemente debilitados. Le han hecho una transfusión de sangre, pero, aparte de eso, no se puede hacer mucho más. Solo cabe esperar que sea fuerte.

—¿Que sea fuerte? —En la voz de Hunter se oyó un ligero temblor.

—Está estable, pero sigue inconsciente. Aún no lo consideran un estado de coma. Sus constantes vitales están débiles... muy débiles. Está en la UCI.

Hunter enterró la cabeza entre las manos.

—Carlos es un hombre fuerte, saldrá de ésta —le dijo el capitán para tranquilizarlo.

—Tengo que verle.

—Por el momento no irás a ningún sitio. ¿Qué carajo ha pasado, Robert? Casi pierdo dos detectives a la vez y ni siquiera sé qué mierda está pasando.

—¿Qué mierda cree, capitán? El asesino fue por Carlos —se apresuró a responder Hunter con rabia.

—¿Pero por qué? ¿Me estás diciendo que el asesino ha decidido así como así subir el nivel del juego y convertirse en un asesino de policías? Él no es así.

—¿Cómo es, entonces? Dígamelo, por favor, capitán, ¿cómo es?

El capitán Bolter eludió la mirada de Hunter.

—Llevo detrás de él casi tres años y lo único que sé es que tortura y asesina. ¿A quiénes asesina?, eso parece no importarle una mierda. Para él es un juego y Carlos era otra pieza más —dijo Hunter, intentando elevar la voz.

—Ponme al corriente de lo que ha pasado —le ordenó el capitán con voz sosegada.

Hunter le contó los detalles, desde que recibió la llamada hasta que cerró los ojos esperando la explosión.

—¿Por qué no me llamaste? ¿Por qué no llamaste pidiendo refuerzos?

—Porque el asesino me dijo que no los pidiera. No iba a jugar con la vida de Carlos.

—No tiene sentido. Si lo derrotaste en su propio juego, ¿por qué volver a activar el detonador?

Hunter negó con la cabeza mirando al suelo.

—Los quería muertos a los dos. Sin importar cómo —concluyó el capitán Bolter.

—No lo creo.

—Si no quería matarte, ¿por qué reinició la bomba?

—Pruebas.

—¿Qué?

—La habitación estaba llena de pruebas, capitán. La grabadora, la caja, los explosivos, el mecanismo de seguridad, la silla de ruedas. Si hubiéramos llegado a poner las manos encima de todo aquello, hubiésemos encontrado alguna pista. Lo hace volar todo por los aires y así no tenemos nada.

El capitán puso cara de no estar muy convencido.

—La cruz se separó de la base como si hubiese estado engrasada —prosiguió Hunter—. Fue muy fácil. La cantidad de explosivos que el asesino utilizó fue exactamente la necesaria para destruir la lavandería. El asesino podría haber preparado explosivos más potentes que hubieran arrasado el sótano entero sin darnos opción alguna a escapar. El primer objetivo de la explosión no era matarnos.

—¿Entonces, el asesino sabe de explosivos?

—Al menos un poco —dijo Hunter asintiendo.

—¿A qué te refieres con «al menos un poco»?

—No creo que la bomba fuera nada del otro mundo. Seguramente, no era tecnología punta o del estilo utilizado por los terroristas. Es cierto que el asesino necesitaría algunos conocimientos sobre explosivos para unirlos y construir el mecanismo de detonación, pero no necesita ser un experto.

—¿Y dónde carajo consiguió los explosivos?

—Estamos en los Estados Unidos, capitán —respondió Hunter con una sonrisa sarcástica—. La tierra en la que cualquier cosa se puede comprar con dinero. Con los contactos adecuados y dinero en metálico, puedes conseguir un arma antiaérea, por no hablar de una pequeña cantidad de explosivos para hacer volar la habitación de un

sótano. Si el asesino tiene suficientes conocimientos, él mismo lo podría haber fabricado utilizando un juego de química.

El capitán negó con la cabeza en silencio durante unos segundos.

—Vamos a tener que ser claros con este caso, lo sabes, ¿no? Tenemos a la prensa encima. Explosivos, un detective crucificado vivo. Ahí fuera hay un puto circo y nosotros somos los payasos.

Hunter no tenía nada que decir. La habitación ya casi había dejado de darle vueltas e intentó ponerse de pie nuevamente. En cuanto sus pies tocaron el suelo, Hunter soltó un gruñido de angustia. Sus zapatos nuevos habían hecho un buen trabajo destrozándole los pies.

—¿Dónde diablos crees que vas? —le preguntó el capitán.

—Tengo que ver a Carlos. ¿Dónde está?

El capitán se toqueteó el bigote y observó a Hunter con mirada aguda.

—Ya te lo he dicho, está en la UCI. Ven, te llevaré.

Al pasar delante de un pequeño espejo que había a la izquierda de la habitación, Hunter se detuvo y miró su perfil con ojo crítico. Parecía un muerto. Miles de pequeños cortes cubrían su pálido y cansado rostro. Tenía los ojos inyectados en sangre y el labio inferior hinchado y desfigurado. Una gota de sangre seca le decoraba la comisura derecha de la boca. Había envejecido diez años en una tarde.

—Usted debe ser Anna —dijo Hunter al entrar en la habitación con forma de L de la UCI.

Junto a la cama de García estaba sentada una mujer de pelo corto y oscuro. Era de complexión fuerte y ojos color avellana hinchados de haber estado llorando.

—¿Y usted debe ser Robert? —Tenía la voz débil y destrozada.

Hunter intentó sonreírle, pero las mejillas lo desenmascararon.

—Lamento que nos conozcamos de esta forma. —Tembloroso, le ofreció la mano.

Anna se la estrechó con la más sutil de las delicadezas. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. En silencio, los tres se quedaron mirando a García. Yacía tendido bajo una fina colcha. De boca, brazos y nariz, le salían tubos que pasaban por la cama y se conectaban a dos máquinas distintas. Tenía las manos y la cabeza vendadas, y la cara llena de moretones y cortes. Un monitor cardiovascular emitía un pitido estable en el rincón de la habitación. Al verlo, a Hunter le dieron escalofríos.

García parecía reposado pero débil. Hunter se acercó y le puso la mano en el hombro con suavidad.

—Vamos, novato, puedes con esto, es fácil —le susurró con ternura—. Lo difícil ya ha pasado. Salimos de allí, novato. Le ganamos. Le ganamos en su propio juego... tú y yo.

Hunter mantuvo la mano sobre el brazo de García un buen rato antes de girar y mirar a Anna.

—Es muy fuerte, saldrá de ésta. Seguramente, solo está descansando.

Anna no respondió. Las lágrimas le caían por la cara. Hunter volvió a mirar a García y se agachó poniéndose a su altura. Parecía buscar algo.

—¿Va todo bien? —preguntó el capitán.

Hunter hizo un movimiento de negación con la cabeza y presionó la almohada a la altura del cuello de García con cuidado de no molestarlo. Muy delicadamente, pasó la mano por el cuello de su compañero.

—Venga, tiene que descansar, igual que tú —dijo el capitán, yendo hacia la puerta. Hunter quería decirle algo a Anna, pero las palabras simplemente no salían. Se limitó a seguir al capitán y ninguno dijo una palabra hasta que volvieron a la habitación de Hunter.

—No tenía marca —habló primero Hunter.

—¿Qué?

—En la nuca de García... no había marca. El asesino no lo marcó.

—¿Y qué significa eso?

—Significa que no tenía que morir.

—¿No tenía que morir? Pero podías haber elegido el botón equivocado.

Hunter no tenía una respuesta. Intentó pensar, pero el dolor de cabeza se lo impedía. Se sentó en la cama cuando la habitación empezó a darle vueltas de nuevo.

—Vas a tener que hacerle un resumen del caso a Matt y a Doyle —dijo el capitán, rompiendo el silencio.

—¿Qué? ¿De qué está hablando?

—Tengo que apartarte de la investigación, Robert, conoces el protocolo. Matt y Doyle se encargarán. Quiero que les cuentes todo lo que sepas, todo lo que tengas.

—¡Qué le den por el culo al protocolo, capitán! Eso es una estupidez...

—No puedo dejarte seguir con el caso. Por alguna extraña razón, el asesino tiene algo contigo. Llamadas de teléfono. Llamarte por tu nombre de pila. Juegos asesinos. ¿Qué va a ser lo próximo? ¿Se tomarán una copa juntos? Es como si te conociera bien.

—Exactamente, y si me aparta del caso puede hacer que se enfurezca más. Solo Dios sabe que hará después.

—Solo Dios sabe lo que está haciendo ahora, Robert. No tenemos nada y lo sabes. Tres años de investigación y no tenemos ni una puta mierda. Puede que dos mentes frescas sean lo que la investigación necesita.

—Lo que la investigación necesita es que yo siga donde la dejé. Nos estamos acercando, capitán. Carlos y yo estamos detrás de una pista que seguro nos llevará hasta él.

—Bien, así podrás poner a Matt y a Doyle al tanto de esa pista vuestra.

—Es nuestra investigación, de Carlos y mía.

—¿Has sufrido una conmoción cerebral? ¿La explosión te ha afectado al cerebro? Deja que te ponga rápidamente al tanto de la realidad —se apresuró a contestar con agresividad—. Carlos está en cuidados intensivos medio en coma. Lo crucificaron

vivo, Robert. Tenía una corona de espinas tan clavada en la cabeza que las espinas le tocaban el cráneo, y dos clavos de 18 centímetros atravesándole las palmas de las manos. Tendrá que pasar tiempo antes de que pueda coger un bolígrafo, por no hablar de un arma. Eres psicólogo, así que podrás imaginarte el tipo de traumas por los que tendrá que pasar para poder volver al trabajo, si es que vuelve al trabajo. Era su primer caso.

—¿Cree que no lo sé, capitán?

—Por el momento no tienes compañero. No tengo a nadie más a quien asignarte, y aunque lo tuviera... no lo haría, no ahora.

Hunter señaló con el dedo al capitán.

—Hace unos días, dijo que no cometería el mismo error que cometió con el caso de John Spencer. Dijo que debió haberme escuchado cuando le dije a todo el mundo que él no había matado a su mujer. Dijo que debería haberme dejado seguir con la investigación...

—Éste no es el caso de John Spencer, Robert —lo interrumpió el capitán—. No tenemos a un hombre inocente bajo custodia. Y el problema es que no tenemos a nadie bajo custodia. Todo lo que tenemos son cuerpos. Y siguen amontonándose de la mierda.

—Está cometiendo otro error, capitán. No me aparte del caso.

El capitán Bolter cogió aire. Su mirada buscaba refugio en el suelo.

—¿Qué diablos está pasando, capitán?

—Mira Robert. Sabes que confío en tu instinto. Y ojalá hubiera confiado en él en el pasado. De hecho, tienes una especie de sexto sentido, pero no está en mis manos.

—¿Qué quiere decir?

—Tengo a todo el mundo machacándome el culo, desde el Alcalde al Jefe de Policía. Quieren respuestas y no tengo ninguna. Son ellos quienes controlan el juego, yo ya no pinto mucho. Se me ha ido de las manos. Están hablando de meter en esto al FBI. Tendré suerte si consigo mantener el trabajo.

Hunter se pasó las dos manos por la cara.

—Sacarme del caso es un error.

—Bueno, no será el primer error que cometemos en esta investigación, ¿no?

La puerta se abrió y una enfermera de pelo corto y negro entró en la habitación.

—Caballero, esto es un hospital, no un partido de los Lakers. Quizá tendría que volver a sedarlo. —Se volvió hacia Hunter.

—No lo creo —dijo Hunter, levantándose de un salto—. ¿Dónde diablos está mi ropa?

—Debe quedarse en observación al menos veinticuatro horas —dijo la enfermera, acercándose.

—Bueno, eso no va a ocurrir, cariño, así que échese atrás y enséñeme dónde está mi ropa.

La enfermera miró al capitán Bolter esperando una ayuda que no llegó.

Dubitativa, señaló el pequeño armario que había a la derecha de la puerta.

—Está ahí dentro.

—La tendremos vigilada —dijo el capitán haciendo un gesto hacia la puerta. Esperó a que la irritada enfermera se hubiera marchado.

—Tómate unos días libres, Robert.

—¿Qué?

—Necesitas un descanso. Quiero que te tomes unos días libres antes de informar a Matt y a Doyle.

—¿Me está suspendiendo?

—No, solo te estoy diciendo que te tomes unos días libres.

—Me necesita en la investigación, capitán.

—Necesito que pongas al corriente del caso a los dos nuevos detectives y que te tomes vacaciones. No es una petición, Robert. Descansa, recupérate y olvídate del caso. Has hecho todo lo que has podido. Cuando regreses, podremos hablar de lo que harás. —El capitán Bolter se detuvo junto a la puerta—. Si fuera tú, haría caso a la enfermera. Puede que sea buena idea que pases aquí la noche.

—¿Es otra orden? —dijo Hunter, saludando con sarcasmo al capitán a lo militar.

—No, es solo una sugerencia, pero estoy preocupado.

—¿Por qué?

—Por ti. El asesino fue por Carlos, tú podrías ser el próximo.

—Si el asesino me quisiese muerto, ya lo estaría.

—Puede que no te quiera muerto ahora, lo que podría ser la razón de los explosivos. Puede que el asesino se haya cansado de los juegos y ahora te quiera a ti.

—Entonces, que venga por mí —dijo Hunter desafiante.

—Oh, sí. Eres el hombre que no le teme a la muerte, un tipo muy duro.

Los ojos de Hunter evitaron los del capitán.

—No eres un superhéroe, Robert. ¿Qué harías si el asesino decidiera venir por ti esta noche? Sacar algo de tu supercinturón.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Para terminar el trabajo que empezó.

Hunter no respondió. Se miró sus pies descalzos y llenos de ampollas.

—Mira, Robert, sé que vales. Dios sabe que apostaría dinero por ti en un combate cuerpo a cuerpo contra cualquiera, pero ahora mismo no estás al cien por cien... ni física ni mentalmente. Si el asesino viene por ti en los próximos días, te llevará mucha ventaja.

Hunter tuvo que admitir que el capitán tenía razón. Un escalofrío lo invadió.

—Piensa, Robert, no seas tonto, no eres un superhombre. Pasa aquí la noche, donde alguien te pueda vigilar.

—No necesito una niñera, capitán —dijo caminando hacia la ventana.

El capitán vio lo inútil que era intentar razonar con Robert Hunter. Ya lo había intentado muchas veces antes.

Hunter se quedó mirando el abarrotado aparcamiento del hospital.

—El coche, ¿qué le ha pasado a mi coche?

—Lo han remolcado hasta el Departamento de Robos y Homicidios. Si quieres, puedo llevarte mañana —intentó por última vez.

Hunter se volvió y miró al capitán.

—No me voy a quedar esta noche aquí, capitán. Lo recogeré de camino casa —dijo con voz firme.

—Como quieras. Estoy harto de discutir contigo. Tómate mañana y pasado libres, luego necesito que pongas al día a Matt y a Doyle. —Cerró la puerta de un portazo al salir de la habitación.

SESENTA

Hunter salió del taxi y se quedó mirando el edificio del Departamento de Robos y Homicidios. Le dolía todo el cuerpo. Necesitaba un descanso, pero sabía que de ninguna de las maneras hubiese pasado la noche en el hospital.

Un sentimiento de culpabilidad empezaba a atormentarlo. Debería haberse quedado con García, debería haberse quedado con su compañero, ¿pero de qué habría servido? *Su esposa estaba con él; estaba en buenas manos.* Lo primero que haría por la mañana sería volver al hospital.

Los mareos se habían atenuado pero aún no lo suficiente para conducir hasta casa. Puede que lo que necesitara fuera una taza de café fuerte.

Cerró la puerta lentamente y se quedó mirando la habitación vacía. Su mirada recayó en el tablero lleno de fotografías. Nueve víctimas lo miraban. Nueve víctimas a las que no pudo ayudar y a las que había estado a un botón de sumar dos más.

Los recuerdos del viejo sótano volvieron y, de pronto, sintió que la habitación estaba helada. Darse cuenta de lo cerca que García y él habían estado de la muerte le dio escalofríos. Se le hizo un nudo en la garganta.

Preparó lentamente una cafetera como García le había enseñado, desencadenando un aluvión de recuerdos.

¿Por qué Carlos? ¿Por qué ir por un policía? ¿Por qué ir por su compañero y no por él? Y sin la marca del crucifijo doble en la nuca. ¿Por qué? Puede que García no tuviera que morir o puede que no hiciera falta marcar a la víctima si la explosión iba a desintegrar la habitación de todas formas. Hunter estaba seguro de que el asesino tenía una agenda preparada desde el principio y puede que el capitán tuviera razón: el asesino había conseguido lo que fuera que se hubiese propuesto hacer y Hunter era la última pieza del *puzzle*.

Se sirvió un café largo y se sentó en la mesa del despacho por última vez. La última lista de pacientes que había adquirido en el hospital aquella mañana aún estaba encima de la mesa. Cualquiera otro día habría encendido el ordenador y hubiese empezado a buscar coincidencias en la base de datos de la policía, pero ése no era un día cualquiera, lo habían derrotado. El asesino había ganado. Ya daba igual lo que pasara, aunque los dos nuevos detectives consiguieran atrapar al asesino, Robert Hunter había perdido. El asesino había sido demasiado bueno para él.

Se tocó el labio inferior y sintió cómo le palpitaba en la punta de los dedos. Se reclinó y apoyó la cabeza en el respaldo de la silla con los ojos cerrados. Necesitaba descansar pero no estaba seguro de poder dormir. *A lo mejor ésta es la noche para ponerse como una cuba*, pensó. Sin lugar a dudas, eso le ayudaría.

Se masajeó las sienes preguntándose qué sería lo próximo. Necesitaba aire fresco, necesitaba salir de la oficina. Tal vez volver al Departamento de Robos y Homicidios no había sido tan buena idea después de todo; no aquella noche.

La melodía del móvil interrumpió sus pensamientos.

—Detective Hunter al habla —dijo con poco entusiasmo.

—Hunter, soy Steven.

Hunter se había olvidado del policía que seguía a Rey-T. Steven era uno de los tres hombres del equipo que tenía a Rey-T bajo vigilancia las veinticuatro horas.

—¡Oh, Dios, Steven! —dijo Hunter cerrando los ojos—. He olvidado llamar para suspender el equipo. Puedes dejar la vigilancia. Era una pista falsa.

—Gracias por decírmelo ahora —contestó Steven un poco irritado.

—Lo siento, hombre, pero ha sido un día ajetreado, no he tenido tiempo para hacer mucho.

—¿Entonces, no quieres oír lo que ha pasado esta noche?

—¿Qué ha pasado esta noche? —preguntó Hunter con interés renovado.

—No estoy seguro, pero lo que quiera que sea, es algo gordo.

SESENTA Y UNO

Hunter siguió las indicaciones de Steven y se reunió con él en las afueras de la fábrica abandonada en Gardena.

—¡Jesús! ¿Qué diablos te ha pasado? —le preguntó Steven en cuanto vio la cara magullada de Hunter.

—Es una larga historia. ¿Qué tenemos aquí?

Steven le dio a Hunter unos prismáticos.

—Allí, en la parte trasera del edificio.

Hunter miró en la dirección que Steven le había indicado.

—Está demasiado oscuro. ¿Qué carajo se supone que estoy mirando?

—Cerca de la pared norte. Justo allí —dijo Steven señalando hacia el edificio principal nuevamente.

—Espera... ¿es una furgoneta? —preguntó Hunter un poco más excitado.

—Es la furgoneta de Rey-T. Cuatro de sus hombres y él aparcaron allí hace una hora y media y entraron por la puerta subterránea que hay en la parte trasera del edificio. Llevaban un pequeño arsenal con ellos.

El interés de Hunter crecía.

—¿De dónde viene todo esto?

—No lo sé, pero hemos dividido el equipo de vigilancia en dos. Un equipo estaba vigilando a Rey-T y el otro siguió a su mano derecha hasta aquí, el musculitos gigante.

—¿Sí, y?

—Bueno, en los últimos días ha pasado algo. Han estado buscando algo o a alguien como locos. Lo que sea que han estado buscando creo que es esto.

Hunter volvió a echar otro vistazo a la parte trasera del edificio principal. Rey-T no sabe que la primera víctima no es Jenny, pensó. Ha perseguido al asesino y puede que haya encontrado algún tipo de pista.

—¿Dónde está el resto del equipo de vigilancia?

—Lo he disuelto. Me dijiste que ya no hacía falta vigilar a tu amiguito el traficante. Te estoy enseñando esto porque pensé que te podría interesar. He venido solo.

—Antes de irte, ¿dónde han ido exactamente?

—¿Ves ese pequeño camino en la parte trasera del edificio? —Señaló hacia la fábrica una vez más—. Síguelo. Han ido por ahí, pero estás loco si piensas ir solo. ¿Dónde está tu nuevo compañero?

Hunter dudó durante unos segundos.

—Ya viene —dijo con un tono no muy convincente.

—¿Quieres que pida refuerzos?

—No. Estaré bien. —Hunter sabía que al capitán Bolter le daría un ataque si

llamaba pidiendo refuerzos después de la conversación de antes.

—Como quieras.

Hunter observó a Steven meterse en el coche camuflado de policía e irse.

—¿Qué mierda estoy haciendo?, dijo en voz alta mientras revisaba el arma. —
¿No has tenido suficiente acción por hoy, Robert?— Sacó una linterna pequeña de la guantera y empezó a caminar por el pequeño camino que Steven le había indicado.

SESENTA Y DOS

Hunter se dirigió hacia la parte trasera de la vieja fábrica por el camino de tierra hasta llegar a una puerta de hierro que ocultaban unas hierbas altas. Tras la puerta encontró unos escalones de piedra que llevaban a una zona subterránea. Esperó unos segundos por si oía algún sonido.

Silencio.

Con precaución, empezó a bajar por un oscuro túnel.

El olor a humedad y moho le produjo arcadas. Esperaba que nadie lo hubiese oído toser.

—¿Qué demonios, Robert? —susurró—. Otro edificio viejo, otro sótano oscuro...

El túnel que había al final de los escalones era estrecho, estaba cubierto de cemento y lleno de escombros. Conforme se fue adentrando, las voces empezaron a materializarse; varias voces, voces furiosas. El hedor fétido se mezclaba ahora con algún tipo de aguas residuales. Las ratas deambulaban por todas partes.

—Odio a las putas ratas —murmuró Hunter apretando los dientes.

Llegó a una gran zona circular, con cuidado de no pisar ninguno de los ladrillos sueltos que se esparcían por todo el suelo del sótano. Se dirigió a la izquierda de una estructura cuadrada y se colocó detrás de unos sacos viejos de cemento, a unos centímetros de la pared. Hunter se agachó intentando situarse a la altura de uno de los agujeros de la pared. Podía ver movimientos en el interior, pero el ángulo lo privaba de poder tener una imagen clara.

Las voces se hacían más fuertes. Pudo reconocer claramente la voz de Rey-T.

—No vamos a hacerte daño. Hemos venido para liberarte de estos hijos de puta. Eres libre, todo se ha acabado. Voy a quitarte la venda y la mordaza, ¿vale? No tengas miedo. No voy a hacerte daño.

¿Qué carajo está pasando?, pensó Hunter. Tenía que acercarse más. Se acercó unos centímetros a la pared y en seguida encontró una posición mejor nivelando los ojos a la altura de uno de los agujeros. Tres hombres estaban de pie de cara a la pared de enfrente con las manos en la cabeza. Uno de ellos estaba totalmente desnudo; un tatuaje de Jesús en la cruz cubría toda su espalda. Rey-T estaba de rodillas delante de una chica morena de mirada petrificada y no más de treinta años. Tenía los ojos vendados, estaba amordazada y atada a una silla de metal. Lo que quedaba de su vestido negro estaba sucio y rasgado. Le habían arrancado el sujetador. Tenía quemaduras de cigarrillo recién hechas alrededor de los pezones y empezaban a formarse ampollas. Tenía las piernas abiertas y atadas a las patas de la silla. Tenía el vestido levantado dejando al descubierto su vagina, con más quemaduras alrededor. Tenía parte del cabello pegado con lo que parecía sangre seca. El labio superior estaba hinchado y con cortes.

Hunter observó cómo Rey-T le quitaba a la chica los dos nudos que tenía detrás

de la cabeza. Cuando la venda cayó al suelo, parpadeó varias veces de forma rápida. Una fuerte luz ardía en sus ojos. Le habían atado la mordaza con tanta fuerza que tuvo que cortarla por la comisura de los labios. Tosió violentamente en cuanto tuvo la boca liberada. Rey-T sacó un pañuelo de papel del bolsillo y le limpió las manchas de sangre y de maquillaje de la cara. Uno de los hombres de Rey-T ya le había soltado las manos y las piernas. Ella se puso a llorar de nuevo. Con cada sollozo, el cuerpo entero le temblaba, pero en esta ocasión, las lágrimas eran una combinación de miedo y alivio.

—¿Cómo te llamas? —Hunter oyó que le preguntaba Rey-T.

—Becky —respondió entre sollozos.

—Te pondrás bien, Becky. Te vamos a sacar de aquí —dijo Rey-T, ayudándola a levantarse, pero las rodillas le flojeaban. Sin perder tiempo, la tomó de la cintura antes de que se derrumbara en la silla.

—Con calma... aún tienes las piernas débiles. Tenemos que hacerlo despacio. —Volvió la atención hacia uno de sus hombres—. Busca algo para tapparla.

Los ojos del hombre registraron la habitación en busca de algo de ropa o algo que sirviera, pero no encontró nada.

—Tome esto. —Hunter reconoció a Jerome. Se quitó la camisa y se la dio a Rey-T. La gigantesca camisa sobre el pequeño cuerpo de la mujer casi parecía un vestido.

—No te pasará nada, Becky. Todo ha terminado ya.

La voz de Rey-T adquirió un tono diferente.

—Llévala arriba, métela en el coche y no la dejes sola —gritó Rey-T a alguien.

Hunter se escondió a toda prisa detrás de los sacos de cemento haciendo el mínimo ruido posible, las sombras lo ayudaban a ocultarse. A través de una apertura entre los sacos, Hunter vio a un hombre enorme salir de la habitación. Del brazo iba Becky con la mirada petrificada.

—Conmigo estarás a salvo, Becky —la tranquilizó con voz delicada.

Hunter esperó a que hubieran desaparecido en el pasillo y se acercó un poco más.

—¿Así que crees en Jesús, no? —preguntó Rey-T con voz furiosa conforme se acercaba al hombre desnudo con el tatuaje.

No hubo respuesta.

Hunter vio a Rey-T darle un golpe en la espalda con la culata de madera de su escopeta de doble cañón. El hombre cayó al suelo. De manera instintiva, el más bajo de los tres hombres secuestrados se volvió en un acto de reacción, pero antes de que pudiera hacer ningún movimiento, Jerome lo golpeó en la cara con una metralleta Uzi automática. La sangre salpicó la pared. Dos dientes rebotaron en el suelo.

—¿Quién mierda te ha dicho que te muevas? —La voz de Jerome fue un grito de rabia.

¡Maldición! Steven no bromeaba cuando me dijo que tenían un pequeño arsenal, pensó Hunter.

—¿Cuántos años tenía esa chica, veintiocho, veintinueve? —Rey-T volvió a

golpear al hombre que había en el suelo, esta vez con una fuerte patada en el estómago—. Levántate y date la vuelta, saco de mierda. —Rey-T se paseó de un lado a otro enfrente del asustado hombre.

—¿Sabéis quién soy? —La pregunta pendió en el aire antes de que el más bajo de los tres asintiera.

Rey-T lo miró con asombro. Con voz sosegada continuó.

—¿Sabes quién soy y aun así te llevas a una de mis chicas, la violas, la torturas y la matas?

No hubo respuesta.

—Chico, acabas de elevar el término estúpido a la máxima potencia. Ustedes dos... desnúdense —ordenó a los dos hombres que aún estaban vestidos.

Volvieron la mirada atrás con expresión confusa.

—¿Están sordos, carajo? Ha dicho que se desnuden —les ordenó Jerome, dándole un puñetazo en el estómago al que llevaba gafas de sol.

—¡Vaya! Ella habría necesitado una lupa, chicos —dijo Rey-T mirando sus cuerpos desnudos—. No me extraña que tengan problemas para conseguir una mujer. Átalos a las sillas, como hacen ellos con sus víctimas.

Clic. Hunter oyó el sonido inconfundible del percutor de una semiautomática detrás de él. Una milésima de segundo más tarde, sintió el frío cañón presionándole la nuca.

—Ni se te ocurra moverte —le ordenó la voz.

SESENTA Y TRES

La puerta se abrió y Hunter entró de un empujón, el arma seguía presionándole la parte de atrás de la cabeza.

—He encontrado este pedazo de mierda merodeando ahí fuera. Llevaba esto —dijo el hombre tirando al suelo el arma que le había quitado a Hunter. Rey-T se volvió para mirar al recién llegado.

—¿Detective Hunter? ¡Qué sorpresa!

—¿Detective? —dijo atónito Warren, el tipo que había encontrado y capturado a Hunter.

—¿Qué carajo te ha pasado? —le preguntó Rey-T, mirando los moretones y cortes de la cara de Hunter.

—A mí no me mire, jefe —dijo Warren, levantando las manos—. Ya estaba así de feo cuando lo encontré.

Hunter examinó los alrededores rápidamente con la mirada. Luces profesionales de rodaje alimentadas por batería iluminaban toda la habitación, y el suelo entero estaba cubierto con láminas de plástico. Junto a la pared, detrás de Rey-T, había una selección de cuchillos encima de una pequeña mesa. En uno de los rincones, había una videocámara semiprofesional montada en un trípode, y justo detrás de ella, dos sillas más. Hunter necesitó menos de dos segundos para darse cuenta de dónde estaba.

—¿Un tugurio donde se hacen películas *snuff*? Con mucho estilo. —Sus ojos se clavaron en Rey-T.

—Vaya, lo pillas rápido —dijo Rey-T antes de fijarse en la mirada irónica de Hunter—. Espera un segundo. ¿No creerás que soy yo quien dirige esta operación de los huevos, verdad? ¡Dios, no!

Hunter miró a los tres tipos desnudos que estaban de pie contra la pared sur y luego a un descamisado Jerome.

—¿Así que han montado una fiestecilla, no amigos? ¿Pasándolo bien? —dijo, burlándose con voz nasal y estúpida.

—¡Vaya! ¿Tienes ganas de bromas? —le preguntó Rey-T, apretando el percutor de la escopeta—. ¿Qué carajo estás haciendo aquí, detective?

—Estaba en el barrio. Es una de mis zonas favoritas.

—No estás en posición de hacer bromas de mierda —le advirtió Jerome.

Hunter miró a los tres hombres.

—Aún espero una respuesta, detective —le dijo Rey-T—. ¿Qué carajo estás haciendo aquí?

Hunter se quedó en silencio.

—Espera un segundo —dijo Rey-T, entrecerrando los ojos—. Listillo, hijo de puta. Querías que hiciera el trabajo por ti, ¿no es verdad?

Jerome estaba confuso.

—¿Qué?

—Sabía que iríamos con todas nuestras fuerzas detrás del que le hizo daño a Jenny, así que se quedó sentado con un ojo encima esperando a que hiciéramos todo el trabajo duro, esperando a que barriéramos las calles por él para así poder aparecer en el último minuto y llevarse la gloria.

—No exactamente —contestó Hunter.

—Bueno, tengo malas noticias para ti, detective. La chica del retrato robot no es Jenny. Tu asesino maniático no fue por ella. Lo hicieron estos tres chupa vergas. — Señaló a los tres hombres desnudos—. La violaron, la torturaron y la sodomizaron antes de rajarle el cuello. Lo tengo grabado en una película. —La rabia volvió a aparecer en la voz de Rey-T, que explotó en un nuevo ataque de violencia y estampó el cañón de la escopeta en el bajo vientre del hombre del tatuaje por segunda vez. Hunter se quedó observando.

—Átalos a las sillas —ordenó Rey-T inclinando la cabeza hacia Warren.

—Tú eres poli, haz algo —le rogó el que llevaba gafas de sol.

—Cierra la puta boca —le dijo Warren, dándole un puñetazo en la boca.

—Tiene razón —intervino Hunter—. No puedo permitir que lles a cabo tu venganza así.

—Cierra el puto pico, detective. Éste no es tu espectáculo.

—No quiero que lo sea.

Rey-T recorrió la habitación con la mirada con una sonrisa sarcástica en los labios.

—Creo que te habrás dado cuenta de que te superamos en número, detective. ¿Qué crees que podrás hacer?

—¿Y si tiene refuerzos, jefe? —preguntó Jerome.

—No los tiene. Si hubiera refuerzos ya estarían aquí —dijo Rey-T, lanzando a Hunter una mirada desafiante.

—Átalos —volvió a ordenar Rey-T.

Unos minutos más tarde, los tres hombres estaban sentados y atados a sillas de metal en el centro de la habitación.

—Mira, aún puedes arreglarlo —dijo Hunter acercándose a Rey-T—. Aún no se te ha ido de las manos. Déjame que los arreste. Que tengan un trato justo con la ley. Se pudrirán en la cárcel.

—Si yo fuera tú, me quedaría quieto —dijo Warren, levantando el arma y apuntando a la cabeza de Hunter.

—Si fueras yo, serías guapo —respondió Hunter—. Rey-T, sé que estás afectado por lo que le pasó a Jenny, pero podemos solucionarlo de la manera correcta.

Rey-T rió con fuerza.

—«Afectado» no es la palabra. Y ésta es la manera correcta. Déjame que te diga cómo funcionan las cosas, detective Hunter. La ley los dejará libres y lo sabes. Le

darán la vuelta utilizando tecnicismos de mierda como siempre hacen. Si los arrestas, tendrás que arrestarnos a nosotros, y eso no va suceder, nenito. Lo siento, Hunter, tenemos que tratar con ellos a nuestro modo.

—No puedo quedarme aquí de pie y ver cómo los matas.

—Cierra los ojos entonces. Ni siquiera tendrías que estar aquí. Esta gente raptó, violó y mató a una mujer por dinero.

Hunter ofreció a Rey-T una sonrisa de nerviosismo.

—Viniendo de ti, es algo sublime.

—¡Por Dios, no! ¿No me estarás comparando con estos cabrones, verdad? Yo no obligo a ninguna de mis chicas a que trabaje. Ni tampoco obligo a nadie a que las alquile. Lo que estos tipos hacen, y da igual cómo lo mires, es la porquería de enfermizo. Mira este lugar. ¿Cómo puedes compararlo con lo que yo hago?

De repente, pillando a todo el mundo por sorpresa, la pared del fondo se abrió. Un hombre alto, con la cabeza rapada y un Águila del Desierto .50 en cada mano emergió de ella, con los ojos muy abiertos, las pupilas dilatadas, las fosas nasales inflamadas. En su rostro había una mirada asesina y trastornada.

Nadie tuvo tiempo para reaccionar. Conforme se produjo la lluvia de balas en la habitación, Hunter vio su oportunidad y se tiró al suelo por su pistola.

La embestida de balas no iba en una dirección específica. Una de las luces explotó con un sonido ensordecedor. El repentino cambio en la iluminación dejó a todos ciegos durante una milésima de segundo; instintivamente, Rey-T se agachó. Las balas alcanzaron la pared que había a sus espaldas, y no le dieron en la cabeza por una fracción de segundo. Oyó a Warren dar gritos de agonía cuando su colosal cuerpo se desplomaba en el suelo. Se cubría la cara con ambas manos y la sangre se colaba entre los dedos.

Jerome se mantuvo firme como un intrépido soldado preparado para enfrentarse a la muerte. Apretó el gatillo de su ametralladora y un aluvión de balas hicieron blanco con precisión militar. El impacto total fue tan potente que casi le separa las piernas del torso. El cuerpo flácido cayó al suelo. El tiroteo duró menos de diez segundos.

A medida que los disparos cedieron, el sonido del eco se sustituyó por los aterrorizados gritos de los tres indefensos hombres desnudos. Milagrosamente, seguían con vida.

—¡Cierren la puta boca! —gritó Jerome con un tono de voz acalorado y girando su Uzi hacia ellos.

—Cálmate, negro —le gritó Rey-T, apuntando con la escopeta hacia la puerta que se había formado recientemente—. No son una amenaza para nosotros. Regístralo. —Hizo un gesto hacia el intruso medio mutilado.

Warren seguía en el suelo, con las manos y la camisa empapadas de sangre.

Hunter también estaba de pie y con el arma en la mano.

—Está bien, bajen las armas.

Rey-T no se movió de la puerta hacia Hunter como sí había hecho Jerome.

—No es momento para esta mierda, detective, aún podría haber más gente escondida en la habitación. No tengo ninguna queja contigo, aún no, pero si tuviera que hacerlo, te pegaría un disparo como si fueses un sucio perro, hermano. No lo olvides, sigues estando en inferioridad y con menos armas.

Hunter seguía apuntando a Rey-T. El mecanismo del gatillo de la Wildy Survivor de Hunter había sido modificado para ser más ligero. Eso y el saber que la media de resistencia del gatillo de una escopeta de cañón doble es de unos doscientos gramos más que el resto de armas significaba que Hunter sabía que dispararía al menos un segundo más rápido que Rey-T. Por otra parte, Jerome y su Uzi planteaban un problema mayor. Pero ellos no eran los enemigos. Hunter no estaba por la labor de empezar otro tiroteo. Y también tenía claro que no iba a arriesgarse a recibir un tiro por los tres capullos desnudos de la habitación. Dejó de apuntar a Rey-T.

—Está bien, aseguremos el lugar.

—Warren, háblame, ¿cómo estás, amigo? ¿Te han dado? —le preguntó sin dejar de prestar atención a su principal objetivo.

Como un animal herido, Warren emitió un sonoro gruñido indicando que estaba vivo.

—Éste está muerto —anunció Jerome, de pie junto al cuerpo sin vida que había junto a la puerta.

Rey-T volvió a dirigirse a los tres hombres atados.

—¿Hay alguien más? ¿De dónde ha salido ese hijo de puta?

No hubo respuesta.

—¿Hay alguien en la habitación? —preguntó, presionando con el cañón de la escopeta en la cabeza del hombre con el tatuaje.

—No —respondió finalmente el más bajo de los tres.

Rey-T asintió con la cabeza a Jerome, que puso otro cargador a la Uzi y con mucho cuidado entró en la habitación. —Está despejado —gritó unos segundos después.

—Tengo que ver cómo está Warren. Jerome, sigue apuntando a Hunter.

Jerome se volvió y apuntó su Uzi hacia Hunter, que le devolvió el favor.

Rey-T dejó la escopeta en el suelo y se puso al lado de Warren.

—Está bien, deja que eche un vistazo. Quita las manos.

Con mucho cuidado, Warren apartó sus manos sangrientas de la cara. Rey-T le limpió un poco de la sangre con la camisa en un intento por poder ver mejor. Vio dos cortes grandes, uno en la frente y otro en la mejilla izquierda.

—No hay balas —dijo Rey-T tras un rápido reconocimiento—. No te ha dado ninguna bala. Parece metralla de las paredes. Vivirás. —Se quitó la camisa y se la puso a Warren en las manos—. Toma, presiona las heridas.

—Jefe, tiene que venir y echar un vistazo a esto.

Algo en la voz de Jerome preocupó a Rey-T.

—¿Qué pasa?

—Tiene que verlo usted mismo.

SESENTA Y CUATRO

Rey-T recogió la escopeta y se acercó a la puerta junto a Jerome. Se quedó rígido. Sus ojos examinaron la nueva habitación cuidadosamente.

—¿Qué carajo...? —susurró—. Hunter, ven a echar un vistazo a esto.

Lentamente se unió a ellos.

La nueva habitación estaba en mejores condiciones que la habitación donde se encontraban ellos. El techo estaba pintado de azul y decorado de forma similar a un millón de estrellas fluorescentes. Las paredes eran aún más coloridas y mostraban una tremenda variedad de dibujos; dragones, magos, caballos, duendes... En la pared del fondo una serie de estantes de madera ofrecían una impresionante colección de juguetes; muñecas, coches, guerreros, y había muchos más juguetes esparcidos por el suelo. A la izquierda de la puerta había un caballito de balancín. En la pared oeste había una videocámara montada en un trípode.

Hunter sintió que el corazón le apretaba el pecho. Sus ojos abandonaron la habitación y cayeron sobre la cara de perplejidad de Rey-T.

—Niños —susurró Hunter. La rabia en su voz era tan nítida como un grito.

Los ojos de Rey-T parecían pegados a la decoración de la habitación. Necesitó al menos treinta segundos para poder mirar a Hunter.

—¿Niños? —Su voz se apagó—. ¿Niños? —vociferó, regresando a la primera habitación. La tristeza de su interior se transformó en pura rabia.

—Esto es una putada, hombre —dijo Jerome negando con la cabeza.

—¿Le hacen esto a niños? ¿Qué clase de cabrones enfermizos son? —les preguntó a los tres hombres atados. Su baladronada encontró silencio, sus ojos no encontraron los de nadie.

La mirada de Hunter cayó sobre los tres hombres desnudos. Simplemente, ya no le importaba.

—Déjame que te diga algo, detective Hunter. —La voz de Rey-T temblaba de la rabia—. Me he criado en las calles. Toda mi vida he tratado con cabrones. Si hay algo que he aprendido es que aquí tenemos nuestra manera de hacer las cosas. A la gran mayoría de hijos de puta no les importa que los apresen. La cárcel es un campamento de vacaciones. Es como su hogar lejos del hogar. Dentro tienen sus bandas, sus drogas y sus putas. No se diferencia mucho de lo que tienen fuera. Pero se cagarían por la pata abajo si supieran que la ley de la calle llama a sus puertas. Aquí fuera, nosotros somos juez, jurado y verdugo. Esto no te concierne ni a ti ni a tus leyes. Pagarán por lo que le hicieron a Jenny, y tú no te vas a interponer entre nosotros.

Había algo más en su voz que rabia. Hunter sabía que tenía razón. Para Rey-T, Jenny era algo más que una de sus chicas.

Hunter se giró y miró a los tres hombres atados a las sillas de metal. Ellos lo miraron con sonrisas insolentes, como sabiendo que tenía que arrestarlos, era el

protocolo, era lo que la poli tenían que hacer.

Hunter se sentía cansado. Ya había tenido bastante. Ni siquiera tendría que estar allí. Aquello no tenía nada que ver con el Asesino del Crucifijo. Aquello era problema de Rey-T.

—Qué le den por el culo al protocolo —susurró Hunter—. Yo nunca he estado aquí.

Rey-T asintió hacia Hunter y lo observó enfundar el arma y dirigirse en silencio hacia la puerta.

—¡Espere! —le gritó el tipo del tatuaje—. No puede irse. Es un poli, maldición. ¿Qué pasa con los derechos humanos?

Hunter no se detuvo. Ni siquiera volvió la vista atrás cuando cerró la puerta.

—¿Derechos? —le preguntó Rey-T con una sonrisa animada—. Nosotros te vamos a dar tus derechos... la extremaunción.

—¿Qué hacemos con el lugar... y con ellos? —indicó Jerome con un movimiento de cabeza hacia los hombres.

—Quémalo, pero ellos vienen con nosotros. Tenemos que sacarles el nombre del cabecilla.

—¿Hablarán?

—Vaya que si hablarán, te lo prometo. Si lo que les va es el dolor sodomita, es lo que le daremos... durante un periodo de diez días. —La sonrisa diabólica en los labios de Rey-T incluso estremeció a Jerome.

* * *

De nuevo en el coche, Hunter permaneció con la mirada fija en sus manos temblorosas, resistiendo una sensación de agonía e intranquilidad. Era detective. Se suponía que tenía que defender las leyes y acababa de saltárselas. El corazón le decía que había hecho lo correcto, pero su conciencia no pensaba lo mismo. Las palabras de Rey-T aún resonaban en sus oídos. *Aquí fuera, nosotros somos juez, jurado y verdugo.* De repente, Hunter dejó de respirar.

—Claro —dijo con voz trémula—. De eso lo conozco.

SESENTA Y CINCO

— ¡Que esté en lo cierto! ¡Que esté en lo cierto! —se decía Hunter para sí mientras accedía a la base de datos del Departamento de Justicia de California. Sin tiempo que perder, Hunter introdujo el nombre que quería buscar, seleccionó el criterio y pulsó la tecla de «búsqueda». Mientras el servidor del Departamento de Justicia se ponía a trabajar, se sentó mirando con ansiedad cómo los pequeños puntos de la pantalla se movían de un lado a otro. Los segundos parecían minutos.

—Vamos... —Apremiaba al ordenador para que fuera más rápido cuando daba vueltas alrededor de la mesa del despacho. Dos minutos más tarde, los puntos dejaron de moverse y un mensaje de «No se encontró ningún resultado» apareció en la pantalla.

—¡Mierda!

Volvió a intentarlo. Remontándose unos años más atrás esta vez. Sabía que estaba en lo cierto, sabía que tenía que estarlo.

Los puntos ya familiares empezaron a moverse en la pantalla de nuevo y Hunter volvió a dar vueltas alrededor de la mesa. La ansiedad a flor de piel. Se detuvo enfrente del tablero de corcho lleno de fotografías. Sabía que estaba ahí, la respuesta estaba ahí.

Los puntos dejaron de moverse y en esa ocasión la pantalla se llenó de datos.

—Sí... —dijo triunfante. Regresó a la mesa y empezó rápidamente a examinar la información.

—¡Tiene que ser una puta broma!

Hunter se sentó en silencio pensando qué hacer.

—El árbol familiar —dijo—. El árbol familiar de la víctima.

En la investigación inicial, Hunter y Scott hicieron todo lo posible por establecer un nexo de unión entre las víctimas. Trazaron el árbol familiar de alguna de ellas. Hunter sabía que lo tenía en algún lugar. Empezó a rebuscar entre la montaña de papeles apilados encima de la mesa que constituía los archivos del caso antiguo.

—Aquí está —dijo al encontrar por fin la lista. La analizó durante un momento—. Esto es. —Hunter volvió al ordenador e introdujo un nombre. El resultado apareció casi de inmediato, ya que los criterios se habían estrechado exactamente a lo que quería.

Otra coincidencia... y luego otra.

Hunter se masajó los ojos cansados. Le dolía el cuerpo entero, pero el nuevo descubrimiento le había inyectado nueva vida en las venas. No podía establecer ningún nexo entre las víctimas, pero ya sabía por qué.

—¿Cómo he podido pasarlo por alto? —se preguntó, dándose en la frente con el puño cerrado. Pero sabía cómo. Era un viejo caso que se remontaba a varios años. Un caso en el que él había sido el oficial que había llevado a cabo el arresto. El oscuro

nexo entre las víctimas abarcaba tres generaciones según el árbol familiar. En algunas de ellas no había nada. Sin el indicio jamás lo habría encontrado. Sin Rey-T jamás habría pensado en ello.

Robert empezó a dar vueltas por la habitación otra vez y se detuvo frente al despacho de García. Una repentina sensación de tristeza lo sobrecogió y se le hizo un nudo en el estómago. Su compañero estaba en el hospital casi en coma y no había nada que pudiera hacer. *No hay amor más fuerte que el de la familia*, pensó Hunter deteniéndose en seco. Se le había puesto el vello de punta.

—¡Hostia puta!

Volvió corriendo al ordenador y la siguiente hora se la pasó devorando los resultados de cada página con la que se encontraba con un afán y sorpresa asombrosos. Lentamente, todo empezaba a encajar.

Los archivos de las detenciones... los tatuajes, recordó. Unos minutos más tarde, tras buscar en la base de datos del Departamento de Robos y Homicidios, estaba viendo los archivos de detenciones del caso antiguo.

—No puede ser... —dijo tartamudeando como con catatonia. Una mezcla de excitación y miedo lo dejó helado. De repente, se le hizo un nudo en el estómago al recordar lo que había visto justo hacía unas semanas—. ¿Cómo he podido estar tan ciego? —murmuró antes de girar hacia el ordenador para una última búsqueda. Un nombre que lo uniría todo.

—Lo tenía delante de mí —susurró, mirando con los ojos en blanco al ordenador—. Tenía la respuesta justo delante de mí.

Necesitaba una última confirmación y tenía que ser por parte del Departamento de Policía de San Francisco. Tras hablar con el teniente Morris por teléfono, esperó con impaciencia que le enviara un fax con el archivo de detenciones. Cuando entró media hora más tarde, Hunter se quedó mirándolo sin decir una palabra. Su mente luchaba con la realidad. Era una fotografía vieja, pero no tenía ninguna duda; sabía quién era.

Pruebas. Era a ellas donde toda investigación llevaba, y Hunter no tenía ninguna. No había forma de establecer una conexión entre la persona de la fotografía y los Asesinatos del Crucifijo, y lo sabía. Daba igual todo lo seguro que estuviera, sin pruebas no tenía nada. Miró el reloj una vez más antes de coger el teléfono y hacer una última llamada.

SESENTA Y SEIS

Hunter condujo despacio, sin prestar atención a los insultos que el resto de conductores le gritaban por la ventana cuando le iban adelantando.

Estacionó delante del edificio de su apartamento y apoyó la cabeza en el volante durante un momento. El dolor de cabeza había empeorado y sabía que las pastillas no le harían ningún efecto. Antes de salir del coche, miró el móvil por si tenía alguna llamada perdida o algún mensaje. Un ejercicio inútil, ya que estaba seguro de que no tenía ninguno. Había dado instrucciones a todos los del hospital de que le informaran al segundo si García recobraba la conciencia, pero algo le decía que no ocurriría esa noche.

Entró en su apartamento vacío y cerró la puerta, apoyando su dolorido cuerpo en ella. La soledad devastadora del salón lo entristeció aún más.

Con el cerebro medio entumecido, fue hasta la cocina, abrió el frigorífico y se quedó mirándolo con los ojos en blanco durante unos segundos. El cuerpo debería pedirle a gritos comida, ya que no se había llevado nada a la boca en todo el día, pero no tenía nada de hambre. En realidad, se moría por una ducha. Lo ayudaría a relajar la tensión de los músculos, pero tendría que esperar. Lo primero era un escocés doble.

Intentó tomar una decisión mientras miraba las botellas del minibar durante varios segundos; Aberlour, treinta años. Llenó la mitad del vaso y optó por no ponerle hielo esta vez. *Cuanto más fuerte, mejor*, se dijo para sí mismo, hundiéndose en el maltrecho sofá. El efecto del fuerte licor al tocar sus labios resultaba estimulante. Los pequeños cortes que tenía en la boca le ardían, pero recibió la sensación con gusto; un dolor agradable.

Apoyó la cabeza en el respaldo, pero se obligó a no cerrar los ojos. Tenía miedo de las imágenes que se ocultaban tras los párpados. Pasó un par de minutos mirando al techo, dejando que el sabor fuerte de la malta le entumeciera la lengua y boca. No tardó en saber que le entumecería el cuerpo entero.

Se levantó y fue a la ventana. Fuera, la calle estaba en silencio. Giró y miró el salón de nuevo. Poco a poco el cuerpo se iba relajando. Le dio otro trago al *whisky* y miró el móvil una vez más pulsando algunos botones para asegurarse de que funcionaba bien.

En la cocina, dejó el vaso encima de la mesa y se sentó. Se reclinó en la incómoda silla de madera y se pasó las manos por la cara con fuerza. Al hacerlo, oyó un débil crujido que provenía del pasillo que daba al dormitorio. Un escalofrío de miedo le atravesó el cuerpo a una velocidad extraordinaria. Había alguien allí.

Hunter se levantó y de inmediato sintió cómo la cocina le daba vueltas. Las piernas le flojeaban y se apoyó en la encimera para no caerse. Cuando la confusión se afianzaba, fijó la mirada en el vaso vacío de la mesa. *Drogado*.

Antes de derrumbarse en el suelo de la cocina, sus ojos se centraron en una figura

oscura que se movía hacia él.

SESENTA Y SIETE

Abrió los ojos lentamente, pero no sirvió de nada. La oscuridad era incondicional. Se sentía mareado y la cabeza aún le daba vueltas. Cualquiera que hubiera sido la droga que había en el *whisky*, lo había dejado inconsciente en minutos. Lo primero en lo que se fijó fue en que estaba sentado, atado a una silla no muy cómoda. Tenía las manos atadas a la espalda y los tobillos atados a las patas de la silla. Intentó soltarse, pero todo esfuerzo fue en vano. El cuerpo le dolía aún más, pero estaba seguro de que no tenía ningún hueso roto; por lo menos no todavía. Estaba sediento, muy sediento.

Hunter no tenía ni idea de cuánto tiempo había estado inconsciente. Lenta y dolorosamente, los recuerdos empezaban a completar imágenes de lo que había ocurrido. Intentó tranquilizarse y una sensación familiar lo invadió. Miró a su alrededor y, aunque estaba oscuro, sabía dónde se encontraba. Nunca había salido de su apartamento. Estaba sentado en el salón.

Volvió a intentar moverse, pero le habían atado las manos y las piernas con mucha fuerza. Hizo además de gritar, pero su voz apenas era audible. Le sorprendió lo débil que se sentía. De repente, notó una sensación de escalofrío detrás de él.

—He oído cómo te despertabas.

La misma voz robótica que lo había atormentado durante tres años resonaba en la habitación. Lo había tomado por sorpresa y se había sobresaltado. Provenía de detrás de él, de unos altavoces. Hunter sintió una extraña sensación. Por fin se encontraba ante la presencia del asesino. Del Asesino del Crucifijo.

Intentó darse la vuelta, girar el cuello lo máximo posible, pero la oscuridad le impedía ver a su agresor.

—No te precipites, Robert. Es el último capítulo. Al menos para ti. Finalizará esta noche. Aquí mismo. Eres el último.

El último.

Lo que Hunter había hallado en la oficina ahora se confirmaba. Todo había sido por venganza.

De pronto, oyó el sonido de metal contra metal. Supuso que se trataba de instrumentos quirúrgicos. Instintivamente, se puso rígido por el miedo, pero conscientemente trató de tranquilizarse. Hunter entendía la psicología de los asesinos, en especial la de los asesinos en serie. Si había algo que querían por encima de todo era que los entendieran. Para ellos, los asesinatos tienen un significado, tienen un propósito, y quieren que sus víctimas sepan que su muerte no es en vano. Antes del asesinato siempre viene la explicación.

—Esta noche vas a pagar por lo que hiciste.

Aquellas últimas palabras vibraron en el cuerpo de Hunter al reconocer la voz, una voz que era fuerte y clara; ya no era robótica, ya no era metálica ni distorsionada.

Hunter no necesitó hacer memoria, no tenía que pensar en ella. Conocía esa voz y la conocía bien. De pronto, la oscuridad desapareció. Hunter entrecerró los ojos y círculos asimétricos de luz le nublaron la vista. Las pupilas se contrajeron intentando acostumbrarse a la luz. Conforme la borrosidad iba desapareciendo, una figura familiar se fue formando frente a él.

SESENTA Y OCHO

La borrosidad parecía que nunca desaparecería, pero en cuanto sus ojos volvieron a focalizar, supo que se encontraba bien. Extrañamente, demasiado bien para creerlo. Clavó la mirada en la persona que había frente a él.

—Por tu cara veo que no estás sorprendido —dijo ella con voz tan dulce como siempre.

Hunter esperaba estar equivocado. Pero ahora, mirándola, todo encajaba. Consiguió susurrar una única palabra.

—Isabella.

Le sonrió. Con la misma sonrisa que tantas veces había visto, pero en esta ocasión en su sonrisa había algo más, algo que nunca antes hubo.

Una maldad oculta.

—Creía que te haría feliz verme. —El acento italiano había desaparecido. De hecho, todo en ella era diferente. Como si la Isabella que conocía hubiera desaparecido, reemplazada por una completa desconocida.

La expresión de Hunter permaneció inmutable. Su mente empezaba finalmente a formar el último *puzzle*.

—Te mereces el Óscar. Tu acento italiano era perfecto.

Isabella le hizo una reverencia reconociendo el cumplido.

—Un truco muy inteligente lo de la llamada de teléfono en el restaurante. Una coartada perfecta —dijo Hunter, recordando la llamada que recibió del asesino cuando comió con ella por primera vez—. Un mensaje grabado con un temporizador. Simple pero muy efectivo.

Sus labios se arrugaron en un atisbo de sonrisa.

—Deja que me presente... —dijo con voz estable.

—Brenda... —la interrumpió Hunter con voz ronca y débil—. Brenda Spencer... la hermana de John Spencer. El productor discográfico.

Isabella le lanzó una mirada de sorpresa y disgusto.

—Doctora Brenda Spencer, si no te importa —le corrigió.

—Doctora en medicina —afirmó Hunter.

—Si te empeñas en saberlo... cirujana. —Una nueva sonrisa malévola.

—¿Todo esto ha sido para vengar la muerte de tu hermano? —le preguntó Hunter, ya sabiendo la respuesta.

—Muy bien, Robert —dijo dando palmas con un entusiasmo excesivo, como un niño a quien regalan algo sin esperarlo.

El silencio fantasmal que prosiguió pareció durar eternamente.

—Se suicidó en la celda —dijo Hunter finalmente.

—Se suicidó porque fracasaste haciendo tu puto trabajo. —No se podía negar la rabia en su voz—. Para proteger y servir, ¡qué gracia! Era inocente y lo sabías. —

Hizo una pausa, dejando que las palabras flotaran en la habitación—. Te dijo mil veces que jamás le haría daño a Linda. La amaba, sentía un amor que nunca comprenderías. —Hizo otra pausa para recobrar la calma—. Lo interrogaste. Sabías que era inocente y dejaste que lo sentenciaran. Podías haber hecho algo, pero en lugar de ello, dejaste que condenaran a muerte a un hombre inocente.

Hunter recordó la cena en casa de Isabella. Mintió en todo acerca de su vida, pero mencionó a un hermano muerto. Cometió un error, un desliz, pero fue rápida y lo cubrió con la historia de los marines, diciendo que su hermano había muerto sirviendo a su país. Una chorrada de historia pero que Hunter se tragó. Lo que vio en sus ojos aquella noche no era tristeza. Era rabia.

—No estaba en mis manos. —Pensó en decirle las veces que había intentado convencer al resto de su opinión sobre el caso, pero ya no tenía sentido. Ya daba igual.

—Si hubieras dirigido la investigación como deberías, no habrías tardado en encontrar al verdadero asesino y a mi hermano no se le habría ido la cabeza y no se habría colgado. Pero dejaste de buscar.

—No puedes culpar a la policía del suicidio de tu hermano.

—No culpo a la policía. Te culpo a ti.

—Con el tiempo lo habríamos encontrado y tu hermano habría salido libre.

—No, no lo habrían encontrado. —En su voz había rabia de nuevo—. ¿Cómo iban a encontrar al verdadero asesino si *no lo* estaban *buscando*? Dejaron la investigación porque las primeras pruebas, aun siendo superficiales, señalaban a John, y eso era suficiente para ti y para tu compañero. No había necesidad de buscar la verdad. Una exitosa condena más para los dos detectives estrella. Tenías que llevarte los elogios una vez más y eso era todo lo que importaba. Lo condenaron a muerte, Robert. Le cayó la pena de muerte por algo que no hizo. Nadie le dio el beneficio de la duda, nadie, incluyendo aquella patética justificación de jurado. Catalogaron a mi hermano de monstruo. Un monstruo celoso y asesino. —Hizo una pausa para tomar aire—. Y yo perdí a toda mi familia por tu culpa, la de tu *compañero* y la de aquel inútil e inepto jurado de mierda. No habrían sido capaces de ver la verdad aunque hubiera bailado desnuda delante de ellos. —Los ojos le ardían de la rabia.

Hunter la miró con expresión confusa.

—Veinte días después del suicidio de John, mi madre murió de la tristeza. ¿Sabes lo que es eso?

Hunter no respondió.

—No comía, no hablaba, no se movía. Simplemente, se quedaba sentada en su habitación mirando por la ventana con una fotografía de John entre las manos. Lloró hasta que no le quedó ni una lágrima. La angustia y el dolor que sentía en el corazón la consumieron por dentro hasta que se quedó sin fuerzas para luchar.

Hunter se mantuvo en silencio, siguiéndola con la mirada mientras daba vueltas

por la habitación.

—No terminó ahí. —Ahora la voz de Brenda era oscura y sombría—. Treinta y cinco años, Robert. Mis padres llevaban casados treinta y cinco años. Tras perder a su hijo y a su mujer en un periodo de tiempo tan corto, mi padre empezó a sucumbir ante una tristeza interminable.

—Veintidós días después de enterrar a mi madre. Después de que apresaran al verdadero asesino, la depresión pudo más que él y siguió la misma salida que mi hermano. Me quedé sola... otra vez. —La rabia en su voz era casi palpable.

—Por eso decidiste vengarte del jurado —dijo Hunter con voz aún débil.

—Por fin lo has averiguado —contestó con tranquilidad—. Has tardado demasiado. Puede que el gran Robert Hunter no sea tan grande después de todo.

—Pero no fuiste por el jurado. Asesinaste a alguien cercano. Alguien amado —continuó Hunter.

—¿Acaso la venganza no es algo dulce? —dijo con una aterradora sonrisa de seguridad—. Ojo por ojo, Robert. Les devolví lo que ellos me dieron. Dolor, soledad, vacío, tristeza. Quería que sufrieran tal pérdida que cada día se convirtiera en una lucha.

No todas las víctimas eran parientes directos de los miembros del jurado del caso de John Spencer, pero era fácil imaginarse el porqué. Algunas eran amantes. Amores prohibidos, aventuras ilícitas, incluso amantes homosexuales. Relaciones ocultas que resultaba imposible relacionar con algún miembro del jurado. No obstante, alguien amado.

—He dedicado toda mi vida a encontrar a la persona adecuada. A quien más amaban. Me llevó mi tiempo seguirlos. Estudiar sus rutinas. Averigüé todo lo que había que saber de ellos. Lugares que frecuentaban. Secretos sobre su pasado. Incluso tuve que ir a una asquerosa fiesta sexual para acercarme a uno de ellos. No obstante, tengo que admitir que ver sufrir a los jurados con cada muerte resultó tonificante.

Hunter le lanzó una mirada de preocupación.

—Oh, sí, hice el esfuerzo de ver cómo sufrían después de cada asesinato —le explicó—. Quería verlos sufrir. Su dolor me daba fuerzas. —Hizo una pausa durante un momento—. Tres de los miembros del jurado se suicidaron, ¿lo sabías? No pudieron soportar la pérdida. No pudieron soportar el dolor, al igual que no pudieron mis padres. —Lanzó una risa diabólica que oscureció la habitación—. Para probar lo incompetente que es la policía, dejé una pista con cada víctima y aun así no pudiste apresarme —continuó.

—El crucifijo doble en la nuca de las víctimas —confirmó Hunter.

Brenda asintió con un maleficio movimiento de cabeza.

—¿Cómo el tatuaje que tu hermano tenía en el cuello?

Otra mirada de sorpresa en Brenda.

—Comprobé los archivos de tu hermano cuando descubrí lo del jurado. Recordé que en uno de los informes del arresto, en marcas identificativas, el oficial al mando

había anotado varios tatuajes, pero nunca llegó a describirlos totalmente. Tuve que revisar el informe de la autopsia para averiguar lo que eran. Un crucifijo de dos brazos en el cuello era uno de ellos. Dejabas en cada víctima la marca de tu hermano.

—No eres tan inteligente. Yo misma le tatué el crucifijo doble a mi hermano en el cuello —dijo con orgullo—. A John le encantaba el dolor.

Hunter sintió cómo el aire de la habitación se volvía frío. Mientras Brenda recordaba el dolor que le infligía a su hermano, el placer de su voz era escalofriante.

—¿Por qué le tendiste la trampa a Mike Farloe? No tenía nada que ver con el caso de tu hermano —le preguntó Hunter, intentando llenar uno de los vacíos para los que aún no había conseguido respuesta.

—Él siempre formó parte del plan —se apresuró a responder de manera casual—. Le tendía la trampa a alguien creíble después del último asesinato y nadie seguiría fisionando. El caso se cierra y todo el mundo es feliz —dijo con sonrisa burlona—. Pero, desafortunadamente, tuve un pequeño problema. Tuve que hacerlo antes de tiempo.

—¡La séptima víctima! —dijo Hunter.

—¡Guau! Eres rápido. —Puso cara de estar impresionada.

Mike Farloe fue arrestado justo después de que hallaran a la séptima víctima. Una joven aspirante a abogada, hija de uno de los miembros del jurado. La pariente más cercana de uno de los miembros del jurado de todas las víctimas. No había duda de que con un poquito más de tiempo, Hunter y su compañero habrían dado con ello, pero ¿para qué intentar establecer un nexo de unión entre las víctimas cuando ya tenían bajo custodia la confesión del asesino? Con el arresto de Mike, todo lo relacionado con el caso del Asesino del Crucifijo se detuvo.

—Tenía que ser la última víctima —dijo Brenda resoplando—. ¿Pero cómo iba a saber yo que tenía memoria fotográfica? Me reconoció del juicio a la primera en mi primer acercamiento. Incluso recordaba la ropa que llevaba puesta. De inmediato, se convirtió en una amenaza, así que no tuve más elección que adelantarla en la lista. Después de aquello, tuve que reorganizar el plan. Culpar a otro siempre había sido mi intención. Encontré a Mike Farloe predicando el evangelio en las calles justo después de que matara a esa pedazo de mierda de contable.

La quinta víctima, pensó Hunter.

—Mike era una presa fácil. Un pedófilo enfermizo que idolatraba al Asesino del Crucifijo. Me pasé meses preparándolo, alimentándolo con toda la información necesaria. Lo suficiente para que pareciera convincente cuando la detuvieran. Sabía que estaba preparado. —Se encogió de hombros—. No contaba con su confesión, aquello fue un extra. Hizo que la investigación se detuviera por completo. Justo lo que necesitaba —dijo con una risita—. Pero con su arresto, me llegó la oportunidad para ir por el siguiente en la lista. Uno de los principales protagonistas de mi sufrimiento... tu estúpido compañero de mierda.

La mirada de Hunter se llenó de horror repentinamente.

—Oh, lo olvidaba —dijo con una fría sonrisa—. ¿No sabías que fue cosa mía, verdad?

—¿Qué fue cosa tuya? —le preguntó Hunter con voz temblorosa.

—Aquella pequeña explosión.

A Hunter se le revolvió el estómago.

—Con el cierre del caso del Asesino del Crucifijo, no me sorprendió que tu compañero y tú decidieran tomarse un descanso. Era lo justo después de una investigación tan larga. Todo lo que tuve que hacer fue seguirlo. —Hizo una pausa y se quedó mirando cómo Hunter luchaba contra su propia repugnancia—. Sabes, me invitaron a subir al barco. Siempre se puede contar con un poli cuando alguien necesita ayuda, especialmente si eres mujer. Una vez abordo, matarlo fue un juego de niños. Los até, igual que tú lo estás ahora, y lo obligué a que lo viera. Lo obligué a ver cómo hacía sufrir a aquella puta. Había tanta sangre, Robert... —Se quedó mirando a Hunter durante un momento, saboreando el dolor—. Y sí, sabía que era tu única prima. Aquello me dio más placer.

Hunter tuvo náuseas, un sabor a vómito le regurgitaba en la boca.

—Tu compañero me suplicó que le perdonara la vida. Me ofreció la suya a cambio. Un último sacrificio de amor, pero no me convenía. De todas formas, su vida también estaba en mis manos. —Se hizo un breve silencio antes de que continuara—. Murió lentamente mientras lloraba como una niña. A él no lo maté enseguida, ya lo sabes. Lo dejé unas horas para que pudiera empaparse del dolor de su mujer. Después de eso, lo único que me quedaba hacer era pasar unos cuantos barriles de combustible de mi barco al suyo, hacerle una filtración, programar algunos temporizadores y... ¡bum! El fuego destruiría toda prueba que dejara.

El placer en su voz era gélido.

—Lo mejor después de aquello, fue ver cómo tocabas fondo de manera irremediable, fue muy hermoso. Tras su muerte, pensé que lo harías. Pensé que te rendirías y te volarías la tapa de los sesos. Estuviste tan cerca de hacerlo.

Hunter no podía responder.

—Pero entonces te asignaron un nuevo compañero y fue como si empezaras a recuperarte. Aún quedaban dos en mi lista, sin contar contigo, así que creí que era el momento de empezar a jugar de nuevo. —Se pasó la mano por el cabello de una manera casual y exagerada—. Era difícil acercarse a ti. Un auténtico solitario. Ni mujer, ni novia, ni hijos, ni amante ni familia. Así que creé a Isabella, la puta. El tipo de mujer que te ligarías en un bar de mala muerte. El tipo de mujer del que te enamorarías. —Su arrogancia era majestuosa—. ¿Tienes idea de lo que es acostarse con alguien a quien desprecias? ¿Dejar que te toque, que te bese? —Arrugó la cara haciendo un mal gesto—. Cuando te marchabas, me pasaba horas limpiándome, frotándome la piel hasta que se ponía en carne viva. —Cogió aire para tranquilizarse—. Se suponía que tenías que enamorarte de ella. Se suponía que sería por quien

arriesgarías la vida. Sería quien te arrancaría el corazón antes de matarte. ¿Ves qué irónico, Robert?

Hunter no eludió su mirada.

—Pero huiste del amor como el diablo de la cruz —prosiguió con voz sosegada—. No pudiste ver lo especial que era, ¿verdad? ¿Eras demasiado bueno para ella? ¿Es lo que pensabas? El gran Robert Hunter era demasiado bueno para la pequeña y frágil Isabella, ¿no es eso? —dijo con burla, poniendo cara de niña triste—. Ése fue mi error. No tenía que haber malgastado más tiempo con Isabella. —Brenda miró profundamente a los ojos de Hunter y los mantuvo ahí por un instante—. Sé en qué estás pensando. Estás pensando en que si hubieras pasado más tiempo con ella lo habrías averiguado. —Rió—. Pues tengo algo que decirte, Robert. Podrías haber estado meses con ella y seguirías sin tener ni idea. Isabella era perfecta. La hice perfecta. Pasé un año creándola y dándole vida antes de acercarme a ti finalmente. Adquirí nuevos hábitos y costumbres. Empecé desde cero. Una vida nueva, un apartamento nuevo, un trabajo nuevo, todo nuevo. Una inmersión psicológica. ¿Sabes lo que es, no Robert? De hecho, me convertí en dos personas. Nada en mí se la podía asociar a Isabella.

Hunter sabía que era verdad. Su forma de caminar, sus gestos, sus poses. Todo era diferente.

—Da igual lo bueno que seas, Robert. No eres clarividente. No puedes ver lo que no hay. Nadie puede. Isabella no reveló nada. No cometió ningún error, ningún desliz. Como te he dicho, era perfecta. —Dejó que Hunter reflexionara sobre ello antes de continuar—. En cualquier caso, se me acababa el tiempo. Tuve que readaptar el plan. Ya que no te enamoraste de Isabella, tuve que buscar a alguien que ocupara su lugar. Alguien por quien arriesgaras la vida. Alguien por quien te preocuparas, pero no hay nadie, ¿verdad Robert? La persona más cercana a ti es tu compañero, así que se convirtió en la elección obvia. Tenía que actuar con rapidez.

Hunter pensó en García en coma. Su único fallo fue que le asignaran de compañero a Hunter.

—Tengo que admitir que tuve mis dudas. No creía que arriesgaras la vida para salvarlo. No creía que fueras capaz de actuar así. Creía que te marcharías y le dejarías morir solo. Estaba segura de que solo salvarías tu pellejo. —Hizo una pausa y se encogió de hombros de forma irreverente—. Robert el mártir, ¿eh? ¡Qué gracia!

Brenda era tan distinta de Isabella que daba escalofríos. Hunter la estudió durante unos segundos, analizando sus movimientos. Se estaba agitando.

—Pero no sé cómo conseguiste ganarle la carrera al reloj dos veces y todavía salvarle la vida a tu compañero. Lo hiciste bien, ¿pero creíste que me habías derrotado? —le preguntó con expresión ridícula, agachándose y mirando en los ojos cansados de Hunter—. Nunca me derrotarás, Robert. Soy mejor que tú. Soy más inteligente que tú. Soy más rápida que tú y no cometo errores. No eres contrincante para mí. Mi plan era perfecto. Yo soy perfecta.

Hunter la perdió de vista cuando se puso detrás de la silla. El sonido inconfundible de una hoja afilándose se oía detrás de él y el corazón empezó a latirle al máximo. Sabía que el tiempo se le agotaba. Brenda se estaba preparando para el último asesinato.

SESENTA Y NUEVE

—**Y** ya es hora de que por fin pagues por lo que has hecho. Por tu incompetencia, por todo el dolor que me has infligido, Robert. Imagino que probablemente dispondré de un par de días a solas contigo. Después de todo lo que has pasado hoy, estoy segura de que tu jefe te habrá dicho que te tomes uno o dos días libres. Nadie esperará oír noticias tuyas pronto. Tu compañero está fuera de juego. Nadie te echará de menos, Robert. Para cuando vengan a buscarte... —No hizo falta que terminara la frase—. Déjame hacerte una idea de lo que va a pasar. Primero te dejaré inconsciente para poder trabajar con tu garganta. Nada del otro mundo. En realidad, será bastante tosco. Lo justo para cortarte las cuerdas vocales. No puedo tenerte aquí dos días gritando.

Hunter oyó detrás de él el sonido perforador de un taladro eléctrico. Respiró hondo, pero sentía cómo el miedo se apoderaba de él.

—Luego —continuó—, cuando vuelvas a recobrar el conocimiento, te agujerearé las rodillas, los codos y los tobillos. Con ello, los huesos se te partirán en miles de pequeños trozos afilados. Cualquier mínimo movimiento, incluso respirar, te producirá un dolor increíble. Durante horas saborearé ese momento antes de continuar.

Hunter cerró los ojos e intentó controlar los espasmos que empezaban a recorrerle el cuerpo.

—Después, empezaré a experimentar con los ojos, los dientes, los genitales y la carne —dijo con una risita—. Pero no te preocupes, te mantendré con vida y sufriendo hasta el último segundo.

Hunter torció el cuello, pero no podía ver nada. La duda flotaba en su cabeza. El miedo se había afianzado y empezaba a arrepentirse de la decisión que había tomado. Puede que el plan no funcionara.

—Pero primero hay algo que tengo que hacer —le susurró Brenda.

Sin esperararlo, sintió cómo lo agarró del pelo y empujó con una fuerza tremenda. Tiró de su cabeza violentamente hacia adelante. Intentó resistirse, pero simplemente no le quedaban fuerzas ni energía. Al principio, la sensación de la hoja de acero en el cuello fue fría, luego empezó a arder como el fuego de un volcán. Lo suficiente para dejarle una marca en el cuello.

El crucifijo doble, pensó Hunter. Me está marcando para la muerte.

—Espera... —le gritó. Su voz aún era frágil, tenía la garganta tan seca que le ardía como si fuera fiebre. Tenía que hacer algo. Ganar tiempo—. ¿Quieres saber dónde cometiste el error? ¿Quieres saber por qué vas a perder?

Sintió que la hoja se apartaba de su cuello. Su risa perturbadora resonaba en todo el salón.

—Ni siquiera sabes tirarte un farol, Robert. Nunca cometo errores. Nunca olvido

nada. Mis planes siempre salen a la perfección —dijo con arrogancia condescendiente—. Y empiezo a creer que deliras. Déjame que te describa la situación. Te tengo atado, solo y débil como a un animal herido. Soy quien tiene los cuchillos, ¿y crees que voy a perder?

—¿Ves, casi tienes razón? —dijo echando la cabeza hacia atrás. Podía sentir el picor de la herida abierta que le había hecho en el cuello—. Pero esta noche, cuando averigüé lo de tu venganza, lo de los miembros del jurado y quién eras en realidad, también averigüé que hoy es el cumpleaños de tu hermano.

Brenda se quitó de detrás de la silla y se puso frente a Hunter de nuevo. Con una cuchilla resplandeciente en la mano derecha y una mirada de intriga en el rostro.

—Así que supuse que sería así como querías que ocurriera —continuó Hunter—. La venganza final el día del cumpleaños de tu hermano. El final perfecto.

—Muy bien, Robert —dijo dando palmas—. Qué pena que decidieras empezar a hacer tu trabajo el día de tu muerte.

—Así que... —Hunter se apresuró a continuar—, antes de irme del Departamento de Robos y Homicidios, hice una llamada a mi capitán explicándole lo que había averiguado y me puso vigilancia.

Brenda frunció el ceño. Una pizca de duda en la mirada.

—Cuando entré en casa, supe que algo no iba bien, sabía que alguien había estado aquí. Ese alguien tenías que ser tú. Sabías que yo me echaría un trago o dos, así que adulteraste todas las botellas de *whisky* porque no sabías de cuál bebería. Pero deberías haberlas vuelto a colocar en el orden correcto.

Brenda apartó la mirada de Hunter y la llevó hacia el bar que había detrás de él.

—Han estado en el mismo orden durante años. Nunca las muevo.

—¿Por qué bebiste si sabías que las había adulterado con una droga? —preguntó con insolencia.

—Porque sabía que no me envenenarías hasta matarme. No es tu estilo. No habría venganza si hubiera muerto sin saber por qué.

Hunter podía ver que Brenda empezaba a inquietarse. El corazón le iba a reventar, pero mantuvo un tono de voz sosegado.

—Sabía que estabas en el apartamento, pude sentir tu presencia. Sabía que habías estado observándome, así que fingí que comprobaba el móvil tocando algunos botones cuando en realidad marcaba el número de mi capitán. Si miras dentro del bolsillo, verás que el teléfono aún está encendido. Si miras por la ventana, verás que el edificio está rodeado. No puedes salir de aquí. Se ha acabado.

Miró hacia la ventana que había detrás de Hunter. En su rostro, una mirada tensa y alterada. La había subestimado y lo sabía.

—Es un farol —dijo con voz nerviosa.

—Mira por la ventana —respondió con energía.

No se movió. Las manos le temblaban de toda la adrenalina.

—No se ha acabado nada —le gritó de rabia y moviéndose alrededor de la silla.

Inesperadamente y con un fuerte ruido, la puerta del salón de Hunter se abrió. Las astillas de madera de las bisagras rotas saltaron por los aires. En una fracción de segundo, tres agentes de las fuerzas especiales atravesaron la puerta. Tres puntos rojos apuntaban al pecho de Brenda.

—¡Tire el cuchillo! Tírelo ahora —le ordenó el primer oficial con voz autoritaria, pero Brenda ya se había colocado detrás de Hunter. Se había arrodillado cubriéndose casi todo el cuerpo con el de Hunter. El cuchillo que tenía en la mano derecha lo sujetaba ahora con ambas manos, la hoja entera presionada el cuello de Hunter en horizontal, como si estuviera a punto de darle garrote con él.

—Tire el cuchillo —le ordenó de nuevo el oficial.

—Esperen... —gritó Hunter. Sabía lo que había hecho. Se había colocado de tal manera que tenía todo el peso del cuerpo echado hacia atrás, apartada de la silla de Hunter. Con la hoja en el cuello en posición de estrangulamiento, Hunter sabía que si Brenda caía, casi lo decapitaría. Si ella moría, él moría—. Bajen las armas —dijo Hunter.

—No podemos hacerlo, señor. —La respuesta llegó de inmediato.

—Isabella, escúchame... —le susurró. No quería llamarla por su verdadero nombre. Esperaba que aún quedara algo de Isabella en ella—. Estos hombres tienen los dedos muy ligeros. No dudarán en dispararte. No dudarán en dispararme a mí para darte a ti. —Hunter habló con toda la tranquilidad que pudo. Sabía de situaciones estresantes. Sabía que la gente tendía a contagiarse de la ansiedad que los rodeaba—. Por favor, no dejes que termine así. Hay gente que puede ayudarte, gente que quiere ayudarte. Comprendo el sufrimiento por el que has pasado, pero el dolor no tiene por qué seguir.

—Jamás comprenderás el sufrimiento —le susurró ella.

—Lo comprendo. Lo viste, tú misma lo has dicho. Tras perder a mi compañero y a mi única prima, el dolor casi me consume. Toqué fondo, pero no me quedé ahí. Dales una oportunidad para que te ayuden.

—¿Tú quieres ayudarme? —Su voz era ahora un poco más delicada.

—Sí, déjame ayudarte. Por favor.

—¿Cómo ayudaste a tu compañero hoy, Robert? El acento italiano había vuelto. Hunter sintió que la mujer que había detrás de él ya no era Brenda.

—Sí... como he ayudado a Carlos. —En la voz de Hunter no había indecisión.

Sintió cómo la hoja hacía un poco más de presión y empezaba a cortar la piel.

—¿Harías lo mismo por mí, Robert? —le susurró al oído—. ¿Arriesgarías tu vida por mí?

—Tiene tres segundos para tirar el cuchillo antes de que le disparemos. —Volvió a ordenarle el oficial, esta vez con una irritación sobrecogedora.

Hunter sabía que no tenía demasiado tiempo.

—¿No me vas a responder? —le preguntó.

Una milésima de segundo de silencio prosiguió.

—Si... —le susurró—. Arriesgaría mi vida por ti.

Hunter sintió una tímida sonrisa en sus labios antes de que apartase el cuchillo del cuello. Con un movimiento rápido se puso de pie y, antes de que el equipo de fuerzas especiales tuviera oportunidad de descargar sus armas, se clavó el cuchillo en el abdomen. La hoja afilada con láser cortó la piel y músculo con una facilidad increíble y con precisión quirúrgica. Hunter sintió que un líquido le caía a chorros por el cuello.

—¡No! —gritó con voz ronca.

—¡Cielo santo! Gritó el jefe del equipo de fuerzas especiales bajando el arma. — ¡Que suban los paramédicos... ahora!— ordenó. Los tres corrieron hacia Hunter y Brenda, que ahora estaba en el suelo. El charco de sangre que rodeaba su cuerpo aumentaba a una velocidad increíble.

Tan rápido como pudo, el jefe de la unidad utilizó su cuchillo para liberar a Hunter, quien inmediatamente cayó de rodillas. El cuerpo entero le temblaba.

—¿Está bien, señor? —le preguntó el oficial.

Hunter no respondió. Sus ojos estaban clavados en el cuerpo inmóvil de Brenda. Un agente sujetaba su cabeza con las manos. Hunter podía sentir cómo la vida se le iba poco a poco. Los ojos del agente le decían lo que ya sabía.

SETENTA

CUATRO DIAS DESPUES

Muy lentamente, Hunter abrió la puerta de la habitación de García y echó un vistazo al interior.

—¿Está despierto? —susurró.

—Sí, lo estoy —contestó Garda con voz frágil y girando la cabeza hacia la puerta.

Hunter le sonrió y entró en la habitación con una caja de bombones bajo el brazo derecho.

—¿Me has traído un regalo? —le preguntó García con una mirada de preocupación.

—¡Cielos, no... son para Anna! —contestó dándole la caja de bombones.

—¡Oh! Muchas gracias —dijo ella aceptando el regalo y dándole un beso en la mejilla a Hunter.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó García—. Bombones... besos... ¿Qué va a ser lo próximo, venir a casa a cenar?

—Vendrá —le confirmó Anna—. Ya lo he invitado. En cuanto vuelvas a casa. —Le ofreció una dulce sonrisa que pareció iluminar la habitación.

—¿Cómo te sientes, compañero? —le preguntó Hunter.

García se miró las manos vendadas.

—Bueno, aparte de los indeseados agujeros en las palmas de las manos, las heridas profundas en la cabeza y que parece que me hubiera caído del Golden Gate, me siento genial, ¿cómo estás tú?

—Seguramente, mejor que tú —contestó no con mucha convicción.

García miró a Anna, que entendió la señal.

—Los dejaré a solas un rato. De todas formas, quería bajar a la cafetería —dijo agachándose y dándole a García un dulce beso en la mejilla—. Tengo bombones a los que atender —dijo bromeando.

—Guárdame algunos —dijo García guiñándole un ojo.

En cuanto se fue, García fue el primero en hablar.

—He oído que la apresaste.

—Yo he oído que no te acuerdas de mucho —le contestó Hunter.

García negó con un lento movimiento de cabeza.

—No recuerdo nada en concreto. Pequeños *flashes*, pero no podría identificar al asesino si tuviera que hacerlo.

Hunter asintió y García vio un atisbo de tristeza en sus ojos.

—Me lo imaginaba, pero yo no la atrapé —dijo acercándose a la cama.

—¿Cómo lo hiciste?

—Joe Bowman...

García frunció el ceño intentando acordarse del nombre.

—¿El jefe del gimnasio? ¿El hombre esteroides?

Hunter asintió.

—Sabía que lo había visto antes, pero me metió la idea de que había sido en alguna revista de culturismo. No caí hasta que Rey-T mencionó algo acerca de ser jurado, juez y verdugo.

—¿Rey-T? —dijo García sorprendido—. ¿El traficante?

—Es una larga historia, te la contaré más tarde, pero hizo que recordara lo del caso de John Spencer. Joe fue uno de los miembros del jurado. Entonces era muy diferente. Sin esteroides y más pequeño, pero sabía que era él.

La expresión facial de García apremiaba a Hunter para que continuara.

—Por lo que averigüé de las víctimas, todas estaban relacionadas con el jurado, algunas eran familiares, otras amantes o aventuras amorosas, como la de Victoria Baker. Recuerda que era la amante de Joe Bowman; él está casado.

García asintió en silencio.

—¿Y George Slater?

—Tenía un amante homosexual. Rafael, uno de los miembros del jurado. Hablamos con él ayer.

—¿Su mujer lo sabe?

—No lo creo. No creo que necesite saberlo. Solo la entristecería aún más.

—Estoy de acuerdo. Y estábamos en lo cierto respecto a lo de tener un amante.

Hunter asintió.

—El problema era averiguar quién era el asesino. Era obvio que todo era por lo del caso de John Spencer, una venganza, pero ¿quién?

—Un familiar —dijo García.

—No hay amor más fuerte que el de la familia —dijo Hunter—. Pero una comprobación en profundidad reveló que el único miembro de la familia que le quedaba era una hermana... su hermana adoptada.

—¿Adoptada?

Otro asentimiento con la cabeza.

—Adoptaron a Brenda cuando tenía nueve años. No porque fuera huérfana, sino porque el Departamento de Salud y Servicios Humanos se la quitó a su familia biológica por abusos. La familia de John la acogió y le dio el amor que necesitaba. Se sentía protegida, se sentía segura con ellos. Se convirtieron en la familia que necesitaba. Su muerte desencadenó algo en su subconsciente. Quizá miedo al sentir que volvía a no tener familia. Quizá los recuerdos de los abusos que sufrió cuando era una niña. Quizá miedo a que la volvieran a llevar con su familia biológica.

García parecía confuso.

—En situaciones traumáticas como por las que ella pasó... —le explicó Hunter —, perder a su familia entera en una sucesión tan rápida... no resulta nada insólito que el cerebro no distinga la edad. Simplemente, recupera recuerdos del subconsciente. Todo el miedo y la rabia que sintió cuando era una niña vuelven con la misma intensidad, o incluso más, haciendo que se sienta de nuevo como una niña pequeña y sola. Eso pudo despertar algún tipo de rabia, algo diabólico que había oculto en ella. Culpó de haberle arrebatado a su familia a todos los involucrados en el caso de su hermano. En especial al jurado, a Scott y a mí. No podía permitir que salieran impunes.

—¿Cuándo supiste que fue Isabella?

—Cuando averigüé lo de John Spencer. Siendo su hermana su única familia con vida, lo único que me quedaba por hacer era averiguar quién era. Una búsqueda nueva reveló que, poco después de la muerte de su padre, fue detenida.

—¿Detenida?

—En San Francisco, donde vivía. Cuando su padre murió, la rabia se apoderó de ella y al parecer perdió la cabeza... se volvió loca, destrozó su apartamento y casi mata a su novio. Vivían juntos entonces.

—Así que la arrestaron. —Más que una pregunta era una afirmación.

—Al principio sí, luego la llevaron al Hospital Psiquiátrico de Langley Porter, donde estuvo un par de años. Llamé al Departamento de Policía de San Francisco y me enviaron un fax con el informe del arresto. En la fotografía estaba muy distinta. Su color de pelo, su peinado, de hecho, parecía más vieja, como si todo por lo que había pasado le hubiera arrebatado la vida. Pero no había duda. Sabía quién era.

Hunter fue hasta la ventana y miró al exterior. El día parecía perfecto, sin una nube en el cielo.

—Y luego me acordé de su colección de CD y las pocas dudas que me quedaban desaparecieron.

—¿Colección de CD?

—La primera noche que cené en el apartamento de Isabella, por algún motivo le eché un vistazo a su colección.

En silencio, Garda puso cara de «¿Cómo te ayudó eso?».

—La colección de CDs era de Jazz, a excepción de un puñado de álbumes de *rock*, todos autografiados, no por ella, ni por los músicos, sino por el productor: John Spencer. Lo que yo no sabía entonces era que John nunca firmaba con el nombre de John Spencer, no es así como se lo conocía en la industria de la música. Firmaba los autógrafos como Specter J. Su pseudónimo de roquero o algo por el estilo, lo averigüé en Internet. Por eso, cuando esa noche leí la dedicatoria de los autógrafos no caí en la cuenta. La dedicatoria decía algo así como «De tu H M con gran amor». Di por hecho que era uno de esos nombres raros que los artistas se ponen hoy en día, ya sabes, como Puffy, o LL Cool J... Specter J y H M no me decían nada.

—¿Hermano Mayor? —dijo García medio preguntando, medio afirmándolo.

Hunter asintió.

—John Spencer era un año mayor que Brenda.

—Así que en cuidados psiquiátricos tuvo todo el tiempo del mundo para tramar su plan.

—Un par de años —confirmó Hunter.

—Y eso explica la diferencia de tiempo entre el caso de John Spencer y el primer asesinato del Crucifijo.

Hunter volvió a asentir.

—Y ayer descubrí lo del pasado militar.

—¿Militar?

—Bueno, algo así. Isabella era cirujana, con mucho talento, por lo que he averiguado. Al principio de su carrera pasó dos años en Bosnia Herzegovina con el ejército de los Estados Unidos ayudando al equipo médico que se ocupaba de las víctimas de minas.

—¿Estás bromeando? —García levantó las cejas ante la sorpresa; luego comprendió algo más—. ¿Los explosivos?

—Allí fue donde adquirió conocimientos en explosivos. Es parte del entrenamiento, entender el funcionamiento de minas, explosivos, mecanismos detonadores, velocidad y poder de explosión... cosas así. Tendría a su disposición todos los manuales.

—Así que solo era cuestión de saber dónde mirar y con quién hablar para conseguir fácilmente todos los materiales que necesitaba.

Un breve periodo de silencio prosiguió.

—¿El bosquejo que nos proporcionó? —preguntó García, ya sabiendo la respuesta.

—Para despistarnos. Aquella noche, sin darme cuenta, hice un garabato del crucifijo doble. Un reflejo inconsciente, ya que estaba totalmente absorto en el caso. Isabe... —Hunter hizo una pausa y pensó mejor lo que decía—. Brenda —corrigió— era una mujer muy inteligente y con gran agudeza vio la oportunidad perfecta para enviarnos a una búsqueda en vano, así que se inventó la historia de que había conocido a alguien en un bar. Alguien con el crucifijo doble tatuado en las muñecas. Únicamente necesitaba darnos una falsa descripción y la investigación daría un giro erróneo.

—Perdimos un par de semanas persiguiendo una descripción falsa.

—Y habríamos perdido más tiempo —dijo Hunter estando de acuerdo—. No teníamos motivos para desconfiar de ella. Dimos por hecho que íbamos por el buen camino.

—¿Cómo sabías que iría por ti esa noche?

—Tres cosas. Primero, ya no le quedaban miembros del jurado de los que vengarse.

—Pero solo mató a nueve; en total hay doce jurados.

—Los otros tres ya habían muerto por causas naturales. Ya no podía hacerles daño. Scott, mi compañero, el otro detective en el caso, también estaba muerto. — Hunter se detuvo al recordar lo que Brenda le había contado cuatro días atrás. Tras respirar hondo, continuó—: Yo era el único que faltaba.

—No es la mejor situación en la que encontrarse —bromeó García.

Hunter asintió.

—Segundo, era el cumpleaños de John. Para ella, el día para la última venganza. El último regalo para su hermano y para su familia.

Una gran pausa siguió.

—¿Y tercero? Dijiste que había tres motivos —le preguntó García.

—Hacerme llevar la cruz.

—¿Eh? No te sigo —dijo García cambiando de postura en la cama, intentado ponerse más cómodo.

—La mayor analogía del último día de alguien en la tierra.

García pensó en ello durante unos segundos.

—Llevar una cruz a la espalda. Supe que vendría por mí.

Hunter se volvió y miró de nuevo, distante, por la ventana. Con cuidado, se tocó la herida en la nuca que aún no había cicatrizado del todo.

—No tenía pruebas, solo sospechas. Solo una alocada teoría de venganza. Como sabes, no teníamos nada del asesino, ni ADN, ni huellas, nada que pudiera relacionarla con ninguna de las víctimas o con la escena de los crímenes. Si la hubiéramos arrestado, habría salido libre y estoy seguro de que la habríamos perdido para siempre. Mi única esperanza era dejar que viniera por mí.

—Y le tendiste una trampa. Una trampa peligrosa.

Otro asentimiento con un movimiento de cabeza.

—No se me ocurrió nada más, me quedaba sin tiempo.

—Nunca lo sabremos con seguridad, pero cuando se quedaba a solas con alguna de sus víctimas, se convertía en una persona diferente. La rabia y la maldad ardían en ella. Era capaz de todo. Lo sabía. Lo vi en sus ojos. Pude sentir, literalmente, la rabia que la rodeaba.

García se quedó observando a su compañero en silencio durante unos segundos.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Estoy bien —contestó Hunter con seguridad—. Me alegro de que se haya acabado.

—Ni que lo digas —dijo García, levantando las dos manos vendadas.

Ambos rieron.

—Mientras el capitán no me asigne algún trabajo de papeleo...

—Ni pensarlo —le confirmó Hunter—. Eres mi compañero. Si yo tengo que perseguir a los malos, tú vienes conmigo.

García sonrió.

—Gracias, Robert —dijo con tono de voz más serio.

—No pasa nada. No voy a dejar que el capitán te dé un trabajo de oficina.

—No es por eso... por arriesgar tu vida... por salvar la mía.

Hunter puso con delicadeza la mano en el hombro de su compañero. No dijo nada. No hacía falta decir nada.

* * *

El doctor Winston abrió la puerta de la sala de autopsias del sótano del Departamento Forense e hizo pasar al capitán Bolter.

—¿Qué tenemos aquí entonces? —dijo el capitán sin perder tiempo. Como a casi todo el mundo, la sala de autopsias le daba escalofríos, así que cuanto antes saliera de allí, mejor.

—La causa de la muerte fueron varias laceraciones en el estómago, aneurisma intestinal y aórtica junto con una gran hemorragia. Cuando se clavó el cuchillo se las apañó para empujarlo de izquierda a derecha. Parecido a un ritual japonés —dijo el doctor dirigiendo al capitán hacia el cuerpo que yacía en la mesa de acero.

—¿Destripamiento?

—No exactamente, pero el mismo efecto final. Sabía que moriría en un minuto. No había oportunidad de sobrevivir.

Ambos se quedaron mirando en silencio el cuerpo durante un momento.

—Bueno —dijo el capitán—. Tengo que admitir que estoy feliz de que haya terminado.

—Yo también —dijo el doctor Winston con una sonrisa—. ¿Cómo está Carlos? —preguntó cambiando de tema.

—Mejora. Dale tiempo y se recuperará.

—¿Y Robert?

—Aún está un poco conmocionado. Se culpa de no haberlo imaginado antes.

—Es comprensible. El asesino era cercano a él, demasiado cercano, de hecho. Emocional y físicamente. Pero no conozco a ningún otro detective que hubiera salido de ésta con vida.

—Yo tampoco. —La mirada del capitán Bolter fue al cuerpo—. Bueno, está muerta. La semana que viene, Hunter lo habrá superado y ya estará en otro caso.

—Estoy seguro de que lo hará, pero, de cualquier modo, no le dicho que venga por eso.

Él frunció el ceño con interés, aguardando a que el doctor Winston continuara.

—Robert querrá ver el informe de la autopsia.

—¿Y?

—Creo que debería modificarlo.

El capitán Bolter le lanzó una mirada de preocupación.

—¿Por qué querría hacer eso?

El doctor Winston tomó un informe del despacho y se lo dio al capitán Bolter, que lo leyó con atención. Sus ojos dejaron de moverse a mitad de la página y abrió los ojos con sorpresa.

—¿Está seguro de esto, doctor?

—Totalmente.

—¿De cuánto?

—A juzgar por el tamaño del embrión, no más de cuatro o cinco semanas.

El capitán Bolter se pasó la mano por el pelo antes de seguir leyendo el informe de la autopsia.

—¿Fue más o menos cuando se conocieron, no?

—Eso fue lo que pensé —respondió el doctor.

—¿Está seguro que es de él?

—No... no sin una prueba de ADN, pero tenía un plan en mente. No creo que fuera del tipo de mujer que se acuesta con cualquiera, no cuando puso todos sus esfuerzos en vengarse de la muerte de su familia y acercarse a Robert.

El capitán Bolter dejó el informe encima de la mesa. Pasó un minuto en silencio antes de que volviera a hablar.

—A Robert no le haría ningún bien si lo averiguara.

—Estoy de acuerdo. Es lo último que necesitamos.

—¿Quién más lo sabe?

—Usted y yo, nadie más.

—Qué siga así entonces. Modifique el informe —dijo el capitán Bolter con firmeza.

* * *

—He oído que el Jefe de Policía y el Alcalde mismo te van a dar una distinción —dijo García mientras Hunter se servía un vaso de agua de la jarra que había junto a la cama.

—Y a ti también.

García arqueó las cejas.

—Somos compañeros, ¿lo recuerdas? No está mal para tu primer caso como detective del Departamento de Robos y Homicidios —bromeó Hunter.

—Sí, no está mal para alguien que ahora tiene silbatos en vez de manos. —García levantó las manos y las movió de atrás hacia delante de la boca fingiendo soplar y produciendo un rápido silbido.

Ambos se pusieron a reír.

Un delicado golpe en la puerta llamó su atención.

—Los oía reír desde el pasillo —dijo Anna al entrar en la habitación—. Es genial verlos reír.

—Sí que lo es —dijo Hunter, apoyando la cabeza en el brazo de García—. Sí que lo es.

FIN